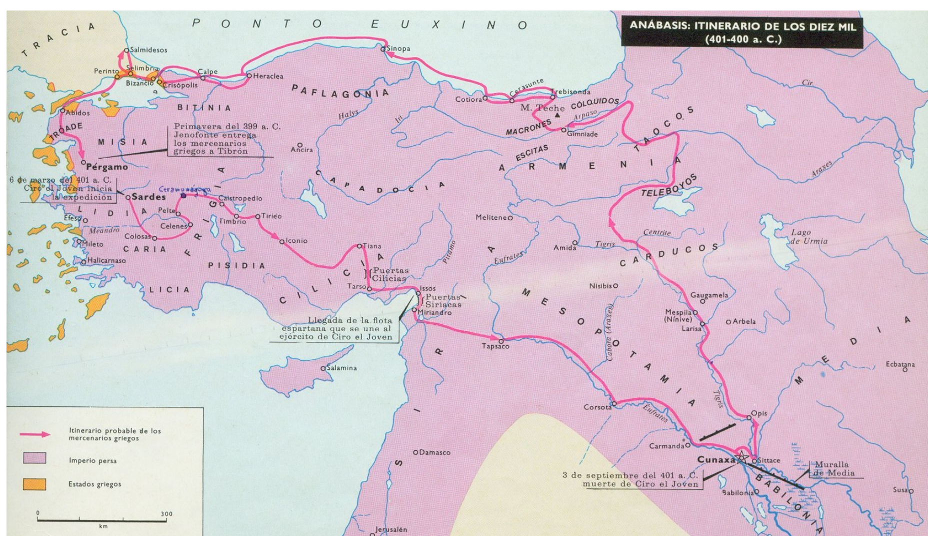
ANÁBASIS

JENOFONTE

Clásicos de Grecia y Roma



En el 401 a. C. busca Ciro el Joven destronar a su hermano Artajerjes, rey de Persia, con el concurso de mercenarios griegos y de tropas espartanas. Fue derrotado y muerto en Mesopotamia. Los «diez mil» mercenarios griegos lograron atravesar Asia Menor y regresar a su patria; entre ellos figuraba el ateniense Jenofonte, cronista de la expedición, a quien tocó vivir, de forma principal, los acontecimientos que acabamos de reseñar, los cuales narró en el siguiente libro.





Jenofonte

ANÁBASIS

LA EXPEDICIÓN DE LOS DIEZ MIL

ePub r1.2

Titivillus 26.05.18

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Anábasis*
Jenofonte, 371-369 a. C.
Traducción: Diego Gracián Alderete
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2018
Conversión a pdf: FS, 2018







LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Darío y Parisátile tuvieron dos hijos: el mayor, Artajerjes; el menor, Ciro. Enfermó Darío, y sospechando que se acercaba el fin de su vida quiso que los dos hijos estuviesen a su lado. El mayor se encontraba ya presente, y a Ciro lo mandó a llamar del gobierno de que le había hecho sátrapa, nombrándole al mismo tiempo general de las tropas que se estaban reuniendo en la llanura de Castolo. Acudió, pues, Ciro, llevando consigo a Tisafernes, a quien tenía por amigo, y escoltado por trescientos hoplitas[1] griegos a las órdenes de Jenias de Parrasia.

Muerto Darío y proclamado rey Artajerjes, Tisafernes acusa a Ciro ante su hermano diciéndole que conspiraba contra él. Créelo el rey y prende a Ciro con intención de darle muerte. Pero la madre consiguió con súplicas que lo enviase de nuevo al gobierno. Y Ciro, de vuelta, después de haber corrido tal peligro y con el dolor de la afrenta, se puso a pensar en la manera de no hallarse en adelante a merced de su hermano y aun, si fuese posible, ser rey en su lugar. Su madre, Parisátile, le era favorable porque le quería más que al rey Artajerjes, y él, por su parte, trataba de tal suerte a los que a él venían de la corte, que retornaban más amigos suyos que del rey. Procuraba al mismo tiempo que los bárbaros a su servicio estuviesen bien preparados para la guerra, y se esforzaba por ganar sus simpatías. Con el mayor sigilo fue reuniendo tropas griegas a fin de coger al rey todo lo más

desprevenido posible.

La manera que tuvo de reunirlas fue la siguiente: en todas las ciudades donde tenía guarnición ordenó a los jefes que alistasen el mayor número de soldados peloponenses, y los mejores posibles, pretextando que Tisafernes pensaba atacar las ciudades. Pues las ciudades jamás habían sido antes de Tisafernes, dadas por el rey, pero entonces se habían pasado a Ciro; todas, excepto Mileto. En Mileto, Tisafernes, presintiendo que pensaban hacer lo mismo —pasarse a Ciro —, mató a unos, y a otros los expulsó. Y Ciro, tomando bajo su protección a los desterrados, reunió un ejército y puso sitio a Mileto por tierra y por mar, con el propósito de que los expulsados volvieran a sus hogares. Esta empresa le servía también de pretexto para reunir tropas. Y al mismo tiempo envió mensajeros al rey pidiéndole le concediese a él, que era su hermano, el gobierno de las ciudades con preferencia a Tisafernes. La madre le apoyó en esta súplica; de suerte que el rey no advertía las maquinaciones de Ciro y pensaba que, en guerra contra Tisafernes, el sostenimiento de las tropas le obligaría a grandes gastos. Por eso no veía con disgusto que los dos estuviesen en guerra. Ciro, además, tenía cuidado de enviarle los tributos de las ciudades que estaban bajo la jurisdicción de Tisafernes.

Mientras tanto iba reuniendo otro ejército en Quersoneso, enfrente de Abidos, por el siguiente procedimiento: Clearco era un desterrado lacedemonio. Ciro tuvo ocasión de tratarlo y, lleno de admiración por él, entrególe diez mil daricos. Clearco aceptó el dinero, levantó con él un ejército y tomando el Quersoneso como base de operaciones entró en guerra con los tracios que habitaban por encima del Helesponto. Y como en estas luchas resultaban favorecidos los griegos, las ciudades helespontinas

proporcionaban voluntariamente recursos para sostener las tropas. De este modo mantenía ocultamente aquel ejército sin suscitar sospechas.

Sucedió también que un amigo suyo, Aristipo, de Tesalia, apretado en su ciudad por un partido contrario, acudió a Ciro pidiéndole dinero para alistar durante tres meses a dos mil mercenarios, con los cuales pensaba vencer a sus enemigos. Ciro le dio para cuatro mil durante seis meses, pero bajo la condición de no llegar a un acuerdo con los adversarios sin antes consultárselo. Y también de este modo mantenía el ejército de Tesalia sin suscitar sospechas.

A Próxeno, de Beocia, otro amigo suyo, le ordenó se le juntase reuniendo el mayor número de soldados. Ponía como pretexto una expedición que proyectaba contra los pisidas, porque, según decía, este pueblo estaba molestando a las comarcas de su gobierno. También ordenó a sus amigos Soféneto, de Estinfalia, y Sócrates, de Acaya, que se le presentasen con el mayor número posible de soldados, pues pensaba, con los desterrados de Mileto, mover guerra a Tisafernes. Y así lo hicieron ellos.

CAPÍTULO II

Cuando pareció llegado el momento oportuno para la expedición, hizo correr la voz de que pensaba expulsar por completo a los pisidas de su territorio, y con este pretexto fue reuniendo las tropas bárbaras y griegas. Ordenó a Clearco que acudiese con todo el ejército a sus órdenes, y a Aristipo que, haciendo paces con la facción contraria, le enviase las tropas de que disponía, y a Jenias, de Arcadia, jefe de los mercenarios puestos de guarnición en las ciudades, que se presentase con el mayor número posible de soldados, dejando solamente los indispensables para guarnecer las ciudades. Llamó también a las tropas que estaban sitiando a Mileto y ordenó a los desterrados que le acompañasen en la expedición, prometiéndoles que, si le salían bien sus proyectos, no descansaría hasta conseguir que entrasen de nuevo en su ciudad. Ellos obedecieron gustosos, pues tenían confianza en Ciro; y, tomando sus armas, se presentaron en Sardes.

También vinieron a Sardes: Jenias, con las guarniciones de las ciudades, hasta cuatro mil hoplitas; Próxeno, con unos mil quinientos hoplitas y quinientos peltastas[2]; Soféneto, de Estinfalia, con mil hoplitas; Sócrates, de Acaya, con quinientos hoplitas, y Pasion, de Mégara, con trescientos hoplitas y trescientos peltastas. Este Sócrates era uno de los que habían estado cercando a Mileto. Tales fueron los que se reunieron con él en Sardes.

Tisafernes, noticioso de esto y pensando que tales preparativos eran mayores que los que podía exigir una expedición contra los pisidas, marchó con la mayor celeridad para prevenir al rey, llevando consigo unos quinientos caballos. Y el rey, informado por Tisafernes de la expedición, se preparó para la lucha.

Ciro partió de Sardes con las tropas que he dicho y a través de la Lidia llegó al río Meandro, recorriendo veintidós parasangas[3] en tres etapas. El ancho de este río es de dos pletros[4] y había en él un puente de barcas. Pasado el Meandro, atravesó la Frigia en una etapa de ocho parasangas y llegó a Colosas, ciudad poblada, rica y grande. Allí permaneció siete días y se le juntaron Menón el Tesalo, con mil hoplitas y quinientos peltastas, dólopes, enianos y olintios. Partiendo de allí recorrió veinte parasangas en tres etapas, hasta llegar a Celenas, ciudad poblada, grande y rica. En ella tenía Ciro un palacio, con un gran parque lleno de bestias montaraces que solía cazar a caballo cuando quería hacer ejercicio con sus caballos. A través del bosque corre el río Meandro, cuyas fuentes están en el palacio; también corre a través de la ciudad de Celenas. Se halla en esta ciudad un palacio fortificado del gran rey sobre las fuentes del río Marsias y por debajo de la ciudadela; este río atraviesa también la ciudad y desemboca en el Meandro; tiene una anchura de veintiocho pies. Dícese que allí fue donde Apolo desolló a Marsias después de vencerle en su desafío sobre la música y que colgó la piel en el antro donde salen las fuentes[5]; por esto se le ha dado al río el nombre de Marsias. También se dice que Jerjes, cuando se retiró vencido de Grecia, construyó este palacio y la ciudadela de Celenas. Allí permaneció Ciro treinta días, y se le juntó Clearco, el desterrado lacedemonio, con mil hoplitas, ochocientos

peltastas tracios y doscientos arqueros cretenses. También se presentó Sóside el siracusano, con trescientos hoplitas, y Soféneto el arcadio, con mil. Y en el parque de esta ciudad hizo Ciro revista y recuento de los griegos; resultaron en total once mil hoplitas y unos dos mil peltastas.

Desde allí recorrió diez parasangas en dos jornadas, hasta llegar a Peltas, ciudad poblada. En ella permaneció tres días, durante los cuales Jenias, de Arcadia, celebró las fiestas Liceas[6] con sacrificios y organizó unos juegos; los premios fueron unas estrígiles[7] de oro; y también Ciro presenció los juegos. Partiendo de allí recorrió doce parasangas en dos jornadas, hasta Ceramonágora[8], ciudad poblada, lindando ya con la Misia. Desde allí recorrió treinta parasangas en tres etapas, hasta llegar a Caistropedio[9], ciudad poblada. Allí permaneció cinco días. Debía a los soldados más de tres meses de sueldo, y ellos iban a menudo a pedírselo a su puerta. Él procuraba contentarlos con esperanzas, y fácil era observar cuánto le contrariaba este asunto, porque no estaba en el carácter de Ciro negar algo cuando lo tenía. En esto vino a Ciro Epiaxa, mujer de Siennesis, rey de Cilicia, y se decía que había dado a Ciro mucho dinero. Entonces entregó Ciro al ejército el sueldo de cuatro meses. Traía la reina una guardia de cilicios y aspendios. Y se decía que Ciro había estado en relaciones íntimas con la reina.

Desde allí recorrió diez parasangas en dos etapas, hasta Timbrio, ciudad poblada. Allí se encontró junto al camino una fuente llamada de Midas, el rey de los frigios, en la cual se dice que Midas cazó al Sátiro echando vino en ella. Partiendo de allí recorrió diez parasangas en dos etapas, hasta llegar a Tirieo, ciudad poblada. Allí permaneció tres días. Y dícese que la reina de Cilicia pidió a Ciro le mostrase el ejército; él accedió y dispuso en la llanura una revista de las tropas griegas

y bárbaras. Ordenó a los griegos que formasen en su orden acostumbrado de batalla, poniéndose cada jefe al frente de los suyos. Formaron en cuatro filas: Menón con sus tropas ocupaba el ala derecha; Clearco con las suyas la izquierda, y en el medio estaban los otros generales. Ciro pasó revista primero a los bárbaros, que desfilaron ante él formados en escuadrones los de caballería y en batallones los de infantería; y después recorrió la línea de los griegos montado en un carro; la reina de Cilicia iba en un coche. Los soldados griegos tenían todos cascos de bronce, túnicas de púrpura y grebas y escudos descubiertos[10].

Después de recorrer toda la línea, Ciro paró su carro ante la falange, y con Pigres, el intérprete, ordenó a los generales griegos que mandasen avanzar las tropas con las armas en posición de combate. Los generales dieron la orden a los soldados, y al sonar la trompeta avanzaron todos con las armas por delante. Según avanzaban, dando gritos y con paso cada vez más rápido, los soldados, por impulso espontáneo se pusieron a correr hacia sus tiendas. Esto llenó de espanto a los bárbaros; la misma reina de Cilicia huyó abandonando la litera, y los vendedores que estaban en el campo huyeron sin cuidarse de sus mercancías. Mientras tanto los griegos llegaron riéndose a sus tiendas, la reina de Cilicia, al ver el lucimiento y buen orden del ejército, quedó asombrada. Y Ciro se alegró al ver el miedo que infundían los griegos a los bárbaros.

Desde allí recorrió veinte parasangas en tres etapas, hasta llegar a Iconio, última ciudad de la Frigia. Allí permaneció tres días. Desde allí caminó treinta parasangas en cinco etapas a través de la Licaonia, y permitió a los griegos que pillasen esta comarca como tierra enemiga. Desde allí envió a Epiaxa a Cilicia, dándole como escolta las tropas de Menón, bajo el mando de Menón mismo. Ciro, con el resto, atravesó la

Capadocia, recorriendo veintidós parasangas en cuatro etapas, hasta Dana, ciudad poblada, grande y rica. En ella permanecieron tres días. Ciro mandó matar allí a un noble purpurado[11], llamado Megafernes, y a uno de sus oficiales superiores, acusándolos de conspirar contra él.

Desde allí intentaron penetrar en la Cilicia: la entrada era por un camino practicable para carros, pero en pendiente muy áspera, imposible de atravesar para un ejército si alguien lo impedía. Se decía también que Siennesis estaba sobre las alturas vigilando la entrada. Esto retuvo a Ciro durante un día en la llanura. Pero al día siguiente llegó un mensajero diciendo que Siennesis había abandonado las alturas al saber que el ejército de Menón, atravesando las montañas, se encontraba ya dentro de Cilicia, y al oír que de Jonia se dirigía a las costas de su país una escuadra mandada por Tamón y compuesta por trirremes, de los lacedemonios y del mismo Ciro. Libre, pues, el paso, Ciro subió las montañas y pudo ver las tiendas del campamento cilicio. De allí descendió a una llanura grande, fértil y bien regada, llena de árboles de todas clases y de viñas; en ella se produce mucho sésamo, mijo, panizo, trigo y cebada. La rodean y defienden elevadas montañas que se extienden desde el mar hasta el mar.

Descendiendo a esta llanura recorrió veinticinco parasangas en cuatro etapas, hasta llegar a Tarso, ciudad de Cilicia, grande y rica. En ella estaba el palacio de Siennesis, el rey de los cilicios; atraviesa la ciudad el río llamado Cidno, que tiene dos pletros de ancho. La ciudad había sido abandonada por sus habitantes, que huyeron con el rey Siennesis a un lugar fortificado sobre las montañas; sólo quedaron los mercaderes. También permanecieron en sus casas los que vivían a orillas del mar en Solos y en Iso. Apiaxa había llegado a Tarso cinco días antes que Ciro. En el paso

por las montañas a la llanura perecieron dos compañías del ejército de Menón; unos decían que habían muerto a manos de los cilicios por haberse entregado al pillaje; otros que, rezagados y no pudiendo encontrar el grueso del ejército ni dar con los caminos, habían perecido después de andar errantes; en total eran cien hoplitas. Los demás, no bien llegados, furiosos con la pérdida de sus compañeros, entraron a saco en la ciudad de Tarso y en el palacio real. Ciro, cuando llegó a la ciudad, mandó recado a Siennesis que viniese a verlo; el rey le contestó que nunca se había puesto en manos de otro más poderoso que él, y entonces no accedió a la invitación de Ciro, sino después de que su mujer consiguió persuadirlo y le fueron dadas seguridades. Después de esto, puestos ya en amistosas relaciones, Siennesis dio a Ciro grandes sumas para el ejército, y Ciro le hizo regalos que en la corte del rey son tenidos por honrosos: un caballo con freno de oro, un collar y unos brazaletes del mismo metal, una cimitarra con puño de oro, y una vestidura persa. Prometiéndole también que no pillarían más su reino y permitió recoger los esclavos que le habían sido quitados dondequiera pudiese hallarlos.

CAPÍTULO III

Ciro y su ejército permanecieron allí veinte días, porque los soldados se negaron a marchar adelante; sospechaban ya que se les conducía contra el rey y decían que ellos no se habían alistado para esto. Clearco intentó primero hacer fuerza a sus soldados para que marchasen, pero ellos le tiraron piedras a él y a sus acémilas no bien principió a ponerse en marcha. Clearco escapó entonces con trabajo al peligro de ser lapidado; pero después, reconociendo que era preciso renunciar a la violencia, reunió a sus soldados y, primero, puesto en pie, lloró largo tiempo. Los soldados, viendo esto, estaban maravillados y permanecían silenciosos. Después les habló en estos términos:

«Soldados: no os maraville mi aflicción en las presentes circunstancias. Ciro es amigo mío, y desterrado yo de mi patria, tuvo conmigo diversas atenciones honrosas y me dio diez mil daricos. Y yo, tomándolos, no los empleé en negocio particular mío ni me abandoné a una vida agradable, sino que los gasté con vosotros. Primero luché con los tracios y con vosotros vengué a Grecia expulsándolos del Quersoneso cuando querían arrebatar esta tierra a los griegos que la habitaban. Y al ser llamado por Ciro acudí con vosotros, a fin de, si fuese preciso, resultarle de algún provecho en pago de sus beneficios. Si ahora vosotros no queréis marchar, forzoso me es, o traicionaros a vosotros, siendo fiel a la amistad de Ciro, o quedar con éste como un falso amigo, marchando

con vosotros. No sé si hago lo debido; pero de cualquier modo me quedo con vosotros y con vosotros estoy pronto a sufrir lo que sobrevenga. Nunca dirá nadie que yo, después de conducir a griegos en medio de los bárbaros, traicionando a los griegos, preferí la amistad de los bárbaros; así, puesto que vosotros no queréis obedecer y seguirme, yo os seguiré y sufriré lo que sobrevenga. Porque para mí sois vosotros patria, amigos y compañeros, y con vosotros pienso que seré respetado dondequiera me halle; separado de vosotros, bien veo que no tendría fuerza ni para favorecer a un amigo ni para defenderme de un enemigo. Seguros, pues, de que os seguiré donde vayáis, podéis tomar la resolución que os agrade».

Así habló; los soldados, tanto los suyos como los otros que no marcharían contra el rey, al oírle decir esto, le aplaudieron. Y más de dos mil que iban a las órdenes de Jenias y de Pasion, cogiendo sus armas y bagajes, acamparon junto a Clearco. Ciro, apurado y triste por todo esto, mandó a buscar a Clearco; éste se negó a ir, pero a escondidas de sus soldados le mandó un mensajero diciéndole que tuviese confianza, pues todo acabaría por arreglarse; también le indicó que lo mandase a llamar otra vez, y de nuevo se negó a ir. Después de esto, reuniendo a sus soldados, a los que se le habían reunido y a todo el que quiso les habló en estos términos:

«Soldados: es evidente que Ciro se encuentra con respecto a vosotros en la misma situación que nosotros con respecto a él; ni nosotros somos ya soldados suyos, puesto que no le seguimos, ni él es ya quien nos paga, ni considera, estoy seguro, que nosotros le hemos hecho un perjuicio; por eso cuando me manda a llamar no quiero ir, en primer lugar lleno de vergüenza por haber quedado mal con él en todo y,

además, temeroso, no sea que me coja y me haga pagar los daños que él piensa haberle yo inferido. Me parece que no es éste momento de echarnos a dormir y descuidar nuestros asuntos, sino de decidir lo que debemos hacer en tales circunstancias. Mientras permanezcamos aquí conviene ver el modo de estar lo más seguros posible, y, si nos decidimos por marchar, ver los medios de hacerlo con la mayor seguridad y de procurarnos vituallas; sin esto ni el general ni el simple soldado sirven de nada. Porque este hombre es el mejor amigo para el que tiene por amigo, pero también el peor adversario para quien se le hace enemigo. Cuenta, además, con infantería, con caballería, con buques, como todos vemos y sabemos bien. Y me parece que no estamos acampados lejos de él. Ha llegado, pues, el momento de que cada uno diga lo mejor que se le ocurra».

Dicho esto, calló. Entonces levantándose varios, unos espontáneamente para decir lo que pensaban; otros, aleccionados por el mismo Clearco, mostrando las dificultades que había tanto para permanecer como para marcharse sin contar con el asentimiento de Ciro. Uno de ellos, fingiendo apresurar todo lo posible la vuelta a Grecia, dijo que era preciso elegir cuanto antes otros generales, si es que Clearco no quería conducirlos, comprar vituallas (el mercado estaba en el ejército bárbaro) y preparar los bagajes; que debían acudir a Ciro pidiéndole barcos para la vuelta, y si no los daba, pedirle un guía que los condujese por países amigos; pero, si no diese un guía siquiera, era preciso formarse cuanto antes en orden de batalla y enviar un destacamento que se apoderase de las cimas, no fuese que se adelantasen a tomarlas. Ciro o los cilicios, «a los cuales hemos hecho muchos prisioneros y cogido muchas cosas».

Así habló éste; después Clearco dijo estas pocas palabras:

«No hable ninguno de que yo vaya a dirigir como general esta marcha; por muchas razones no debo hacerlo: pero estad seguros de que obedeceré al hombre que elijáis; así veréis cómo sé obedecer tan bien como el primero».

Entonces se levantó otro mostrando la ingenuidad del que aconsejaba se pidiesen barcos, como si Ciro no tuviese también que volverse; mostró asimismo lo ingenuo que sería pedir un guía al hombre «cuyo negocio hemos estropeado. Si tenemos confianza en el guía que Ciro nos proporcione, ¿por qué no pedirle que ocupe las alturas para nosotros? Yo, por mi parte, dudaría antes de entrar en los barcos que nos diera, no fuese que echara a pique los trirremes con nosotros dentro; y tampoco querría seguir al guía que nos diera, temeroso de que nos llevara a sitio de donde no pudiéramos salir. De irme contra la voluntad de Ciro, preferiría que él no lo supiese, cosa que es imposible. En fin, creo que todo esto no son más que vanas habladurías: me parece lo mejor que elijamos de entre nosotros los más capaces y los enviemos con Clearco a Ciro, a fin de que le pregunten con qué intención piensa utilizar nuestros servicios. Y si la empresa fuese análoga a las otras en que se ha servido de los mercenarios, seguirle también nosotros y no mostrarnos menos valerosos que los que le acompañaron antes. Pero, si la empresa fuese más importante y de más trabajo y peligro que la anterior, decirle que, o nos persuada y nos lleve consigo, o que, persuadido por nosotros, nos separemos amistosamente. De este modo, si le seguimos, le seguiremos amigos y de todo corazón, y si nos marchamos, podremos hacerlo con seguridad. Y lo que conteste, referirlo aquí, y nosotros reunidos deliberaremos sobre el asunto».

Pareció bien esto, y eligiendo unos cuantos los enviaron con Clearco. Ellos hicieron a Ciro las preguntas acordadas en

la asamblea, y él les respondió que tenía noticias de que Abrócomas, enemigo suyo, se hallaba en las riberas del río Éufrates, a doce jornadas de distancia; contra éste dijo que pensaba marchar y, si lo encontraba allí, castigarle; «pero, si se escapase, allí resolveríamos sobre lo que sea preciso hacer». Oído esto, los embajadores lo comunicaron a los soldados, y ellos, aunque ya sospechaban que se les conducía contra el rey, con todo decidieron seguir a Ciro. Pero pidieron que se les aumentara el sueldo. Y Ciro prometió darles una mitad más de lo que antes ganaban, es decir, en vez de un darico, tres semidaricos por mes y por soldado. Que marchase contra el rey nadie lo oyó tampoco allí, por lo menos dicho públicamente.

CAPÍTULO IV

Desde allí recorrió diez parasangas en dos etapas, hasta el río Psaro, que tenía tres pletros de ancho. Desde allí recorrió cinco parasangas en una etapa, hasta el río Piramo, que tiene de ancho un estadio[12]. Desde allí recorrió quince parasangas en dos etapas, hasta Iso, última ciudad de la Cilicia, a orillas del mar, poblada, grande y rica. Allí permanecieron tres días. Y se reunieron a Ciro treinta y cinco naves peloponesas; en ellas iba el almirante Pitágoras, lacedemonio. Les había conducido desde Éfeso el egipcio Tamón, que mandaba además veinticinco de Ciro, con las cuales estuvo sitiando a Mileto cuando esta ciudad era amiga de Tisafernes y él ayudaba a Ciro en la guerra contra este sátrapa. También venía en las naves Quirísofo de Lacedemonia, llamado por Ciro, llevando consigo setecientos hoplitas que mandaba al servicio de Ciro. Las naves atracaron junto a la tienda de Ciro. Allí también se pasaron a éste los mercenarios griegos al servicio de Abrócomas —cuatrocientos hoplitas— y le siguieron contra el rey.

Desde allí recorrió cinco parasangas en una etapa, hasta las llamadas Puertas de Cilicia y de Siria. Estas Puertas eran dos murallas, y la de este lado, la de Cilicia, estaba ocupada por Siennesis y una guarnición de cilicios; la del otro lado, la de Siria, decíase estar guardada por tropas del rey. Entre las dos corre un río llamado Carso, que tiene un pletro de ancho, y están separados por una distancia de tres estadios. No era

posible pasar por la fuerza. El paso es estrecho; las murallas descienden hasta el mar y están coronadas por rocas a pico, y en una y otra hay puertas. Para este paso había mandado buscar Ciro las naves con intención de que desembarcasen hoplitas a uno y otro lado de las puertas y pasaran venciendo a los enemigos, como pensara Ciro. Abrócomas, que tenía un numeroso ejército, defendía las puertas sirias; pero Abrócomas no lo hizo así, sino que, apenas supo que Ciro se hallaba en Cilicia, se retiró de Fenicia y marchó a juntarse con el rey, llevando un ejército, según se decía, de trescientos mil hombres.

Desde allí recorrió cinco parasangas en una etapa, a través de la Siria, hasta llegar a Miriandro, ciudad habitada por los fenicios a orillas del mar. Es plaza de comercio y en su puerto anclan numerosos barcos. Allí permanecieron siete días, durante los cuales los generales Jenias, de Arcadia, y Pasion, de Mégara, embarcaron con lo mejor que tenían y se dieron a la vela resentidos, según pareció a la mayoría, porque Ciro dejó a Clearco los soldados de ambos, que se habían pasado al campo del lacedemonio con intención de volver a Grecia y no marchar contra el rey. Apenas desaparecidos circuló el rumor de que Ciro iba a enviar trirremes en su persecución. Y unos hacían votos porque los cogiese como a traidores; otros los compadecían si fuesen cogidos.

Ciro reunió a los generales y les dijo: «Nos han dejado Jenias y Pasion: mas sepan que si escapan no es porque yo ignore adonde van ni porque me falten trirremes para alcanzar la nave que los conduce. Pero, lo juro por los dioses, no los perseguiré; nadie podrá decir que mientras un hombre está a mi lado yo me sirvo de él, y cuando quiere marcharse le cojo, le castigo y le quito sus bienes. Marchen, pues, en buena hora, y sepan que nosotros nos hemos portado con ellos

mejor que ellos con nosotros. Y aunque tengo en mi poder a sus hijos y mujeres guardados en Tralles, no les privaré de ellos, sino que se los devolveré teniendo en cuenta los servicios que antes me han prestado». Esto dijo, y los griegos, si es que alguno iba a disgusto en la expedición, le siguieron con más entusiasmo y afición.

Después de esto recorrió Ciro veinte parasangas en cuatro etapas, hasta el río Calo, que tiene un pletro de ancho y está lleno de peces grandes domesticados, a los cuales los sirios tenían por dioses y no permitían que se les hiciese daño, lo mismo que a las palomas. Las aldeas en que levantaron las tiendas pertenecían a Parisátile, a las que habían sido concedidas para su cinturón. Desde allí recorrió treinta parasangas en cinco etapas, hasta las fuentes del río Dares, que tiene de ancho un pletro. Allí se encuentra el palacio de Belesis, gobernador de Siria, y un parque muy grande y bello con toda clase de frutos. Ciro taló el parque y quemó el palacio. Desde allí recorrió quince parasangas en tres etapas, hasta el río Éufrates, que tiene de ancho cuatro estadios, y a su orilla se levantaba una ciudad grande y rica llamada Tapsaco. Allí permanecieron cinco días; y Ciro, convocando a los generales de los griegos, les dijo que la expedición iba dirigida contra el gran rey hacia Babilonia, y les ordenó dijesen esto a los soldados y les persuadiesen a que le siguieran. Los generales los reunieron y les participaron la noticia; los soldados se pusieron furiosos contra ellos, pues decían que sabiendo esto hacía tiempo lo habían ocultado. Decían que no estaban dispuestos a marchar si no se les daba tanto dinero como a los que la primera vez habían subido con Ciro, y esto no yendo en son de combate, sino por llamamiento de su padre. Los generales comunicaron a Ciro esta resolución, y él entonces prometió que daría a cada soldado cinco minas[13] de plata una vez que llegasen a

Babilonia, y el sueldo completo hasta que volviesen los griegos a Jonia.

La mayoría del ejército griego quedó persuadida con estas promesas. Menón, por su parte, antes de estar en claro lo que harían los otros soldados, si seguían o no a Ciro, reunió sus tropas aparte y les habló de este modo: «Soldados: si me escucháis, seréis preferidos por Ciro a todos los demás sin necesidad de correr ningún peligro ni pasar ningún trabajo. ¿Qué os aconsejo hacer? Ciro está ahora solicitando a los griegos para que le sigan contra el rey, y yo digo que es preciso que vosotros paséis el Éufrates antes de que esté claro lo que van a responder a Ciro los demás griegos. Si acuerdan seguirle, parecerá que vosotros le habéis obligado a ello principiando a pasar, y Ciro os guardará reconocimiento y os recompensará por haberos mostrado tan dispuesto; nadie como él sabe agradecer los servicios que se le prestan. Y si los otros acuerdan retirarse, todos nos volveremos; pero por haber sido los únicos que le obedecisteis, siempre os considerará como los más seguros para las guarniciones y para el mando de las tropas, y en cualquier cosa que necesitéis Ciro será para vosotros un amigo».

Oído esto, le obedecieron y pasaron el río antes de que los otros dieran su respuesta. Ciro, cuando supo que habían pasado, alegróse y les mandó a decir por medio de Glun: «Yo, soldados, alabo vuestra conducta y procuraré que vosotros tengáis también más tarde ocasión de alabarme, o no sería yo Ciro». Los soldados, llenos de grandes esperanzas, le desearon feliz éxito. A Menón se dijo que le había enviado magníficos presentes. Hecho esto, atravesó el río, siguiéndole el resto del ejército. Ninguno de los que pasaron se mojó más arriba del pecho. Los habitantes de Tapsaco decían que nunca como entonces se había podido pasar este río a pie, sino con barcas.

Abrócomas, que iba por delante, las había quemado para impedir a Ciro que pasara. Se creyó ver en esta circunstancia algo divino; el río parecía ceder ante Ciro como predestinado a reinar. Desde allí recorrió cincuenta parasangas en nueve etapas, y llegaron al río Araxes, donde había numerosas aldeas llenas de trigo y vino. Permanecieron allí tres días y se aprovisionaron.

CAPÍTULO V

Desde allí recorrió treinta y cinco parasangas en cinco etapas por el desierto de Arabia, teniendo el río Éufrates a la derecha. En esta región la tierra es una llanura completamente lisa como el mar y llena de ajenjo. Además, todas las plantas o cañas que allí crecen son aromáticas; pero no se encuentra árbol alguno. Hay animales de todas clases, sobre todo asnos salvajes; también hay numerosos avestruces de gran tamaño, avutardas y gacelas. Los soldados de caballería se pusieron a cazar estos animales. Y los asnos, cuando alguien los perseguía, echaban a correr y se paraban, pues corrían mucho más que los caballos; después, cuando los caballos se acercaban, volvían a hacer lo mismo, de suerte que no era posible cogerlos, como no fuese repartiéndose a trechos los jinetes y esperándoles unos mientras otros los perseguían. La carne de los que fueron cogidos era parecida a la de los ciervos, aunque más tierna. Nadie, en cambio, pudo coger un avestruz, y los jinetes que intentaron perseguirlos desistieron pronto de su empeño. En seguida se ponían a gran distancia corriendo con las patas y utilizando sus alas desplegadas como velas de navío. En cuanto a las avutardas, si alguien las levanta rápidamente es posible cogerlas, pues tienen el vuelo corto, como las perdices, y no tardan en cansarse; su carne era sabrosísima.

Después de atravesar esta comarca llegaron al río Masca, que tiene de ancho un pletro. Había allí una ciudad desierta,

grande, llamada Corzota, a la que da la vuelta el río Masca. Permanecieron allí tres días y se aprovisionaron. Desde allí recorrieron noventa parasangas en trece etapas a través de un país desierto, teniendo el río Éufrates a la derecha, y llegaron a Pilas. En estas etapas perecieron de hambre muchas de las acémilas; no se encontraba follaje ni árbol alguno; todo el país estaba pelado. Los habitantes desentierran a lo largo del río piedras de molino, que, después de trabajadas, llevan a Babilonia: allí las venden y con el producto compran el trigo necesario. El ejército se vio falto de trigo, y no había dónde comprarlo como no fuese en el mercado libio, en el campamento bárbaro de Ciro, al precio de cuatro siglos la capita[14] de harina de trigo o de cebada. El siglo equivale a siete óbolos y medio, y la capita contiene dos quenices áticas. Así es que los soldados se mantuvieron durante estos días sólo de carne. Algunas de estas etapas fueron de longitud extraordinaria cuando era preciso llegar pronto a un sitio donde hubiera agua o hierba. Cierta vez se había llegado a un paso angosto y lleno de barro, difícil para los carros. Ciro se paró en él con los más distinguidos y opulentos de su séquito, y mandó a Glun y a Pigres que tomasen un destacamento de bárbaros para hacer pasar los carros. Y pareciéndole que trabajaban con poco brío, mandó, como si estuviese encolerizado, a los magnates persas que le rodeaban que se aplicasen también a los carros. Pudo verse entonces un hermoso ejemplo de disciplina. En seguida abandonaron sus gabanes de púrpura en el sitio donde cada uno se encontraba y echaron a correr como si se tratase de conquistar un premio, bajando por una colina de mucha pendiente a pesar de las ricas túnicas y de los calzones bordados; algunos llevaban collares al cuello y anillos en las manos. Pero con todo esto se metieron inmediatamente en el barro y sacaron del atasco a los carros con rapidez que no puede imaginarse.

Veíase, en general, claramente que Ciro procuraba apresurar la marcha y no detenerse, como no fuera para tomar provisiones o por cualquier otro motivo ineludible, pues pensaba que cuanto más rápidamente llegase menos apercibido para el combate estaría el rey, y cuanto mayor fuese el retraso tanto más fácil le era a su hermano reunir un gran ejército. Cualquiera que se fijase podía ver que el imperio del rey era poderoso por la amplitud del territorio y el número de los hombres; pero con las grandes distancias y la dispersión de las fuerzas resultaba débil contra quien le hiciese la guerra con rapidez.

Durante estas etapas por el desierto apareció al otro lado del Éufrates una ciudad opulenta y grande denominada Carmanda, y los soldados compraron en ella víveres, atravesando el río con balsas confeccionadas de la siguiente manera: llenaron de heno ligero las pieles que les servían de tienda, juntándolas y cosiéndolas tan apretadas que el agua no pudiera tocar la paja, y pasando sobre ellas el río compraron vituallas, vino hecho con el fruto de la palmera y grano de mijo, cosas que produce el país en abundancia. En este lugar se produjo una riña entre dos soldados, uno de Menón y otro de Clearco, y Clearco, juzgando culpable al de Menón, le golpeó. El soldado, de vuelta a su campamento, contó a sus compañeros lo que había pasado, y ellos al oírlo se irritaron llenos de cólera contra Clearco. Aquel mismo día Clearco, después de haber ido al paso del río para vigilar el mercado, volvía a caballo hacia su tienda acompañado sólo por algunos de los suyos. Uno de los soldados de Menón, que se encontraba cortando leña, al ver pasar a Clearco le arrojó el hacha y erró el golpe. Pero en seguida principiaron de aquí y de allí a tirarle piedras, y atraídos por los gritos acudieron otros en gran número. Clearco consiguió escapar a su campamento e inmediatamente dio a su gente orden de

armarse, y mandando que los hoplitas permaneciesen quietos con los escudos delante de la rodilla, tomó consigo a los tracios y a los jinetes, que eran más de cuarenta, tracios también en su mayor parte, y marchó contra los soldados de Menón. Estos, y también Menón mismo, desconcertados por el acontecimiento, corrieron a las armas; otros permanecieron inmóviles sin saber qué partido tomar. Entonces Próxeno, que llegaba en aquel momento con una compañía de hoplitas, se puso rápidamente en medio de ambos bandos y, mandando poner las armas en tierra, suplicó a Clearco que no hiciese aquello. Clearco se puso muy irritado porque, habiendo estado él a punto de ser lapidado, hablaba con mucho sosiego de la injuria y le mandó que se quitase del medio. Pero en esto, llegó Ciro y se enteró del asunto; en seguida tomó en sus manos las flechas y, seguido por aquellos de sus más fieles servidores que se encontraban presentes, se lanzó en medio de los dos campos y les dijo estas palabras: «Clearco y Próxeno y vosotros los demás griegos presentes, no sabéis lo que estáis haciendo. Si os ponéis a combatir los unos contra los otros, tened presente que en este mismo día yo quedo aniquilado y vosotros no mucho después de mí; en cuanto nuestros asuntos marchen mal, todos estos bárbaros que estáis viendo serán para nosotros enemigos más temibles que los que están al lado del rey». Al oír estas palabras Clearco volvió en sí, y apaciguándose unos y otros pusieron en tierra sus armas.

CAPÍTULO VI

Según avanzaban desde este punto principiaron a verse huellas de caballos y estiércol, y por estas señales se pudo conjeturar que habían pasado como unos dos mil caballos. Éste destacamento iba delante quemando el forraje y cualquier otra cosa que pudiera ser de utilidad. Entonces Orontes, persa emparentado con el rey y tenido entre los suyos como uno de los más entendidos en cuestiones militares, concibió la idea de traicionar a Ciro, con el cual ya había estado antes en guerra, reconciliándose después. Con tal propósito le dijo a Ciro que si le daba mil caballos tendería una emboscada a los enemigos que iban quemando por delante, y o los mataría o cogería vivos a muchos de ellos, impidiéndoles que continuaran la guerra y que llevasen aviso al rey de haber visto el ejército de Ciro. Ciro, al escuchar esto, le pareció bien y le mandó que formase una columna tomando soldados de los jefes.

Orontes, pensando que estaban preparados los jinetes, escribió una carta al rey diciéndole que se juntaría con el mayor número de caballería posible y suplicándole que avisase a sus tropas para que le recibiesen como amigo. En la carta le recordaba también su afecto y su fidelidad de antes. Entregó esta carta a un hombre en cuya lealtad tenía confianza. Pero éste, no bien cogió la carta, entregósela a Ciro. Ciro, leída la carta, prendió a Orontes, llamó a su tienda a siete de los persas más distinguidos que le acompañaban y ordenó a los generales de los griegos que acudiesen con hoplitas a fin de

que éstos hiciesen la guardia alrededor de su tienda. Ellos obedecieron, llevando unos tres mil hoplitas. También invitó a tomar parte en el consejo a Clearco, que era quien, a su parecer, lo mismo que al de los demás, gozaba de mayor consideración entre los griegos. Y Clearco, al salir, contó a sus amigos lo que había pasado en el juicio de Orontes, pues no se había hecho secreto de ello.

Dijo, pues, que Ciro había principiado con estas palabras: «Os he invitado, amigos míos, para que, decidiendo con vosotros lo que es justo ante los dioses y ante los hombres acerca de Orontes, aquí presente, lo ponga yo en ejecución. Primeramente, mi padre me dio a este hombre para que sirviese a mis órdenes; pero después, obligado, según dice, por las órdenes de mi hermano, tomó las armas contra mí, reteniendo en su poder la ciudadela de Sardes. Entonces yo le hice la guerra, de tal suerte que hubo de parecerle mejor cesar en sus hostilidades contra mí, y tomé su mano dándole la mía. Después de esto, ¿te he hecho daño en algo, Orontes?». Este respondió que no, y de nuevo preguntó Ciro: «Y más tarde, sin haber recibido de mí agravio alguno, ¿no te pasaste a los míos e hiciste a las tierras de mi gobierno todo el daño que te fue posible?». Orontes convino en ello. «¿Y no es también cierto —prosiguió Ciro—, que cuando viste tu poca fuerza viniste al altar de Ártemis diciendo que estabas arrepentido y, después de persuadirme, nos dimos recíprocamente señales de amistad?». Orontes reconoció también esto. «¿Qué daño, pues, te he hecho para que ahora por tercera vez aparezcas conspirando contra mí?». Y como dijese Orontes que no había recibido ningún daño, preguntóle Ciro: «¿Reconoces, pues, que has sido injusto conmigo?». «Forzoso es reconocerlo», dijo Orontes. Preguntóle Ciro de nuevo: «¿Sería posible que volvieses a ser enemigo de mi hermano y amigo fiel mío?». Y Orontes respondió: «Aunque lo fuese, tú

no lo creerías».

Entonces dijo Ciro a los que se hallaban presentes: «Esto es lo que este hombre ha hecho y esto es lo que confiesa. Tú, Clearco, di el primero lo que te parece». Y Clearco dijo: «Mi opinión es que debemos deshacernos de este hombre lo antes posible; así nos quitaremos el cuidado de tener que vigilarlo y podremos favorecer con más libertad a los que quieran ser nuestros amigos». Después dijo que a esta opinión se habían adherido los otros. A una orden de Ciro todos se levantaron, hasta los mismos parientes de Orontes, y lo cogieron por el cinturón, señal de que lo condenaban a muerte; inmediatamente lo sacaron algunos que estaban prevenidos al efecto. Cuando se lo llevaron, aquellos que antes se habían prosternado ante él se prosternaron también entonces, aun sabiendo que lo conducían a la muerte. Lo introdujeron en la tienda de Arpates, que era entre los portacetros[15] aquel en quien más confiaba Ciro. Después nadie vio a Orontes ni vivo ni muerto; nadie pudo decir con fundamento cómo había perecido; las conjeturas variaron mucho, pero jamás apareció su tumba.

CAPÍTULO VII

De allí recorrió Ciro doce parasangas en tres etapas, a través de las tierras de Babilonia. En la tercera etapa, hacia medianoche, pasó Ciro revista en la llanura a las tropas griegas y bárbaras, pues parecía que a la mañana siguiente se habría de presentar el rey con su ejército a ofrecer combate. Encargó a Clearco el mando del ala derecha; a Menón, el de la izquierda, y él mismo formó sus propias tropas. Después de la revista, cuando ya rayaba el día, unos tránsfugas informaron a Ciro sobre la situación del ejército del gran rey. Y Ciro, convocando a los generales y capitanes, deliberó con ellos acerca de la manera como se daría la batalla, y les exhortó animándoles con estas palabras: «Griegos: si os he traído a vosotros para que me ayudaseis no es porque me faltasen bárbaros, sino porque pensaba que valíais más y erais más fuertes que un crecido número de bárbaros; por eso os tomé. Mostraos, pues, dignos de la libertad que poseéis y por la cual os envidio. Estad seguros de que yo cambiaría la libertad por todos los bienes que poseo y por otros muchos más. Y para que sepáis cuál es el combate que os aguarda, voy a decíroslo, pues lo conozco perfectamente. Nuestros enemigos se presentarán en gran número y avanzarán contra nosotros dando grandes gritos, pero si no os dejáis intimidar veréis en seguida qué hombres produce esta comarca; vergüenza me da a mí mismo. Pero si vosotros os portáis como hombres, y la suerte me favorece, yo licenciaré al que lo quiera, de tal

modo que sea envidiado por sus compatriotas cuando vuelva a su casa; aunque espero que muchos preferirán lo que yo les daré si siguen a mi lado a lo que puedan tener en su tierra».

Entonces Gaulita, desterrado de Samos, que se hallaba presente y que disfrutaba de la confianza de Ciro, dijo: «Sin embargo, Ciro, algunos pretenden que prometes muchas cosas ahora porque te amenaza un peligro próximo, pero que si las cosas resultaran bien no te acordarías de ello; y otros que, aunque te acordaras y quisieras cumplir tu palabra, no podrías dar todas las cosas que prometes». A esto respondió Ciro: «Pero, amigos míos, el imperio de mis padres se extiende por el Mediodía hasta países en que los hombres no pueden habitar a causa del calor, y por el Norte hasta donde es irresistible el frío, y todo lo comprendido entre estos dos extremos lo gobiernan como sátrapas los amigos de mi hermano. Si nosotros salimos vencedores, debemos hacer a nuestros amigos dueños de todo esto. Lo que temo, pues, no es que me falte qué dar a cada uno de los amigos si las cosas salen bien, sino que no tenga suficientes amigos a quienes dar. Además, a cada uno de vosotros los griegos le daré una corona de oro».

Ellos, al oír esto, se sintieron más animados y repitieron a los demás las palabras de Ciro. Algunos de los griegos se presentaron también a él deseando saber lo que se les daría, caso de salir vencedores. Y Ciro los despidió colmando los deseos de todos. Cuantos hablaban con él le aconsejaban que no combatiera en persona, sino que se pusiese detrás de ellos. En tal coyuntura interrogó Clearco a Ciro en términos parecidos a éstos: «¿Crees, Ciro, que tu hermano combatirá contigo?». «No hay duda —respondió Ciro—; si verdaderamente es hijo de Darío y de Parisátile y hermano mío, no tomaré el imperio sin combate». En la revista allí

verificada vióse que la infantería pesada de los griegos, los hoplitas, ascendía a diez mil cuatrocientos hombres, y la ligera, o sea, los peltastas, a dos mil quinientos; los bárbaros que iban con Ciro sumaban cien mil hombres, y los carros armados de hoces eran unos veinte. Los enemigos, según se decía, contaban con un millón doscientos mil hombres y con doscientos carros armados de hoces. Disponían, además, de seis mil caballos mandados por Artajerjes y que formaban delante de la persona misma del rey. El ejército de Artajerjes estaba mandado por cuatro generales, cada uno de los cuales tenía a sus órdenes un cuerpo de trescientos mil hombres: Abrócomas, Tisafernes, Gobrias y Arbaces. De todas estas tropas asistieron a la batalla novecientos mil hombres con ciento cincuenta carros armados de hoces. Abrócomas, que venía de Fenicia, llegó cinco días después de la batalla. Tales fueron los informes que le dieron a Ciro, antes de la batalla, los tránsfugas del ejército del gran rey, y los enemigos que fueron hechos prisioneros más tarde los confirmaron después de la batalla.

Desde allí recorrió Ciro tres parasangas en una etapa, llevando formados en orden de batalla tanto el ejército de los griegos como el de los bárbaros; pensaba que aquel mismo día le presentaría el rey batalla, pues hacia la mitad de esta etapa había un foso hondamente excavado de cinco brazas de anchura y tres de profundidad. Este foso subía por la llanura hasta la muralla de Media, en una longitud de doce parasangas. (Allí se encuentran los canales que salen del río Tigris; son cuatro, de un pletro de anchura y tan profundos que por ellos navegan barcazas cargadas de trigo. Desembocan en el Éufrates y hay puentes sobre ellos). A orillas del Éufrates había un paso angosto entre el río y el foso como de unos veinte pies de ancho; el gran rey había mandado excavar este foso como defensa al saber que su hermano marchaba contra

él. Ciro lo atravesó con todo su ejército y se pusieron al otro lado del foso. Durante todo este día no presentó el rey batalla; pero las numerosas huellas de caballos y de hombres delataban que sus tropas se iban retirando. Entonces Ciro mandó llamar a Silano, adivino natural de Ambracia, y le dio tres mil daricos porque diez días antes le había predicho, mientras sacrificaba, que el rey no combatiría en los diez días próximos. Ciro le había dicho: «Si no combate dentro de estos días no combatirá ya. Como resulte verdad lo que anuncias, te prometo diez talentos». Y entonces le entregó este dinero, puesto que ya habían pasado los diez días. Al ver que el rey no estorbaba el paso del foso por el ejército, Ciro y los demás creyeron que había desistido de combatir; de suerte que al día siguiente marchaba Ciro con menos precauciones. Al día tercero iba sentado en su carro precedido por un número muy escaso de soldados; la mayor parte de las tropas marchaba en desorden, y muchos de los soldados habían dejado sus armas en los carros y las acémilas.

CAPÍTULO VIII

Ya iba muy avanzada la mañana, y estaba cerca el sitio en que se debía descansar, cuando Pategias, persa de los más íntimos de Ciro, aparece corriendo a rienda suelta con el caballo cubierto de sudor, gritando a todos los que se encontraban, ya en griego, ya en bárbaro que el rey se acercaba con un numeroso ejército como dispuesto a presentar batalla. Esto produjo un gran tumulto, pues los griegos y todos los demás creían que iban a caer sobre ellos antes de haberse formado. Ciro saltó del carro, se puso la coraza, montando a caballo, tomó en la mano los dardos y dio orden a todos los demás que se armasen y acudiesen cada uno a su puesto.

Las tropas se fueron formando a toda prisa. Clearco ocupaba el ala derecha, tocando con el río Éufrates; a su lado estaba Próxeno, y después los demás generales. Menón, con su cuerpo, era de los griegos el que tenía el ala izquierda. De los bárbaros se colocaron a la derecha, al lado de Clearco y de la infantería ligera griega, unos mil caballos paflagones, y en la izquierda se puso Arieo, lugarteniente de Ciro, con el resto del ejército bárbaro. Ciro y la caballería que le acompañaba, unos seiscientos jinetes, iban armados con corazas, quijotes y cascos; pero Ciro se dispuso al combate dejándose descubierta la cabeza. (Dícese, en efecto, que es costumbre de los persas entrar en batalla con la cabeza descubierta). También los caballos que iban con Ciro estaban todos protegidos con armaduras en la cabeza y en el pecho, y los jinetes tenían

espadas griegas.

Ya mediaba el día y aún no se habían presentado los enemigos; pero al comenzar la tarde se vio una polvareda como una nube blanca, y poco después una especie de mancha negra que cubría la llanura en una gran extensión. Según se acercaban fuése apercibiendo el resplandor del bronce, y pronto aparecieron claramente las lanzas y las filas de soldados. A la izquierda de los enemigos venían escuadrones de caballería armados con corazas blancas, de los cuales se decía ser jefe Tisafernes; junto a éstos los guerróforos[16] e inmediatamente la infantería pesada con escudos de madera que les llegaban hasta los pies; decíase que eran egipcios. Después seguían otros cuerpos de caballería y arqueros. Todas estas tropas iban agrupadas por naciones, y cada nación formaba una columna profunda. Delante marchaban los carros armados de hoces, a gran distancia uno de otro; las hoces iban sujetas a los ejes oblicuamente, y otras debajo de los asientos dirigidas hacia la tierra, de suerte que cortaran todo lo que encontrasen al paso. Había el plan de dirigir estos carros contra los batallones griegos y romperlos. Cuanto a lo que dijo Ciro al reunir a los griegos recomendándoles oyesen sin miedo la gritería de los bárbaros, el anuncio quedó fallido, porque no avanzaron dando gritos, sino con todo el silencio posible y con el mayor sosiego, a un paso igual y reposado. Mientras tanto, Ciro, recorriendo la línea acompañado por el intérprete Pigres y otros tres o cuatro, gritaba a Clearco que condujese sus tropas contra el centro de los enemigos, porque allí se encontraba el rey. «Y si venciéramos en este lado —decía— lo tendríamos ganado todo». Clearco, viendo el cuerpo colocado en el centro y oyendo decir a Ciro que el rey se encontraba fuera de la izquierda de los griegos (el ejército del rey era tan superior en número que su centro rebasaba la izquierda de Ciro); viendo

esto, Clearco no quería separarse del río, temeroso de que lo envolviesen por los dos lados, y respondió a Ciro que él vería lo que conviniese más.

Entretanto, el ejército bárbaro iba avanzando, mientras el de los griegos, quieto en el mismo sitio, acababa de formarse según acudían los soldados. Ciro, al pasar por delante y a muy corta distancia de las tropas, miraba a uno y otro lado contemplando ya a los enemigos, ya a los suyos. Entonces Jenofonte, de Atenas, viéndole desde las filas griegas en que se hallaba formado, dio espuelas a su caballo y, saliéndole al encuentro, le preguntó si tenía alguna orden que dar. Ciro se detuvo y le dijo, encargándole que lo comunicase a los demás, que los sacrificios se mostraban favorables. Mientras decía esto oyó un rumor que corría por las filas, y preguntó de qué se trataba. Y Jenofonte le contestó que era el santo y seña que pasaba por segunda vez. Se maravilló de quién podía haberlo dado, y preguntó cuál era el santo y seña. Jenofonte le respondió que «Zeus Salvador y victoria». Oyendo esto Ciro: «Pues bien: lo acepto —dijo—, y así sea». Dicho esto se encaminó al sitio que había escogido.

Y apenas distaban ya los frentes de ambos ejércitos tres o cuatro estadios, cuando los griegos principiaron a cantar el peán y se pusieron en movimiento para ir al encuentro de los enemigos.

Según avanzaban, una parte de la falange se adelantó algo en un movimiento impetuoso, y el resto se vio obligado a seguirla corriendo para alcanzarla, y al mismo tiempo que corría todos daban gritos a la manera como se festeja a Enialo[17]. También dicen algunos que golpeaban con las lanzas los escudos para infundir miedo a los caballos. Pero antes de que llegasen a tiro de arco los bárbaros volvieron la espalda y huyeron. Entonces los griegos los fueron

persiguiendo con todas sus fuerzas, gritándose los unos a los otros que no corriesen atropelladamente, sino que les siguiesen bien formados. Mientras tanto, los carros eran arrastrados, unos a través de los enemigos mismos y otros a través de los griegos; iban sin conductores. Y los griegos, al verlos venir, se separaban, aunque hubo también alguno que, desconcertado como si estuviese en un hipódromo, se dejó coger. Pero, según dijeron, ni este mismo sufrió ningún daño, como tampoco ningún otro griego en esta batalla; sólo se dijo que en el ala izquierda uno había sido alcanzado por una flecha.

Ciro, viendo a los griegos vencedores por su lado y persiguiendo al enemigo, lleno de satisfacción y saludado como rey por los que le rodeaban, no por eso se dejó arrastrar a la persecución, sino que, manteniendo recogida la fuerza de seiscientos caballos que le acompañaban, se mantuvo en observación de lo que haría el rey. Sabía que éste se hallaba en el centro del ejército persa; todos los jefes bárbaros se colocan en el centro de los ejércitos que mandan, pues piensan que así están más seguros, teniendo fuerzas a uno y otro lado, y que si necesitan mandar algo tardará el ejército en saberlo la mitad de tiempo. Siguiendo esta costumbre, el rey se mantenía en el centro de su ejército, pero aun así quedaba fuera del ala izquierda de Ciro. Y cuando vio que nadie le presentaba combate ni a las tropas formadas delante de él, les mandó dar vuelta con intención de envolver a su contrario. Ciro, entonces, temeroso de que, atacando por detrás, desbaratase el ejército griego, se lanzó a su encuentro y cargando con los seiscientos de su guardia derrotó a las fuerzas puestas delante del rey, puso en fuga a los seis mil y hasta se dice que mató con su propia mano al jefe Artajerjes que los mandaba. Al ver que los enemigos huían, los seiscientos de Ciro se dispersaron también, lanzándose en su persecución,

excepto unos pocos que permanecieron al lado de su jefe, casi todos de los llamados compañeros de mesa. Estando, pues, con éstos descubrió el rey al escuadrón que le rodeaba, y sin poderse contener exclamó «Veo al hombre», y se lanzó contra él y le dio en el pecho, hiriéndole a través de la coraza, según se supo más tarde por Ctesias, el médico que dijo haberle curado la herida. Mientras hería al rey, uno le lanzó con gran fuerza un dardo que le penetró por debajo del ojo. Pueden verse en Ctesias, que se hallaba entonces al servicio de Artajerjes, los que cayeron por el lado del rey en este combate entre el rey y Ciro y entre los soldados de ambos en favor de cada uno. En el lado contrario murió el mismo Ciro, y los ocho más distinguidos de su guardia cayeron sobre su cadáver. Dícese que Arpates, servidor en quien él tenía puesta la mayor confianza entre los portacetros, al ver a Ciro por tierra saltó del caballo y se dejó caer sobre su amo. Según algunos, el rey mandó que alguien le degollase sobre el cuerpo de Ciro, y, según otros, él mismo se mató desenvainando su sable; tenía uno de oro, y llevaba collar, brazaletes y las demás cosas que suelen llevar los nobles persas, pues Ciro le distinguía mucho por el amor y fidelidad que le mostraba.

CAPÍTULO IX

Así murió Ciro, varón que entre los persas, después de Ciro el antiguo, fue quien tuvo más condiciones de rey y el más digno de gobernar, según convienen todos los que parece le han conocido de cerca. Ya siendo niño, cuando se educaba con su hermano y con los otros niños, se le tenía por el más aventajado. Porque todos los hijos de los nobles persas se educan en las puertas del palacio real, donde pueden aprenderse mucha cordura y no hay peligro de que se oiga o vea nada feo. Allí conocen, unas veces viéndolos y otras de oídas, a los que son honrados por el rey y a los que incurren en su desgracia, de suerte que desde niños aprenden a mandar y a obedecer.

Educado de esta forma, Ciro se mostró como el más juicioso de los de su edad y hasta el más dispuesto a obedecer a los ancianos que sus compañeros de condición inferior. También era muy aficionado a montar a caballo y llegó a ser jinete consumado; en todos los ejercicios militares, en manejar el arco y lanzar el dardo, mostraba un ardor infatigable. Llegado a la edad conveniente, se aficionó mucho a la caza y gustaba correr en ella toda suerte de riesgos, hasta el punto de que cierta vez, atacado por una osa, como no consiguiese herirla, fue embestido por la fiera y derribado del caballo, sufriendo diversas heridas, cuyas cicatrices conservaba, hasta que consiguió matarla. Y al primero que acudió en su auxilio le colmó de presentes.

Cuando su padre lo envió como sátrapa de la Lidia, la Gran Frigia y la Capadocia, nombrándole general de todas las fuerzas que debían reunirse en la llanura de Castolo, Ciro mostró ante todo que para él lo primero era cumplir con el mayor escrúpulo la palabra dada, ya fuese un tratado, ya un acuerdo, ya una simple promesa. Así es que tenían confianza en él las ciudades que le habían sido entregadas y la tenían también los particulares. Y hasta si tenía algún enemigo, una vez hechas las paces con Ciro, estaba seguro de no sufrir nada contra lo pactado. Esto explica que, cuando entró en guerra con Tisafernes, todas las ciudades se declarasen por él; a excepción de los milesios, que le temían porque él no quería abandonar a los desterrados. Había dicho, en efecto, y los hechos confirmaron sus palabras, que no los abandonaría aunque fuesen menores en número y sus cosas marchasen peor.

Si alguno se portaba bien o mal con él, veíasele afanoso por sobrepujarle, y según algunos referían, a veces expresaba el deseo de vivir el tiempo suficiente para vencer en los beneficios a los que le habían favorecido, y en la venganza a los que le ofendieron. Por eso, entre los hombres de nuestro tiempo nadie ha tenido mayor número de gentes dispuestas a sacrificarle gustosas dinero, ciudades y las propias vidas. Y no podría decirse que se dejase burlar por los malvados y criminales, pues los castigaba sin contemplación alguna. Con frecuencia podían verse por los caminos reales hombres privados de pies, de manos y de ojos; de tal suerte que bajo el gobierno de Ciro fue posible a cualquier hombre pacífico, lo mismo griego que bárbaro, ir a donde quisiese llevando consigo lo que le conviniera. Era un hecho reconocido que honraba de una manera especial a los que se distinguían en la guerra. Y en la primera que sostuvo, que fue contra los pisidas y los misios, dirigiendo él en persona la campaña en estas

comarcas, a los que veía afrontar espontáneamente los peligros nombróles gobernadores de las tierras conquistadas y además les obsequió con otros regalos. Parecía, pues, su intención que los bravos fuesen los que gozaran de mejor fortuna y que los cobardes debían ser esclavos de éstos. Así resultaba que siempre eran muchos los dispuestos a correr un peligro donde se pensaba que Ciro podía saberlo.

En cuanto a la justicia, si veía a alguno con intención de destacarse en este sentido, procuraba por todos los medios hacerlo más rico que los que se valían de la injusticia para sus provechos. Por eso, a más de que la justicia dominaba en todas las cosas, su ejército era un verdadero ejército. Los generales y los capitanes no acudían a él por el dinero, sino porque sabían que obedecer puntualmente a Ciro representaba más provecho que la simple soldada mensual. Jamás quien ejecutó con esmero las órdenes de Ciro dejó de ver recompensado su celo. De ahí que, según se decía, Ciro tuviera los mejores servidores en todos los asuntos.

Si veía que alguien era un administrador justo y hábil y que mejoraba la provincia puesta bajo su mando, aumentando su tributación, lejos de quitarle nada, dábale más todavía. De suerte que trabajaban con gusto, aumentaban sus bienes con seguridad y no ocultaban de Ciro lo que habían adquirido. Nadie supo descubrir en él envidia a los que disfrutaban públicamente de sus riquezas; al contrario, procuraba despojar a los que las ocultaban. A todos los amigos que se había hecho, amigos cuyo afecto conocía y a quienes consideraba como colaboradores eficaces de lo que se proponía hacer, sabía como nadie colmarlos de atenciones, según todos convienen. Y por lo mismo que él pensaba necesitar de amigos para tener quien le ayudase, él por su parte procuraba ayudar con todas sus fuerzas a sus amigos, según lo que veía

necesitar cada uno de ellos.

Ningún hombre, según pienso, ha recibido tantos regalos y, por muchas razones, nadie tampoco ha sabido distribuirlos mejor entre sus amigos, teniendo presentes las inclinaciones y necesidades de cada uno. Si alguien le enviaba galas, ya para la guerra, ya para el boato, decía, según contaban, que su persona no podría adornarse con todas ellas, pero que el mejor adorno de un hombre consistía para él en tener amigos bien engalanados. Que venciese a sus amigos en munificencia nada tiene de extraño, puesto que su poder era mucho mayor; pero que los superase en atenciones y en el deseo de agradar es cosa que me parece mucho más digna de estimación. A menudo les enviaba Ciro jarros medio llenos de vino, cuando lo recibía bueno, diciendo no haber encontrado otro tan agradable desde hacía mucho tiempo. «Te envío, pues, suplicándote que lo bebas hoy con los que te sean más caros». A menudo enviaba trozos de ánade, de pan o de otras cosas, encargando al portador que dijese: «Esto le ha gustado a Ciro y desea que tú también lo pruebes». Cuando el forraje escaseaba, él, que podía obtenerlo por el número y el celo de sus servidores, mandaba decir a sus amigos que tomasen de este forraje para sus caballos a fin de que éstos no sufriesen hambre y pudiesen llevarlos bien.

Si pasaba por algún sitio donde debía mirarle mucha gente, llamaba junto a sí a sus amigos y hablaba con ellos gravemente para mostrar a quienes estimaba; por eso, de cuantos han llegado a mis oídos, pienso que nadie ha sido objeto de una pasión tal ni entre los griegos ni entre los bárbaros. Y lo prueba esto: a pesar de no ser Ciro más que un súbdito, ninguno se le marchó al campo del rey. Sólo Orontes lo intentó, y éste mismo hubo de encontrar que aquel en cuya fidelidad confiaba era más afecto a Ciro que a

él mismo. En cambio, fueron muchos los que del campo del rey se pasaron a Ciro una vez rotas las hostilidades entre ambos, y precisamente aquellos que el rey distinguía más con su afecto, pues creían que si se mostraban valerosos serían mejor recompensados por Ciro que por el rey. También lo ocurrido en su muerte prueba el valor de Ciro y su acierto en escoger a los que eran fieles, leales y seguros. Cuando Ciro fue muerto, todos los amigos y compañeros de mesa que se encontraban a su lado perecieron combatiendo por su cadáver, excepto Arieo, que se hallaba en el ala izquierda al frente de la caballería. Cuando supo que Ciro había caído se puso en fuga con todo el cuerpo que mandaba.

CAPÍTULO X

Sobre el terreno mismo cortaron a Ciro la cabeza y la mano derecha. El rey, persiguiendo a los fugitivos, cayó sobre los reales de Ciro. Las tropas de Arieo, lejos de presentar resistencia alguna, huyeron a través de sus reales a la etapa de donde habían salido por la mañana, y que se hallaba, según decían, a cuatro parasangas de distancia. El rey y los suyos entraron a saco en todo y cogieron a la Focense, una manceba de Ciro, a quien llamaban la sabia y la bella. Pero la Milesia, más joven que la otra, cogida por los del rey, logró escaparse desnuda adonde estaban unos griegos que guardaban armados los bagajes. Estos salieron y perdieron también algunos de los suyos; pero no huyeron y salvaron valerosamente no sólo a la muchacha, sino todas las cosas y personas que se pusieron bajo su defensa.

Se hallaban entonces el rey y los griegos a una distancia como de treinta estadios; unos persiguiendo a cuantos encontraban por delante como si los hubiesen vencido a todos, y los otros pillando, como si ellos fuesen los vencedores. Pero cuando los griegos advirtieron que el rey con su ejército había caído sobre los bagajes, cuando el rey supo por Tisafernes que los griegos habían vencido por su lado y que avanzaban persiguiendo a los fugitivos, entonces el rey recogió sus tropas y las colocó en orden; y Clearco, llamando a Próxeno, que era quien se encontraba más cerca, se puso a deliberar si enviarían un destacamento o irían todos

a defender los reales.

En esto vióse claramente que el rey avanzaba para atacarlos por la espalda. Entonces los griegos, dando la vuelta, se aprestaron a recibirle si atacaba por este lado; pero el rey no fue por allí, sino que se volvió por donde había rebasado el ala izquierda, recogiendo a los tránsfugas que se habían pasado a los griegos durante la batalla y a Tisafernes con sus tropas. Porque Tisafernes no huyó al primer encuentro, sino que, siguiendo la orilla del río, atravesó con su caballería por entre los peltastas griegos, aunque sin matar a ninguno, pues los griegos, abriendo sus filas, herían con espadas y dardos a los jinetes enemigos. Mandaba a los peltastas Epístenes de Anfípolis, quien, según contaban, se había conducido con gran sagacidad. Tisafernes, como vio que llevaba la peor parte se alejó de los peltastas y renunciando a otro ataque llegó a los reales de los griegos, donde se encontró con el rey. Allí reunieron ambos sus tropas y se volvieron juntos.

Cuando ya se hallaban a la altura del ala izquierda de los griegos, éstos temieron que les atacasen de flanco y envolviéndolos por uno y otro lado los hiciesen pedazos. Y les pareció que lo mejor sería replegar el ala y hacer que el río les quedase a la espalda. Mientras decidían esto, el rey, cambiando en este mismo sentido la formación de sus tropas, puso enfrente la falange como cuando avanzó por vez primera en orden de combate. Los griegos, al ver a sus enemigos ya cerca y formados, entonaron de nuevo el peán y se lanzaron al ataque con mucho más brío que la vez pasada. Pero los bárbaros no los esperaron, sino que, a una distancia mayor que la vez primera, se dieron a la fuga.

Los griegos fueron persiguiéndoles hasta una aldea, donde se detuvieron. Dominando a esta aldea se alzaba una colina, y en ella se había recogido la escolta del rey; no había soldados

de infantería, pero todo el altozano estaba lleno de jinetes, de suerte que no era posible saber lo que hacían. Y según dijeron, habían visto la insignia del rey: un águila de oro con las alas desplegadas sobre un escudo. Mas cuando los griegos avanzaron también sobre este punto, los jinetes abandonaron la colina, dispersándose cada uno por su lado; no quedó en la colina un solo jinete, y por fin todos desaparecieron.

Clearco entonces no hizo subir a las tropas la colina, sino que, manteniéndolas a su pie, envió a Licio el siracusano y a otro que subieran y después de reconocer la colina viniesen a decirle lo que vieran. Licio picó espuelas a su caballo y, examinando el terreno, informó que el enemigo huía con todas sus fuerzas, y en esto el sol iba ya poniéndose. Los griegos entonces se pararon y, puestas las armas en tierra, descansaron. Maravillávales al mismo tiempo que no se les hubiese presentado Ciro ni nadie que viniese de su parte; no sabían que había muerto y pensaban que seguía persiguiendo al enemigo o se había adelantado para tomar alguna posición. Mientras tanto deliberaron si permanecerían en aquel sitio llevando a él los bagajes o si volverían a los reales. Decidieron volver y llegaron a las tiendas hacia la hora de cenar.

Tal fue el fin que tuvo esta jornada. Los griegos encontraron saqueadas la mayor parte de sus cosas, lo mismo que las provisiones de comer y beber. Los carros llenos de harina y de vino que Ciro tenía preparados para distribuirlos entre los griegos en caso de que sorprendiese una extrema necesidad al ejército también habían sido saqueados. De manera que se quedaron sin cenar la mayor parte de los griegos. Y tampoco habían podido almorzar por la mañana, pues el rey se presentó antes de que rompiesen filas para el almuerzo. Así, pues, pasaron la noche.

LIBRO SEGUNDO

[En el libro precedente se ha referido cómo reunió Ciro las tropas griegas cuando decidió marchar contra su hermano Artajerjes, las cosas que ocurrieron durante la expedición, las peripecias del combate, cómo murió Ciro y cómo los griegos, vueltos a los reales, descansaron creyendo que habían vencido a sus enemigos y que Ciro estaba vivo][18].

CAPÍTULO I

Al clarear el día se reunieron los generales y estaban maravillados de que Ciro no les hubiese enviado a nadie para indicarles lo que debían hacer ni se hubiese presentado él en persona. Decidieron, pues, cargar los bagajes y avanzar armados hasta encontrar a Ciro. Ya principiaban a moverse y el sol iba saliendo, cuando llegaron Procles, gobernador de la Teutrania, descendiente del lacedemonio Demarato, y Glun, hijo de Famo. Estos dijeron que Ciro había muerto y Arieo huido, y que se encontraba con los demás bárbaros en la etapa de donde la víspera habían partido. Desde allí les mandaba a decir que les esperaría todo aquel día, si pensaban ir, pero que al siguiente se volvería a Jonia, de donde había venido. Al oír esto los generales y al saberlo los demás griegos se apenaron mucho. Y Clearco dijo estas palabras: «¡Ojalá viviera Ciro!, mas, puesto que ha muerto, decid a Arieo que hemos vencido al rey y que, como veis, nadie nos presenta combate; si no hubierais venido vosotros habríamos marchado seguramente contra el rey. También prometemos a Arieo que si viene a nosotros lo sentaremos en el trono del rey; pues son los vencedores los que deben tener el mando». Dicho esto despachó a los mensajeros y con ellos a Quirísofo el lacedemonio y a Menón el tesalo, éste a petición propia, pues era amigo y huésped de Arieo.

Marcharon éstos y Clearco se quedó esperando. El ejército se procuraba vituallas como podía, matando bueyes y

asnos de los que llevaban los bagajes. Leña encontraban apartándose un poco de la falange, en el lugar donde se había dado la batalla; había allí muchas flechas que los griegos habían obligado a abandonar a los tránsfugas del ejército real, y escudos de mimbre y de madera como llevan los egipcios; había también gran número de peltas[19] y carros abandonados. Con todo esto cocieron las carnes y comieron aquel día.

Ya era próximamente la hora en que la plaza estaba llena[20] cuando se presentaron unos heraldos de parte del rey y de Tisafernes, todos ellos bárbaros a excepción de uno, Falino, que era griego y estaba al servicio de Tisafernes, cuya estimación disfrutaba; se hacía pasar, en efecto, por muy entendido en la organización militar y en los combates. Adelantáronse estos heraldos y llamando a los jefes de los griegos les dijeron que el rey les mandaba que, pues él era vencedor y había muerto a Ciro, entregasen las armas y se presentasen ante las puertas de su palacio a esperar si se les podía favorecer en algo. Esto dijeron los heraldos del rey, y los griegos se indignaron al oírlo; pero Clearco contestó en breves términos que no correspondía a los vencedores el entregar sus armas. «Pero contestad vosotros, generales —acabó diciendo—, a estos hombres lo que os plazca más conveniente. Yo volveré enseguida». Le había llamado uno de los servidores para que viese las entrañas ya sacadas de las víctimas, pues estaban sacrificando. Entonces Cleanor el arcadio, que era el de más edad entre ellos, les respondió que antes morirían que entregar las armas. Y Próxeno el tebano: «Una cosa —dijo— me tiene suspenso, Falino: ¿pide el rey las armas como quien está en situación de exigirlo o como señal de amistad? Si como lo primero, ¿por qué en lugar de pedirlas no viene a tomarlas? Y si pretende persuadirnos amistosamente a que se las demos, dígase a los soldados los beneficios que obtendrán si acceden a la demanda». A esto

replicó Falino: «El rey se tiene por vencedor, puesto que ha dado muerte a Ciro. Porque, ¿quién hay que le dispute el trono? Y hasta a vosotros mismos os considera como cosa suya, pues os encontráis en medio de sus dominios y dentro de ríos no vadeables, y que puede conducir contra vosotros tal multitud de hombres que aunque se dejasen matar no lo podríais hacer». En esto intervino Teopompo, de Atenas, diciendo: «Como ves, Falino, los únicos bienes que tenemos ahora son nuestras armas y nuestro valor. Mientras tengamos las armas pensamos que no ha de faltarnos el valor; pero si las entregamos perderías también nuestras vidas. No pienses, pues, que os vayamos a entregar los únicos bienes que poseemos; al contrario, con ellas podremos también combatir por nuestros intereses». Al oír esto rióse Falino y dijo: «Muchacho, hablas como un filósofo y lo que dices no deja de tener gracia. Pero, no lo dudo, serías un tonto si creyeses que con vuestro valor podéis triunfar de las fuerzas del rey». También se contó que habían hablado algunos otros procurando suavizar las cosas de suerte que, así como habían ganado la confianza de Ciro, pudiesen conquistar el aprecio del rey si éste quería ser amigo y utilizarlos en cualquiera otra empresa, acaso en una expedición contra Egipto para ayudar a sometérselo.

En esto llegó Clearco y preguntó si ya habían dado la respuesta. Pero Falino interrumpió diciendo: «Estos, Clearco, cada uno dice lo suyo; dinos tú lo que piensas». Y él dijo: «Yo, Falino, te he visto con gusto y pienso lo mismo que todos los otros. Eres griego, como nosotros todos los que ves, y puesto que nos hallamos en el trance, te pedimos consejo acerca del partido que debemos tomar sobre lo que dices. Por los dioses te conjuro que nos aconsejes aquello que te parezca ser lo mejor y más conveniente, cosa que te honrará en lo venidero cuando se diga que Falino, enviado por el rey para

invitar a los griegos a que entregasen las armas, tomó parte en sus deliberaciones aconsejándoles tal resolución. Bien conoces que forzosamente se ha de saber en Grecia aquello que nos aconsejes». Clearco se insinuaba de este modo con intención de que el mismo enviado del rey aconsejase que no entregaran las armas y con ello estuviesen los griegos más esperanzados. Pero Falino se esquivó contestando contra lo que el otro esperaba: «Si entre mil probabilidades tenéis una sola de salvaros luchando contra el rey, yo os aconsejo que no entreguéis las armas; pero, si no hay esperanza alguna de salvación yendo contra la voluntad del rey, os aconsejo que os salvéis como sea posible». A esto replicó Clearco: «Bien, ésta es tu opinión. De nuestra parte di lo siguiente: que, si hemos de ser amigos del rey, valdremos mucho más teniendo las armas que dándoselas a otro; y que, si hemos de combatir, mejor es combatir teniendo las armas que dándoselas a otro». Y Falino dijo: «Así lo diremos. Pero el rey nos ha encargado, además, os dijésemos que si permanecéis en este sitio os concederá treguas, pero que si avanzáis, o retrocedéis os hará la guerra. Decid, pues, acerca de esto, si permaneceréis quietos y habrá treguas, o si anuncio que os consideráis como enemigos». Clearco le respondió: «Pues sobre este punto anuncia que pensamos lo mismo que el rey». «¿Y qué es eso mismo?», dijo Falino. Y le contestó Clearco: «Si permanecemos quietos, treguas, y si avanzamos o retrocedemos, guerra». Y de nuevo preguntó el otro: «¿Anuncio treguas o guerra?». Pero Clearco dio la misma respuesta: «Treguas si permanecemos quietos, guerra si avanzamos o retrocedemos». Y no dejó traslucir lo que pensaba hacer.

CAPÍTULO II

Falino y sus compañeros se marcharon. De los que habían ido al campamento de Arieo volvieron Procles y Quirísofo; Menón permaneció al lado de Arieo. Los otros dos refirieron cómo les había dicho Arieo que existían muchos persas de más calidad que él y que no le sufrirían como rey: «Pero si queréis retiraros os invita a que vayáis esta noche; y si no vais, dice que partirá por la mañana». Clearco dijo: «Eso es lo que debemos hacer: si fuésemos, como decís, y si no, haced lo que os parezca más conveniente». Lo que pensaba hacer ni aun a éstos lo descubrió.

Después de esto, y a la puesta del sol, llamó a los generales y capitanes y les habló en estos términos: «Compañeros: cuando sacrificaba para marchar contra el rey, las víctimas no se presentaron favorables. Y con fundamento; pues, según me informan ahora, entre nosotros y el rey está el río Tigris, que es preciso atravesar con barcas, cosa que nosotros no podríamos hacer porque carecemos de ellas. Y tampoco es posible permanecer aquí, pues no podemos encontrar los víveres necesarios; en cambio, para ir a juntarnos con los amigos de Ciro las víctimas eran excelentes. Lo que debemos, pues, hacer, es lo siguiente: ahora nos separamos y que cada cual cene lo que tenga; después, cuando se dé con el cuerno el toque de reposo, recoged los bagajes; cuando se dé el segundo toque, cargadlos en las acémilas, y al tercer toque seguid al que guíe, yendo las acémilas del lado del río y la

gente armada por la parte de fuera».

Oído esto, los generales y capitanes se marcharon e hicieron como decía. Y en lo sucesivo Clearco ejerció autoridad de jefe y los demás le obedecieron, no por haberlo elegido, sino viendo que él solo sabía disponer las cosas como corresponde a un jefe, mientras los demás carecían de experiencia. (El camino que habían recorrido desde Éfeso de Jonia hasta el lugar de la batalla comprendía noventa y tres jornadas con quinientas treinta y cinco parasangas y dieciséis mil cincuenta estadios; desde el lugar de la batalla hasta Babilonia había, según dijeron, trescientos sesenta estadios).

Entrada la noche, Miltoquites el tracio, con los jinetes que mandaba, hasta cuarenta, y unos trescientos de la infantería tracia, huyó del campamento y se pasó al rey. Clearco condujo a los demás según las instrucciones dadas, y ellos le siguieron. A eso de medianoche llegaron a la etapa anterior, donde estaba Arieo con su ejército. Y mientras la tropa permanecía en armas y formada, los generales y capitanes de los griegos se presentaron a Arieo, y por un lado los griegos y por otro Arieo y los más principales que le acompañaron juraron que no se harían traición y serían aliados; los bárbaros juraron, además, que guiarían sin engaño. Para estos juramentos sacrificaron un toro, un lobo, un jabalí y un carnero, y haciendo correr la sangre dentro de un escudo, los griegos mojaron en ella las espadas y los bárbaros las lanzas.

Después que se dieron la fe los unos a los otros, dijo Clearco: «Puesto, Arieo, que vosotros y nosotros vamos a ir juntos en esta marcha, dinos lo que piensas acerca de nuestro regreso, si volveremos por donde hemos venido o si conoces algún otro camino más conveniente». Y Arieo respondió: «Si volviésemos por el mismo camino pereceríamos por completo de hambre. No disponemos ahora de víveres y en

las diecisiete etapas próximas no podemos tomar nada ni tampoco de la región en que estamos; donde había algo, ya lo hemos consumido a nuestro paso. Así es que pensamos seguir otro camino, más largo ciertamente, pero en el cual no careceremos de provisiones. Las primeras etapas debemos hacerlas lo más largas posibles, a fin de alejarnos lo más que podamos del ejército del rey; una vez que nos hallemos a dos o tres días de camino ya no podrá el rey cogernos, pues no se aventurará a seguirnos con un pequeño ejército, y con una masa grande no podrá marchar deprisa. Probablemente estará también escaso de provisiones. Esto es —dijo— lo que yo pienso».

En este plan el único recurso era la fuga, escapando a la persecución del enemigo. Pero el azar condujo a las tropas mucho mejor. Al rayar el día se pusieron en camino, llevando el sol a la derecha y pensando que al ponerse el sol llegarían a unas aldeas en la comarca de Babilonia; y en esto no se equivocaron. Pero ya por la tarde les pareció ver caballería enemiga, y aquellos de los griegos que se habían salido de filas corrieron a formarse; Arieo, que iba sobre un carro porque se encontraba herido, saltó a tierra y se puso la armadura, como hicieron también los que le acompañaban. Pero mientras se armaban vinieron los exploradores que habían sido enviados y dijeron que no era caballería, sino gente que pastoreaba las acémilas. Esto fue indicio para todos de que el rey acampaba en algún lugar cercano; además, se veía salir humo de algunas aldeas no muy distantes.

Clearco entonces no marchó contra el enemigo, porque sabía que sus tropas estaban fatigadas y sin comer y ya era tarde; pero, para que no creyesen los enemigos que huía, no torció el camino, sino que, ya poniéndose el sol, continuó en línea recta y con los soldados que iban a la cabeza acampó en

las aldeas más próximas, donde el ejército real lo había saqueado todo, hasta las maderas de las casas. La vanguardia acampó con cierto orden, pero los últimos, llegados ya de noche cerrada, tuvieron que colocarse cada cual donde pudo, e hicieron tal ruido llamándose los unos a los otros, que lo oyeron los enemigos, y aquellos que estaban más próximos huyeron de sus tiendas, como pudo verse al día siguiente; no apareció acémila alguna, ni campamento, ni humo en ningún lugar cercano. El mismo rey, al parecer, había cogido miedo ante el avance del ejército griego. Y lo confirmó con su conducta al día siguiente.

Ya avanzada la noche aquella se produjo también un pánico entre los griegos, con gran tumulto y estruendo, como suele acontecer en casos semejantes. Entonces Clearco mandó a Tolmides, de Elea, el mejor de los heraldos entonces a su lado, que hiciese silencio y prometiese en nombre de los jefes un talento de plata como recompensa para el que denunciase al que hubiera soltado un asno en medio del campamento. Al oír esto comprendieron los soldados que el pánico no tenía fundamento y que los jefes estaban sanos y salvos. Al amanecer mandó Clearco a los griegos que formaran en armas en el orden que tenían el día de la batalla.

CAPÍTULO III

Lo que antes escribí que el rey estaba aterrorizado por el avance de los griegos pudo entonces verse claramente. El día anterior había enviado a sus mensajeros invitando a los griegos a que entregasen las armas; ahora mandó al salir el sol unos heraldos para pedir treguas. Cuando estos heraldos llegaron a las avanzadas preguntaron por los jefes. Los centinelas anunciaron su llegada, y Clearco, que se encontraba entonces revistando las tropas, les encargó dijesen a los heraldos que aguardasen hasta que tuviese tiempo de recibirlos. Entonces Clearco dispuso el ejército de suerte que, formado en falange bien compacta, ofreciera un aspecto imponente, y ordenó que permanecieran ocultos todos los soldados que no tenían armas. Hecho esto, mandó llamar a los enviados y él se adelantó en persona seguido por los soldados mejor armados y de mejor aspecto, y a los demás generales dijo que hiciesen lo mismo. Cuando llegó junto a los enviados preguntóles qué querían. Ellos respondieron que venían para concertar treguas y estaban autorizados para tratar con los griegos de parte del rey y para transmitir al rey las palabras de los griegos. Clearco respondió: «Anunciadle, pues, que ante todo debemos combatir; no tenemos qué almorzar, y no hay quien se atreva a hablar de treguas a los griegos si no les proporciona almuerzo». Oído esto, los enviados se marcharon, pero volvieron en seguida, señal de que el rey se encontraba cerca o alguien a quien el rey había encargado que

llevase este asunto. Dijeron que al rey le parecía razonable lo que decían y que con ellos venían guías encargados de llevarlos, si se ajustaban las treguas, al sitio donde podrían aprovisionarse. Clearco les preguntó si las treguas serían sólo con aquellos que fuesen y viniesen, de una parte a otra, o si con todos en general. «Con todos —respondieron—, hasta que vuestras proposiciones hayan sido llevadas al rey». Entonces Clearco mandó que los apartasen de allí y celebró consejo con sus compañeros, quedando decidido que se harían treguas en seguida y marcharían tranquilamente en busca de las provisiones. Y añadió Clearco: «Tal es también mi parecer. Pero no haré público el acuerdo inmediatamente, sino que dejaré pasar algún tiempo para que teman los enviados que rechacemos las treguas; seguramente —añadió — nuestros soldados sentirán el mismo temor». Cuando pareció que era el momento oportuno declaró que se aceptaban las treguas y mandó los guiasen sin tardanza al sitio del aprovisionamiento.

Ellos guiaron. Clearco, después de hechas las treguas, marchó con el ejército formado en buen orden y se colocó a retaguardia. Por el camino se encontraron con fosos y canales tan llenos de agua que no se podían pasar sin puentes, y con palmeras, unas que hallaron caídas y otras que cortaron, hicieron unos pasos. Allí pudo verse lo bien que sabía mandar Clearco. Teniendo la lanza en la mano izquierda y a la derecha un bastón, si alguien de los destinados a esta labor le parecía trabajaba flojamente, le golpeaba con el palo y elegía otro más activo, al mismo tiempo que él se metía en el barro para ayudar en el trabajo, de suerte que todos sentían vergüenza de no aplicarse del mismo modo. Al principio sólo habían sido destinados a esta tarea los que tenían hasta treinta años; pero, cuando vieron lo que hacía Clearco, prestaron también su ayuda los de más edad. Y Clearco trabajaba con

mucho más ardor, sospechando que los fosos no estaban siempre tan llenos de agua, pues aún no era época de regar el campo. Sospechaba que el rey había soltado el agua para que el camino apareciese a los griegos erizado de obstáculos.

Por fin, llegaron a unas aldeas, donde les dijeron los guías que podían aprovisionarse. Había en ellas mucho trigo, vino de palmera, y una bebida ácida sacada de este mismo árbol y cocida. En cuanto a los dátiles, los de tamaño semejante al que tienen en Grecia son abandonados a los esclavos; para los ricos se reservaban otros escogidos, de una belleza y de un tamaño maravillosos y de un color enteramente igual al ámbar amarillo. También los sirven secos como postre. Resultan muy agradables para comer, bebiendo, pero dan dolor de cabeza. Allí comieron también por primera vez los soldados col de palmera, y muchos admiraron su forma y su extraño y agradable sabor; pero también produce dolores de cabeza. La palmera, una vez que le quitan su copete, se seca por completo.

Permanecieron allí tres días, y de parte del gran rey se presentó Tisafernes con el hermano de la mujer del gran rey y otros tres persas; les acompañaban gran número de esclavos. Los generales griegos les salieron al encuentro, y Tisafernes, por medio de un intérprete, les habló de esta suerte: «Griegos: vivo en un país vecino a Grecia, y al veros caídos en grandes y numerosas dificultades pensé que sería para mí una dicha si pudiese pedir al rey que me concediese el conduciros a Grecia sanos y salvos. Y creo que no dejará de agradecérseme tanto por parte vuestra como en general por la de todos los griegos. Con esta idea se lo he pedido al rey; le he dicho que era de justicia el otorgarme tal gracia, ya que fui el primero en anunciarle la expedición de Ciro, trayéndole con la noticia el socorro de mis tropas, y el único también que no huyó entre

los que estaban formados contra los griegos, sino que, rompiendo por en medio de vuestras filas, me junté con el rey en vuestro campamento, donde el rey había llegado después de matar a Ciro; y que después, unido a éstos que me acompañan, y que son aquellos en quienes él tiene más confianza, perseguí a los bárbaros de Ciro. Sobre esto me ha prometido el rey que reflexionaría sobre ello; pero me ordenó que viniese a preguntaros por qué motivo habéis marchado contra él. Yo, por mi parte, os aconsejo que respondáis en términos moderados, a fin de conseguir más fácilmente, si puedo, algo bueno en favor de vosotros».

Oído esto, los griegos, apartándose a un lado, deliberaron, y por boca de Clearco respondieron: «Nosotros no nos hemos reunido con intención de hacer la guerra al rey, ni pensábamos que nuestra expedición se dirigiese contra él. Pero, como tú bien sabes, Ciro supo imaginar diversos pretextos para sorprenderos a vosotros desprevenidos y para conducirnos aquí a nosotros. Más tarde, cuando le vimos en peligro, sentimos vergüenza ante los dioses y ante los hombres de entregarle después de habernos prestado antes a todo el bien que nos había hecho. Muerto Ciro, no disputamos al rey su autoridad, ni tenemos ningún motivo para hacer daño a sus dominios, ni queremos matarle. Sólo pretendemos volver a nuestra patria si nadie nos lo estorba. Pero, si se nos hace daño, procuraremos defendernos con la ayuda de los dioses. En cambio, si se nos favorece, devolveremos los beneficios en la medida de nuestras fuerzas». Así habló Clearco. Tisafernes, después de escucharle, dijo: «Voy a comunicarle al rey vuestras respuestas y volveré a traeros lo que él diga; hasta mi vuelta subsistirán las treguas y os proporcionaremos mercado». Al día siguiente no vino y los griegos estaban preocupados. Pero al tercer día se presentó y dijo que había conseguido del rey que le permitiera poner en salvo a los griegos, aunque se

habían opuesto muchísimos diciendo que no era digno del rey dejar marcharse a gentes que habían tomado las armas contra él. Y terminó diciendo: «Ahora, pues, podéis tomar de nosotros prendas de que no se os hostilizará en nuestro país y de que os guiaremos sin engaño hasta Grecia, proporcionándoos mercado donde podáis proveeros. Y donde no sea posible comprar os permitiremos que toméis del país las cosas necesarias. Vosotros, por vuestra parte, debéis jurar que marcharéis sin hacer daño, como por país amigo, tomando las cosas de comer y beber cuando no os proporcionemos mercado; pero si os lo proporcionamos compraréis lo que os haga falta». Puestos de acuerdo en esto, hicieron los juramentos y se dieron mutuamente las manos Tisafernes, el hermano de la mujer del rey y los generales griegos. Entonces dijo Tisafernes: «Ahora me vuelvo al lado del rey, y cuando haya terminado lo que necesito vendré ya con mis equipajes para conduciros a Grecia y marchar yo mismo a mi gobierno».

CAPÍTULO IV

Después de esto, los griegos y Arieo aguardaron a Tisafernes acampados los unos cerca de los otros más de veinte días. En este tiempo visitaron a Arieo sus hermanos y otros parientes; también acudieron algunos persas para ver a los que con él estaban y tranquilizarlos; algunos hasta les dieron seguridades en nombre del rey de que éste no les guardaba mala voluntad por haber acompañado a Ciro ni por nada de lo pasado. Después de esto pudo verse claramente que Arieo y los suyos tenían menos atenciones con los griegos; de suerte que la mayor parte de los griegos se sintieron disgustados por tal conducta, y presentándose a Clearco y a los otros generales les dijeron: «¿Por qué permanecemos aquí? ¿Acaso no sabemos que el rey querría sobre todas las cosas aniquilarnos para que los demás griegos tengan miedo de hacer guerra al gran rey? Ahora procura que permanezcamos aquí porque sus tropas están dispersas; pero una vez que las reúna debemos tener por seguro que nos atacará. Acaso está ahora haciendo que abran fosos o levanten muros para hacernos imposible el camino. Lo cierto es que nunca consentirá de buen grado que, llegando nosotros a Grecia, digamos cómo con nuestro corto número vencimos al rey a las puertas de su corte y nos retiramos haciendo burla de su autoridad». A los que así hablaban les respondió Clearco: «A mí tampoco se me escapa nada de esto. Pero también considero que si nos marchamos ahora parecerá que vamos en son de guerra y que violamos las treguas.

Además, nadie nos venderá víveres, ni tendremos de dónde proveernos; nadie nos servirá de guía. Por otra parte, si tomamos este partido, Arieo se apartará de nosotros, de suerte que no nos quedará ningún amigo y los que antes lo eran se convertirán en enemigos. No sé si tenemos que atravesar algún otro río, pero sí sabemos que el Éufrates es imposible de pasar si lo quieren impedir los enemigos. Y si fuese preciso combatir no disponemos de caballería aliada; en cambio, la tienen muy numerosa y buena los enemigos; de suerte que si salimos vencedores no podremos matar a nadie, y si resultamos derrotados estamos perdidos sin remedio. Yo por mi parte, si el rey, que dispone de tantos elementos, quiere aniquilarnos, no alcanzo a ver por que razón habla de prestar juramentos, darnos seguridades y tomar en falso por testigos a los dioses, haciendo sospechosa su palabra lo mismo a los griegos que a los bárbaros». Y añadió otras muchas razones parecidas.

En esto llegó Tisafernes con sus tropas como para volver a su gobierno, y también Orontes con las suyas. Éste llevaba, además, a la hija del rey, que había obtenido en matrimonio. Partieron, pues, de allí guiados por Tisafernes, que les proporcionaba, además, ocasión de comprar las provisiones necesarias. También se puso en marcha Arieo al frente del ejército bárbaro de Ciro; iba con Tisafernes y Orontes y acampaba con ellos, y los griegos, desconfiando de todos, marchaban aparte conducidos por sus guías. Acampaban siempre a distancia de una parasanga o menos, y unos y otros ponían centinelas como si fuesen enemigos, cosa que producía sospechas. Algunas veces, cuando se encontraban buscando leña o recogiendo forraje y otras cosas, se golpeaban mutuamente, y esto aumentaba la enemiga. Después de tres etapas llegaron al llamado muro de Media y lo pasaron. Estaba constituido con ladrillos cocidos y asentados en asfalto, medía

veinte pies de ancho por cien de alto; según dijeron, se extendía por espacio de veinte parasangas y se hallaba a corta distancia de Babilonia.

Desde allí recorrieron ocho parasangas en dos jornadas y atravesaron dos canales, uno sobre un puente fijo y el otro sobre uno hecho con siete barcas. Estos canales salen del río Tigris y de ellos se derivan acequias que riegan la comarca; las primeras son grandes, pero después se van haciendo cada vez más pequeñas, hasta convertirse en regueras como las que se usan en Grecia para el mijo. Por fin llegaron al río Tigris; cerca de él se encontraba una ciudad grande y de población numerosa llamada Sitaca y distante del río quince estadios. Los griegos pusieron sus tiendas junto a ella, cerca de un parque grande y hermoso lleno de toda clase de árboles. Los bárbaros pasaron el río y no se les podía ver.

Después de la cena estábanse paseando por delante del campamento Próxeno y Jenofonte. En esto llegó un hombre y preguntó a los centinelas de las avanzadas dónde podría ver a Próxeno o a Clearco; por Menón no preguntó, y eso que venía de parte de Arieo, el amigo de Menón. Al declarar Próxeno que él era a quien buscaba, el hombre dijo: «Vengo de parte de Arieo y de Artaozo, que gozaron de la confianza de Ciro y que a vosotros os tiene buena voluntad. Os aconsejan, pues, que tengáis cuidado, no sea que os ataquen por la noche los bárbaros: hay un ejército numeroso en el parque cercano. También os aconsejan que enviéis un destacamento al puente que cruza el río Tigris, pues Tisafernes piensa cortarlo esta noche si puede, a fin de que no paséis y quedéis cogidos en medio del canal y del río». Al oír esto lo llevaron a Clearco y refirieron a éste lo que el hombre decía. Clearco se puso muy turbado y dio muestras de que le atemorizaba la noticia. Entonces un muchacho que se

encontraba entre los presentes reflexionó y dijo que no se conciliaban bien el ataque y la ruptura del puente: «porque, si atacan, o vencen o serán vencidos. Si vencen, ¿para qué cortar el puente? Por muchos puentes que hubiese no podríamos salvarnos huyendo a ningún sitio, y si nosotros vencemos, no podrán ellos huir a ninguna parte si ha sido cortado el puente; como tampoco podrían auxiliarles las numerosas tropas acampadas al otro lado del río».

Al oír esto Clearco preguntó al enviado qué espacio podría haber entre el Tigris y el canal. El otro contestó que había una extensa zona y que en ella existían muchas aldeas y ciudades importantes. Esto hizo ver claramente que los bárbaros habían mandado bajo cuerda a aquel hombre, temerosos de que los griegos, cortando el puente, se quedasen en la isla defendida de un lado por el Tigris y del otro por el canal, disponiendo de todo lo necesario, puesto que la tierra era fértil y extensa, y ellos podrían muy bien cultivarla; además, temían se convirtiese en sitio de refugio para quienes quisieran hacer daño al rey.

Después de esto se fueron todos a dormir, aunque no sin enviar antes un destacamento para la vigilancia del puente. Y según refirieron los centinelas, no les atacó nadie, ni por los alrededores del puente se presentó ningún enemigo. Al rayar el día atravesaron el puente, formado por treinta y siete barcas, tomando todas las precauciones, pues algunos griegos que servían a las órdenes de Tisafernes habían anunciado que los atacarían cuando estuvieran pasando; pero sólo apareció Glun, que, acompañado de alguna escolta, vino a ver si pasaban, y cuando se cercioró de que así lo hacían picó espuelas a su caballo y desapareció con su gente.

Pasado el Tigris, recorrieron veinte parasangas en cuatro etapas, hasta llegar al río Fisco, que tiene de ancho un pletro y

es atravesado por un puente. Allí se alzaba una ciudad grande llamada Opis, cerca de la cual se encontró con los griegos el hermano bastardo de Ciro y de Artajerjes que venía de Susa y de Ecbatana con un gran ejército en socorro del rey, y mandando detenerse a su ejército se puso a contemplar el paso de los griegos. Clearco, que mandaba a la cabeza, hizo desfilar a sus tropas de dos en fondo, mandándoles pararse de cuando en cuando. Cada vez que se detenía la vanguardia del ejército era forzoso que se detuviera también el resto; de suerte que hasta a los mismos griegos les parecía enorme el ejército, y el persa, que contemplaba el desfile, se quedó asombrado.

Desde allí recorrieron treinta parasangas en seis etapas a través de los desiertos de Media y llegaron a las aldeas de Parisátile, la madre de Ciro y del rey. Tisafernes, por escarnio a Ciro, permitió a los griegos que las saquearan, prohibiéndoles tan sólo que hiciesen esclavos. Había en ellas mucho trigo, ganado y otras muchas cosas. Desde allí recorrieron veinte parasangas en cuatro etapas por un país desierto y con el río Tigris a la izquierda. En la primera etapa apareció al otro lado del río una ciudad grande y floreciente llamada Cenas, cuyos habitantes trajeron panes, quesos y vino sobre balsas hechas con pieles.

CAPÍTULO V

Después llegaron al río Zapata, que tiene de ancho cuatro pletros. Allí permanecieron tres días. Y durante ellos hubo muchas sospechas; pero no apareció ninguna señal clara de traición. Clearco entonces decidió entrevistarse con Tisafernes para disipar las sospechas antes de que terminasen en guerra abierta. Y le envió a decir que deseaba verse con él. Tisafernes le invitó a venir sin tardanza. Una vez juntos, Clearco habló en estos términos: «Yo, Tisafernes, sé por una parte que hemos hecho juramento y nos hemos dado las manos en prenda de que no nos haríamos daño los unos a los otros. Pero por otra veo que te guardas de nosotros como si fuésemos enemigos, y también nosotros al ver esto nos guardamos. Y puesto que por más que examino la cosa no puedo descubrir que tú intentes hacernos daño, y por nuestra parte estoy bien seguro de que no hemos pensado siquiera en nada semejante, me pareció bien venir a conversar contigo para ver si podemos disiparnos nuestra mutua desconfianza. A muchos he visto que por calumnias o sospechas, queriéndose adelantar al daño que temían, hicieron daños irreparables a quienes no tenían ni el pensamiento ni la intención de hacerles mal ninguno. Pensando, pues, que una conversación es el medio más propio para terminar con estos equívocos, vengo con propósito de mostrarte cómo no tienes razón en desconfiar de nosotros. Ante todo y sobre todo, los juramentos que hemos hecho ante los dioses impiden que

seamos enemigos. Jamás consideraré feliz al hombre cuya conciencia se siente culpable de haber despreciado a los dioses. Porque si ellos nos hacen la guerra, ¿con qué velocidad podremos escapar a sus iras? ¿En qué lugar sombrío podremos ocultarnos? O, ¿qué fortaleza nos servirá de asilo? Todas las cosas, todos los lugares, están sujetos a los dioses, que en todo ejercen igualmente su imperio. Tal es mi manera de pensar sobre los dioses y sobre los juramentos, en los cuales hemos fundado nuestra amistad; pero, aun ateniéndonos a consideraciones humanas, en las circunstancias actuales considero que tú eres para nosotros el mayor de los bienes. Contigo todo camino está abierto, todo río es vadeable y no hay que temer la falta de víveres; sin ti todo camino es tenebroso, porque lo ignoramos; todo río difícil de pasar, toda muchedumbre motivo de espanto, y más espantosa aún la soledad: en ella son de temer las mayores privaciones. Y si arrastrados por el furor te diésemos muerte, lo único que conseguiríamos es haber muerto a nuestro bienhechor, para vernos después obligados a luchar con el rey mismo, el más temible adversario. Ahora voy a decirte de qué esperanzas me privaría yo mismo si intentase hacerte algún daño. Si he deseado la amistad de Ciro fue porque pensaba que éste era entonces el colocado en mejor situación para hacer bien a quien quisiere. Y ahora veo que tú tienes las fuerzas y las comarcas de Ciro sin perder el gobierno que ya tenías, y que las fuerzas del rey que combatieron con Ciro están asimismo a tu disposición. Siendo así las cosas, ¿quién sería tan insensato que no quisiese ser amigo tuyo? Pero, además, voy a decirte por qué tengo la esperanza de que tú querrás también ser amigo nuestro. Sé que los misios os están inquietando y pienso que con la fuerza aquí reunida podremos reducirlos a vuestro dominio. Lo mismo digo de los pisidas y he oído hablar de otros muchos pueblos, los cuales pienso que

dejarían de turbar la prosperidad de vuestro imperio. Y en cuanto a los egipcios, contra los cuales no ignoro que estáis particularmente irritados, no veo qué otras fuerzas podríais utilizar para castigarlos con ventaja sobre las mías. Y si entre los pueblos que te rodean quisieras mostrarte amigo con alguno, nadie podría hacerlo mejor que tú, o si otro te molestase, te impondrías como dueño y señor si nos tienes a tus órdenes, nosotros que te serviríamos no sólo por la soldada, sino también por el justo agradecimiento que a causa de nuestra salvación te deberíamos. Considerando, pues, yo todas estas cosas, me parece tan extraña tu desconfianza hacia nosotros que me gustaría vivamente saber cómo se llama el hombre cuyas palabras han logrado convencerte de que nosotros conspirábamos contra ti».

Así habló Clearco; Tisafernes le respondió en estos términos:

«Me regocija, Clearco, el oír de tus labios razones tan discretas. Y conforme en ellas contigo, si supiese que meditabas algo contra mí pensaría que te perjudicabas a ti mismo. Escúchame, pues, ahora y te convencerás de cómo tampoco vosotros tendríais razón en desconfiar del rey o de mí. Si hubiéramos querido destruiros, ¿piensas que nos hubiese faltado infantería, caballería o armamento para haceros daño sin riesgo de que vosotros pudieseis devolvérnoslo? ¿Piensas que nos hubieran faltado sitios a propósito para atacaros? ¡Cuántas llanuras no vais trabajosamente atravesando que nos son amigas! ¡Cuántas montañas no os esperan que podemos nosotros ocupar de antemano y cerraros el camino! ¡Cuántos ríos a cuyo paso somos dueños de limitar vuestro número antes de combatiros! Y hasta algunos hay que no podríais atravesar de ningún modo si no os pasásemos nosotros. Pero, aun suponiendo que

todos estos medios nos fallaran, el fuego, al menos, bastaría para destruir todos los frutos, y sólo con encenderlo os pondríamos frente a un enemigo con el cual no podríais luchar por muy valientes que fueseis. ¿Cómo, pues, disponiendo de tantos caminos para haceros la guerra, y todos ellos sin ningún peligro, habríamos de elegir este procedimiento, el único que es impío ante los dioses y vergonzoso ante los hombres? Sólo quienes carecen de todo otro recurso, los que se ven apresados por la necesidad y, además, son malos, pueden pensar en conseguir algo violando los juramentos hechos ante los dioses y la fe dada a los hombres. No somos nosotros, Clearco, ni tan insensatos ni tan necios. ¿Por qué, pues, pudiendo destruiros no lo hemos intentado? La causa, sabedlo bien, es mi deseo de inspirar confianza a los griegos y volver con mayor poder a mi gobierno por haberme ganado con mis beneficios esas mismas tropas extranjeras en las cuales Ciro sólo confiaba por haberlas tomado a sueldo. Y en cuanto a las cosas en que me podréis ser útiles unas ya las has dicho tú; pero lo más importante, a mi juicio, es esto: sólo el rey puede llevar derecha la tiara sobre su cabeza; mas, con vuestro concurso, otro la podría llevar fácilmente sobre el corazón».

Clearco, creyendo sinceras estas palabras, le respondió: «Puesto que tantos motivos tenemos para ser amigos, ¿no te parece que quienes intentan con sus calumnias hacernos enemigos son merecedores de los más duros suplicios?». «Por mi parte —dijo Tisafernes—, si vosotros, generales y capitanes, queréis venir a verme, yo diré claramente quiénes son los que me dicen que estáis conspirando contra mí y contra mi ejército». «Yo los llevaré a todos —dijo Clearco— y también declararé de dónde me vienen noticias acerca de ti».

Después de tales razonamientos, Tisafernes, lleno de atenciones para con Clearco, le suplicó se quedase y lo invitó a su mesa. Al día siguiente, Clearco, llegado al campamento, dio claros indicios de creer en las amistosas disposiciones de Tisafernes y refirió lo que éste le había dicho. Añadió que los invitados por Tisafernes debían acudir a verle y que aquellos de los griegos que fuesen convencidos de calumnia deberían ser castigados como culpables de traición y de mala voluntad hacia sus compatriotas. Sospechaba que el autor de las calumnias era Menón; pues sabía que en compañía de Arieo había estado hablando con Tisafernes y que trataba de formar un partido, conspirando contra él para apoderarse de todo el ejército y hacerse amigo de Tisafernes. Por su parte, Clearco quería ganarse la buena opinión de todo el ejército y desembarazarse de los que le molestaban. Algunos de los soldados advirtieron que no debían ir todos los capitanes y generales ni fiarse de Tisafernes. Pero Clearco insistió enérgicamente hasta conseguir que fuesen cinco generales y veinte capitanes. Les acompañaron también unos doscientos soldados so color de ir a comprar provisiones.

Cuando llegaron a las puertas de Tisafernes fueron invitados a entrar los generales: Próxeno, de Beocia; Menón, de Tesalia; Agias, de Arcadia; Clearco, de Lacedemonia, y Sócrates, de Acaya; los capitanes permanecieron a la puerta. No mucho tiempo después, y en la misma señal, los que estaban dentro fueron presos y los que se hallaban fuera asesinados. Hecho esto, algunos jinetes bárbaros se pusieron a correr por la llanura matando a todos los que encontraban del ejército griego, ya fuesen libres, ya esclavos. Los griegos, al ver desde el campamento estas carreras, estaban asombrados y no sabían qué pensar de ellas. Por fin se presentó huyendo Nicarco, de Arcadia, herido en el vientre y sosteniéndose las entrañas con las manos, y dijo todo lo que había ocurrido.

Entonces los griegos, llenos de confusión, corrieron todos a las armas, esperando que los enemigos caerían en seguida sobre el campamento. Pero no se presentó la masa del ejército, sino tan sólo Arieo, Artaozo y Mitrídates, que eran los más íntimos de Ciro; también dijo el intérprete de los griegos que veía y conocía entre ellos al hermano de Tisafernes; les acompañaban asimismo hasta trescientos persas revestidos de corazas. Cuando llegaron cerca pidieron que si quedaba entre los griegos algún general o capitán se aproximara a fin de comunicarle lo que el rey les había encargado. Entonces salieron con precauciones los generales griegos Cleanor, de Orcómeno, y Soféneto, de Estinfalia, y con ellos Jenofonte, de Atenas, para saber lo que había sido de Próxeno. Quirísofo no se encontraba en el campamento, pues había ido con otros a una aldea para traer provisiones.

Cuando llegaron al alcance de la voz, dijo Arieo:

«Griegos: Clearco, convicto de haber faltado a los juramentos y violado las treguas, ha sido muerto, sufriendo la pena que merecía; pero Próxeno y Menón, que denunciaron los manejos del lacedemonio, están muy honrados. A vosotros el rey os pide que le entreguéis las armas; dice que son suyas, pues pertenecieron a Ciro, su vasallo». A esto respondieron los griegos, por boca de Cleanor el orcomenio: «¡Oh tú, el más malvado de los hombres, Arieo, y vosotros, todos los que fuisteis amigos de Ciro!, ¿no os avergüenza ante los dioses y ante los hombres que, después de habernos jurado que tendríais los mismos amigos y enemigos, nos hacéis traición con Tisafernes, el hombre más impío y más perverso, y después de haber asesinado a los mismos hombres con quienes habíais hecho los juramentos y de habernos traicionado, venís a nosotros con nuestros enemigos?». Arieo contestó: «Los manejos de Clearco eran hace tiempo conocidos por

Tisafernes y por todos los que estaban con él». A esto le dijo Jenofonte: «Si Clearco, faltando a los juramentos, ha violado las treguas, ya tiene su pena; justo es que perezcan los que juran en falso. Pero, puesto que Próxeno y Menón se han portado bien con vosotros y son nuestros generales, enviádnoslos aquí; no hay duda de que siendo amigos de los unos y de los otros procurarán aconsejarnos lo más convenientemente, tanto a vosotros como a nosotros». Entonces los bárbaros, después de hablar entre sí mucho tiempo, se marcharon sin responder nada.

CAPÍTULO VI

Presos de este modo, los generales fueron conducidos al rey y se les dio muerte cortándoles las cabezas. Entre ellos Clearco era considerado por todos los que le trataron como hombre de las más extremadas condiciones militares y de una desmedida afición a la guerra. Mientras la hubo entre los lacedemonios y los atenienses, tomó parte en ella. Hecha la paz, convenció a su ciudad de que los tracios estaban haciendo daño a los griegos, y obteniendo como pudo de los éforos los elementos necesarios se dio a la vela con intención de hacer la guerra a los tracios que habitaban por encima del Quersoneso y de Perinto. Y como ya estando fuera cambiaron de parecer los éforos, y trataban de hacerle volver al Istmo, él no les obedeció, sino que continuó navegando hacia el Helesponto. Entonces los magistrados de Esparta le condenaron a muerte por desobediencia. Y él, imposibilitado de volver a su patria, se presentó a Ciro. Ya queda escrito en otra parte de qué razones se sirvió para ganar la voluntad de Ciro, el cual, por último, le concedió diez mil daricos. Clearco, lejos de llevar con esta suma una vida ociosa, la utilizó para reunir un ejército, con el cual hizo la guerra a los tracios, los venció en una batalla y saqueó el país, continuando la guerra hasta que Ciro tuvo necesidad del ejército. Entonces marchó para ayudarle en la guerra que emprendía. Me parece que estas dos cosas son indicio de un hombre aficionado a la guerra: pudiendo disfrutar de la paz

sin desdoro ni perjuicio, prefiere la lucha; pudiendo vivir sosegadamente, quiere pasar trabajos en medio de las batallas; pudiendo gozar sin peligro de sus riquezas, prefiere disminuirlas haciendo la guerra. Clearco gustaba de gastar en guerras como si fuese en amoríos o en otro placer cualquiera: tan viva afición les tenía.

Su temperamento militar se revelaba en la pasión que sentía por los peligros, en la energía con que marchaba contra el enemigo, lo mismo de día que de noche, y en la prudencia con que sabía salir de los peligros, según afirmaban todos cuantos estuvieron a su lado. También se reconocían sus cualidades para el mando, hasta donde era posible en un hombre de carácter como el suyo. Nadie sabía como él tomar las medidas convenientes para que su ejército no careciese de las cosas necesarias y predisponerlas acertadamente; nadie tampoco como él para imponer su autoridad a los que le rodeaban. Lo conseguía por su carácter duro y, además, por su aspecto, que infundía miedo, y su voz áspera. Siempre castigaba con severidad, algunas veces con cólera, hasta el punto de arrepentirse más tarde en ocasiones. Esta dureza era en él un principio, pues pensaba que un ejército sin disciplina no sirve para nada. Según contaban se le había oído decir que el soldado debía temer más al jefe que a los enemigos; sólo así podía conseguirse que vigilase atentamente, no saquease los países amigos y marchase intrépido contra el enemigo. Por eso en los momentos peligrosos todos se prestaban a obedecerle ciegamente y no querían otro jefe; entonces, según decían, la dureza de su aspecto terrible ponía alegres los rostros de los otros, y su severidad parecía fortaleza contra los enemigos, de suerte que, lejos de parecerles duro, veían en él su salvación. Pero cuando salían del peligro y era posible pasar a las órdenes de otros jefes, muchos le abandonaban. No tenía, en efecto, nada de amable, y como siempre se mostraba

duro y cruel, los soldados se sentían en su presencia como niños ante el maestro. Por eso nunca le siguió nadie por amistad o por simpatía; pero sabía hacerse obedecer puntualmente de aquellos que, ya por obligarles su patria, ya por su propio interés o por una necesidad cualquiera, se veían obligados a colocarse bajo sus órdenes. Por eso una vez que principiaron a vencer bajo su mando a los enemigos, este carácter fue causa poderosa de que se hiciesen unos excelentes soldados: a la bravura en el ataque unían la disciplina, que observaban por temor a sus castigos. Tales eran sus cualidades como jefe; decíase en cambio, que no gustaba de ser mandado por otros. Tenía cuando murió unos cincuenta años.

Próxeno, de Beocia, sintió desde muchacho el deseo de hacerse apto para llevar a cabo grandes empresas, y llevado por esta pasión pagó a Gorgias de Leontino para que le diese lecciones. Después de pasar algún tiempo en su escuela, creyendo que ya se hallaba en condiciones de mandar y de corresponder dignamente a los beneficios que le hicieran los poderosos, se puso al servicio de Ciro para esta empresa: pensaba que en ella podría adquirir un gran nombre, grandes fuerzas y muchas riquezas. Pero, aunque deseaba con ardor todas estas cosas, también era patente que no hubiese querido obtener ninguna de ellas recurriendo a injusticias; creía que era preciso alcanzarlas por medios justos y honorables y sólo por ellos. Sabía muy bien mandar a la gente de suyo honrada; pero no era capaz de inspirar a los soldados ni reverencia ni miedo, y hasta sentía él más respeto ante los soldados que ellos ante él. Se le notaba que temía hacerse odioso a los soldados más que éstos al desobedecerle. Creía que para ser un buen jefe y parecerlo bastaba con elogiar al que se conducía bien y no elogiar al que había hecho algo malo. Por eso, los que eran buenos le tenían afecto; pero los malos maquinaban contra él, teniéndole por fácil de engañar. Se

hallaba, cuando murió, por los treinta años.

Menón, de Tesalia, dejaba ver claramente sus vivos deseos de riquezas; si deseaba mandar era para adquirirlas más abundantes, y si ambicionaba honores era para obtener más beneficios. Buscaba la amistad de los más poderosos con el fin de que sus atropellos quedaran impunes, y para realizar sus deseos le parecía que el camino más corto era el perjurio, la mentira y el engaño; una conducta sencilla y recta le parecía pura necedad. Era evidente que no tenía afecto a nadie, y aun contra aquel de quien se decía amigo tramaba abiertamente sus enredos. Nunca hacía burla de ningún enemigo, pero cuando hablaba con los suyos se burlaba siempre de todos. Se guardaba muy bien de atentar contra los bienes de sus enemigos, pues consideraba difícil de tomar lo que pertenece a gentes puestas en guardia. Pero en cambio pensaba, opinión singularísima, que las riquezas de los amigos son las más fáciles de coger, por estar ellos desprevenidos. Si sabía que alguno era lo suficiente malvado para faltar a sus juramentos, le temía por considerarle bien armado; pero de los piadosos y sinceros pretendía servirse como si no fuesen hombres.

Así como otros se vanaglorian de su piedad, franqueza y honradez, así se vanagloriaba Menón de saber engañar, de inventar embustes y de burlarse de sus amigos. Al que no era un granuja lo tenía por hombre rústico e ignorante. Y cuando aspiraba a ser el primero en la amistad de alguien creía que la mejor manera de conseguirlo era calumniar a los que ya ocupaban aquel puesto. Se procuraba la obediencia de los soldados haciéndose cómplice de sus atropellos, y pretendía que le honrasen y sirviesen mostrando que podía hacer más daño que nadie y estaba dispuesto a ello. Si alguien se apartaba de su servicio, decía que ya era un beneficio por su parte el no haberle aniquilado cuando lo tenía a sus órdenes.

Cabe engañarse en las cosas que estaban ocultas; pero hay otras que las sabe todo el mundo. Así cuando todavía era un guapo muchacho, obtuvo de Aristipo que lo hiciese general de las tropas extranjeras. Y con el bárbaro Arieo, que gustaba de los bellos muchachos, estuvo también en la mayor intimidad durante sus años juveniles, y él mismo, cuando aún no tenía pelo de barba, tuvo estrechas relaciones con Taripas, que ya era mayor. Cuando los generales griegos que habían marchado con Ciro contra el rey sufrieron la muerte, él escapó a la sentencia a pesar de haber hecho lo mismo que los otros. Pero murió más tarde condenado, no como Clearco y los otros generales a perder la cabeza, muerte que parece ser la más rápida, sino después de grandes suplicios con los que le castigó el rey, según se dice, como a hombre malo que era.

Agias, de Arcadia, y Sócrates, de Acaya, murieron también. Nadie pudo decir de ellos que fueron cobardes en la guerra ni poner tacha a su amistad. Ambos andaban por los treinta y cinco años.

LIBRO TERCERO

Se ha referido en los libros precedentes lo que hicieron los griegos en su expedición con Ciro hasta la batalla y lo ocurrido después de muerto Ciro, cuando los griegos, hechas treguas, se retiraban acompañados por Tisafernes.

CAPÍTULO I

Presos los generales y muertos los capitanes y soldados que les acompañaban, los griegos se hallaban en gran apuro, considerando que estaban a las puertas del rey y que por todas partes les rodeaba multitud de pueblos y ciudades enemigos. Nadie les proporcionaría víveres para comprar. Se hallaban separados de Grecia por no menos de diez mil estadios y no contaban con un guía para el camino. Ríos infranqueables les estorbaban el paso hacia la patria. Y los bárbaros que subieron con Ciro les habían traicionado. Se hallaban solos, sin un jinete que les ayudase. De suerte que, si vencían, era seguro que no podrían matar a nadie, y si eran vencidos perecerían hasta el último. Considerando todo esto y dominados por el desaliento, pocos de ellos probaron la comida por la tarde, pocos encendieron fuego, y por la noche no acudieron al servicio del campamento. Cada uno se acostó donde se encontraba. Y no podían dormir con la congoja y tristeza de su patria, de sus padres, de sus mujeres, de sus hijos, a los cuales pensaban que no volverían a ver. En tal estado de ánimo estaban descansando.

Había en el ejército un cierto Jenofonte, de Atenas, que no iba como general, ni como capitán, ni como soldado. Próxeno, que era viejo amigo suyo, le había invitado a que abandonase su patria, prometiéndole, si venía, que le procuraría la amistad de Ciro, la cual para él mismo tenía más importancia que la patria. Jenofonte, leída la carta, consultó a

Sócrates, de Atenas, sobre este viaje. Y Sócrates, temiendo se atrajese Jenofonte la enemiga de sus conciudadanos si entraba en amistad con Ciro, que parecía haber ayudado con todas sus fuerzas a los lacedemonios contra Atenas, le aconsejó fuese a Delfos y pidiese consejo al dios acerca del viaje.

Jenofonte fue, en efecto, y preguntó a Apolo cuál era el dios a quien debía sacrificar y ofrecer sus oraciones para con la mayor felicidad hacer el viaje que pensaba y volver sano y salvo después de un resultado favorable. Y Apolo le respondió indicándole los dioses a que debía sacrificar. Vuelto a Atenas, refirió el oráculo a Sócrates, y éste al oírlo, le reprendió por no haber preguntado primero si le convenía marchar o quedarse, sino que, ya decidido el viaje, sólo preguntó sobre la mejor manera de hacerlo: «Ahora bien; ya que has hecho esta pregunta —dijo—, es preciso cumplir lo que el dios ha mandado». Y Jenofonte, después de sacrificar a los dioses que le había indicado Apolo, se embarcó, y en Sardes halló a Próxeno y a Ciro, que de un momento a otro iban a emprender la marcha hacia el interior del Imperio. Presentado a Ciro, éste, compartiendo los deseos de Próxeno, le instó a que se quedase, diciéndole que no bien terminara la campaña le dejaría marchar. Según se decía, la expedición era contra los pisidas.

Se incorporó, pues, Jenofonte a la expedición, engañado sobre su objeto, aunque no por Próxeno, el cual no sabía que iba encaminada contra el rey, así como tampoco ninguno de los griegos, fuera de Clearco. Pero cuando llegaron a la Cilicia todos vieron claramente que se les llevaba contra el rey. Entonces, aunque temerosos del camino que debían recorrer y contra su voluntad, la mayor parte siguió por respeto a Ciro y a ellos mismos entre sí. Y como uno de tantos marchó también Jenofonte.

En la apurada situación presente estaba, como los demás, triste y desvelado. Pero durante un breve espacio en que pudo dormirse tuvo un sueño: le pareció oír truenos y que un rayo caía en la casa de su padre y la incendiaba toda. Se despertó lleno de miedo inmediatamente, y, por una parte, interpretó el sueño como favorable porque, hallándose en peligros y trabajos, le había parecido ver una gran luz de Zeus; pero, por otra, considerando que el sueño parecía enviado por Zeus rey y el fuego brillar en torno suyo, temía que no fuese posible salir de los estados del rey por impedírselo diversos obstáculos por todas partes.

Qué significación puede atribuirse a este sueño es cosa que los acontecimientos después de él sobrevenidos permiten juzgar. He aquí, en efecto, lo que sucedió. Apenas despierto Jenofonte, acudieron a su mente estas reflexiones: «¿Por qué permanezco acostado? La noche avanza, y lo más probable es que apenas raye el día se presenten los enemigos. Y si caemos en manos del rey, ¿quién podrá impedir que perezcamos entre ultrajes, y después de haber sufrido los suplicios más terribles? Nadie piensa en defenderse, nadie busca los medios para rechazar al enemigo; permanecemos acostados como si el ocio nos fuese permitido. Y yo, ¿a cuál general de otra ciudad espero para que haga esto? ¿A qué edad aguardo? Ciertamente que nunca seré mayor si hoy me entrego a los enemigos». Entonces se levantó, llamó primero a los capitanes de Próxeno y, una vez reunidos, les dijo: «Yo, capitanes, ni puedo dormir, como creo que tampoco vosotros, ni continuar acostado viendo en qué situación nos encontramos. Bien claro se ve que los enemigos no se declararon en guerra abierta contra nosotros hasta considerarse suficientemente preparados; en cambio, ninguno de nosotros se preocupa de cómo podremos sostener mejor la lucha. Considerémoslo bien; ¿qué será de nosotros si cedemos y venimos a quedar a

merced del rey? Hemos visto cómo a su hermano de padre y madre le hizo crucificar, ya muerto, después de cortarle la cabeza y la mano. ¿Qué tormentos, pues, nos reservará para nosotros, que no contamos con nadie que nos defienda, y que hemos venido contra él para convertirlo de rey en esclavo? ¿No es evidente que procurará por todos los medios infligirnos los más atroces castigos para inspirar miedo a todos los demás hombres de tomar las armas contra él? Es pues necesario hacer todo lo posible para no quedar a merced suya. Yo, mientras las treguas fueron firmes, no podía menos de sentir compasión de vosotros, en tanto que consideraba como muy ventajosa la situación del rey y de los suyos. Veía, en efecto, la amplitud, la calidad de las tierras que dominaban, la abundancia de los víveres, el número de servidores, la cantidad de ganado, de oro, de vestiduras. Y cuando advertía la situación de nuestros soldados, que carecíamos de todo como no fuese comprado, y bien sabía que pocos disponían de recursos para ello; que los juramentos prestados nos impedían procurarnos el alimento como no fuese por compra; cuando pensaba, digo, en todo esto, muchas veces me ocurrió tener más miedo de las treguas que ahora de la guerra. Puesto que ellos han roto las treguas, me parece que esto nos libera también de su insolencia y de nuestras sospechas. Ahí están, pues, ahora en medio todas esas cosas buenas para aquellos de nosotros que sean los más bravos; los dioses presiden el certamen, y de fijo no dejarán de estar a nuestro lado. Nuestros enemigos han violado los juramentos que hicieron ante ellos; en cambio, nosotros, teniendo a nuestra vista muchas cosas buenas nos apartamos de tomarlas por respeto a los juramentos de los dioses; podemos, pues, me parece, marchar al combate con mucha más confianza que los bárbaros. Además, tenemos los cuerpos mucho más hechos que ellos a soportar el frío, el calor y los trabajos, y, con la

ayuda de los dioses, almas también mejor templadas. Si, como anteriormente, los dioses nos conceden la victoria, los soldados enemigos serán más accesibles que nosotros a la muerte y a las heridas. Pero acaso haya también otros que tengan este mismo pensamiento. Por los dioses, no esperamos que otros vengan a invitarnos a estos hechos gloriosos; seamos nosotros los primeros en empujar a los demás por la senda del valor. Mostraos los más valientes de los capitanes, más dignos de ser generales que los generales mismos. Yo, por mi parte, si vosotros queréis lanzaros a la empresa, estoy dispuesto a seguiros, y si disponéis que yo os conduzca, no me excusaré pretextando mi edad, pues pienso tener la fuerza suficiente para defenderme de los peligros que me amenacen».

Así habló Jenofonte. Los capitanes, después de haberle oído, le invitaron a que los condujera, excepto un cierto Apolonides, que hablaba con acento beocio; este individuo dijo que era bien tonto quien hablase de poder encontrar la salvación de otro modo que consiguiendo un arreglo con el rey. Y al mismo tiempo comenzó a enumerar las dificultades; pero Jenofonte, interrumpiéndole, dijo: «Buen hombre, me parece que tú no te das cuenta de las cosas aunque las hayas visto, ni te acuerdas de ellas aunque las hayas escuchado. En el mismo sitio te encontrabas que éstos cuando el rey, después de morir Ciro, envalentonado por este suceso, envió mensajeros pidiendo que entregásemos las armas. Y cuando nosotros, lejos de entregarlas, marchamos armados y acampamos junto a su ejército, ¿qué nos hizo enviando diputados, pidiendo treguas y ofreciendo víveres hasta que las treguas se concertaron? Y cuando después los generales y capitanes, haciendo lo que tú aconsejas, acudieron sin armas y confiados en las treguas a conferenciar con ellos, ¿no es cierto que, golpeados, heridos, ultrajados, ni morir pueden los infelices, aun deseándolo vivamente, según pienso? ¿Y

sabiendo tú todas estas cosas calificas de necios a quienes aconsejan que nos defendamos, y dices que debemos volvernos a entablar tratos? Pienso que no debemos admitir en adelante a este hombre entre nosotros, sino que, despojándolo de su grado, podemos servirnos de él para transportar bagajes. Porque un griego que tiene este carácter deshonra a su patria y a la Grecia toda».

Entonces Agasias, de Estinfalia, tomó la palabra y dijo: «Pero si éste no tiene nada que ver con la Beocia ni con la Grecia en general; yo he visto que tiene las dos orejas agujereadas como un lidio». Y así era en efecto. Lo arrojaron, pues, de entre ellos. Los demás se dispersaron por todo el campamento, y allí donde había quedado el general llamaban al general; donde éste había desaparecido, a su lugarteniente, y donde quedaba el capitán, al capitán. Una vez reunidos todos, se sentaron frente a las armas, en número de unos ciento entre generales y capitanes. La hora era como de medianoche.

Entonces Jerónimo de Elea, el más viejo de los capitanes de Próxeno, principió a hablar en estos términos: «Generales y capitanes: al ver la situación presente creímos oportuno reunirnos y llamaros a vosotros para ver si podemos tomar una resolución conveniente». Y añadió: «Di tú, Jenofonte, lo que nos dijiste».

A esto repuso Jenofonte: «Todos sabemos que el rey y Tisafernes se han apoderado de cuantos pudieron de nosotros, y que su propósito es hacer la mismo con todos los demás para, si es posible, darles muerte. Creo, pues, que debemos hacer cuanto esté en nosotros para que, por el contrario, sean ellos quienes caigan en las nuestras. Considerad, además, que vosotros todos, cuantos estáis aquí reunidos, tenéis en vuestras manos una oportunidad magnífica. Todos estos soldados

tienen fijos los ojos en vosotros: si os ven desalentados, todos se conducirán como unos cobardes; pero si os mostráis dispuestos a marchar contra los enemigos y les exhortáis a que hagan lo mismo, estad seguros de que os seguirán y procurarán imitaros. Justo es también, seguramente, que os diferenciéis en algo de ellos; vosotros sois generales, comandantes y capitanes, y en tiempo de paz teníais más riquezas y honores que ellos. Ahora, pues, que estamos en guerra, preciso es que os tengáis por más bravos que la multitud, y que, llegado el caso, seáis los primeros lo mismo en el consejo que en los actos. Creo ante todo que haríais un gran bien al ejército, si procuraseis cuanto antes nombrar generales y capitanes en lugar de los muertos. Sin jefes nada bueno puede resultar en ningún asunto, y muy particularmente en la guerra. La disciplina es el mejor medio de salvarse; la indisciplina ha sido la perdición de muchos. Una vez elegidos los jefes que hacen falta, si reunís a los demás soldados y les habláis animosamente, creo que haríais una obra muy necesaria. Sin duda habréis notado con cuánto desaliento han venido a las armas, con cuánto desaliento se han puesto de centinelas. En tal estado de ánimo no sé qué podrían hacer si se presentase un caso apurado, ya de día, ya de noche. Pero si alguien les apartase de pensar sólo en lo que tienen que sufrir y les hiciese pensar en lo que han de hacer, de seguro se pondrán mucho más animosos. Bien sabéis, en efecto, que en la guerra no es el número ni la fuerza lo que da la victoria: aquellos que ayudados por los dioses marchan contra los enemigos con un corazón más resuelto no encuentran, por lo común, enemigo que les resista. He observado también, compañeros, que cuantos procuran por todos los medios escapar con vida en las empresas guerreras suelen morir cobarde y vergonzosamente; en cambio, a cuantos, convencidos de que la muerte es cosa común e

inevitable para los hombres, se esfuerzan por morir honrosamente, los veo llegar a la vejez y vivir más felizmente mientras viven. Considerando, pues, todas estas cosas y el trance en que nos hallamos, es menester que os portéis valientemente y animéis a los otros para que hagan lo mismo». Dicho esto se calló.

Después de él dijo Quirísofo: «Yo, Jenofonte, sólo sabía de ti que eras ateniense, según había oído. Pero ahora te alabo lo que dices y lo que haces, y quisiera que los demás fuesen como tú; todos ganaríamos con ello. Y ahora —dijo— no perdamos tiempo; separémonos, y aquellos de vosotros que necesiten jefes elíjanlos; hecho esto, venid al medio del campamento y traed a los elegidos; después llamaremos allí a los demás soldados; que venga también con nosotros —añadió— Tolmides el heraldo». Y diciendo esto se levantó para sin pérdida de tiempo hacer lo que se debía. En seguida fueron elegidos jefes: en lugar de Clearco, Timasión, de Dardania; en lugar de Sócrates, Janticles de Aquea; en lugar de Agias, Cleanor, de Orcómeno; en lugar de Menón, Filesio, de Acaya, y en lugar de Próxeno, Jenofonte, de Atenas.

CAPÍTULO II

Terminada la elección, cuando ya comenzaba a rayar el día, los jefes fueron al centro del campamento y acordaron convocar a los soldados, poniendo centinelas en las avanzadas. Reunidos los demás soldados, se levantó primero Quirísofo, de Lacedemonia, y habló de este modo: «Soldados: no puede desconocerse que nuestra situación es difícil. Nos vemos privados de unos generales como eran los nuestros, de capitanes, de soldados, y, además de esto, Arieo y los suyos, que antes eran aliados nuestros, nos han hecho traición. Pero, con todo, es preciso salir de este apuro como hombres valientes y no abandonarse al desaliento; es preciso buscar la manera de salvarnos, si es posible, y si no, morir valientemente; pero jamás caer vivos en manos de nuestros enemigos. Creo sufriríamos las más terribles torturas que podríamos desear a los que nos quieren mal».

Después se levantó Cleanor, de Orcómeno, y dijo: «Ya estáis viendo, compañeros, el perjurio del rey y su impiedad; estáis viendo la perfidia de Tisafernes. Nos decía que era vecino de Grecia, que tenía el más vivo interés en salvarnos, y después de habernos prestado juramento sobre ello, después de habernos estrechado las manos, nos ha engañado cogiendo a los generales. Sin respetar siquiera a Zeus hospitalario y hasta sin tener en cuenta que Clearco se había sentado a su mesa, lo engañó como a los demás y los hizo perecer a todos. Por su parte Arieo, al cual queríamos hacer rey y con el cual

cambiamos prendas de no hacernos traición los unos a los otros, sin temor a los dioses, sin respeto a Ciro muerto, que en vida le había honrado de un modo especial, se ha ido con los más fieros enemigos de su antiguo señor y está procurando hacernos daño a nosotros, los amigos de Ciro. Que los dioses le den su castigo. Nosotros, después de haber visto esto no debemos dejarnos engañar otra vez por ellos; combatamos como podamos, dispuestos a sufrir lo que los dioses quieran enviarnos».

Entonces se levantó Jenofonte, vestido de punta en blanco con sus mejores arreos de guerra, pues pensaba que, si los dioses concedían la victoria, las galas sentaban bien al vencedor, y si había de morir, justo era que quien se sentía digno de llevarlas fuese con ellas al encuentro de la muerte. Y principió a hablar de esta manera: «Cleanor acaba de hablaros del perjurio y la perfidia de los bárbaros, que, por lo demás conocéis también por vuestra parte. Si decidiéramos acercarnos de nuevo a ellos con intenciones amistosas es inevitable que nos sintamos desalentados al considerar lo ocurrido a los generales que se entregaron a ellos confiados en su buena fe. En cambio, si nos resolvemos imponerles, con las armas en la mano, el castigo que merecen sus crímenes y les hacemos la guerra por todos los medios, tenemos muchas y muy fundadas esperanzas de salvación». Mientras hablaba de esta manera, estornudó uno de ellos. Los soldados, al oírlo, adoraron todos al dios como por un solo impulso[21]. Y Jenofonte dijo: «Compañeros: puesto que cuando hablábamos de salvación se ha presentado un presagio de Zeus Salvador, me parece que debemos hacer voto a este dios de ofrecerle sacrificios en acción de gracias por nuestra salvación no bien lleguemos a país amigo, y al mismo tiempo hacer también voto a los demás dioses de que les ofrecemos sacrificios en la medida de nuestras fuerzas. Quien esté conforme con esto

que levante la mano». Todos se levantaron. En seguida hicieron el voto y cantaron el peán. Una vez arreglado lo que correspondía al culto de los dioses, siguió hablando de este modo: «Estaba diciendo que tenemos muchas y muy fundadas esperanzas de salvación. En primer lugar, nosotros hemos permanecido fieles a los juramentos hechos a los dioses, mientras que nuestros enemigos son unos perjuros, pues han violado los juramentos y las treguas. Y si esto es así, lo más probable es que los dioses se muestren contrarios a los enemigos y favorables a nuestras armas: ellos pueden rápidamente humillar a los poderosos y, cuando quieren, salvar con facilidad a los pequeños por muy grande que sea el apuro en que se encuentren. Os recordaré, además, los peligros que corrieron nuestros antepasados para que veáis cómo os corresponde ser valientes y cómo los valientes logran, con la ayuda de los dioses, salvarse de los mayores peligros. Cuando los persas y todos sus aliados marcharon con un ejército formidable para destruir a Atenas, los atenienses osaron resistirles y los vencieron. Y habiendo hecho voto a Ártemis de sacrificarle tantas cabras como enemigos matasen, no pudieron reunirlas en este número y acordaron sacrificarle quinientas todos los años, como aún continúan haciéndolo. Más tarde, cuando Jerjes, reuniendo un ejército innumerable, marchó contra Grecia, también vencieron nuestros antepasados a los de nuestros enemigos, lo mismo por tierra que por mar. Los trofeos recuerdan a la vista estos hechos; pero su mayor testimonio es la libertad de las ciudades en las cuales habéis nacido y os habéis criado: en efecto, no reverenciáis como señor a ningún hombre, sino tan sólo a los dioses. Tales son vuestros antepasados. No diré yo, ciertamente, que vosotros les hagáis avergonzarse. Aún no hace muchos días formados ante los descendientes de aquéllos, los vencíais con ayuda de los dioses, a pesar de ser

muchísimo más numerosos que vosotros. Y entonces mostrasteis vuestro valor cuando se trataba de que reinase Ciro. Ahora que la lucha tiene por objeto vuestra salvación propia, muy justo es que os mostréis más bravos y animosos. Pero, además, ahora debéis sentiros más audaces frente a los enemigos. Entonces no habíais aún experimentado quiénes eran y, a pesar de ver ante vosotros una multitud inmensa, osasteis con vuestra nativa bravura marchar contra ellos. Ahora, pues, que habéis visto cómo no tienen ánimo para esperaros, aun siendo muy superiores en número, ¿cómo es posible que les podáis tener miedo? No consideréis desventaja el que las tropas de Ciro, antes de vuestra parte, se hayan pasado al enemigo. Son todavía más cobardes que los vencidos por vosotros, pues huyeron al campo de éstos abandonándonos a nosotros. Y a quienes están dispuestos a iniciar la fuga es mucho mejor tenerlos enfrente como enemigos que a nuestro lado. Y si alguno de vosotros está desalentado porque no disponemos de caballería y los enemigos la tienen numerosa, considerad que diez mil jinetes no son nada más que diez mil hombres: nadie murió jamás en una batalla a consecuencia de los mordiscos o de las coces de un caballo; son los hombres quienes deciden la suerte de las batallas. ¿Y puede negarse que nosotros marchamos sobre un vehículo mucho más seguro que los jinetes? Ellos van suspendidos sobre sus caballos, temerosos no sólo de nuestros ataques, sino también de caerse. Nosotros, en cambio, que marchamos por tierra, golpearemos con mucha más fuerza si alguno se acerca, daremos con más facilidad en el blanco que queremos. Sólo en una cosa nos llevan ventaja los jinetes: pueden huir con más seguridad que nosotros. Acaso también tenéis confianza en el resultado de los combates, pero estáis disgustados porque en adelante Tisafernes no nos servirá de guía ni el rey nos proporcionará mercado. Mas examinadlo

bien: ¿es preferible llevar de guía a Tisafernes, cuyas maquinaciones vemos, que no a hombres cogidos por nosotros, a los cuales ordenaremos que nos guíen haciéndoles ver que si nos engañan se exponen a perder la vida? Y en cuanto a los víveres, ¿es preferible comprarlos en el mercado que nuestros enemigos nos proporcionasen, gastando en pequeñas cantidades mucho dinero, que ya no tenemos, a cogerlos, si somos los más fuertes, no usando de otra medida que la necesidad de cada uno? Reconoceréis, tal vez, que esto es preferible; pero pensáis que los ríos son obstáculo infranqueable y que hemos sido engañados grandemente al pasarlos; pero considerad si los bárbaros han podido cometer tal disparate. Todos los ríos, aunque fuesen invadeables lejos de las fuentes, se pueden pasar aun sin mojarse la rodilla cuando se aproxima uno a su origen. Pero aunque ni podamos pasar los ríos ni tengamos ningún guía, no por eso debemos desanimarnos. Sabemos que los misios, a los cuales no creemos más bravos que nosotros, habitan dentro de los estados del rey y contra la voluntad de éste, muchas ciudades prósperas y grandes, y sabemos que otro tanto ocurre con los pisidas. Nosotros mismos hemos visto que los licaones, apoderándose de los sitios fuertes que dominan las llanuras, recogen los frutos de estas tierras. Estaría casi por decir que no debemos dar la impresión de que nos volvemos a nuestro país sino hacer preparativos para quedarnos por aquí. Pues estoy seguro de que el rey daría a los misios muchos guías, muchos rehenes en prenda de conducirlos sin engaño; que les allanaría el camino aunque quisiesen retirarse en cuadrigas. Y estoy seguro también a que muy gustoso haría lo mismo con nosotros si viese que hacíamos preparativos para quedarnos. Sólo temo que, una vez acostumbrados a vivir en la ociosidad y en la abundancia y a gustar el amor de las mujeres y doncellas de los persas y los medos, que son tan hermosas y

desarrolladas, nos olvidemos como los lotófagos del camino de la patria. Me parece, pues, justo y razonable que procuremos llegar primero a Grecia y al lado de nuestras familias para mostrar a los griegos que si pasan trabajos es porque quieren, pues podrían mandar aquí a los que viven mal en su patria y pronto los verían ricos. Pero todos estos bienes, compañeros, sólo están evidentemente en manos del vencedor. Y conviene hablar del modo como marcharíamos con la mayor seguridad posible, y si es preciso luchar, cómo lucharíamos con la mayor eficacia. Me parece, pues, que ante todo debemos quemar los carros que tenemos para que no sean nuestras bestias las que dirijan nuestra marcha sin que podamos ir por donde convenga al ejército. Después es preciso también quemar las tiendas. Su transporte nos estorba mucho y no tienen utilidad ninguna ni para combatir ni para obtener víveres. Desprendámonos, además, de todos los bagajes superfluos, quedándonos sólo con aquello que es necesario para la guerra o para comer y beber; de esta suerte, reducido el número de los dedicados a transportar los bagajes, podremos disponer de mayor número de hombres sobre las armas. Bien sabéis que si somos vencidos todo caerá en manos ajenas, y si vencemos podremos utilizar a nuestros mismos enemigos para llevar nuestras cosas. Me queda por decir lo que considero más importante. Ya veis que los enemigos no osaron hacernos la guerra hasta que cogieron a nuestros generales, pensando, sin duda, que mientras tuviéramos jefes y mientras nosotros les obedeciésemos éramos capaces de vencerles en la guerra, pero que una vez presos aquéllos la falta de mando y la indisciplina darían al traste con nosotros. Es preciso, pues, que los jefes ahora elegidos sean mucho más celosos que los anteriores, y los soldados mucho más disciplinados y obedientes a los jefes actuales que a los anteriores. Y si alguno desobedeciese, conviene acordar que

quien se halle presente ayude al jefe para castigarle: de este modo se verán los enemigos engañados en sus esperanzas, pues hoy mismo verán diez mil Clearcos en lugar de uno solo, los cuales no consentirán a nadie que se porte cobardemente. Pero ya es hora de hacer las cosas; acaso los enemigos se presentarán en seguida; al que le parezca bien esto, que preste su aprobación cuanto antes, y si a cualquiera se le ocurre algo, que lo diga; se trata de la salvación de todos».

Después dijo Quirísofo: «Si algo hay que añadir a lo dicho por Jenofonte podremos estudiarlo en seguida. En cuanto a lo que acaba de decir, me parece lo mejor que lo votemos inmediatamente. El que esté conforme que levante la mano». La levantaron todos.

Y Jenofonte, alzándose de nuevo, dijo: «Escuchad, compañeros, lo que también me parece necesario. Es evidente que debemos marchar adonde podamos conseguir vituallas. Oigo decir que hay unas aldeas ricas que no distan más de veinte estadios. No me extrañaría que los enemigos, como los perros cobardes que persiguen y muerden si pueden a los transeúntes y huyen cuando éstos les persiguen; que los enemigos, repito, nos fuesen siguiendo en nuestra retirada. Por ese acaso sea lo más seguro formar un cuadrado con los hoplitas, a fin de que en medio de él puedan ir con más seguridad los bagajes y la multitud que nos acompaña. Y si se designase desde ahora quiénes deben guiar el frente del cuadro y poner en orden la vanguardia, quiénes irán a los dos lados y quiénes marcharán a retaguardia, no necesitaríamos deliberar nada cuando los enemigos se presentasen, sino que nos bastaría con utilizar las tropas tal como fuesen formadas. Si a alguno se le ocurre algo mejor, que se haga de ese modo; pero a mí me parece que Quirísofo podría mandar la

vanguardia, puesto que es lacedemonio; de los lados se encargarían los dos generales de más edad, y a retaguardia podríamos ir por ahora nosotros, los más jóvenes, yo y Timasión. Y después, una vez que hayamos probado este orden, decidiremos lo que nos parezca ser más conveniente. Si alguno ve algo mejor, que lo diga».

Como nadie hablase, dijo: «El que esté conforme que levante la mano». Se acordó lo propuesto. «Ahora, pues —dijo—, separémonos y pongamos en obra lo acordado. Y que todo aquel que desee volver a ver de nuevo a su familia se acuerde de ser hombre valiente: es la única manera de conseguirlo; que quien desee vivir se esfuerce por vencer; los vencedores son los que matan y los vencidos los que mueren. Y si alguno siente deseos de riqueza, esfuércese por obtener la ventaja, pues los vencedores pueden salvar sus bienes y coger los de los vencidos».

CAPÍTULO III

Terminados estos discursos se levantaron y, separándose por el campamento, quemaron los carros y las tiendas; en cuanto a lo superfluo de los bagajes, cambiaron entre sí lo que cada uno necesitaba y el resto lo arrojaron al fuego. Hecho esto se pusieron a almorzar, y mientras lo hacían llegó a ellos Mitrídates con unos treinta jinetes e, invitando a los generales a que se acercaran al alcance de su voz les habló así: «Ya sabéis, griegos, que Ciro tenía confianza en mí y que ahora siento simpatía por vosotros; con grandísimo miedo he venido aquí. Si viese, pues, que habíais tomado una resolución que pudiese salvaros me vendría con vosotros y conmigo todos mis servidores. Decidme, pues, qué tenéis en proyecto, puesto que soy vuestro amigo, os tengo buena voluntad y deseo ir en compañía de vosotros». Los generales deliberaron entre sí y decidieron contestar así, por boca de Quirísofo: «Hemos decidido que, si se nos deja marchar a nuestra patria, atravesaremos el país haciendo el menor daño posible; pero si alguien nos pone obstáculo le haremos la guerra con todas nuestras fuerzas». Entonces Mitrídates intentó mostrar que era imposible salvarse contra la voluntad del rey. Esto puso de manifiesto que le habían enviado bajo cuerda, y hasta le acompañaba uno de los familiares de Tisafernes para mayor seguridad. Desde este momento decidieron los generales que lo mejor sería declarar que mientras siguiesen en país enemigo se haría la guerra sin

admitir heraldos, porque estos mensajeros sonsacaban a los soldados; y en esta ocasión consiguieron corromper a un capitán, Nicandro, de Arcadia, que se escapó por la noche con unos veinte hombres.

Después de esto almorzaron y, atravesando el río Zapata, marcharon formados, con las acémilas y la multitud en el centro del cuadro. No habían avanzado aún mucho cuando apareció de nuevo Mitrídates con unos doscientos jinetes y unos cuatrocientos arqueros y honderos muy ágiles y buenos corredores. Se fue acercando a los griegos con muestra de venir como amigo; pero, llegado cerca, sus jinetes y peones comenzaron de repente a lanzar flechas y los honderos piedras que causaron numerosos heridos. Los griegos que iban a retaguardia sufrieron mucho sin poder contestar el ataque, porque las flechas de los arqueros cretenses no alcanzaban a los persas, y como iban sin armaduras los habían encerrado en el centro; los hombres armados de jabalinas tampoco podían alcanzar a los honderos. Entonces a Jenofonte le pareció que era preciso perseguir al enemigo, y con los hoplitas y peltastas que iban con él a retaguardia se lanzó a la persecución. Pero no cogieron a ningún enemigo, porque los griegos no tenían caballería y los peones no podían alcanzar a los peones persas en un pequeño espacio, pues no podían apartarse mucho del grueso del ejército. En cambio, los jinetes bárbaros mientras iban huyendo disparaban sus flechas volviéndose para atrás y hacían daño. Y los griegos todo el terreno que avanzaban en la persecución tenían después que retrocederlo combatiendo, de suerte que durante todo aquel día no recorrieron mucho más de veinticinco estadios, y sólo ya caída la tarde llegaron a las aldeas.

Otra vez se apoderó el desaliento de los griegos. Quirísofo y los generales de más edad reprochaban a Jenofonte que se

había separado de la falange para ir en persecución del enemigo, poniéndose en peligro sin por eso haber podido hacer ningún daño al enemigo. Oyendo esto Jenofonte les daba la razón. «Pero —añadió— me vi forzado a perseguir, porque veía que si nos estábamos quietos sufríamos el daño que nos quisiera hacer el enemigo sin poder devolvérselo. Y cuando nos pusimos a perseguir sucedió efectivamente lo que vosotros decís: no pudimos hacer más daño que antes a los enemigos y la retirada la efectuamos con mucho trabajo. Debemos, pues, dar gracias a los dioses porque no vinieron los enemigos con mucha fuerza, sino sólo con un corto número de soldados, de suerte que no pudieron causarnos muchas pérdidas y, en cambio, nos han hecho ver lo que nos falta. Ahora los enemigos nos arrojan flechas y piedras desde una distancia a la cual no pueden llegar ni los arqueros cretenses ni los que lanzan dardos con la mano. Y si los perseguimos no podemos separarnos mucho del ejército, y en un corto espacio, por muy rápido que sea un peón, no puede alcanzar a otro que le lleva de ventaja un tiro de arco. Si queremos, pues, impedir que nuestros enemigos puedan hacernos daño en nuestra marcha, necesitamos cuanto antes honderos y jinetes. Oigo que en nuestro ejército hay rodios, muchos de los cuales, según dicen, saben manejar la banda lanzando las piedras a doble distancia que los honderos persas. Éstos no pueden llegar muy lejos, porque emplean piedras gruesas; en cambio, los rodios saben usar balas de plomo. Si nos informásemos, pues, de quiénes entre ellos tienen hondas y se las pagásemos; si diésemos también dinero al que quisiera tejer otras y buscásemos alguna otra exención para quien se prestase a manejarlas frente al enemigo, acaso se presentarían honderos a propósito para este servicio. Por otra parte, veo que hay caballos en el ejército, uno conmigo, otros que pertenecieron a Clearco, y otros muchos cogidos por

nosotros y que llevan los bagajes. Si escogemos entre éstos los mejores, poniendo la carga en otras acémilas, y equipamos a los caballos de suerte que puedan ser montados, esta caballería podrá molestar al enemigo en su fuga». Aceptaron este parecer, y aquella misma noche se reunieron hasta doscientos honderos. Al día siguiente fueron elegidos hasta cincuenta caballos y jinetes y se les dieron coletos y corazas. Fue nombrado jefe de este destacamento Licio, de Atenas, hijo de Polistrato.

CAPÍTULO IV

Permanecieron en este sitio un día y al siguiente partieron más temprano que de costumbre; en el camino había un barranco, y se temía que los enemigos atacasen al pasarlo. Ya lo habían pasado cuando apareció de nuevo Mitrídates con mil caballos y unos cuatro mil arqueros y honderos. Le había pedido a Tisafernes tan gran número, prometiéndole que si se los daba pondría en sus manos a los griegos, envanecido porque en el ataque anterior, con un reducido cuerpo, no había sufrido ningún daño, mientras, según él pensaba, lo había causado grande al enemigo; y Tisafernes le concedió lo que pedía. Los griegos se hallaban ya a ocho estadios del barranco cuando Mitrídates lo pasó con sus fuerzas. Estaban designados los hoplitas y peltastas que debían atacar a los enemigos y se había dado orden a los jinetes de que persiguiesen al enemigo sin miedo, pues detrás de ellos marchaban tropas suficientes para sostenerlos. Ya Mitrídates los había alcanzado y principiaban a llegar flechas y piedras, cuando sonó la trompeta entre los griegos e inmediatamente echaron a correr los peones designados, al mismo tiempo que la caballería se lanzaba sobre los bárbaros, los cuales, lejos de esperarla huyeron hacia el barranco. En esta fuga perecieron muchos peones enemigos, y en el barranco fueron cogidos vivos hasta dieciocho jinetes. Aunque no habían recibido orden en este sentido, los griegos mutilaron a los muertos, a fin de inspirar más terror a los enemigos.

Después de tal desastre los enemigos se alejaron y los griegos continuaron tranquilamente su marcha durante el resto del día hasta llegar al río Tigris. Allí había una ciudad grande, aunque desierta, llamada Larisa[22]. En tiempos antiguos la habitaban los medos. Sus murallas tenían veinticinco pies de ancho y cien de alto, con dos parasangas de circuito. Estaban construidas con ladrillos cocidos, pero su base, de veinte pies de altura, era de piedra. Cuando los persas despojaron a los medos de su imperio, el rey de Persia puso sitio a esta ciudad y no podía apoderarse de ella de ninguna manera; pero una nube se puso delante del sol y lo hizo desaparecer, de suerte que los sitiados se llenaron de miedo y los persas pudieron tomar la ciudad. Cerca de esta ciudad se levantaba una pirámide de piedra que tenía un pletro de ancho y dos de alto. Sobre ella estaban gran número de bárbaros que habían huido de las aldeas cercanas.

Desde allí recorrieron seis parasangas en una etapa, hasta llegar a una gran muralla desierta; la ciudad a que daba la vuelta esta muralla tenía por nombre Mespila; en tiempos antiguos la habitaban los medos. La base de la muralla era de piedra pulimentada y tenía cincuenta pies de alto por cincuenta de ancho. Sobre esta base se alzaba una muralla de ladrillo de cincuenta pies de ancho y cien de alto. El circuito del muro era de seis parasangas. Según se cuenta, a esta ciudad huyó Medea, mujer del rey, cuando el imperio de los medos fue destruido por los persas. El rey de éstos le puso cerco y no podía tomarla ni por la fuerza ni por el tiempo. Pero Zeus aterrorizó con sus rayos a los habitantes, y de este modo fue tomada la ciudad.

Desde allí recorrieron cuatro parasangas en una etapa. Durante la marcha se presentó Tisafernes con su caballería, las tropas de Orontes, el que estaba casado con la hija del rey, los

bárbaros que habían acompañado a Ciro, los que el hermano del rey había llevado en socorro de éste y, además, todas las fuerzas que el rey le había concedido; de suerte que el ejército presentaba una multitud imponente. Cuando llegaron cerca colocó una parte de estas fuerzas detrás de los griegos y otra parte la condujo de flanco. Pero no se atrevió a atacar ni a correr los riesgos de una batalla, sino que se limitó a disponer que arqueros y honderos disparasen sus armas. Mas cuando los rodios, diseminados por las filas, se pusieron a manejar sus hondas y los arqueros sus arcos sin que ninguno dejase de hacer blanco, pues no era tampoco fácil aunque se lo hubieran propuesto, Tisafernes se apresuró a ponerse fuera del alcance, y en seguida se retiraron también las demás fuerzas enemigas.

El resto del día continuaron los griegos su marcha y los persas fueron siguiéndolos. Los bárbaros no podían hacer daño en estas escaramuzas, pues los rodios alcanzaban más lejos que los arqueros y honderos enemigos. Los arcos de los persas son grandes, de suerte que cuantos los griegos podían coger eran muy útiles a los cretenses, que continuaron sirviéndose de los arcos enemigos y se ejercitaban disparando hacia arriba con gran fuerza. También encontraron en abundancia por las aldeas cuerdas y plomo que utilizaron para las hondas. Este día, cuando los griegos, llegados a unas aldeas, acamparon en ellas, los bárbaros se fueron después de haber llevado la peor parte en estas escaramuzas. El día siguiente los griegos permanecieron en las aldeas y se aprovisionaron, pues había en ellas mucho trigo. Al otro día se pusieron en marcha a través de la llanura, y Tisafernes los siguió, tirándoles de lejos.

Entonces reconocieron los griegos que la formación en cuadro no es conveniente cuando los enemigos van

siguiendo. Pues si las alas del cuadro se estrechan, ya por la angostura del camino, ya por exigirlo el paso de montañas o de puentes, es inevitable que los hoplitas marchen con dificultad, apretados unos contra otros y desordenados, de suerte que es difícil servirse de ellos en tal desbarajuste. Y cuando las alas vuelven a su posición primera, forzoso es que al separarse los antes apretados resulte un vacío, cosa que produce desaliento en los soldados cuando se ven seguidos por los contrarios. Cuando era preciso atravesar un puente o algún paso, todos se apresuraban queriendo ser los primeros, y los enemigos tenían entonces una ocasión favorable para el ataque. Viendo esto, los generales organizaron seis compañías, de cien hombres cada una, nombrando para mandarlas a los correspondientes capitanes, pentecosteros y enomotarcos. Y en las marchas, cuando las alas se reducían, estas tropas se paraban para no estorbarles y quedándose atrás seguían por fuera de las alas. Cuando, al contrario, se separaban los flancos del cuadrado, ellos llenaban el medio, si era poco considerable, formados por compañías, si era mayor por pentecostías y si era muy grande por enomotías[23]; de suerte que siempre estaba lleno el medio. Si era preciso pasar un paso o un puente o había desorden, pues las compañías pasaban por su orden, y si por acaso había necesidad de formarse en falange, estas compañías estaban siempre dispuestas. De este modo hicieron cuatro jornadas.

El quinto día, cuando iban marchando, vieron un palacio, al amanecer, y a su alrededor muchas aldeas. El camino que a él conducía pasaba entre unas colinas elevadas que descendían de la montaña sobre la cual se encontraban las aldeas. Los griegos, como era natural, vieron con gusto las colinas, puesto que sus enemigos eran jinetes. Al salir de la llanura subieron la primera colina, y cuando bajaban para subir la segunda sobrevinieron los bárbaros, y conducidos a latigazos se

pusieron a tirar flechas y piedras desde lo alto. Hirieron así a muchos griegos, y los gimnetas[24] tuvieron que refugiarse vencidos dentro de las filas de los hoplitas, de suerte que este día los honderos y los arqueros, metidos entre los bagajes, no fueron de ninguna utilidad. Y si los griegos, fatigados de esto, intentaban cargar al enemigo, la pesada armadura de los hoplitas les hacía muy difícil alcanzar la cumbre, mientras los enemigos escapaban velozmente. Otro tanto sufrieron al reunirse con el resto del ejército, y en la segunda colina ocurrió lo mismo, de suerte que al llegar a la tercera decidieron no mover los soldados y enviar a la montaña un destacamento de peltastas sacado del flanco derecho. Cuando los enemigos vieron que estos peltastas se encontraban encima de ellos dejaron de atacar a los que bajaban, temerosos de verse cortados y envueltos. De esta suerte marcharon el resto del día, los unos por el camino de las colinas y los otros acompañándoles por la montaña, hasta que llegaron a las aldeas, donde establecieron ocho médicos, pues había muchos heridos.

Allí permanecieron tres días a causa de los heridos y porque, además, tenían víveres en abundancia, harina de trigo, vino y mucha cebada para los caballos. Todas estas provisiones habían sido reunidas para el sátrapa del país. Al cuarto día bajaron a la llanura. Tisafernes siguió picándoles la retirada, y ellos acamparon en la primera aldea que vieron, pues la necesidad aconsejaba no continuar la marcha en un continuo combate. Muchos, en efecto, no podían combatir, unos por estar heridos y otros por tener que llevar a éstos o las armas de los portadores. Una vez acampados, los bárbaros intentaron contra ellos una escaramuza avanzando contra la aldea. Pero los griegos les llevaron ventaja; había mucha diferencia entre rechazar al enemigo haciendo una salida y tener que resistir los ataques estando en marcha.

Ya iba la tarde avanzada y había llegado para los enemigos la hora de retirarse. Porque jamás acamparon los bárbaros a menos de sesenta estadios de los griegos, temerosos de que les atacasen por la noche. En efecto, un ejército persa resulta detestable en caso semejante. Los caballos están atados y casi siempre con trabas para evitar que huyan en caso de soltarse, y si ocurre una alarma es preciso que el soldado persa ensille, embride y monte su caballo después de haberse puesto su armadura, cosas todas difíciles de noche y en medio de un tumulto. Por eso acampaban lejos de los griegos.

Cuando se vio que los bárbaros querían retirarse y que se estaban transmitiendo las órdenes para ello, los heraldos gritaron a los griegos que se prepararan de manera que los oyesen los enemigos. Durante algún tiempo éstos difirieron su retirada, pero ya caída la tarde se pusieron en marcha, pues no les parecía conveniente marchar a su campamento de noche. Cuando los griegos estuvieron seguros de que se iban, ellos también levantaron el campo y se pusieron en marcha, recorriendo unos setenta estadios. La distancia entre los ejércitos era tal que ni al día siguiente ni al otro se vieron enemigos. Pero al cuarto día los bárbaros, que habían avanzado por la noche, ocuparon una posición elevada, ante la cual los griegos debían pasar: la cresta de una montaña, bajo la cual estaba el camino que conducía a la llanura.

Quirísofo, al ver que los enemigos, adelantándose, habían ocupado esta altura, mandó llamar a Jenofonte, que iba a retaguardia, ordenándole que pasase a la vanguardia con los peltastas. Jenofonte no llevó a los peltastas, pues acababa de ver a Tisafernes con todo su ejército; pero picó espuelas a su caballo y, llegado junto a Quirísofo, le preguntó: «¿Por qué me llamas?». «Ya puedes verlo —le contestó el otro—. El enemigo ha ocupado antes que nosotros la altura que domina

el camino. Pero, ¿por qué no has traído a los peltastas?». Jenofonte le respondió que no le había parecido bien dejar desamparada la retaguardia cuando los enemigos se presentaban. «Pero —continuó— es preciso ver el medio de desalojar de la colina a esos hombres». Entonces Jenofonte vio la cumbre de la montaña, situada encima de donde se encontraba el ejército griego, y que desde ella un camino conducía a la colina donde estaban los enemigos. «Lo principal, Quirísofo —dijo—, es que nos lancemos lo antes posible sobre la cima. Si nos apoderásemos de ella no podrán mantenerse los que nos cierran el camino. Si te parece, tú puedes permanecer aquí con el ejército; yo estoy dispuesto a marchar; pero, si lo prefieres, ve tú a la montaña y yo me quedaré aquí». «Dejo a tu elección lo que quieras», dijo Quirísofo. Jenofonte respondió que, puesto que era él más joven, elegía marchar, y le rogó le diese algunos hombres del frente, pues sería demasiado largo mandarlos venir de la retaguardia. Quirísofo le concedió los peltastas del frente, sustituyéndolos por los que iban en el centro del cuadro.

Pusiéronse, pues, en marcha con toda la rapidez posible. Los enemigos que estaban sobre la colina, al ver que se dirigían a la cumbre, se lanzaron inmediatamente para llegar antes que ellos. Entonces se levantó un gran griterío entre el ejército griego, animando a sus compañeros, mientras que los soldados de Tisafernes no gritaban menos animando a los suyos. Jenofonte, galopando al lado de su tropa, la animaba: «¡Soldado! —decía—, considerad que estáis ahora luchando por la Grecia, por vuestros hijos y por vuestras mujeres, y que con un pequeño esfuerzo marcharemos en lo sucesivo sin combate». Entonces, un tal Soteridas, de Sición, le dijo: «Jenofonte, no estamos en las mismas condiciones. Tú vas a caballo; en cambio, yo marcho difícilmente con mi escudo encima». Al oír esto, Jenofonte saltó del caballo, echó al

soldado fuera de las filas y quitándole el escudo se puso a marchar con la mayor rapidez posible, y como llevaba encima la armadura de jinete iba aplastado con el peso. A los de adelante les exhortaba que avanzasen y a los de atrás que se uniesen a los otros mientras él los seguía con trabajo. Los demás soldados golpearon a Soteridas, le arrojaron piedras y le insultaron hasta obligarle a coger su escudo y marchar. Jenofonte subió entonces a su caballo y siguió en él mientras el camino lo permitió; después, apeándose del caballo, continuó a pie a toda prisa. Por fin, llegaron a la cima antes que los enemigos.

CAPÍTULO V

Entonces los bárbaros dieron la vuelta y huyeron, cada cual por donde pudo, mientras los griegos quedaban dueños de la cima. Tisafernes y Arieo cambiaron también de dirección y se fueron por otro camino. Por su parte, Quirísofo bajó con sus tropas a la llanura y acampó en una aldea muy abundante en toda clase de cosas. Había también otras aldeas muy ricas en esta llanura al lado del río Tigris. Ya por la tarde se presentaron repentinamente en la llanura los enemigos y pasaron a cuchillo a algunos de los griegos que se habían dispersado saqueando. Habían cogido, en efecto, muchos rebaños que pastaban al otro lado del Tigris.

Entonces Tisafernes y sus tropas intentaron poner fuego a las aldeas, y esto causó desaliento en algunos griegos, temerosos de no encontrar dónde aprovisionarse de víveres si los enemigos lo quemaban todo. Volvió Quirísofo con los suyos de rechazar al enemigo, cuando los encontró Jenofonte, que bajaba y, recorriendo a caballo las filas les dijo: «Estáis viendo, griegos, que los enemigos reconocen por nuestra la comarca. Habían, en efecto, estipulado que nosotros no quemaríamos las tierras del rey, y ahora son ellos quienes las queman como si fuese país extraño. Pero dondequiera que dejen víveres para ellos mismos allá nos verán marchar. Me parece, Quirísofo, que debemos ir contra los incendiarios como si la tierra fuese nuestra». Y Quirísofo respondió: «No soy de ese parecer; creo que también nosotros debemos

quemar, y así terminarán antes».

Llegados a las tiendas, mientras los demás se ocupaban en buscar víveres, los generales y capitanes se reunieron. El apuro en que se hallaban era grande; por un lado tenían elevadas montañas y por el otro un río tan profundo que las picas no alcanzaban el fondo al intentar sondearlo. En esta perplejidad se presentó a ellos un rodio y les dijo: «Yo estoy dispuesto, compañeros, a pasar cuatro mil hoplitas si me proporcionáis lo que necesite y me dais un talento como recompensa». Le preguntaron qué necesitaba. «Necesito —dijo— dos mil odres: veo por aquí muchas ovejas, cabras, bueyes y asnos. Si los desollamos e inflamos las pieles podremos pasar fácilmente. También tendré necesidad de las correas que llevan las acémilas. Con estas correas ataré los odres unos con otros y suspenderé de ellos piedras que al caer al agua les servirán a manera de ancla; después pasaré el río, tenderé una cuerda entre ambas orillas y, finalmente, cubriré los odres así dispuestos con tierra y ramaje. Ya veréis cómo no nos hundimos. Cada odre bastará para que no se hundan dos hombres, y el ramaje y la tierra impedirán que se resbale». Los generales, al oír esto, encontraron la idea ingeniosa, pero de ejecución imposible. Al otro lado del río había gran número de jinetes enemigos que no hubiesen dejado saltar a tierra a los primeros que lo hubieran intentado.

Al día siguiente retrocedieron a las aldeas que aún no habían sido quemadas, en dirección a Babilonia, y según iban avanzando prendían fuego a cuanto dejaban atrás. Al ver esto los enemigos, renunciando a todo ataque, se pusieron a contemplar lo que hacían los griegos, intrigados, al parecer, por averiguar hacia dónde se volverían y qué pensaban hacer. Entre los griegos, mientras los soldados se ocupaban en aprovisionarse de víveres, los generales volvieron a reunirse, y

mandando traer a los prisioneros les interrogaron acerca del país que les rodeaba. Ellos dijeron que por el Mediodía se iba a Babilonia y a Media, o sea, el país que habían cruzado; por Oriente, a Susa y Ecbatana, donde, según se dice, pasa el verano el rey; que, cruzado el río, el camino conducía a Lidia y a Jonia, y por el Norte y atravesando las montañas se iba al país de los carducos. También dijeron que éstos habitaban en las montañas y eran un pueblo belicoso que no reconocía la autoridad del rey. Contaron, además, que en otro tiempo el rey había mandado contra ellos un ejército de ciento veinte mil hombres y que ninguno de ellos había vuelto a causa de la dificultad del terreno; pero que cuando estaban en paz con el sátrapa de la llanura los habitantes de ambos países entraban en relaciones. Al oír esto, los generales mandaron poner aparte a los prisioneros que decían conocer cada una de las rutas, sin dejar traslucir por cuál de ellas pensaban decidirse. Ya solos, parecióles que era necesario penetrar en el país de los carducos, cruzando las montañas, pues les habían dicho que atravesando aquel país llegarían a Armenia, comarca vasta y rica gobernada por Orontes, y que desde allí podrían ir fácilmente adonde quisieran. Con este propósito hicieron los sacrificios a fin de poder ponerse en marcha a la hora que les pareciese, pues temían que se les adelantase el enemigo y ocupase las cimas de las montañas. Dieron, pues, orden de que después de haber comido plegasen todos los bagajes y se pusieran a descansar, en espera de la primera señal que se les diese de romper la marcha.

LIBRO CUARTO

En los libros precedentes queda referido cuanto aconteció en la marcha inferior del Asia hasta la batalla y después de la batalla en las treguas ajustadas entre el rey y los griegos que acompañaron a Ciro, así como lo sucedido cuando, habiendo violado las treguas el rey y Tisafernes, hicieron guerra a los griegos, persiguiéndolos con el ejército persa. Llegados al sitio en que la profundidad y anchura del río Tigris harían imposible su paso y en que tampoco se podía seguir bordeándolo, pues las montañas de los carducos caían a pico sobre el río, los generales decidieron cruzar las montañas. Sabían por los prisioneros que una vez atravesadas podrían pasar el Tigris en sus fuentes en Armenia, o si lo preferían darle la vuelta. También se decía que las fuentes del Éufrates no estaban lejos del Tigris, como así es. He aquí cómo penetraron en el país de los carducos, de manera que los enemigos no se enterasen y ocuparan de antemano las alturas.

CAPÍTULO I

Hacia la última vela, cuando aún quedaba bastante noche para poder cruzar la llanura sin ser vistos, levantaron el campo a una señal dada y poniéndose en marcha llegaron junto a las montañas al rayar el día. Quirísofo marchaba a la cabeza de la columna con su cuerpo y todas las tropas ligeras, y Jenofonte seguía con los hoplitas de retaguardia sin ningún gimneta, pues no parecía haber peligro de que el enemigo atacase por detrás mientras subían. Quirísofo ganó la cima antes que los enemigos se diesen cuenta y continuó adelante, mientras el resto del ejército le seguía, penetrando en las aldeas situadas en los valles y repliegues de las montañas. Los carducos, al verlos, abandonaron sus habitaciones y huyeron con sus mujeres e hijos a las montañas. Había allí víveres en abundancia y se encontraron en las casas muchos utensilios de bronce. Pero los griegos no se llevaron nada ni persiguieron a los habitantes, con la esperanza de que al ver esto los carducos les dejarían pasar como por tierra amiga, puesto que eran enemigos del rey. En cuanto a los víveres, cogieron todo lo que hallaron; la necesidad les obligaba. A pesar de todo, los carducos no quisieron oírles y no dieron ninguna señal de disposición amistosa. Y cuando ya de noche los últimos griegos bajaron de las cimas a las aldeas (pues era tan estrecho el camino que habían empleado todo el día en subir y bajar la montaña hasta las aldeas) se reunió un grupo de carducos y atacaron a los rezagados, matando a algunos e hiriendo a otros

con flechas y piedras, aunque eran en corto número, pues los griegos habían entrado en el país de improviso. De haber sido más, una gran parte de ejército hubiese acaso estado en peligro de ser aniquilada. Así acamparon esa noche en las aldeas. Los carducos encendieron numerosas hogueras y unos y otros se observaban.

Al rayar el día, reunidos los generales y capitanes de los griegos, decidieron no conservar de las acémilas más que las indispensables y que estuviesen en mejor estado, así como poner en libertad a todos los prisioneros hechos últimamente y que iban como esclavos en el ejército. El gran número de prisioneros y acémilas hacía más lenta la marcha, y su vigilancia y cuidado restaban muchos hombres a las fuerzas combatientes; además, era preciso buscar y llevar consigo doble cantidad de víveres para gente tan numerosa. Tomada esta decisión, los heraldos pregonaron que así se hiciera.

Después de almorzar el ejército se puso en marcha. Los generales se colocaron en un paso angosto, y si encontraban que un soldado llevaba algo de lo prohibido en el pregón, se lo quitaban. Todos obedecieron, salvo alguno que otro que consiguió pasar de oculto la bella mujer o el muchacho objeto de sus deseos. Durante todo este día marcharon unas veces combatiendo y otras descansando. Al día siguiente sobrevino una gran tormenta. Pero no por eso se detuvieron, pues estaban escasos de víveres. Quirísofo iba a la cabeza y Jenofonte en la retaguardia. Los enemigos atacaron vigorosamente, y como el camino era estrecho podían acercarse y arrojar flechas y piedras. De suerte que los griegos, obligados a perseguirlos y a retirarse después, marcharon lentamente. Y Jenofonte hubo de enviar a menudo recado que se detuviese la columna cuando los enemigos atacaban vivamente. Quirísofo, al recibir el recado, unas veces se

detenía, pero otras, lejos de hacerlo, marchaba con toda rapidez y daba orden de que le siguiesen. Esto parecía denotar que algo ocurría. Pero, como no había tiempo para llegarse y ver cuál era la causa de tal apresuramiento, a los de retaguardia la marcha les parecía más bien una fuga. En esta ocasión murió un valiente soldado, el lacedemonio Cleónimo, herido por una flecha que, traspasando su escudo y su casaca, le penetró en el costado, y también Basias, de Arcadia, con la cabeza atravesada de parte a parte. Cuando llegaron al punto en que debían acampar, Jenofonte marchó inmediatamente como estaba a ver a Quirísofo y le reprochó que no se hubiese detenido, obligándoles a combatir mientras iban huyendo. «Y ya ves —dijo—, han muerto dos buenos soldados, cuyos cadáveres no hemos podido recoger ni enterrar». Quirísofo le respondió: «Mira esas montañas; como ves, son inaccesibles. No hay más que un camino: ese tan escarpado que desde aquí se divisa. Y en él puedes ver la multitud de hombres que lo han ocupado para cerrarnos la salida. Por esto me apresuraba y por esto no te aguardé; esperaba poder llegar al paso antes de que los enemigos lo ocupasen. Y los guías que tenemos dicen que no hay otro camino». Jenofonte le dijo: «Pues yo tengo dos prisioneros. Como los enemigos nos iban molestando decidimos tenderles una emboscada, lo que nos permitió al mismo tiempo tomar un poco de descanso. Matamos algunos y deseábamos coger algunos vivos, precisamente con este objeto, para tener guías conocedores del país.».

Inmediatamente trajeron a los dos hombres y poniéndolos aparte el uno del otro les preguntaron si conocían otro camino que no fuese el que se veía. Uno de ellos dijo que no, a pesar de que le hicieron muchas amenazas; y como no dijera nada útil lo degollaron a la vista de su compañero. Entonces dijo éste que el otro se había negado a decir nada porque

tenía una hija casada con uno de aquel sitio. Por su parte prometió que guiaría por un camino por donde podrían ir también las acémilas. Le preguntaron también si había en este camino algún sitio difícil, y él dijo que había una altura que era necesario tomar de antemano para poder pasar.

Entonces decidieron convocar a los capitanes, a los peltastas y a parte de los hoplitas para decirles lo que pasaba y preguntarles si alguno de ellos quería mostrarse hombre valiente y ofrecerse a marchar voluntario. Entre los hoplitas se ofrecieron Aristónimo, de Metidrio, y Agasias, de Estinfalia, uno y otro de Arcadia. Frente a éstos se levantó Calímaco, de Parrasia, ofreciéndose a marchar con voluntarios que sacaría de todo el ejército. «Estoy seguro —dijo— de que si yo dirijo la expedición me seguirán muchos de los jóvenes». En seguida preguntaron si había entre los gimnetas algún taxiarco que quisiera tomar parte en la empresa. Y se presento Aristeas, de Quíos, que en muchas ocasiones semejantes había prestado grandes servicios al ejército.

CAPÍTULO II

Ya iba caída la tarde cuando los generales les dieron orden de que se pusieran en marcha después de haber comido y les entregaron el guía atado. Convinieron con ellos que si tomaban la altura se mantendrían en ella durante toda la noche y que al amanecer tocarían la trompeta; que entonces bajarían de la altura contra los que ocupaban el camino a la vista y que ellos marcharían a socorrerles con toda la rapidez posible.

Convenido esto, los voluntarios se pusieron en marcha en número de unos dos mil. Caía en aquel momento un fuerte aguacero. Mientras tanto, con las tropas de retaguardia se dirigió Jenofonte hacia el camino visible, a fin de que los enemigos pusieran en este punto toda su atención y no advirtiesen el movimiento de los otros. Llegada la retaguardia al barranco que era preciso pasar para subir la montaña, se pusieron los bárbaros a echar a rodar bloques de piedras de diversos tamaños que al dar contra las rocas saltaban en pedazos como piedras de honda. De suerte que no era posible ni aun acercarse al punto de acceso. Algunos capitanes, como no podían entrar por este sitio, lo intentaban también por otros, y así continuaron hasta que se hizo de noche. Cuando comprendieron que los enemigos no podrían verlos se marcharon a comer, pues aún estaban en ayunas. Durante toda la noche no cesaron los enemigos de echar a rodar grandes piedras, a juzgar por el estruendo que se oía.

Los que iban dando la vuelta con el guía sorprendieron a los centinelas enemigos sentados alrededor del fuego. Dando muerte a unos y ahuyentando a los demás permanecieron en aquella posición creyéndose dueños de la altura. Pero no era así, pues por encima de ellos había una eminencia junto a la cual se encontraba el mismo paso estrecho ocupado por los centinelas. Sin embargo, desde allí se podía llegar adonde estaban los enemigos en el camino a la vista. El resto de la noche lo pasaron en este sitio. Al rayar el día marcharon en orden y en silencio contra los enemigos, y la niebla que había les permitió acercarse sin ser vistos. Cuando llegaron a distinguirse sonó la trompeta, y los griegos, profiriendo sus gritos de guerra, se lanzaron sobre los bárbaros. Éstos no aguardaron el ataque, sino que echaron a correr abandonando el camino. Pocos murieron, pues corrían con gran ligereza. Los que estaban con Quirísofo, al oír la trompeta se lanzaron inmediatamente arriba por el camino a la vista; otros generales avanzaron por senderos escabrosos, según donde los cogió a cada uno, e iban subiendo, sosteniéndose los unos a los otros con las lanzas, como podían. Éstos fueron los primeros que se unieron a los que habían tomado la posición.

Jenofonte, con la mitad de la retaguardia, avanzó por donde habían subido los que iban con el guía pues era camino más cómodo para las caballerías. La otra mitad la colocó detrás de los bagajes. Según iban marchando encontráronse con una colina que dominaba el camino ocupada por los enemigos, a los cuales era preciso aniquilar, so pena de quedar separados de los demás griegos. Los soldados hubieran podido ir por el mismo camino que los otros, pero las acémilas sólo por allí podían pasar. Entonces, exhortándose mutuamente, se arrojaron sobre la colina formados por compañías, pero no rodeándola toda, sino dejando a los enemigos una salida por si querían huir. Mientras iban subiendo como cada cual podía,

los bárbaros les arrojaban flechas y piedras, pero al llegar cerca no esperaron el ataque y abandonaron la posición huyendo. Pasaron, pues, los griegos la colina, pero vieron otra también ocupada por el enemigo y decidieron atacarla. Y Jenofonte, temiendo si dejaba sin guarnición la colina ya tomada que la ocupasen de nuevo los bárbaros y atacaran a las acémilas que iban pasando por debajo —pues a causa de la angostura del camino formaban una larga fila—, dejó sobre aquella colina a los capitanes Cefisodoro, de Atenas, hijo de Celisofonte; Anfícrates, de Atenas, hijo de Anfidemo, y Arcágoras, desterrado de Argos, y él mismo marchó con el resto de su tropa contra la segunda colina, que fue tomada de un modo semejante.

Quedaba otra eminencia, más escarpada que las anteriores: la que dominaba el sitio en que la noche anterior los voluntarios habían sorprendido al destacamento enemigo. Pero al acercarse los griegos abandonaron los bárbaros sin resistencia la altura. Esto causó mucho asombro, y se supuso que se habían retirado temiendo que rodeasen los griegos la colina y les pusiesen cerco. Lo cierto es que los carducos, viendo lo que pasaba en la colina, se retiraron todos con el pensamiento de atacar la retaguardia. Y Jenofonte, con los soldados más jóvenes, subió a la altura y dio orden a los demás de que fuesen avanzando lentamente, a fin de que las últimas compañías pudiesen alcanzarles; también les ordenó que se formasen con las armas en tierra cuando siguiendo el camino llegaran a terreno llano.

En esto llegó huyendo Arcágoras, de Argos, y dijo que los enemigos los habían arrojado de la colina, que habían muerto a Cefisodoro y Anfícrates, lo mismo que a cuantos no huyeron saltando desde lo alto de la roca y se incorporaron a la retaguardia. Hecho esto los bárbaros se presentaron en la

colina situada frente a la eminencia en que se hallaba Jenofonte. Y éste por medio de un intérprete, les propuso treguas y les pidió los muertos, y ellos prometieron que los darían a condición de que no les quemasen las casas. Jenofonte consintió en ello. Pero, mientras el ejército iba desfilando y estaban en estos tratos, todos los bárbaros de aquellos parajes se concentraron en el mismo punto. Y cuando los griegos principiaron a bajar de la colina para juntarse con los demás en el sitio donde estaban puestas las armas, los bárbaros se lanzaron en gran número y con mucho alboroto. Llegados a la cima de la altura de la cual bajaba Jenofonte, echaron a rodar piedras, rompiéndole la pierna a un griego. Jenofonte se vio abandonado por su escudero; pero un hoplita llamado Euríloco, natural de Lusia, en Arcadia, acudió a él y cubriéndole con su escudo se retiraron ambos, mientras los demás se reunían con las tropas formadas en batalla.

Entonces, reunido todo el ejército griego, se alojaron en numerosas y bellas casas donde abundaban los víveres. También había mucho vino, hasta el punto que lo guardaban en cisternas dadas de cal. Jenofonte y Quirísofo consiguieron, tratando con los bárbaros, que les cediesen los cadáveres a cambio del guía y tributaron en todo lo posible a los muertos los honores debidos a los bravos.

Al día siguiente marcharon sin guía; los enemigos, combatiendo y adelantándose a ocupar los lugares estrechos, les estorbaban el paso. Cuando los detenidos eran los de vanguardia, Jenofonte subía la montaña y ahuyentaba el obstáculo puesto en el camino a los primeros sólo con intentar colocarse encima de los enemigos. Cuando atacaban a la retaguardia, Quirísofo subía y sólo con intentar colocarse encima de los enemigos ahuyentaba a los que cerraban el

camino a los de atrás. De esta manera se iban prestando mutuamente socorro y velaban atentamente los unos por los otros.

En algunas ocasiones los bárbaros inquietaban mucho la bajada de las tropas que habían subido: eran tan ágiles que lograban escapar aunque estuviesen muy cerca. Además, no llevaban más que arcos y hondas. Eran excelentes arqueros y tenían unos arcos de casi tres pies. Para disparar tiraban las cuerdas hacia la parte baja del arco apoyando en ellas el pie izquierdo. Las flechas atravesaban escudos y corazas. Los griegos las recogían y las utilizaban como dardos después de haberles puesto correas. Por estos parajes fueron de grandísima utilidad los cretenses: los mandaba Estratocles de Creta.

CAPÍTULO III

Aquel día se alojaron en las aldeas situadas encima de la llanura regada por el río Centrites, que tiene de ancho unos dos pletros y sirve de límite entre la Armenia y el país de los carducos. Los griegos descansaron allí, viendo con gusto una llanura. Dista el río de las montañas de los carducos como unos seis o siete estadios. Se alojaron en estas aldeas llenos de contento, con abundantes víveres a su disposición y recordando muchos de los trabajos pasados. En efecto, durante los siete días que emplearon en atravesar el país de los carducos no dejaron de combatir un momento y pasaron más penalidades que todas las sufridas con el rey y Tisafernes. Libres, pues, de tales peligros, descansaron contentos.

Al rayar el día vieron al otro lado del río unos jinetes armados como con propósito de impedirles el paso, y más arriba de los caballos, tropa de infantería formada en batalla sobre la ribera escarpada del río como con intención de impedir que pasasen a Armenia. Eran mercenarios armenios, mardonios y caldeos a sueldo de Orontes y de Artucas. Decíase que los caldeos eran libres y bravos. Usaban como armas largos escudos de mimbre y lanzas. Las alturas en que se hallaban colocados distaban del río como unos tres o cuatro pletros y sólo se veía un camino que iba a este punto y parecía hecho por mano de hombre. Los griegos intentaron pasar el río por allí. Pero vieron que el agua les llegaba al cuello y que el fondo era áspero, lleno de grandes piedras

resbaladizas. Además no podían conservar las armas en el agua, pues corrían peligro de que los arrastrase el río. Y si llevaban las armas encima de la cabeza se exponían desnudos a las flechas y a los demás proyectiles. En vista de esto se retiraron y acamparon junto al río. Y allí donde habían pasado la noche anterior, sobre las montañas, vieron gran número de carducos reunidos en armas. Esto produjo gran desaliento entre los griegos al considerar las dificultades de pasar el río, los enemigos que se opondrían al paso, y a la espalda los carducos, que no dejarían de atacarles cuando estuviesen pasando.

Durante todo el día y toda la noche los griegos estuvieron muy preocupados. Pero Jenofonte tuvo un sueño: le pareció que tenía trabas en los pies, pero que de repente éstas se rompían por sí mismas y quedaba en libertad de moverse como quería. Al llegar el día fue a ver a Quirísofo, le dijo sus esperanzas de que las cosas marchasen bien y le contó su sueño. Quirísofo se alegró al oírlo, y al rayar apenas la aurora sacrificaron todos los generales reunidos. Las señales fueron propicias desde el primer momento, y terminados los sacrificios los generales dieron al ejército la orden de almorzar.

Y almorzando estaba Jenofonte cuando se le acercaron corriendo dos muchachos: porque de todos era sabido que podían llegar a él aunque estuviese almorzando o comiendo y despertarle caso de estar dormido, si era preciso comunicarle algo relacionado con la guerra. Los muchachos le dijeron que se encontraban recogiendo leña para el fuego cuando vieron en la orilla opuesta, en unas rocas que llegaban hasta el lecho mismo del río, un anciano, una mujer y unas mozas que colocaban sacos con vestidos en una concavidad de la roca. Parecióles también a simple vista que podrían pasar sin peligro

por aquel punto, pues el terreno hacía imposible la aproximación de la caballería enemiga. Y despojándose de sus ropas, dijeron, habían entrado en la corriente desnudos como dispuestos a nadar, llevando sólo sendos puñales en la mano. Pero que llegaron a la otra orilla sin haberse mojado sus partes y cogiendo los vestidos se habían vuelto del mismo modo.

Jenofonte se puso inmediatamente a hacer libaciones y ordenó a los muchachos que derramaran vino y rogasen a los dioses que les habían mostrado el sueño y al paso les concediesen un éxito favorable en lo demás. Hechas las libaciones, condujo en seguida a los muchachos a presencia de Quirísofo, al cual le refirieron lo ocurrido. Después de haberles oído, Quirísofo hizo también libaciones. Y en seguida dieron orden a todos de que plegaran los bagajes, y ellos, reuniendo a los generales, deliberaron sobre la mejor manera de pasar venciendo a los enemigos que tenían delante y evitando que les hiciesen daño los que estaban detrás. Decidieron que Quirísofo marchase a la cabeza y pasara el río con la mitad del ejército, mientras Jenofonte permanecía quieto con la otra mitad, y que las acémilas y la multitud pasarían entre los dos cuerpos.

Una vez que todo estuvo bien dispuesto pusiéronse en marcha guiados por los dos muchachos con el río a la izquierda; el camino hasta el vado era como de unos cuatro estadios. Y según marchaban, los escuadrones de caballería enemiga les iban siguiendo por la otra orilla. Llegados al sitio por donde debían pasar, pusieron las armas en tierra y Quirísofo el primero, con la cabeza coronada y despojándose de sus vestidos, cogió las armas, dio orden a los demás de que hiciesen lo mismo y mandó a los capitanes que condujesen de frente sus compañías, unas a su derecha y otras a su izquierda. Al mismo tiempo los adivinos inmolaban víctimas al río,

mientras los enemigos lanzaban flechas y piedras que no llegaban. Como las señales de las víctimas resultasen favorables, todos los soldados se pusieron a entonar el peán y a lanzar el grito de guerra y todas las mujeres les acompañaban en sus clamores, pues había muchas cortesanas en el ejército.

Quirísofo entró en el río seguido por sus tropas. Y Jenofonte, con los más ligeros de la retaguardia, volvió corriendo con todas sus fuerzas al paso situado frente a las montañas de Armenia como si se propusiese atravesar el río por este punto y envolver a la caballería contraria. Los enemigos, al ver que el cuerpo de Quirísofo atravesaba la corriente sin dificultad y que los de Jenofonte se volvían atrás corriendo, temerosos de verse envueltos, huyeron con todas sus fuerzas con dirección hacia el camino que salía del río. Pero, llegados a él, tomaron el camino de la montaña. Licio, que mandaba el escuadrón de la caballería, y Esquines, que tenía a sus órdenes los peltastas de Quirísofo, al ver que los enemigos huían velozmente se pusieron a perseguirlos, y los soldados les daban voces que no se quedasen atrás, sino que los siguiesen hasta la montaña. Mientras tanto Quirísofo, después de haber pasado el río, sin cuidarse de perseguir a la caballería, se dirigió sin perder momento contra los enemigos que ocupaban más arriba las orillas escarpadas del río. Y ellos, al ver en fuga a la caballería y que los hoplitas avanzaban contra ellos, abandonaron las alturas que dominaban el río.

Por su parte, Jenofonte, viendo que todo iba bien al otro lado del río, se retiró a toda prisa hacia las tropas que estaban pasando el río, pues ya se veía a los carducos bajando a la llanura para caer sobre los últimos. Quirísofo ocupaba posiciones más arriba. Licio, que con algunos soldados se había puesto en persecución del enemigo, le cogió parte de la impedimenta que había quedado rezagada, entre otras cosas

magníficos vestidos y vasos. Aún estaban pasando la impedimenta de los griegos y la multitud que les seguía, cuando Jenofonte hizo dar media vuelta a sus tropas y las formó dando frente a los carducos. Al mismo tiempo dio orden a los capitanes que formasen cada uno su compañía por enomotías, desenvolviendo la enomotía sobre un frente de falange por el lado del escudo, de tal suerte que los capitanes y los enomotarcas estuviesen por el lado de los carducos y la última fila del lado del río.

Los carducos, viendo la retaguardia separada del grueso del ejército y reducida a un corto número, se lanzaron sobre ella a toda prisa, entonando ciertos cantos de guerra. Quirísofo, por su parte, sintiéndose ya en lugar seguro, envió a Jenofonte los peltastas, los honderos y los arqueros con orden de que le obedeciesen en todo. Y Jenofonte, al ver que pasaban el río, les mandó por medio de un mensajero que se quedasen en el borde del río sin pasar y que, cuando los suyos principiasen a pasar, entrasen en el agua a su encuentro como si tuviesen intención de pasar, llevando los dardos cogidos por la correa y las flechas sobre los arcos, pero sin penetrar muy adentro en el río. Al mismo tiempo ordenó a su división que cuando las piedras llegasen a ellos e hiciesen ruido sobre los escudos cargasen sobre los carducos cantando el peán, y que una vez puestos en fuga, al tocar la trompeta la carga desde la orilla del río, diesen media vuelta por el lado de la lanza siguiendo a la última fila, corriesen con todas sus fuerzas y pasasen en el orden que llevaban para no estorbarse los unos a los otros. El mejor soldado sería el que llegase primero a la otra orilla.

Los carducos, viendo que ya quedaban pocos, pues muchos de los que debían formar en la retaguardia la habían abandonado, unos para cuidar de las acémilas, otros de la

impedimenta y otros de sus queridas, cargaron con brío lanzando piedras y flechas. Los griegos, cantando el peán, se lanzaron a la carrera contra el enemigo. Pero éste no esperó el choque, pues estaban armados como gente de montaña, de manera propia para atacar corriendo y darse a la fuga, pero no suficiente para resistir. En esto dio la señal el trompeta, y al oírla los enemigos se pusieron a correr con mucha más fuerza, mientras los griegos, volviéndose en dirección contraria, atravesaron el río a toda prisa. Algunos de los enemigos, dándose cuenta de la maniobra, corrieron hacia el río y disparando sus arcos hicieron algunos heridos; pero a la mayoría de ellos se les veía seguir huyendo, aun cuando ya los griegos se encontraban en la otra orilla. Los que habían sido puestos para proteger la retirada, arrastrados por su bravura, avanzaron más de lo necesario y repasaron el río después de dos que marchaban con Jenofonte, no sin tener también algunos heridos.

CAPÍTULO IV

Cuando hubieron pasado, formándose de nuevo, a eso de mediodía, se pusieron en marcha a través de Armenia, país llano con algunas suaves colinas, y recorrieron no menos de cinco parasangas, pues debido a las guerras con los carducos no se encontraban aldeas en las inmediaciones del río. La aldea a que llegaron era grande; en ella había un palacio para el sátrapa y la mayor parte de las casas tenían torres; los víveres abundaban. Desde allí recorrieron diez parasangas en dos etapas, hasta pasar por encima de las fuentes del río Tigris. Desde allí recorrieron quince parasangas en tres etapas, hasta llegar al río Teléboa, de hermosa vista, pero no muy grande; a su orilla había muchas aldeas. Esta comarca se llamaba Armenia occidental y tenía por gobernador a Tiríbazo, amigo del rey, y que cuando se encontraba presente era el único que ayudaba al monarca a montar a caballo. Este Tiríbazo se acercó al galope, acompañado de algunos jinetes, y por medio de un intérprete dijo que quería hablar con los jefes. Los generales decidieron escucharle, y acercándose hasta donde pudiera oírlos preguntáronle qué quería. Les respondió que deseaba hacer con ellos treguas bajo la condición de que ni él haría daño a los griegos ni éstos quemarían las casas, sino que tomarían sólo los víveres que necesitasen. A los generales les pareció bien y se hicieron las treguas.

Desde allí recorrieron quince parasangas en tres etapas a través de la llanura, y Tiríbazo les seguía con sus fuerzas a una

distancia como de diez estadios. Llegaron a unos palacios rodeados de numerosas aldeas muy abundantes en víveres. Estando acampados cayó durante la noche gran cantidad de nieve. Por la mañana decidieron que los diferentes cuerpos con sus generales se alojasen repartidos por las aldeas. No se veía ningún enemigo, y la cantidad de nieve parecía alejar todo riesgo. Encontraron allí toda clase de cosas buenas: reses, trigo, viejos vinos de olor exquisito, uvas pasas y legumbres de todas clases. En esto, algunos de los que se habían apartado del campamento dijeron que habían visto un ejército y que durante la noche se percibían numerosas hogueras. Parecióles, pues, a los generales poco prudente permanecer acantonados en diferentes aldeas y que sería mejor reunir de nuevo el ejército. Reuniéronlo y decidieron acampar al aire libre. Y durante la noche principió a caer nieve en tal cantidad que cubrió las armas y a los hombres acostados; hasta las acémilas se quedaron con la nieve imposibilitadas de moverse. Los soldados sentían pereza para levantarse, pues la nieve si no se fundía les formaba al cubrirles un abrigo templado. Pero cuando Jenofonte tuvo el valor de levantarse a cuerpo[25] y ponerse a cortar leña, en seguida se levantó otro y quitándosela se puso también a cortarla. Después de éste se levantaron otros, encendieron fuego y se frotaron con grasas que encontraban allí en gran abundancia y de las que se sirvieron en lugar de aceite de oliva; manteca de cerdo, y aceite de sésamo, de almendras amargas y de terebinto. También encontraron perfumes sacados de estas mismas materias.

Después se acordó volver a las aldeas y alojarse bajo techado. Los soldados se dirigieron a las casas y a los víveres dando gritos de alegría. Pero los que al abandonar antes las casas las habían quemado, pagaron su falta teniendo que acampar penosamente al aire libre. Desde allí enviaron por la

noche a Demócrates, de Temenio, con un destacamento hacia las montañas donde los dispersos decían haber visto las hogueras. Este Demócrates pasaba por haber dado siempre informes exactos, diciendo lo que había y lo que no había. A la vuelta de su exploración dijo que no había visto las hogueras, pero trajo consigo un prisionero, el cual llevaba un arco persa, una aljaba y una sagaris[26], tal como las que usan las amazonas. Preguntando de qué país era, respondió que persa y que se había alejado del ejército de Tiríbazo en busca de víveres. Le interrogaron acerca del número de aquel ejército y del motivo de haberle reunido. Dijo que Tiríbazo contaba con las tropas propias y con mercenarios cálibes y taocos. Añadió que estaba preparado para atacar a los griegos en el desfiladero de la montaña, para cuyo paso no había más que un camino.

Los generales, al oír esto, decidieron reunir el ejército, y dejando una guardia montada por Soféneto, de Estinfalia, se pusieron en marcha guiados por el prisionero. Cuando hubieron franqueado la cima de la montaña, los peltastas, que habían tomado la delantera, al ver el campamento enemigo se lanzaron sobre él dando gritos, sin aguardar a los hoplitas. Los bárbaros, al oír el ruido, no los esperaron, sino que se pusieron en fuga. Pero a pesar de ello mataron los griegos a varios de los bárbaros y cogieron unos veinte caballos, así como la tienda de Tiríbazo, donde se hallaron unos lechos con pies de plata, vasos para beber y, además, unos hombres que decían ser panaderos y coperos. Los generales de los hoplitas, al saber esto, creyeron prudente volver al campamento a toda prisa, no fuese que los enemigos atacasen a los que habían quedado de guardia. Inmediatamente hicieron sonar la trompeta y volvieron el mismo día al campamento.

CAPÍTULO V

Al día siguiente se acordó marchar lo más rápidamente posible antes de que volviese a reunirse el ejército enemigo y ocupase los desfiladeros. Después de haber plegado los bagajes marcharon a través de campos cubiertos por una profunda capa de nieve y conducidos por numerosos guías. Aquel mismo día llegaron a la altura donde debía atacarles Tiríbazo y acamparon en ella. Desde allí recorrieron tres parasangas en dos etapas por un país desierto, hasta llegar al río Éufrates, el cual atravesaron mojándose hasta el ombligo. Se decía que las fuentes no estaban lejos. Desde allí recorrieron trece parasangas en tres etapas a través de una llanura cubierta de mucha nieve. Al tercer día la marcha se hizo difícil, pues soplaba de frente un viento norte que lo quemaba todo y helaba a los hombres. Uno de los adivinos indicó que se debía ofrecer una víctima al viento. Así lo hicieron, y a todos pareció manifiesto que cedió la fuerza del vendaval. La nieve tenía una profundidad de seis pies griegos, de suerte que perecieron muchas acémilas y esclavos y hasta unos treinta soldados. Pasaron la noche al calor de hogueras, pues había mucha leña en el sitio donde acamparon. Pero los que llegaron los últimos no encontraron ya leña. Los que habían llegado antes y encendido las hogueras no dejaban acercarse a los retrasados si éstos no les daban trigo o algún otro comestible. Así es que se cambiaban entre sí las cosas que tenían. Donde ardía el fuego se formaban al fundirse la nieve

grandes agujeros que llegaban hasta el suelo, y en ellos podía medirse la profundidad de la nieve.

Desde allí marcharon durante todo el día siguiente a través de la nieve, y muchos de los hombres fueron atacados de bulimia. Jenofonte, que mandaba la retaguardia e iba recogiendo a los que caían, ignoraba qué enfermedad era aquélla. Pero como alguien que la conocía le dijese que indudablemente padecían bulimia y que se pondrían en pie si se les daba algo de comer, se fue por la impedimenta y tomando los comestibles que pudo encontrar los dio a los enfermos o envió a otros que podían correr para que se los diesen. En cuanto tomaban algo se ponían en pie y continuaban andando.

Siguieron la marcha. Quirísofo llegó al anochecer a una aldea y encontró mujeres y muchachas que llevaban agua de una fuente situada delante de las fortificaciones. Ellas les preguntaron quiénes eran. El intérprete les dijo en persa que el rey los había enviado al sátrapa. Y ellas respondieron que éste no se encontraba allí, sino que se hallaba distante a eso de una parasanga. Como ya era tarde, entraron con las aguadoras dentro de las fortificaciones y se presentaron al jefe de la aldea. De esta manera Quirísofo y todos los del ejército que pudieron acamparon allí. En cuanto a los demás soldados, los que no pudieron llegar pasaron la noche sin comer y sin fuego. Algunos de ellos perecieron.

Reunidos algunos enemigos iban siguiendo a los griegos y cogían las acémilas imposibilitadas de marchar, luchando entre sí por ellas. También se quedaban atrás los soldados que habían perdido la vista a causa de la nieve y aquellos a quienes el frío había helado los dedos de los pies. Para preservar los ojos de los efectos de la nieve bastaba con llevar algo negro delante de ellos, y para los pies, moverse, no quedándose

nunca quieto, y por la noche descalzarse. A los que se acostaban calzados se les metían en los pies las correas y las sandalias se les quedaban congeladas; pues, como el primer calzado se les había gastado, llevaban otro groseramente hecho con pieles de bueyes recientemente desollados.

Por tales contratiempos quedáronse rezagados algunos soldados. Y viendo un espacio oscuro porque en él faltaba la nieve, pensaron que ésta se había fundido. Y así era, en efecto, a causa de una fuente que brotaba cerca en un valle exhalando vapores. Allí se dirigieron, pues decían que no querían seguir marchando. Al saberlo Jenofonte, que mandaba la retaguardia, les suplicó por todos los medios que no se quedasen atrás, diciéndoles que les seguían muchos enemigos reunidos y, por fin, acabó reprendiéndoles con dureza. Ellos pidieron que les degollaran, pues no podían continuar andando. En vista de esto, pareció que lo mejor sería procurar infundir miedo a los enemigos, a fin de que no atacasen a estos hombres. Ya era de noche y los enemigos avanzaban disputando ruidosamente sobre las cosas que habían cogido. Entonces los soldados de retaguardia, que estaban buenos, se levantaron y corrieron contra los enemigos, mientras los enfermos gritaban con todas sus fuerzas y golpeaban los escudos con sus lanzas. Los enemigos, atemorizados, se dejaron deslizar por la nieve hasta el valle y en adelante no se oyó voz ninguna.

Jenofonte y los suyos se volvieron después de prometer a los enfermos que al día siguiente vendrían algunos en su auxilio, y aún no habían recorrido cuatro estadios cuando se encontraron en el camino a los soldados descansando sobre la nieve, envueltos en sus capas, sin que se hubiese establecido guardia alguna. Les hicieron levantarse. Ellos dijeron que los que iban delante no avanzaban. Y Jenofonte pasó adelante y

envió a los más vigorosos peltastas, encargándoles averiguaran cuál era el obstáculo. Ellos vinieron diciendo que todo el ejército estaba parado. En vista de esto, los mismos soldados de Jenofonte acamparon allí sin fuego y sin comer, poniendo centinelas como mejor pudieron. Al amanecer envió sus soldados más jóvenes a los enfermos, encargándoles que los levantasen y les obligasen a marchar.

Mientras tanto Quirísofo enviaba a algunos de los que se encontraban en la aldea para que viesen cómo se encontraban los que iban detrás. Éstos vieron con gusto a los mensajeros y les entregaron a los enfermos para que los llevasen al campamento, y ellos se pusieron en marcha. Antes de recorrer veinte estadios llegaron a la aldea donde acampaba Quirísofo, y, ya reunidos todos, se pensó que no había peligro en que las tropas se alojasen por las aldeas. Quirísofo continuó donde se hallaba; los demás se distribuyeron a la suerte las aldeas que se veían y marcharon a ellas, cada cual con sus respectivas fuerzas. Entonces el capitán Polícrates, de Atenas, pidió permiso para avanzar por su cuenta, y, cogiendo a los soldados más ligeros, echó a correr hacia la aldea que le había tocado a Jenofonte, dentro de la cual sorprendió a todos sus habitantes con el jefe de la aldea y diecisiete potros criados para entregarlos al rey como tributo. También cogieron a la hija del jefe, que hacía nueve días se había casado. Pero su marido, que había salido a cazar liebres, no fue cogido en la aldea.

Las habitaciones estaban bajo tierra; su abertura parecía la boca de un pozo; pero, por debajo, eran anchas. Para la entrada de las bestias tenían rampas excavadas en la tierra, pero los hombres bajaban por medio de escaleras. En estas habitaciones había cabras, ovejas, bueyes y aves con las crías de estos animales, y allí dentro alimentaban con forraje todos

los ganados. También guardaban allí trigo, cebada, legumbres y cerveza en grandes jarras: al borde mismo de los labios de éstas sobrenadaban los granos de cebada, y había en ellas cañas sin nudos, unas más pequeñas y otras más grandes. Cuando alguno tenía sed se llevaba una de estas cañas a la boca y sorbía por ella. Esta bebida resultaba muy fuerte si no se mezclaba con agua, y era muy agradable cuando ya se estaba acostumbrado.

Jenofonte invitó a cenar con él al jefe de la aldea y le dijo que se tranquilizase, prometiéndole que no le privarían de sus hijos y que, al marcharse, le dejarían la casa llena de víveres, en compensación de los que hubieran ellos consumido, si prestaba al ejército el servicio de guiarle hasta llegar a otro pueblo. Así lo prometió él y, lleno de buena voluntad hacia los griegos, les mostró dónde había vino enterrado. Así descansaron esa noche todos los soldados en su alojamiento, con todo a su disposición en abundancia, cuidando de tener vigilado al jefe de la aldea y de no perder de vista a sus hijos.

Al día siguiente Jenofonte, tomando consigo al jefe de la aldea, marchó a ver a Quirísofo. Por dondequiera que pasaba cerca de una aldea iba a visitar a los que allí se encontraban, y en todas partes los hallaba llenos de alegría y celebrando grandes comilonas; en ninguna parte les dejaban seguir sin servirles antes de almorzar. Y no había sitio donde no les pusiesen en la misma mesa carne de cordero, de cabrito, de lechón, de ternera y de ave, con panes en abundancia, tanto de trigo como de cebada. Y cuando alguno, por amistad hacia otro, quería beber a su salud, lo llevaba a la jarra y allí tenía que bajar la cabeza y sorber como si fuese un buey. Al jefe de la aldea le invitaron a que tomara lo que quisiera. Él no quiso aceptar nada, pero cuando veía a uno de sus parientes se lo llevaba consigo. Cuando llegaron adonde estaba Quirísofo

encontraron también a los griegos de aquella aldea en medio de un banquete y coronados con guirnaldas de heno seco. Les servían muchachos armenios vestidos a la manera de los bárbaros, y a los cuales indicaban por signos, como si fuesen sordos, lo que querían hacer.

Después de saludarse amistosamente, Quirísofo y Jenofonte preguntaron en común al jefe de la aldea, por medio del intérprete que hablaba el persa, qué tierra era aquélla. Él les respondió que Armenia. Le volvieron a preguntar para quién criaba los caballos, y él respondió que eran un tributo destinado al rey. También dijo que la región próxima estaba habitada por los cálibes y les indicó por dónde era el camino. Entonces Jenofonte se marchó con el jefe a casa de su familia y le dio un caballo que había cogido hacía tiempo, encargándole que, después de engordarle, lo sacrificase, pues había oído que aquel caballo estaba consagrado al Sol y temía se muriese; tan quebrantado estaba por la marcha. Para sustituirlo tomó uno de los potros, y a cada uno de los capitanes le dio también uno. Los caballos de aquella tierra eran más pequeños que los de Persia, pero mucho más fogosos. También les enseñó allí el jefe de la aldea a envolver los vasos de los caballos y acémilas en saquitos para conducirlos por la nieve: sin estos requisitos se hundían hasta el vientre.

CAPÍTULO VI

Al octavo día Jenofonte entregó a Quirísofo al jefe que había de guiarles, dejando en la aldea a todos los de su casa, a excepción de su hijo, que apenas había entrado en la pubertad. Este muchacho se lo dio para que lo guardase a Plístenes, de Anfípolis, a fin de que si el padre los guiaba bien se volviese, llevándoselo consigo. Llevaron a casa del jefe todo lo más que pudieron, y, levantando el campamento, se pusieron en marcha. El camino era a través de la nieve y les guiaba el jefe de la aldea, que iba suelto. Ya en la tercera etapa Quirísofo se encolerizó contra él porque no les llevaba a ninguna aldea. Él dijo que no las había por aquellos parajes, y Quirísofo le golpeó, pero no mandó que lo ataran. Y después de esto, aquella noche se escapó el jefe, dejando abandonado a su hijo. Éste fue el único motivo de disentimiento que durante toda la marcha hubo entre Quirísofo y Jenofonte: el atropello del guía y el descuido después de guardarle. Plístenes se enamoró del muchacho, se lo llevó a su país y encontró en él un servidor de confianza.

Después de esto hicieron siete etapas a razón de cinco parasangas por día, bordeando el río Fasis, que tiene de ancho un pletro. Desde allí recorrieron diez parasangas en dos etapas, y, sobre una altura por donde se pasaba al llano, les salieron al encuentro los cálibes, taocos y pasianos. Quirísofo, al ver a los enemigos sobre la altura suspendió la marcha, a una distancia como de treinta estadios, evitando acercarse al

enemigo en orden de marcha, y ordenó a los demás jefes que avanzasen con sus compañías para que el ejército quedase formado en orden de batalla. Cuando ya hubo llegado la retaguardia, reunió a los generales y capitanes y les dijo: «Los enemigos, como veis, ocupan las cimas de la montaña; conviene, pues, deliberar acerca de la manera de combatir en las condiciones más favorables. Mi opinión es que se dé orden a los soldados de almorzar, y, mientras tanto, que examinemos nosotros si es hoy o mañana cuando hemos de pasar la montaña». «A mí me parece —dijo Cleanor— que, no bien hayamos tomado el almuerzo, debemos armarnos y marchar violentamente contra esos hombres. Porque si dejamos pasar el día de hoy, los enemigos que ahora nos están viendo se pondrán mucho más atrevidos, y, como es natural, esta audacia hará que otros se les agreguen».

Después de esto, dijo Jenofonte: «Yo pienso lo siguiente: si es forzoso combatir, debemos prepararnos de suerte que combatamos con la mayor energía: pero si lo que nos proponemos es pasar la montaña lo más fácilmente posible, me parece es necesario buscar el modo de hacerlo con el menor número de heridos y muertos. La montaña que tenemos a la vista se extiende más de sesenta estadios. Y el único sitio en donde vemos gente que nos vigile es por este camino. Más valdría, pues, que intentáramos ganar algún otro punto de la montaña, ya ocultamente, ya adelantándonos a nuestros enemigos, como podamos, en vez de atacar posiciones tan fuertes y combatir con hombres preparados. Mucho más fácil es subir una pendiente escarpada sin combate que marchar por camino llano mientras los enemigos atacan a derecha e izquierda. Mejor vemos de noche lo que se encuentra ante los pies cuando ningún enemigo nos amenaza, que de día cuando vamos combatiendo, y el camino áspero resulta a quienes lo recorren sin ser hostilizados más cómodo

que el llano cuando se marcha bajo una lluvia de proyectiles. No me parece tampoco difícil ocultarse al enemigo, puesto que podemos marchar de noche, de suerte que no nos vean, y podemos, también, apartarnos a tal distancia que no nos descubran. Y creo que si hacemos un falso ataque por este lado encontraremos más limpio de enemigos el resto de la montaña, pues permanecerían aquí concentrados. Pero, ¿qué necesito yo hablar aquí de engaño? He oído decir, Quirísofo, que vosotros los lacedemonios, todos los que sois de los iguales, os ejercitáis en el hurto desde la infancia, y que entre vosotros no es motivo de vergüenza, sino de honor, el robar todo lo que la ley no prohíbe. Y para que al robar lo hagáis con la mayor rapidez, procurando no ser vistos, está dispuesto entre vosotros sean azotados los que se dejen coger en el robo. Ahora que se presenta una buena ocasión para mostrar estas enseñanzas, procurando que no nos sorprendan mientras tomamos a hurto una parte de la montaña, de suerte que no recibamos golpes».

«Y yo también —dijo Quirísofo— he oído decir que vosotros los atenienses tenéis mucha habilidad para robar los caudales públicos, a pesar de que el ladrón corre muchísimo peligro, y precisamente los más capaces, si es que vosotros encargáis de vuestro gobierno a los más capaces. Así, pues, también ha llegado para ti el momento de mostrar estas enseñanzas». «Yo —dijo Jenofonte— estoy dispuesto a ir con la retaguardia a ocupar la montaña en cuanto comamos. Tengo, además, guías. Los gimnetas han cogido en una emboscada algunos de los ladrones que nos seguían. Por ellos he sabido que la montaña no es inaccesible, sino que en ella pastan cabras y vacas, de suerte que una vez dueños nosotros de un punto de la montaña podrán subir las acémilas. Espero, además, que los enemigos abandonarán sus posiciones en cuanto nos vean al mismo nivel sobre las alturas, pues ahora

tampoco quieren bajar al llano donde nosotros estamos». Quirísofo dijo entonces: «¿Y por qué ir tú mismo, dejando la retaguardia? Manda a otro, si es que no hay unos cuantos valientes que se ofrezcan voluntarios».

En seguida se ofrecieron Aristónimo, de Metidrio, con hoplitas, y Aristeas, de Quíos, y Nicómano, con gimnetas. Se convino en que cuando llegaran a las alturas encendieran muchas hogueras. Convenido esto, comieron, y después de la comida Quirísofo hizo avanzar todo el ejército como unos diez estadios hacia el enemigo para dar la impresión de que pensaban atacar por aquella parte.

Después de cenar, ya de noche, los designados partieron y ocuparon la montaña, mientras los demás descansaban allí mismo. Cuando los enemigos advirtieron que los griegos habían subido a las alturas, permanecieron en vela y tuvieron encendidas numerosas hogueras durante toda la noche. Al rayar el día, Quirísofo, después de hacer sacrificios, dirigió a sus tropas por el camino, mientras los que habían ocupado la montaña atacaban por las alturas. De los enemigos, la mayoría permaneció sobre el paso de la montaña y una parte salió al encuentro de los que venían por las alturas. Estos dos destacamentos vinieron a las manos antes de que los cuerpos principales se encontraran, resultando vencedores los griegos, que persiguieron a los bárbaros. En esto, por el llano, los peltastas griegos corrían contra los que estaban formados delante, mientras Quirísofo les seguía a paso ligero con los hoplitas. Los enemigos que se hallaban en el camino, cuando vieron a los suyos en las alturas, echaron a correr. No murieron muchos de ellos, pero se les cogió gran cantidad de escudos de mimbre que los griegos inutilizaron destrozándolos con sus espadas. Cuando subieron a las alturas hicieron sacrificios, y, después de erigir un trofeo, bajaron a la

llanura, donde llegaron a unas aldeas llenas de abundantes y buenas provisiones.

CAPÍTULO VII

Después de esto recorrieron treinta parasangas en cinco etapas, hasta llegar al país de los taocos. Faltaban víveres, pues los taocos habitaban en lugares fortificados a los cuales habían llevado todo lo que tenían. Llegados a un lugar donde no había ni ciudad ni casa, pero en el cual se habían refugiado hombres y mujeres con numerosos ganados, Quirísofo lo atacó inmediatamente. Fatigado el primer cuerpo, le sucedió otro y después otro, pues como la posición estaba circundada por un río no podían rodearla todos a la vez.

Cuando llegó Jenofonte con los peltastas y hoplitas de la retaguardia, le dijo Quirísofo: «Venís muy a tiempo: es preciso que nos apoderemos de esta posición; el ejército no tiene víveres si no la tomamos». Pusiéronse, pues, a hablar sobre ella, y preguntando Jenofonte cuál era el obstáculo que impedía tomarla, le dijo Quirísofo: «No hay más que una entrada: esta que ves; y en cuanto intente acercarse por ella alguno, echan a rodar piedras desde esa altura que domina, y al que le alcanzan ya ves en qué estado queda». Y al mismo tiempo señalaba a unos hombres con las piernas y las costillas fracturadas. «Si gastasen todas las piedras —dijo Jenofonte—; ¿qué otro obstáculo podríamos hallar a nuestro paso? Porque no se ve enfrente más que unos pocos hombres, y de éstos sólo dos o tres armados. Como ves, el espacio que debemos atravesar bajo sus piedras apenas es de un pletro y medio, y de esto todo un pletro está cubierto de grandes pinos algo

separados. Resguardándose en ellos, poco les importaría a los soldados que les tirasen piedras o se las echasen rodando. Queda, pues, sólo medio pletro que debemos pasar corriendo cuando las piedras cesen de caer». «Pero es que en cuanto principiemos a acercarnos al bosque lloverán las piedras sobre nosotros». «Eso es precisamente lo que hace falta —replicó Jenofonte—. Así las gastarán antes. Pero marchemos allí. Si podemos, nos quedará ya poco camino que recorrer, y si queremos, es fácil retirarnos».

Entonces se adelantaron Quirísofo, Jenofonte y Calímaco, de Parrasia, capitán de los capitanes de la retaguardia, éste era el que guiaba aquel día. Los demás capitanes permanecieron en el terreno seguro. En seguida fueron entrando bajo los árboles unos setenta hombres, no todos juntos, sino uno a uno abrigándose cada cual como podía. Agasias, de Estinfalia; Aristónomo, de Metidrio, también capitanes de la retaguardia, y otros varios permanecían fuera de los árboles, porque sólo una compañía podía estar con seguridad bajo los árboles. Entonces se le ocurrió a Calímaco una estratagema: corría dos o tres pasos delante del árbol bajo el cual se encontraba y en cuanto le arrojaban piedras se retiraba sin dificultad; a cada uno de estos avances los enemigos gastaban más de diez carretadas de piedras. Agasias, al ver lo que hacía Calímaco y que todo el ejército le estaba mirando, temiendo no fuese el primero en asaltar la posición, sin decir nada a Aristónomo, que estaba cerca ni a Euríloco, de Larisa, ambos amigos suyos, ni a ningún otro, avanzó solo, adelantándose a los demás. Calímaco, al verle pasar, le cogió por el borde del escudo. Pero, mientras tanto, se les adelantó corriendo Aristónomo, de Metidrio, y detrás de él Euríloco, de Larisa: todos estos querían mostrar su valor y rivalizaban entre sí. Y en esta contienda tomaron la posición. Apenas entraron no cayó ninguna piedra más. Entonces se vio un espectáculo

espantoso. Las mujeres arrojaban a sus hijos por los precipicios y se precipitaban ellas después, y los hombres hacían lo mismo. Allí también el capitán Eneas, de Estinfalia, vio a un bárbaro ricamente vestido que corría como con intención de tirarse y le cogió para evitarlo; pero, arrastrado por el otro, ambos cayeron por las rocas y murieron. Hubo muy pocos prisioneros, pero se cogieron en abundancia vacas, asnos y ganado menor.

Desde allí recorrieron cincuenta parasangas en siete jornadas a través del país de los cálibes. De todos los pueblos que cruzaron eran éstos los más valientes y con ellos vinieron a las manos. Llevaban unos corseletes de lino que les llegaban hasta el bajo vientre. En lugar de franjas les caían cuerdas retorcidas en gran número. También gastaban grebas y cascos, y a la cintura un pequeño sable parecido al que usan los lacedemonios, con el cual degollaban a los que cogían, y, cortándoles la cabeza, se la llevaban consigo. En cuanto llegaban a la vista del enemigo prorrumpían en cantos acompañados de baile. Usaban una lanza de quince pies con una sola punta. Estos cálibes permanecían en sus aldeas y cuando ya habían pasado los griegos les seguían combatiendo. Habitaban en lugares fortificados, a los cuales habían llevado sus víveres, de suerte que los griegos no pudieron tomarles nada, teniendo que mantenerse durante este trayecto de los ganados que habían cogido a los taocos. Después recorrieron veinte parasangas en cuatro etapas a través de una llanura habitada por los esquiternos, hasta llegar a unas aldeas en las cuales permanecieron tres días y se aprovisionaron.

Desde allí recorrieron veinte parasangas en cuatro jornadas y llegaron a una ciudad grande, rica y poblada, que se llamaba Gimniade. El jefe de esta comarca envió a los griegos un guía para que los condujese por el territorio de sus enemigos.

Vino, pues, el guía, y les dijo que en cinco días les conduciría a un sitio desde donde verían el mar, y que si no cumplía su promesa podían matarle. Y guiándoles, cuando los entró por la tierra de los enemigos, les invitó a que lo incendiasen y arrasasen todo, señal clara de que éste había sido el motivo de su venida, no la benevolencia hacia los griegos. Al quinto día llegaron a la cima de la montaña llamada Teques. Cuando los primeros alcanzaron la cumbre y vieron el mar prodújose un gran vocerío. Al oírlo Jenofonte y los que iban en la retaguardia creyeron que se habían encontrado con nuevos enemigos, pues les iban siguiendo los de la comarca quemada, y los de la retaguardia habían matado algunos y cogido otros vivos en una emboscada, tomándoles veinte escudos hechos con mimbre y pieles crudas de buey de mucho pelo. Pero como el vocerío se hacía mayor y más cercano y los que se aproximaban corrían hacia los voceadores, como el escándalo se hacía más estruendoso a medida que se iba juntando mayor número, parecióle a Jenofonte que debía de tratarse de algo más importante, y, montando a caballo, se adelantó con Licio y la caballería a ver si ocurría algo grave y, en seguida, oyeron que los soldados gritaban: «¡El mar!, ¡el mar!», y que se transmitían el grito de boca en boca. Entonces todos subieron corriendo: retaguardia, acémilas y caballos vivamente. Cuando llegaron todos a la cima se abrazaban con lágrimas los unos a los otros, generales y capitanes. Y en seguida, sin que se sepa de quién partió la orden, los soldados se pusieron a traer piedras y a levantar un gran túmulo, que cubrieron con pieles crudas de buey, con bastones y con los escudos de mimbre que habían cogido, y el guía mismo se puso a destrozar los escudos, exhortando a los griegos a que lo hiciesen ellos también. Después de esto despidieron al guía, dándole entre todos como presente un caballo, una copa de plata, un traje persa y diez daricos. Él les pidió, sobre todo,

anillos, y los soldados le dieron muchos. Y después de mostrarles una aldea donde podían acampar y el camino para llegar al país de los macrones, se marchó cuando ya caía la tarde.

CAPÍTULO VIII

Desde allí recorrieron los griegos diez parasangas en tres etapas, atravesando el país de los macrones. Al tercer día llegaron al río que separa este país del de los esquitenos. Tenían a la derecha un lugar sumamente escarpado y a la izquierda otro río en el cual desembocaba el que servía de límite y por el cual era preciso pasar. Las orillas de este río estaban cubiertas de árboles muy juntos, aunque delgados. Los griegos avanzaron cortando estos árboles, pues querían salir cuanto antes de aquellos parajes. Pero los macrones, armados de escudos de mimbre y lanzas, y cubiertos con túnicas de crin, estaban formados en la otra orilla del río, animándose los unos a los otros y arrojando piedras al río; pero se quedaban cortas y no herían a nadie.

Entonces uno de los peltastas, que, según contaban, había sido esclavo en Atenas, se acercó a Jenofonte y le dijo que conocía la lengua de aquellas gentes. «Me parece —continuó— que ésta es mi tierra y quisiera hablar con ellos si no hay inconveniente». «Ninguno —respondió Jenofonte—; habla y pregúntales primero quiénes son». Ellos le respondieron que eran macrones. «Pregúntales ahora —dijo Jenofonte—, por qué se presentan en batalla contra nosotros y por qué quieren ser enemigos nuestros». «Porque vosotros venís sobre nuestra tierra». Los generales le mandaron decir que no tenían intención de hacerles daño. «Marchamos a Grecia después de haber hecho la guerra al rey y queremos llegar al mar». Ellos

preguntaron si les daríán prenda de esto que decían. Los griegos respondieron que estaban dispuestos a darla y a tomarla. Entonces los macrones les dieron a los griegos una lanza bárbara, y los griegos a ellos otra griega. Esto decían que era prenda. Se puso a los dioses por testigos.

En seguida, después de darse esta prenda, los macrones ayudaron a los griegos a cortar los árboles, allanándoles el camino para que pasaran, mezclados con ellos, y les vendieron de todo lo que podían. Al cabo de ocho días llevaron a los griegos hasta los límites de los colcos. Había allí una gran montaña, y sobre ella se encontraban formados los colcos. Al principio los griegos se formaron en falange con intención de dirigirse a la montaña. Pero después pareció conveniente a los generales reunirse y deliberar acerca del modo mejor de conducir el ataque.

Jenofonte dijo que, a su parecer, debía deshacerse la falange y formar las tropas en columnas de compañía. «La falange —dijo— se romperá en seguida, pues la montaña será por unos lados accesible y por otros no. Y, al verla deshecha, los que vayan en ella sentirán desaliento. Además, si vamos formados en un orden profundo, los enemigos rebasarán nuestra línea y nos podrán atacar como quieran con las tropas que les queden libres. Pero si por el contrario, marchamos en pocas líneas de fondo, no sería extraño que se viese cortada la falange bajo la masa de hombres, y la lluvia de proyectiles que caerán sobre nosotros. Si esto ocurriese en alguna parte, la falange se verá comprometida. Me parece pues, que debemos formar las tropas en columnas de compañía, dejando entre ellas el suficiente espacio para que las compañías de los extremos rebasen las alas de los enemigos. De este modo quedaremos fuera de la falange contraria; los más bravos de nosotros avanzarán en primera línea al frente de las columnas

y cada capitán conducirá la suya por donde el camino sea más fácil. No será fácil a los enemigos penetrar en los intervalos, teniendo a cada lado una columna, ni tampoco deshacer a la compañía marchando en columna. Si alguna compañía se ve apurada, la más próxima acudirá en su ayuda, y en cuanto alguna consiga llegar a la cumbre ningún enemigo continuará resistiéndose».

Pareció bien esto y se formaron las compañías en columnas. Jenofonte recorrió el frente de la derecha a la izquierda, y dijo a los soldados: «Compañeros: estas gentes que veis, son el único obstáculo que nos impide estar ya donde deseamos desde hace tiempo. Si pudiéramos debíamos comérnoslos crudos».

Cuando cada cual se hubo colocado en su sitio y quedaron formados en columnas, las compañías de hoplitas resultaron unas ochenta, de unos cien hombres aproximadamente cada una. Los peltastas y los arqueros fueron divididos en tres cuerpos, colocados uno fuera del ala izquierda, otro fuera del ala derecha y el otro en el centro. Cada uno de ellos constaba de unos seiscientos hombres. En seguida los generales transmitieron la orden de que dirigiesen a los dioses sus oraciones. Así lo hicieron los soldados, y, entonando el peán, se pusieron en marcha. Quirísofo y Jenofonte, con los peltastas a sus órdenes, avanzaban fuera de la falange contraria. Los enemigos, al verlos, se dividieron para correr a su encuentro por uno y otro lado y dejaron un gran vacío en medio de sus tropas. Entonces los peltastas arcadios, mandados por Esquines el arcadiano, creyendo que los bárbaros huían se lanzaron corriendo y dando gritos; ellos fueron los primeros que escalaron la montaña, y les siguieron los hoplitas arcadios mandados por Cleanor, de Orcómeno. Los enemigos, cuando los vieron echarse encima, no los

aguardaron, sino que cada uno escapó por su lado.

Los griegos, subida la montaña, acamparon en numerosas aldeas muy bien abastecidas, y nada les llamó la atención sino la gran abundancia de panales que había en aquellos lugares. Pero a todos los soldados que comieron la miel se les trastornó la cabeza y tuvieron vómitos y desarreglos de vientre; ninguno podía tenerse en pie. Los que habían comido sólo un poco parecían borrachos, los que comieron más daban la impresión de locos, y algunos quedaban como muertos. De este modo había muchos por tierra como después de una derrota, y los demás estaban contristados. Pero al día siguiente no murió ninguno y próximamente a la misma hora que la víspera les desapareció el delirio. Al tercero y cuarto día se levantaron como después de haber tomado una medicina.

Desde allí recorrieron siete parasangas en dos etapas y llegaron al mar por Trapezunte, ciudad griega muy poblada, a orillas del Ponto Euxino, colonia de Sinope en el país de los colcos. Permanecieron allí treinta días en las aldeas de los colcos. Desde este punto organizaban expediciones por toda la Cólquide en busca de botín. Además los habitantes de Trapezunte establecieron un mercado en el campamento de los griegos, los recibieron y les dieron como presentes de hospitalidad vacas, harina de cebada y vino. También entablaron negociaciones en nombre de los colcos de los alrededores, que habitaban principalmente en la llanura, y éstos les trajeron vacas en señal de amistad.

Después de esto se prepararon a cumplir los sacrificios que habían prometido. Les vinieron los bueyes suficientes para los sacrificios a Zeus por haberlos salvado, a Heracles por haberlos guiado y a los demás dioses lo que les habían ofrecido. También organizaron un concurso gimnástico en la

montaña donde acampaban y eligieron para disponer la carrera y dirigir el concurso al espartano Dracontio, que había huido de su patria siendo muchacho por haber muerto con un puñal a otro de su edad.

Terminados los sacrificios, regalaron las pieles a Dracontio y le dijeron que les llevase al sitio preparado para la carrera. Y él, mostrándoles el sitio donde se encontraban: «Esta colina —dijo— es excelente para correr en todos sentidos». «Pero —le objetaron—, ¿cómo podrán luchar los atletas en un terreno tan duro y tan cubierto de árboles?». Y él respondió: «Así lo sentirá más el que caiga». Corrieron el estadio muchachos, la mayor parte de ellos prisioneros, y el dólico[27] cretenses en número de más de sesenta. Otros pretendieron en la lucha, el pugilato y el pancracio. El espectáculo resultó hermoso, pues fueron muchos los que bajaron a las luchas, y como los estaban mirando sus compañeros, sentían viva emulación. También hubo carreras de caballos, los cuales bajaban la colina hasta el mar y después volvían a subir a donde estaba el ara. En su mayoría los caballos, cuando marchaban cuesta abajo, iban como disparados; pero, al remontar la fuerte pendiente, apenas si caminaban al paso. Y los espectadores animaban a los concursantes en medio de risas y de gritos.

LIBRO QUINTO

En los libros precedentes se ha visto lo que hicieron los griegos en su expedición con Ciro y en marcha hacia el mar que se llama Ponto Euxino, y asimismo cómo llegaron a la ciudad de Trapezunte e hicieron los sacrificios que habían prometido ofrecer cuando llegasen a tierra amiga.

CAPÍTULO I

Después de esto se reunieron a deliberar sobre el camino que les quedaba. León, de Turio, se levantó el primero y habló en estos términos: «Yo, compañeros, estoy ya cansado de plegar los bagajes, de marchar, de correr, de llevar las armas, de ir formado, de hacer centinela y de combatir. Sólo deseo, libre de todos estos trabajos, puesto que hemos llegado al mar, hacer el resto del camino embarcado y llegar a Grecia tendido y durmiendo como Odiseo». Al oír esto, los soldados gritaron que estaba muy bien dicho, y se levantó otro que dijo lo mismo, así como todos los que les sucedieron. Entonces se levantó Quirísofo y dijo: «Anxibio, que manda una flota, es amigo mío, camaradas. Si me enviáis a él creo que podré volver con trirremes y barcos suficientes para transportarnos. Puesto que vosotros queréis ir por mar, esperad a que yo venga; volveré en seguida». Al oír esto se alegraron mucho los soldados y decidieron que Quirísofo partiera en un barco cuanto antes.

Entonces se levantó Jenofonte y dijo así: «Quirísofo, marcha, pues, en busca de barcos; mientras tanto, nosotros permaneceremos aquí. Voy, por consiguiente, a deciros todo lo que a mi parecer conviene que hagamos en este tiempo. Ante todo, debemos procurarnos los víveres tomándolos de tierra enemiga, pues los que nos venden no son suficientes y sólo unos pocos tienen recursos bastantes para comprarlos. Y como la tierra es enemiga, corremos el peligro de perder

mucha gente si vais sin cuidado ni precaución a buscar los víveres. Me parece, pues, que debemos organizar expediciones a distancia para buscar los víveres, pero sin ir a la ventura, a fin de que no sufráis ningún percance. Y nosotros tendremos cuidado de esto». Se acordó así.

«Escuchad, además, esto: algunos de vosotros saldrán en busca de botín. Me parece, pues, mejor que el que piense salir nos lo diga de antemano para que sepamos el número de los que salen y de los que se quedan y estemos preparados para lo que pueda ocurrir. Si hubiese que marchar en auxilio de alguno, sabremos dónde es preciso acudir, y si alguno emprende sin experiencia alguna empresa, le ayudaremos con nuestro consejo, procurando saber las fuerzas con que tendrá que hacerse». Acordóse asimismo esto.

«Considerad también lo siguiente —continuó Jenofonte —: los enemigos, por su parte, tienen las manos libres para entregarse al pillaje y con razón nos tienen emboscados, puesto que nosotros nos hemos apoderado de lo suyo, y ellos ocupan posiciones que nos dominan. Me parece, pues, conveniente que establezcamos centinelas todo alrededor del ejército. Y si formando turnos vigilamos atentos, los enemigos tendrán menos probabilidades de sorprendernos. Ved, además, esto: si estuviésemos seguros de que Quirísofo volverá con suficientes embarcaciones, holgaría lo que voy a deciros. Ahora bien; puesto que esto es dudoso, me parece que debemos aquí mismo aprovisionarnos de navíos. Si vuelve trayéndolos él también, dispondremos de mayor número para nuestra marcha, y si no los trae, utilizaremos los que reunamos. Veo que con frecuencia pasan naves por delante de esta costa. Podemos, pues, pedir a los trapezuntios navíos largos[28], y trayendo con ellos a la costa las embarcaciones que pasen, guardarlas después de quitarles los

timones hasta que tengamos un número suficiente. De este modo no nos faltarán seguramente los medios que necesitamos para embarcar. Considerad si no es de justicia que alimentemos de un fondo común a los que traigamos en las naves todo el tiempo que permaneciesen aquí a causa de nosotros, y que convengamos con ellos una suma como precio del pasaje, de suerte que al hacernos ellos tal beneficio no dejen también de beneficiarse». Acordóse también esto.

«Me parece, por último —dijo—, que si esto no se realiza y no conseguimos naves suficientes debemos ordenar a las ciudades de la costa que arreglen los caminos que, según se dice, se hallan en mal estado. Y de seguro obedecerán, tanto por miedo como por querer desembarazarse de nosotros».

Entonces se pusieron todos a gritar que no había que ir por tierra. Y él, viendo tal locura, sin poner a votación este punto, persuadió a las ciudades que reparasen voluntariamente los caminos, diciéndoles que si éstos estaban bien se verían libres más pronto de los soldados. Los trapezuntios les dieron un pentécoro[29], de cuyo mando encargóse el laconio Dexipo, perieco. Pero éste, sin preocuparse de reunir embarcaciones, se escapó huyendo con su navío fuera del Ponto Euxino. Más tarde recibió su merecido, pues cuando intrigaba en Tracia cerca de Seutes murió a manos del lacedemonio Nicandro. Por su parte, los griegos tomaron un triacóntero[30] y pusieron en él como jefe al ateniense Polícrates, el cual condujo al campamento todas las embarcaciones que pudo coger. La carga que iba en ellas fue sacada fuera y puesta bajo la vigilancia de guardia para que estuviera segura, y los barcos los utilizaron para el transporte. Mientras tanto, salían los griegos en busca de botín, y unos lo conseguían y otros no. Cleéneto, que partió con su propia compañía y con la de otro contra un lugar difícil, pereció él

mismo y otros muchos que le acompañaban.

CAPÍTULO II

Como ya no era posible conseguir víveres de manera que se pudiese volver en el mismo día al campamento, Jenofonte, tomando unos guías de los trapezuntios, condujo contra los drilas a la mitad del ejército, dejando a la otra mitad para guarda del campamento, pues los colcos, expulsados de sus viviendas, se habían reunido en gran número y estaban colocados sobre las alturas. Los trapezuntios, por su parte, no guiaban por donde hubiera sido fácil conseguir los víveres —en esos puntos eran amigos suyos—, sino que llevaron con gusto a los griegos contra los drilas, que les habían hecho daño, y a una comarca montañosa y áspera cuyos habitantes eran los más belicosos del Ponto. Cuando los griegos llegaron a las tierras altas, los drilas, según iban retirándose, quemaban todos los lugares fáciles de tomar. Así es que no se podía coger nada, como no fuese algún cerdo, buey o algún otro animal huido de las llamas. Pero había un lugar que era la metrópoli de aquellos pueblos y en él se concentraron todos. Rodeaba a este lugar un barranco muy profundo y los caminos para subir a él eran muy difíciles. Los peltastas, que se habían adelantado corriendo cinco o seis estadios de los hoplitas, atravesaron el barranco y, viendo numeroso ganado y otras muchas cosas, atacaron la posición. Con ellos iban también muchos doríferos[31] que habían salido en busca de víveres, de suerte que pasaron el barranco más de mil hombres. Pero como viesen que era inútil pretender tomar la

posición combatiendo, pues la rodeaba un ancho foso con una empalizada sobre el borde elevado y muchas torres de madera, intentaron retirarse. Entonces los enemigos se les echaron encima. Y no pudiendo escapar, porque la bajada desde la posición al barranco tenía que hacerse uno a uno, mandaron aviso a Jenofonte, que iba al frente de los hoplitas. El enviado dijo: «El lugar está lleno de muchas cosas. Pero ni podemos tomarlo, pues es muy fuerte, ni nos es fácil retirarnos. Los contrarios salen y nos combaten, y el camino es muy dificultoso».

Al oír esto Jenofonte avanzó hasta el barranco y ordenando a los hoplitas que pusiesen las armas en tierra lo pasó él con los capitanes y examinó si sería mejor retirar a los que ya habían pasado o hacer que lo cruzasen los hoplitas para intentar el asalto de la posición. Parecía que la retirada habría de costar muchos hombres, y los capitanes pensaban que se podía tomar la posición. Jenofonte, animado por las señales favorables de las víctimas, fue también de este parecer: los adivinos habían declarado que habría combate, pero que tendría buen éxito. Entonces envió a los capitanes para que con los hoplitas pasasen el barranco, y él permaneció allí, haciendo que se retirasen todos los peltastas y sin dejar que nadie disparase. Cuando llegaron los hoplitas ordenó que cada capitán formase su compañía de la manera que creyese más conveniente para el combate. Allí estaban, en efecto, juntos los capitanes que durante toda la expedición habían rivalizado en arrojo. Ellos hicieron como se les mandaba y Jenofonte ordenó a los peltastas que avanzasen con la mano en la correa del dardo para lanzarlo a la primera señal y a los arqueros que llevaren dispuestos los arcos para dispararlos a la primer señal. Mandó también a los gimnetas que tuviesen sus sacos llenos de piedras, y encargó de todo esto a hombres de su confianza.

Cuando todo estuvo dispuesto, formados los capitanes, los tenientes y todos los que no se consideraban menos que éstos, viéndose los unos a los otros (pues para adaptarse al terreno formaban una especie de media luna), entonando el peán y al oír la señal de la trompeta, los hoplitas se lanzaron a la carrera entre gritos a Enialo, mientras llovían sobre la plaza flechas, dardos y piedras, disparadas unas con hondas y más aún con las manos. Algunos hasta lanzaron fuego. Bajo tal cantidad de proyectiles los enemigos abandonaron la empalizada y las torres. Tanto que Agasias de Estinfalia, dejando sus armas y quedándose sólo con la túnica, subió y ayudó a subir a otro, y en seguida se encaramó otro más; la plaza estaba, pues, tomada, al parecer.

Entonces los peltastas y los psilos entraron corriendo y se pusieron a saquear lo que cada cual pudo. Pero Jenofonte, poniéndose en la puerta cerraba el paso a todos los hoplitas que podía, pues en unas alturas fortificadas se veían más enemigos. No había pasado mucho tiempo cuando oyóse un gran vocerío en el interior y aparecieron huyendo los soldados, unos con lo que habían pillado y alguno también herido. Y empujándose todos para salir, se produjo una gran confusión en las puertas. Interrogados los fugitivos dijeron que había en el interior una ciudadela y numerosos enemigos que saliendo de ella estaban atacando a la tropa que se encontraba dentro. Entonces Jenofonte mandó al heraldo Tolmides proclamase que entraran todos los que quisieran coger algo. Muchos se arrojaron dentro y vencieron a los que habían salido, encerrándoles de nuevo en la ciudadela. Todo lo que estaba fuera de ésta fue pillado y se lo llevaron los griegos. Por su parte, los hoplitas formaron con las armas en tierra, unos cerca de la empalizada y otros en el camino que conducía a la ciudadela. Y Jenofonte examinaba con los capitanes si sería posible tomarla. Sólo así se podía estar

seguro, pues en caso contrario la retirada parecía muy difícil. Pero de este examen sacaron el convencimiento de que la plaza era inexpugnable.

Entonces se pusieron a preparar la retirada. Cada soldado arrancaba los palos de la empalizada que tenía delante. Se envió por delante a toda la gente inútil y a los que iban cargados, dejando sólo el grueso de los hoplitas escogidos entre los que inspiraban más confianza. Pero apenas empezaron a retirarse se les echó encima corriendo una multitud de enemigos armados con escudos de mimbre, lanzas, grebas y cascos paflagonios. Otros subían a las casas de un lado y otro de la calle que conducía a la ciudadela. De suerte que ni siquiera había seguridad para perseguirlos por la puerta que conducía a la ciudadela. Y desde arriba arrojaban grandes maderos, de modo que era tan difícil estarse quieto como retirarse. Y la noche que se echaba encima se presentaba temerosa.

En este apuro se hallaban combatiendo cuando una divinidad vino a ofrecerles el medio de salvarse. De repente se incendió una de las casas de la derecha, sin que se sepa quién le prendió fuego. La casa se vino a tierra y en seguida huyeron los enemigos que ocupaban las de la derecha. Jenofonte, aprovechando esta lección que el azar le daba, dio orden de que prendiesen también fuego a las casas de la izquierda, y como eran de madera no tardaron en arder. Los enemigos que las ocupaban huyeron también. Sólo los que se hallaban enfrente seguían molestando y era evidente que atacarían a los griegos no bien éstos emprendiesen la retirada y el descenso. Entonces Jenofonte ordenó a todos los que se hallaban fuera del alcance de las flechas que trajesen leña y la arrojasen entre ellos y los enemigos. Cuando se hubo reunido bastante le prendieron fuego; también incendiaron las casas

que se hallaban junto al foso para dar que hacer al enemigo. De este modo se retiraron con trabajo de la posición poniendo fuego entre ellos y los enemigos. Toda la ciudad ardió: las casas, las torres, la empalizada y todo lo demás, excepto la ciudadela.

Al día siguiente los griegos se retiraron llevando los víveres, y como temían la bajada a Trapezunte, que era por un camino pendiente y estrecho, hicieron una falsa emboscada. Un misio que tenía por nombre el mismo de su nación, escogiendo diez cretenses se colocó en una espesura y fingió que quería ocultarse de los enemigos; pero procurando que sus escudos, que eran de bronce, dejasen percibir sus destellos de cuando en cuando. Los enemigos, al ver esto, tomaron miedo como si fuese una emboscada. Y mientras tanto fue bajando el ejército. Cuando pareció que éste se había ya alejado bastante se dio señal al misio para que escapase con todas sus fuerzas: él se puso en pie y echó a correr con los demás. Los cretenses, temiendo, según dijeron, que los alcanzasen los enemigos, se arrojaron desde el camino a un bosque y rodando por los repliegues de éste consiguieron salvarse. Pero el misio, que siguió huyendo por el camino, pidió socorro. Acudieron en su auxilio y se lo llevaron herido. Los que habían venido en ayuda se retiraron dando cara al enemigo y bajo los disparos de éste, a los cuales respondían con sus flechas algunos cretenses. De este modo llegaron al campamento sanos y salvos.

CAPÍTULO III

Como ni Quirísofo venía ni se contaba con naves suficientes y no había manera de conseguir más víveres, pareció que lo más conveniente sería partir. Se embarcó en las naves a los enfermos, los mayores de cuarenta años, los niños y toda la impedimenta que no era necesario conservar, y se dispuso que Filesio y Soféneto, los de más edad entre los generales, embarcasen también y cuidasen de la expedición. Los demás se pusieron en marcha por tierra: el camino estaba arreglado. A los tres días de marcha llegaron a Cerasunte, ciudad junto al mar, colonia de los sinopenses, en el territorio de la Cólquide. Permanecieron en ella diez días y se hizo una revista en armas y un recuento, resultando ocho mil seiscientos hombres. Estos eran los salvados entre los diez mil aproximadamente del principio. Los demás habían perecido, unos en lucha con el enemigo, otros a causa de la nieve y alguno por enfermedad.

Entonces repartieron también el dinero que se había obtenido de la venta de los prisioneros, separando el diezmo para Apolo y para la Ártemis de Éfeso. De este diezmo recibió cada general una parte para emplearla en honor de los dioses. La correspondiente a Quirísofo fue entregada a Neón, de Asina. Jenofonte con la parte de Apolo consagró a este dios una ofrenda en el tesoro de los atenienses en Delfos, poniendo en ella su nombre y el de Próxeno, el que había muerto con Clearco; Próxeno era huésped suyo. La parte de Ártemis, cuando regresó de Asia con Agesilao en la

expedición contra los beocios, se la dejó a Megabizo, intendente de Ártemis, pues pensaba que su vida podría correr peligro. Y convino con Megabizo que si él volvía salvo de la empresa le devolvería la suma, y si le ocurría algo le haría con ella a Ártemis la ofrenda que creyese más grata a la diosa.

Más tarde, desterrado Jenofonte de su patria, y cuando vivía en Escilunte merced a la hospitalidad de los lacedemonios, llegó Megabizo a Olimpia para presenciar los juegos y le devolvió el depósito. Y Jenofonte compró un terreno que consagró a Ártemis en el sitio designado por el oráculo de Apolo. Daba la casualidad que por este terreno corría un río llamado Selinunte, como el que bordea el templo de Ártemis en Éfeso. En uno y otro hay peces y conchas. En el terreno de Escilunte se encuentra toda clase de caza que pueda desearse. Con el dinero sagrado construyó, además, un altar y un templo, y en lo sucesivo con el diezmo de los frutos de este campo hacían sacrificios a la diosa, fiesta en la cual participaban todos los ciudadanos de Escilunte y los hombres y mujeres de las cercanías. La diosa proporcionaba a los concurrentes (que estaban en tiendas) harina de cebada, panes, vinos, golosinas y una parte de las víctimas cebadas en los pastos sagrados. Pues los hijos de Jenofonte y los de otros ciudadanos hacían para esta fiesta una caza en la cual tomaba también parte todo el que quería. Y cogían, ya del terreno sagrado, ya de la Foloa, jabalíes, corzos y ciervos.

Está situado este terreno en el punto por donde se va de Lacedemonia a Olimpia, y dista como unos veinte estadios del templo de Zeus en esta ciudad. Hay en el recinto sagrado una pradera y montañas llenas de árboles donde se pueden criar puercos, cabras y vacas, de suerte que también las caballerías de los que van a la fiesta encuentran pasto en

abundancia. Alrededor del templo mismo ha sido plantado un vergel de árboles frutales que dan toda clase de frutas excelentes. El templo se parece en pequeño al de Éfeso y la estatua de la diosa es semejante a la de Éfeso, salvo que ésta es de oro y la de Escilunte está hecha de madera de ciprés. Junto al templo hay una columna con la siguiente inscripción: «Este lugar está consagrado a Ártemis. El que lo posea y recoja sus frutos debe ofrecerle el diezmo todos los años y con el resto sostener el templo. Si alguien no lo hace así; la diosa se lo tendrá en cuenta».

CAPÍTULO IV

De Cerasunte salieron en los navíos los antes embarcados; los otros marcharon por tierra. Llegados a los límites de los mesinecos les enviaron como embajador a Timesíteo, de Trapezunte, próxeno[32] de aquella gente, para preguntarles si al atravesar los griegos la comarca consideraríanlos como amigos o como enemigos. Ellos respondieron que no les dejarían pasar; confiaban en sus plazas. Entonces dijo Timesíteo que los mesinecos que habitan más lejos eran enemigos de éstos. Acordóse, pues, llamarlos y proponerles una alianza contra los otros. Enviado Timesíteo, vino con los jefes. Cuando éstos hubieron llegado reuniéronse ellos y los generales de los griegos, y dijo Jenofonte, sirviéndole de intérprete Timesíteo: «Mesinecos: nosotros queremos regresar a Grecia por tierra; no tenemos naves y nos lo impiden estos que, según hemos oído son enemigos vuestros. Si os parece podéis aliaros con nosotros, vengaros de las ofensas que os hayan hecho y sujetarlos a vuestro dominio para lo sucesivo. Si dejáis escapar esta ocasión será difícil que encontréis otra vez una fuerza tan considerable que se alíe con vosotros». A esto respondió el jefe de los mesinecos que ellos también deseaban y aceptaban la alianza. «Veamos, pues —dijo Jenofonte—, en qué nos utilizaréis si entramos en alianza con vosotros y si estaréis en situación de ayudarnos a seguir nuestro camino». «Podemos —respondieron ellos— atacar a los enemigos por el otro lado y enviaros de aquí hombres que

combatan con vosotros y os guíen».

Después de dar y recibir prendas sobre esto, los jefes se marcharon. Al día siguiente volvieron con trescientas barcas hechas de una sola pieza. En cada una de ellas iban tres hombres, de los cuales desembarcaron dos y se pusieron en formación; el otro quedó en la barca. Los de las barcas se fueron en ellas. Los otros formaron de este modo: se pusieron en dos filas de ciento puestas una enfrente de la otra como en los coros. Llevaban escudos de mimbre recubiertos de pieles blancas de buey con su pelo, de forma semejante a una hoja de hiedra, y en la diestra jabalinas de unos seis pies terminadas por delante en una punta de hierro y por detrás en una bola. Iban vestidos con túnicas cortas que no les llegaban a la rodilla, pero muy gruesas, como la tela de lino con que se envuelve la ropa de cama. Cubrían la cabeza con cascos de cuero parecidos a los paflagónicos, con un penacho en el medio, y que en conjunto se parecía a una tiara. Iban también armados con hachas de hierro. Uno de ellos preludió y todos los demás se pusieron en marcha cantando a compás. Así atravesaron las filas de los griegos formados en armas y se dirigieron derechos contra el enemigo en dirección a un lugar que parecía el más a propósito para el ataque. Este punto estaba situado delante de la ciudad que ellos denominaban su metrópoli, construida en el punto más elevado del país de los mesinecos. Por la posesión de esta ciudad era la guerra, pues los que la ocupaban parecían dominar a los demás mesinecos. Ellos decían que los otros no la tenían con justicia, pues siendo posesión común de todos se habían apoderado de ella por ambición.

Les seguían también algunos griegos, no por orden de los generales, sino simplemente en busca del botín. El enemigo les dejó avanzar sin moverse. Pero, cuando llegaron cerca de

la posición a que se dirigían, se les echó encima corriendo, los puso en fuga y matando a muchos de los bárbaros y a algunos griegos de los que les acompañaban fue persiguiéndoles hasta que descubrió al ejército de los griegos que acudía en ayuda. Entonces dieron vuelta y se retiraron. Y cortando las cabezas de los cadáveres se las mostraban a los griegos y a sus compatriotas enemigos, mientras danzaban al compás de un cierto canto. Los griegos se apesadumbraron mucho, pues sus aliados habían envalentonado al enemigo y los griegos que en gran número les acompañaron también habían huido, cosa no ocurrida en toda la expedición.

Jenofonte entonces reunió a todos los griegos y les dijo: «Soldados: no os desaniméis por lo ocurrido. Las ventajas que de ello obtenemos no son menores que el daño. En primer lugar habéis visto que los mesinecos que deben guiarnos están realmente en guerra con los que son nuestros enemigos. Por otra parte, los griegos que abandonaron nuestras filas y creyeron que con los bárbaros podrían conseguir lo mismo que con nosotros, han pagado su engaño. Así que, en adelante, se apartaran menos de nuestro ejército. Ahora es menester que vosotros hagáis de suerte que los bárbaros amigos nuestros vean que sois superiores a ellos y a los enemigos; que no combaten ya con gente desorganizada, sino con hombres muy diferentes».

Así permanecieron durante aquel día. Al siguiente hicieron sacrificios, y las señales de las víctimas resultaron favorables. Después de haber comido formóse el ejército en columnas de compañía. Los bárbaros fueron puestos del mismo modo a la izquierda. Y en este orden avanzaron llevando a los arqueros en el intervalo de las compañías y un poco adelantados del frente de los hoplitas, pues los más ligeros de los enemigos se adelantaban corriendo y arrojando

piedras. Y los arqueros y peltastas se encargaban de rechazarlos. Los demás siguieron al paso, primero con dirección al lugar desde el cual los bárbaros y los griegos que les acompañaban habían sido puestos en fuga el día anterior: en él se hallaban formados los enemigos. A los peltastas les hicieron frente los bárbaros y vinieron a las manos con ellos. Pero al acercarse los hoplitas echaron a correr. Los peltastas fueron persiguiéndoles cuesta arriba en dirección a la metrópoli, mientras los hoplitas les seguían formados en batalla. Cuando llegaron arriba, junto a las casas de la metrópoli, los enemigos, reunidos, volvieron a entablar combate, lanzando sus jabalinas y tratando de rechazar a los griegos con unas picas largas y gruesas como apenas podría sostenerlas un hombre. Pero al ver que los griegos no cedían, sino que avanzaban contra ellos, huyeron todos, abandonando el lugar. Sólo el rey, que habitaba una torre de madera edificada en la cima donde vive, y es guardado a expensas de la comunidad, se negó a salir, como había hecho el del primer puesto tomado, y ambos perecieron quemados en las torres.

Los griegos saquearon el lugar y encontraron en las casas grandes depósitos de panes amontonados como allí era costumbre tradicional, según los mesinecos, y trigo guardado con la espiga. La mayor parte de este grano era espelta. También hallaron ánforas con lonchas de delfín salado y vasos llenos de grasa de delfín, que usan los mesinecos como los griegos el aceite. En los graneros había muchas nueces muy grandes sin intersticio. Estas nueces cocidas les servían de pan. Encontróse también vino que puro parecía agrio por su aspereza, pero que mezclado con agua resultaba fragante y agradable.

Después de comer los griegos continuaron su marcha, abandonando el lugar a los mesinecos, sus aliados. De todos

los demás lugares enemigos que encontraron, los más accesibles fueron abandonados y los otros se entregaron voluntariamente. La mayoría de estos lugares estaba dispuesto en esta forma: distaban las ciudades entre sí como ochenta estadios, y de una a otra podían oírse los mesinecos cuando gritaban. De tal modo alternan en el país valles profundos y alturas elevadas. Cuando llegaron en su marcha a las tierras de los mesinecos, les mostraron niños de familias ricas cebados con nueces cocidas. Estaban tan gordos que poco les faltaba para igualar el grueso con el alto, y eran de carnes tiernas y muy blancas. Tenían las espaldas pintadas y por delante unos tatuajes en forma de flores. Querían cohabitar a la vista de todos con las cortesanas que iban en el ejército: tal es la costumbre entre ellos. Todos los hombres y las mujeres son allí blancos. Los griegos decían que éste era el pueblo más bárbaro que habían encontrado, aquel cuyas costumbres diferían más de las griegas. Hacían en público lo que otros en secreto y a solas se conducían como si estuviesen entre gente; hablaban consigo mismos, reían y se ponían a bailar en cualquier sitio que se encontrasen como si alguien pudiese verlos.

CAPÍTULO V

A través de esta comarca, ya por tierras amigas, ya por enemigas, anduvieron los griegos ocho jornadas y llegaron al país de los cálibes. Éstos eran pocos y estaban sometidos a los mesinecos. La mayor parte de ellos vivían extrayendo mineral de hierro. Desde este punto llegaron al país de los tibarenos. Esta comarca era mucho más llana, con plazas junto al mar menos difíciles. Los generales deseaban atacar estas plazas para que el ejército obtuviese algún provecho. Así es que no aceptaron los presentes de hospitalidad enviados por los tibarenos. Y mandándoles esperar lo que se acordase sobre ello, hicieron sacrificios. Pero después de haber inmolado muchas víctimas todos los adivinos estuvieron conformes en decir que los dioses no aprobaban de ningún modo la guerra. Entonces aceptaron los presentes y atravesando como amigos aquella comarca llegaron en dos días a Cotiora, ciudad griega, colonia de los sinopenses y situada en el país de los tibarenos[33].

Allí permanecieron cuarenta y cinco días. Durante ellos ofrecieron sacrificios a los dioses. Se hicieron procesiones por las diferentes razas de los griegos según las costumbres de cada una y se celebraron concursos gimnásticos. Los víveres los tomaban, ya de la Paflagonia, ya de las aldeas de los cotioritas, porque éstos no se prestaban a vendérselos, ni quisieron admitir a los enfermos dentro de sus murallas.

En esto llegaron embajadores de Sinope, temerosos tanto

por la ciudad de los cotioritas, que era colonia de ellos y les pagaba tributo, como por su territorio, el cual, según habían oído, los griegos estaban devastando. Llegados al campamento, habló en nombre de todos ellos Hecatónimo, que gozaba fama de elocuente: «Soldados —dijo—, la ciudad de Sinope nos ha enviado a nosotros para que os alabemos, porque siendo griegos habéis vencido a los bárbaros, y para que os felicitemos por haber llegado sanos y salvos después de tantos y tan formidables trances, según hemos oído. Y siendo nosotros griegos, como lo sois vosotros, esperamos que sólo beneficios habréis de hacernos, nunca daño, pues que tampoco nosotros os hemos provocado con ningún agravio. Ahora bien: los cotioritas son una de nuestras colonias y la tierra que poseen se la dimos nosotros quitándosela a los bárbaros, por lo cual nos pagan un tributo fijo, como lo hacen también los habitantes de Cerasunte y Trapezunte; de suerte que el mal que a éstos hagáis lo tendrá la ciudad de Sinope como hecho a ella misma. Y hemos oído que habéis entrado en la ciudad por fuerza, que se han alojado en sus casas algunos de vosotros y que tomáis por fuerza de sus campos lo que necesitáis en vez de obtenerlo por buenas razones. Esto no nos parece bien. Si lo continuáis haciendo nos veremos obligados a hacer amistad con Corilas, con los paflagonios o con cualquier otro pueblo que podamos».

Entonces se levantó Jenofonte y, en nombre de todo el ejército dijo: «Nosotros, sinopenses, hemos llegado aquí satisfechos de haber conseguido salvar nuestras vidas y nuestras armas. Era imposible conducir riquezas y al mismo tiempo combatir con el enemigo. Y ahora, llegados a las ciudades griegas, en Trapezunte, donde se prestaron a vendernos, compramos lo necesario y correspondimos a sus atenciones y a los presentes que nos ofrecieron. Y si alguno era amigo de esta ciudad nos absteníamos de causarle ningún

perjuicio; en cambio, a sus enemigos les hicimos todo el daño que pudimos, guiados por ellos mismos. Preguntadles cómo nos portamos con ellos: aquí están los guías que por amistad nos dieron. Pero, si llegamos a un sitio y no nos venden, ya sea tierra de los bárbaros, ya de los griegos, tomamos lo que nos hace falta, no por licencia, sino por necesidad. Así hemos hecho la guerra a los carducos, taocos y caldeos, gente muy temible y que no son súbditos del rey, porque era preciso tomar lo necesario, ya que no querían vendérnoslo. En cambio, a los macrones, que se prestaron a ello en la medida de sus recursos, los hemos tenido por amigos y nada les tomamos por fuerza. A los cotioritas, que decís ser colonos vuestros, si algo les cogimos ellos tienen la culpa. No se han conducido con nosotros como amigos, sino que cerrando sus puertas ni querían recibirnos dentro ni nos ofrecían mercado fuera. Y echaban la culpa de esto a vuestro harmosta[34]. Nos reprocháis, además, que entrando por la fuerza algunos se alojan en sus casas. Nosotros les pedimos que recibiesen a nuestros enfermos, y como no abrían las puertas entramos por donde el sitio lo permitía, pero sin hacer violencia alguna salvo que los enfermos están alojados en las casas viviendo de sus propios recursos. Si hemos puesto guardias en las puertas es para que nuestros enfermos no estén a la merced de vuestro harmosta, sino que podamos llevárnoslos cuando queramos. Los demás, como veis, acampamos al aire libre en nuestro orden, dispuestos a devolver el bien y a vengar el mal que se nos haga. En cuanto a tus amenazas de que si os parece haréis alianza con Corilas y los paflagones contra nosotros, si la necesidad nos obliga combatiremos con ellos y vosotros, pues ya hemos hecho la guerra a pueblos más numerosos. Y también nosotros, si nos parece, haremos amistad con el paflagonio. Hemos oído que desean vuestra ciudad y los lugares de la costa y procuraremos ganarlos para nosotros

ayudándoles a realizar sus deseos».

A todo esto los compañeros de Hecatónimo daban claras muestras de estar disgustados de lo que éste había dicho, y adelantándose uno de ellos dijo que no habían venido para provocar la guerra, sino para mostrar que eran amigos. «Y si vais a Sinope os recibiremos allí con presentes de hospitalidad, y ordenaremos a estos cotioritas os den lo que puedan. Ya vemos que es verdad todo lo que decís».

Después de esto los cotioritas enviaron presentes. Por su parte, los generales de los griegos tuvieron con los embajadores de los sinopenses todas las atenciones de la hospitalidad y hablaron con ellos amistosamente sobre asuntos diversos, entre ellos de la marcha futura, informándose unos y otros de lo que necesitaban.

CAPÍTULO VI

Así terminó aquel día. Al siguiente reunieron los generales a los soldados y decidieron someter a deliberación el asunto de la marcha futura, llamando también a los sinopenses. Si era preciso hacerla por tierra, parecía que éstos habían de ser útiles, pues conocían la Paflagonia, y si por mar, también era forzoso contar con los sinopenses; sólo ellos parecían en situación de dar al ejército el número de naves que necesitaban. Llamaron, pues, a los embajadores a la deliberación y les rogaron que, puesto que eran griegos, el mejor modo de recibir a unos compatriotas era mostrarles benevolencia y darles los mejores consejos.

Y levantándose Hecatónimo, disculpóse primero de haber dicho que harían amistad con los paflagones; su intención no había sido decir que harían guerra a los griegos, sino que, siéndoles posible tener por amigos a los bárbaros, preferirían a los griegos. Como le invitasen a decir su opinión, después de haber invocado a los dioses, habló en esta forma: «¡Que si os aconsejo lo que me parece más conveniente me suceda toda suerte de prosperidad! ¡Que me ocurra lo contrario si no lo hago! ¡Este consejo me parece más conveniente si no lo hago! Este consejo me parece ser el que suelen llamar sagrado. Pues, si los hechos muestran que os he aconsejado bien, serán muchos los que me elogien, y si mal, muchos también los que me maldigan. Bien sé que si vais por mar tendremos muchas más molestias, porque nosotros debemos proporcionaros las

naves. En cambio, si marcháis por tierra, a vosotros os tocará combatir. Con todo, he de decir lo que sé: conozco por experiencia el país y las fuerzas de los paflagones. Esta comarca tiene las dos cosas: las llanuras más bellas y las montañas más elevadas. Y, en primer término, sé por dónde tenéis forzosamente que entrar. No hay otro camino que un desfiladero con elevadas montañas a derecha e izquierda. Dueños de estas alturas, un puñado de hombres puede dominar el paso y todos los hombres juntos no podrían atravesarlo. Estoy dispuesto a mostrarlo si queréis enviar a alguien conmigo. Después sé que hay llanuras y una caballería que los bárbaros mismos consideran superior a toda la caballería del rey. Y en estas mismas circunstancias no acudieron al llamamiento que el rey les dirigió, pues el que los manda se cree demasiado para eso. Pero suponiendo que podáis burlar al enemigo en el paso de las montañas o adelantárosle a ocuparlas, suponiendo que en el llano venzáis no sólo a su caballería, sino también a su infantería, que suma más de ciento veinte mil hombres, en seguida os encontraréis con los ríos, primero con el Termodonte, de tres pletros de anchura, y que, a mi parecer, es difícil de pasar, sobre todo teniendo enemigos numerosos delante y perseguidos por otros no menos numerosos a la espalda. Después viene el Iris, también de tres pletros; después el Halis, con anchura no menor de dos estadios, el cual no podréis atravesar sin naves. ¿Y quién será el que os las proporcione? También es invadeable el Partenio, al cual llegaréis si conseguís atravesar el Halis. Pienso, por consiguiente, que la marcha por tierra es para vosotros, no ya difícil, sino completamente imposible. En cambio, por mar podéis ir embarcados desde aquí a Sinope y de Sinope a Heraclea. Desde Heraclea no existe dificultad ni por tierra ni por mar; en Heraclea hay gran abundancia de buques».

Así habló Hecatónimo. Unos sospechaban que había dicho esto por su amistad con Corilas, del cual era próxeno[35]; otros, que el deseo de conseguir una recompensa le había movido a dar este consejo. También había quienes sospechaban que lo había hecho temeroso de que, yendo por tierra, hicieran daños en el país de los sinopenses. Los griegos votaron, pues, que se iría por mar. Entonces dijo Jenofonte: «Sinopenses: los soldados se han decidido por el camino que vosotros les aconsejáis. Pero ha de ser de este modo: si vienen las naves suficientes para que no se quede en tierra ni un solo hombre, nos embarcaremos; pero, si unos han de marcharse y otros permanecer aquí no subiremos a bordo. Bien sabemos que mientras seamos fuertes podremos salvarnos y tener lo necesario; pero no bien nuestros enemigos nos vean débiles estaremos en la situación de los esclavos». Oído esto, los sinopenses los invitaron a que enviaran diputados. Y ellos enviaron a Calímaco, de Arcadia; Aristón, de Atenas, y Samola, de Aquea, los cuales partieron.

En este tiempo, Jenofonte, viendo los numerosos hoplitas de los griegos, los numerosos peltastas, los arqueros, los honderos y unos jinetes tan aguerridos; viendo, además, que se hallaban en el Ponto, donde no era empresa de poco coste reunir fuerza tan considerable, le pareció que sería glorioso ganar para la Grecia un nuevo territorio fundando una ciudad. Y le pareció también que podría ser una gran ciudad, dado el número de las tropas y teniendo en cuenta los pueblos vecinos del Ponto. Con este objeto, antes de hablar de ello con nadie, llamó a Silano, de Ambracia, adivino de Ciro, y celebró un sacrificio. Pero éste, temiendo se realizase la cosa y se quedara por allí el ejército, hizo correr la voz de que Jenofonte quería fijar allí a los griegos, fundar una ciudad y hacerse famoso y prepotente. Silano quería volver cuanto antes a Grecia pues había conseguido salvar los daricos que le

dio Ciro cuando acertó en predecirle los diez días después de haber hecho sacrificios.

Cuando oyeron esto los soldados a unos les pareció bien el quedarse pero a la mayoría no. Timasión, de Dárdano, y Torax, de Beocia, dijeron a unos mercaderes de Heraclea y Sinope allí presentes que si no daban una soldada al ejército, de suerte que pudiesen tener víveres al ir embarcados, se corría el peligro de que permaneciese en el Ponto una fuerza tan considerable. «El pensamiento de Jenofonte, al cual procura atraernos, es decir de repente al ejército cuando vengan las naves: "Soldados: vemos que vuestra situación es difícil, tanto para procurarnos los víveres necesarios durante la navegación como para ser útiles a los vuestros cuando regreséis a la patria. Si queréis, se puede elegir un sitio entre todas las tierras que rodean el Ponto y apoderarnos de él. Y el que quiera puede volver a Grecia, y el que no, quedarse allí. Tenéis naves suficientes para caer repentinamente sobre el punto que os parezca".»

Los mercaderes, oído esto, se lo comunicaron a sus ciudades. Timasión envió con ellos a Eurímaco, de Dárdano, y a Torax, de Beocia, para que dijesen lo mismo. Los sinopenses y los heracleotas, enterados de ello, mandaron mensajeros a Timasión prometiéndole dinero para que procurase que el ejército saliera embarcado del Ponto. Timasión oyó con gusto este ofrecimiento y, reunidos los soldados, les habló así: «Soldados: no pensemos en quedarnos; nada debe ser para nosotros preferible a Grecia. He oído que algunos hacen sacrificios con este propósito sin deciros nada a vosotros. Yo os prometo que si salimos de aquí embarcados os daré de soldada a cada uno un ciciceno por mes a partir de la luna nueva. Os conduciré además a la Tróade, de donde estoy desterrado, y allí podéis contar con mi ciudad natal,

pues sin duda me recibirán gustosos. También os llevaré a sitios donde podáis ganar grandes riquezas. Conozco muy bien la Eólide, la Frigia, la Tróade y todo el gobierno de Farnabazo, parte por ser mi país y parte por haber acompañado en sus campañas a Clearco y Dercilidas».

En seguida se levantó Torax, de Beocia, que le disputaba el mando a Jenofonte, y dijo que si salían del Ponto tendrían a su disposición el Quersoneso, comarca bella y opulenta, en la cual podrían quedarse los que quisieran, y los que no, volver a la patria. Era ridículo, habiendo tantas y tan fértiles tierras en Grecia, ponerse a buscar por las de los bárbaros. «Hasta que lleguéis allí, yo, como Timasión, os prometo la soldada». Decía esto sabiendo lo prometido a Timasión por los heracleotas y los sinopenses para que se marchasen en las naves. Mientras tanto, Jenofonte guardaba silencio. Pero levantándose Filesio y Licón, ambos de Acaya, dijeron que sería cosa fuerte que Jenofonte anduviese persuadiendo en particular que se quedasen e hiciesen sacrificios sobre ello, y, en cambio, nada dijera en público sobre el asunto. De suerte que se vio obligado Jenofonte a levantarse y decir lo siguiente: «Yo, soldados, según veis, hago sacrificios cuantas veces puedo, tanto por vosotros como por mí mismo, a fin de decir, pensar y hacer lo que ha de resultar más glorioso y conveniente para vosotros y para mí. Y ahora había consultado a las víctimas acerca de esto mismo, si sería mejor adelantarme y hablaros del asunto para ponerlo en práctica o si no debía tocar la cosa. Silano el adivino me respondió que lo más importante, las señales, eran propicias; sabía que no me faltaba experiencia, por hallarme siempre presente en los sacrificios. Pero me dijo también que aparecían engaños y emboscadas contra mí; bien conocía él su intención de calumniarme con vosotros. Echó, pues, a correr la especie de que yo pensaba poner en práctica esto en seguida sin

convenceros a vosotros. Yo, ciertamente, como os veía en trance apurado, buscaba el modo de que os apoderaseis de una ciudad, y entonces el que quisiera se marchase por mar al momento, y el que no, cuando, habiendo adquirido riquezas suficientes, pudiese ser útil a los suyos. Pero puesto que, como veo, los heracleotas y los sinopenses os han enviado naves para embarcaros, y hay quienes os ofrecen una soldada a partir de la luna nueva, me parece muy bien que, puestos en salvo donde queremos, recibáis un sueldo por la feliz travesía. Así es que yo desisto de mi pensamiento y creo deben también desistir cuantos a mí se acercaron diciendo que era preciso hacer esto. Porque, a mi parecer, mientras permanezcáis juntos y en gran número seréis respetados y tendréis lo necesario: con la victoria va el coger los bienes de los vencidos. Pero si os dispersáis, si dividís vuestras fuerzas, ni podréis conseguir víveres ni escapar bien parados. Estoy, pues, conforme con vosotros en que debemos irnos a Grecia; pero que, si alguno fuera sorprendido quedándose atrás antes de llegar todo el ejército a lugar seguro, debemos someterlo a juicio como culpable. Y el que piense lo mismo que levante la mano». La levantaron todos.

Silano se puso a gritar e intentó decir que era justo dejar irse al que quisiera. Pero los soldados no lo sufrieron y le amenazaron con que si le sorprendían procurando escapar le impondrían un castigo. Poco después, cuando los heracleotas supieron que el ejército había resuelto marcharse y que al mismo Jenofonte se debía la proposición del acuerdo, enviaron las naves, pero no cumplieron su palabra en cuanto al dinero prometido a Timasión y Torax. Con esto los que prometieron la soldada estaban aterrorizados por miedo al ejército. Y reuniendo a los demás generales que habían tenido conocimiento de sus anteriores pasos (todos, excepto Neón, de Asina, que ocupaba el lugar de Quirísofo, pues éste aún no

había vuelto), fueron a verse con Jenofonte, y le dijeron que estaban arrepentidos; que, puesto había buques, pensaban que lo mejor era irse en ellos al Fasis y apoderarse de la tierra de los fasianos, donde reinaba a la sazón un nieto de Eeto. Jenofonte les respondió que él no diría nada de esto al ejército: «Reunidlo vosotros, si queréis —dijo—, y decídselo». Entonces Timasión, de Dárdano, fue de opinión que no se convocara a la tropa, sino que cada uno procurase primero convencer a sus propios capitanes. Y separándose lo hicieron así.

CAPÍTULO VII

Los soldados se enteraron de lo que ocurría. Y Neón fue diciendo que Jenofonte, después de haber convencido a los demás generales, tenía el propósito de engañar a los soldados y de volverles al Fasis. Al oír esto, los soldados lo tomaron a mal, y aquí y allí surgieron reuniones y corrillos. (Era muy de temer que ocurriese algo como lo sucedido a los heraldos de los colcos y a los inspectores de los víveres: cuantos no pudieron huir al mar fueron lapidados). Cuando lo advirtió Jenofonte, le pareció necesario convocar cuanto antes una reunión pública, sin dejar que los soldados se reuniesen espontáneamente, y ordenó al heraldo que la convocase. Ellos, al oír al heraldo, acudieron corriendo con gran diligencia. Entonces Jenofonte, sin acusar a los generales de haber ido a buscarle, habló de esta manera:

«Oigo, soldados, que me acusan de querer conduciros al Fasis con engaños. Oídme, pues, por los dioses, y si aparezco culpable no debo salir de aquí sin el condigno castigo. Pero si, por el contrario, resultan culpables los que me calumnian debéis tratarlos como se merecen. Vosotros —continuó diciendo— sabéis ciertamente por dónde se levanta el sol y por dónde se oculta, y que si uno ha de ir a Grecia tiene que marchar hacia Occidente; pero si se quiere llegar a los países bárbaros es preciso dirigirse en sentido contrario, al Oriente. ¿Cómo podría nadie engañaros hasta el punto de haceros creer que el sol se levanta por donde se pone o se pone por

donde se levanta? Además, sabéis que el viento Norte conduce fuera del Ponto, y, en cambio, el Sur conduce más adentro, hacia el Fasis. ¿Cómo es posible que alguien os haga embarcar engañados cuando sopla el viento Sur? Pero supongamos que os hago subir a las naves cuando haya calma. Yo iré en un solo buque y vosotros, por lo menos, en cien. ¿Cómo os forzaría a navegar conmigo contra vuestra voluntad u os conduciría engañados? Pero supongamos también, que con mis engaños y embaucamientos os hago llegar al Fasis y que desembarcamos en aquel país: ciertamente os daréis cuenta de que no estáis en Grecia. Y yo, el engañador, seré uno solo, mientras vosotros, los engañados, seréis cerca de diez mil provistos de armas. ¿Cómo un hombre que tales cosas imaginase para sí mismo y para vosotros dejaría de ser castigado? Pero éstas son conversaciones de hombres de poco seso, envidiosos de mí porque soy honrado por vosotros. Y ciertamente no tienen razón de envidiarme. ¿A quién de ellos le impido yo hablar, si tiene algo bueno que deciros; combatir, si alguno quiere combatir por vosotros, o por él mismo, o velar atento por vuestra salvación? ¿En qué me opongo yo a los jefes que vosotros queráis elegir? Estoy pronto a ceder el mando; que otro se lo tome; solamente veamos si os reporta algún beneficio. Pero ya he dicho lo bastante sobre esto. Si alguno se cree engañado o piensa que otros lo han sido que hable y lo muestre. Cuando ya consideréis suficientemente tratado este asunto, no os separéis antes de que os hable de una cosa que veo comenzar en el ejército. Si este mal se extiende y llega adonde parece ha de llegar, tiempo es que deliberemos sobre nosotros mismos, a fin de que no aparezcamos como los peores y los más cobardes de los hombres ante los dioses y ante los humanos, ante los amigos y ante los enemigos».

Al oír esto los soldados se maravillaron de qué podría ser y

le excitaron a que hablase. Él entonces prosiguió de nuevo: «Ya sabéis que había en las montañas algunas aldeas de los bárbaros que eran amigas de los cerasuntios. De ellas bajaban algunos habitantes y nos vendían víctimas y de lo demás que tenían. Me parece también que algunos de vosotros fueron a la más próxima de estas aldeas y después de hacer sus compras se volvieron. El capitán Cleáreto, sabedor de que esta aldea era pequeña y mal guardada por creerse amiga, marchó contra ellos por la noche con intención de saquearla, sin decir nada a ninguno de nosotros. Tenía intención, si se apoderaba de la aldea, de no volver al ejército, de embarcarse a bordo de un buque en el cual sus compañeros de tienda recorrían la costa y, cargando en él todo cuanto cogiese, salir del Ponto. Sus compañeros del buque convinieron en ello, según acabo de saber. Llamando, pues, a todos los que pudo seducir, los llevó contra la aldea. Pero, habiéndole sorprendido el día en el camino, las gentes del lugar se reunieron y, colocándose en posiciones elevadas, los atacaron con proyectiles y de cerca, matando a Cleáreto y a muchos de los otros. Algunos de ellos se refugiaron en Cerasunte. Esto ocurría el mismo día en que partíamos a pie para llegar aquí. De los que debían seguir por mar quedaban aún algunos en Cerasunte, que no habían levado anclas. Después de esto, según dicen los cerasuntios, llegaron de la aldea tres hombres de los más ancianos con deseo de presentarse a nuestra asamblea. Y como no nos encontraron, dijeron a los cerasuntios que les maravillaba por qué habíamos tenido la idea de atacarles. Pero al decirles los cerasuntios, según han dicho, que el ataque no había sido acordado por el ejército, ellos se alegraron, y pensaban venir aquí por mar para contarnos lo ocurrido e invitarnos a recoger los muertos y enterrarlos. Algunos de los griegos que habían huido se encontraban aún en Cerasunte, y, sabiendo a dónde iban los bárbaros, se atrevieron a atacarlos con piedras

y excitaron a otros a que hicieran lo mismo. Y murieron lapidados los tres hombres, los tres embajadores. Ocurrido esto, los cerasuntios vienen a nosotros y nos cuentan el suceso; y nosotros los generales, al oírlo, nos dolimos del hecho y tratamos con los cerasuntios sobre la manera de dar sepultura a los cadáveres de los griegos. Estábamos, pues, sentados fuera del campamento, cuando de repente oímos un gran tumulto: "¡Pega!, ¡pega!" "¡Tira!, ¡tira!" Y en seguida vimos muchos hombres que venían corriendo con piedras en las manos y otros que las recogían. Los cerasuntios, que habían visto lo ocurrido en su ciudad, huyeron espantados hacia las naves y hasta, ¡por Zeus!, algunos de nosotros sintieron miedo. Yo, entonces, me salí al encuentro de los alborotadores y pregunté qué pasaba. Algunos no lo sabían; pero, sin embargo, llevaban piedras en las manos. Pero, por fin, tropecé con uno enterado, y éste me dijo que los agoránomos[36] se conducían mal con ellos. En esto, alguien que vio al agoránomo Zelarco retirándose hacia el mar lanzó un grito, y los demás, como si hubiese aparecido un jabalí o un ciervo, se lanzaron sobre Zelarco. Los cerasuntios, al verlos hacia donde ellos estaban, creyendo indudable que iban contra ellos, echaron a correr y se arrojaron al mar. Con ellos se arrojaron también algunos de los nuestros, y se ahogaron todos los que no sabían nadar. ¿Qué os parece de ellos? No nos habían hecho daño, pero temían se hubiese apoderado de nosotros una especie de rabia como la de los perros. Si esto sigue ocurriendo, considerad cuál será la situación del ejército. Vosotros todos reunidos no seréis dueños ni de hacer la guerra a quien queráis o de ponerle término, sino que cualquiera podrá a su capricho llevar al ejército donde se le antoje. Y si viniesen a nosotros embajadores para pedirnos la paz o para cualquier otro asunto, los matarán sin dejaros escuchar las razones de las que han venido a tratar con

vosotros. Además, aquellos que vosotros todos habéis elegido por jefes no tendrán autoridad alguna. El primero a quien se le ocurra elegirse general y gritar: “¡Pega!, ¡pega!” podrá matar a cualquier jefe o a cualquier simple soldado de entre vosotros, sin sujetarse a proceso, con tal que encuentre quienes le sigan, como ahora ha ocurrido. Considerad lo que os han hecho estos que se han elegido generales a sí mismos. Zelarco, el agoránomo, si es que os ha hecho algún daño, se va por mar sin ser castigado; si es inocente, huye del ejército temiendo se le mate injustamente y sin juzgarle. Y los que han lapidado a los embajadores han hecho que sólo vosotros, entre todos los griegos, no podáis ir seguros a Cerasunte como no sea por la fuerza. Los muertos, que antes quienes los mataron nos invitaban a enterrar, no hay seguridad para recogerlos ni aun con un heraldo. ¿Quién querrá ir como heraldo después de haber dado muerte a otros heraldos? Pero nosotros hemos suplicado a los cerasuntios que los entierren. Si esto está bien, declaradlo, a fin de que, para prevenirse, cada uno se ponga en guardia y procure acampar en lugares fuertes y elevados. Pero si os parece que tales cosas son propias de fieras y no de hombres, ved la manera de ponerles un término. De otra suerte, ¡por Zeus!, ¿cómo podrán ser nuestros sacrificios gratos a los dioses si hacemos obras impías? ¿Cómo lucharemos contra nuestros enemigos si nos matamos los unos a los otros? ¿Qué ciudad nos recibirá como amigos si ve en nosotros tal indisciplina? ¿Quién osará traernos víveres si se nos ve cometer tales faltas en las cosas más graves? Las alabanzas de que nos creemos merecedores, ¿quién podrá dárnoslas si nos conducimos de esta forma? Estoy seguro que nosotros mismos calificaríamos de malvados a los que hicieran tales cosas».

Entonces se levantaron todos diciendo que debían ser castigados los que habían iniciado tales sucesos y que, en

adelante, no debían permitirse semejantes desórdenes, y si alguien intentaba hacerlo se le diese muerte; que los generales instruyesen proceso a todos, examinando cuantas faltas se podían haber cometido desde la muerte de Ciro: nombraron por jueces a los capitanes. A propuesta de Jenofonte, apoyado por el consejo de los adivinos, decidióse purificar el ejército. Y se hizo la purificación.

CAPÍTULO VIII

También se decidió que los generales se sometiesen a juicio por sus actos durante todo el tiempo pasado. Verificado el juicio, Filesio y Janticles tuvieron que pagar veinte minas que faltaban del dinero de la marina confiado a su custodia, y Soféneto diez minas porque, habiendo sido elegido jefe, se había descuidado. A Jenofonte algunos le acusaban diciendo que les había pegado y que los trataba con violencia. Jenofonte invitó al primero de estos acusadores a que dijese dónde había sido pegado. Él respondió: «En un sitio donde nos moríamos de frío y había muchísima nieve». Jenofonte le replicó: «Si haciendo tanto frío como dices, faltando los víveres, cuando el vino no podía ni olerse, rendidos muchos de nosotros por la fatiga y seguidos por los enemigos; si en tales circunstancias me he mostrado violento, confieso que soy más colérico que los asnos, a los cuales dicen que su misma cólera no les deja sentir el cansancio. Pero, con todo, dinos —continuó— por qué causa fuiste pegado. ¿Es que te pedí algo y al no dármele te pegué? ¿Es que te exigí me restituyeses algo? ¿Me peleaba contigo por algún guapo chico o es que estaba borracho?». El otro dijo que no era nada de esto, y Jenofonte le preguntó si iba entonces entre los hoplitas. «No», respondió. «¿Con los peltastas?». Dijo que tampoco, sino que conducía una mula por encargo de sus compañeros de tienda; pero que era hombre libre. Entonces Jenofonte, reconociéndole, le preguntó: «¿Acaso eres tú aquel

que conducía un enfermo?». «Sí, ¡por Zeus! Tú me habías obligado a ello echando por tierra los bagajes de mis compañeros». «Pero he aquí lo que yo hice —dijo Jenofonte —: repartí la carga entre otros soldados para que la llevaran y les encargué que me la entregaran, y cuando la hube recibido de nuevo en buen estado, te la devolví cuando tú me presentaste mi hombre. Pero escuchar cómo pasó la cosa vale la pena. Un hombre se quedaba rezagado porque ya no podía andar. Yo no lo conocía; para mí era sólo uno de los nuestros, y te obligué a conducirlo para que no pereciese; pues, según creo, los enemigos nos seguían de cerca». El hombre convino en ello.

«Y después, mandando por delante —continuó Jenofonte —, te encuentro de nuevo, cuando avanzaba con la retaguardia, abriendo una fosa como para enterrar al hombre. Me detuve y te alabé la acción. Pero, estando nosotros allí, el hombre dobló la pierna y todos los presentes gritaron que vivía. Tú dijiste: "¡Que viva mientras quiera! No seré yo quien lo lleve." Y entonces fue cuando te pegué, dices verdad, porque me dabas la impresión de saber que aún vivía». «Bueno —replicó el quejoso—: ¿acaso dejó de morirse por eso, después que te lo presenté?». «Y nosotros también —dijo Jenofonte— moriremos todos; ¿pero nos han de enterrar vivos por eso?».

Todo el mundo se puso entonces a gritar que no le había golpeado lo bastante. Jenofonte invitó en seguida a los otros a que dijesen por qué les había pegado. Pero, como ninguno se levantase, él dijo: «Yo, soldados, confieso haber golpeado a algunos para castigar su indisciplina. A estos hombres les parecía que nosotros los salvábamos yendo formados en buen orden y combatiendo con los enemigos donde preciso fuere, mientras ellos abandonaban las filas con el deseo de saquear y

tener más que nosotros. De haber hecho todos lo mismo, todos hubiéramos perecido. También he golpeado, obligándole a marchar, a algún soldado flojo que no quería levantarse, abandonándose a merced del enemigo. Cuando hacía mucho frío, yo mismo esperando a algunos que plegaban sus bagajes, después de haber permanecido sentado mucho tiempo, he visto que me costaba trabajo levantarme y estirar las piernas. Por propia experiencia, pues, cuando veía a otro sentado y perezoso le hacía ponerse en marcha, porque el movimiento y la energía daban un cierto calor y flexibilidad, mientras que el estar sentado y en reposo hacía, según pude ver, que la sangre se helase y se pudriesen los dedos de los pies, como sabéis muchos de vosotros por haberlo pasado. Quizá he golpeado con el puño a algún otro que se quedaba atrás por abandono y estorbaba la marcha de vosotros los de vanguardia y de nosotros los de atrás, pero era para que los enemigos no le golpearan con la lanza. Y ahora, una vez salvados, si yo les he hecho algo pueden pedir justicia contra mí. Pero, si hubiesen caído en manos de los enemigos, ¿de qué hubieran podido pedir justicia, por grande que fuese la injuria? Mis razones son sencillas. Si he castigado a alguno por su bien, debo sufrir la pena que deben los padres a sus hijos o los maestros a sus discípulos. También los médicos queman y cortan en bien del enfermo. Pero, si creéis que yo he hecho esto por violencia, considerad que ahora, gracias a los dioses, tengo más confianza que entonces, que me siento más atrevido que entonces, que bebo más vino, y, sin embargo, a nadie pego y es que os veo ya en el puerto. Pero, cuando hay tempestad y cuando la mar se levanta en grandes olas, ¿no veis que por sólo una señal con la cabeza se encoleriza el timonel con los de la proa y el piloto con los de la popa? Es que en tales circunstancias la falta más pequeña basta para perderlo todo. Y que les pegué justamente,

vosotros mismos lo habéis declarado; junto a mí estabais, no con piedras de voto, sino con espadas, y habríais podido socorrerlos si hubieseis querido. Pero, ¡por Zeus!, ni los socorristeis a ellos ni me ayudasteis a castigar a los indisciplinados. De suerte que, dejándoles conducirse insolentemente, habéis autorizado a estos cobardes. Pues si miráis bien encontraréis que los que entonces eran más cobardes son ahora los más insolentes. Brisco, el luchador tesalo, luchaba entonces por no llevar escudo, diciendo que estaba enfermo; y ahora, por lo que oigo, ha despojado a multitud de cotioritas. Si sois cuerdos haréis con él lo contrario de lo que se hace con los perros. A los perros malos se les ata durante el día y se les deja sueltos por la noche; a él, si sois cuerdos, lo ataréis durante el día y lo dejaréis suelto durante la noche. Pero ciertamente —continuó diciendo— me maravilla que os acordéis de todo aquello en que haya podido molestaros y que no lo paséis en silencio, y, en cambio, si he socorrido a alguno cuando hacía frío, si lo he defendido contra el enemigo o si le he favorecido estando enfermo o necesitado, nadie se acuerda de estas cosas, como que tampoco os acordáis de las ocasiones en que he alabado al que se portaba bien o he honrado, según yo podía, a los bravos. Y es, sin embargo, bello y justo, es piadoso y más agradable acordarse del bien antes que del mal».

A estas palabras se levantaron todos recordando las cosas pasadas. Y el asunto se arregló de buena manera.

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I

Después de esto, mientras estaban allí, los soldados vivían, los unos, de los víveres que compraban; los otros, saqueando la Paflagonia. Por su parte, también los paflagonios robaban cuanto podían a los que se encontraban dispersos, y por la noche procuraban hacer daño a los que estaban acampados lejos; esto hacía que la hostilidad fuese muy viva entre los soldados y aquel pueblo. Corilas, que gobernaba entonces la Paflagonia, envió a los griegos embajadores montados a caballo y con bellas vestiduras para decirles que Corilas estaba dispuesto a no hacer daño a los griegos con tal que a él no se lo hiciesen. Los generales respondieron que tratarían de esto con el ejército; pero dieron hospitalidad a los embajadores e invitaron, además, a los que les pareció bien del ejército.

Después de inmolar a los dioses bueyes y otras víctimas que habían cogido, ofrecieron un banquete bastante bueno. Comieron echados en lechos y bebieron en vasos de cuerno de los que había en la comarca. Después que hubieron hecho las libaciones y cantado el peán, se levantaron unos tracios y bailaron al son de la flauta con sus armas, dando grandes saltos con mucha ligereza y moviendo las espadas. Finalmente, uno pegó al otro, según parecía, y éste cayó con mucho artificio. Los paflagones gritaron. Y el que pegó, habiendo despojado al caído de sus armas, salió cantando a Sitalcas. Otros tracios sacaron al vencido como si estuviera muerto, por más que no le hubiese pasado nada. Después se levantaron unos enianos y

magnetos que bailaron con sus armas la danza llamada «carpea». He aquí cómo hacen esta danza: uno de ellos, después de haber puesto en tierra junto a sí las armas, siembra y conduce el arado, volviéndose frecuentemente como si tuviera miedo; en esto avanza un bandido. Entonces el otro coge sus armas, le sale al encuentro y lucha con él delante del arado. Todo esto lo hacen al compás de un aire tocado en la flauta. Por fin el bandido ata al labrador y se lo lleva con el arado. Otras veces es el labrador quien lleva la mejor parte y, atándole al otro las manos atrás, le hace marchar uncido con los bueyes. Después de esto entró un misio con un escudo ligero en cada mano y se puso a bailar, unas veces como si tuviese que defenderse contra dos enemigos y otras manejando los escudos como contra uno solo; otras se ponía a girar sobre sí mismo y daba una voltereta sin soltar los escudos. Era un bello espectáculo. Acabó bailando la danza de los persas, golpeando un escudo contra otro; se ponía en cuclillas y se levantaba. Todo esto lo hacía al compás de la flauta. En seguida se levantaron algunos arcadios y, armados de sus más vistosas armas, marcharon a compás, según un aire guerrero que les tocaban las flautas, entonaron el peán y danzaron como en las procesiones de los dioses. Los paflagones se admiraron mucho de ver que todas estas danzas las hacían hombres armados. Y el misio, advirtiendo este asombro habló con un arcadio que tenía una esclava bailarina e introdujo a ésta vestida de la manera más vistosa y llevando en la mano un escudo ligero. La esclava bailó la pírrica con gran soltura. Hubo grandes aplausos, los paflagones preguntaron si también las mujeres combatían con ellos. Les respondieron que ellas eran las que habían rechazado del campamento al ejército del rey.

Al día siguiente fueron llevados ante el ejército reunido y los soldados acordaron que no harían daño a los paflagones si

éstos no se lo hacían a ellos. Después de esto se marcharon los embajadores. Los griegos, juzgando que ya había barcos suficientes, se embarcaron y navegaron un día y una noche con viento favorable, teniendo a la izquierda la Paflagonia. Al día siguiente llegaron a Sinope y anclaron en Harmena, puerto de Sinope. Los sinopenses habitan en la Paflagonia y son colonia de Mileto. Enviaron a los griegos en señal de hospitalidad tres mil medimnos de harina de cebada y mil quinientos jarros de vino.

Allí llegó Quirísofo con un trirreme. Los soldados esperaban que les trajese algo, pero él nada les llevó. Sólo dijo que Anaxibio, el jefe de la escuadra, lo mismo que los otros, elogiaban al ejército, y que Anaxibio les prometía una soldada si salían del Ponto. En Harmena permanecieron los soldados cinco días.

Como ya veían estar cerca de Grecia, pensaban más que nunca en la manera de llegar a sus casas con alguna cosa, y creían que, si eligiesen un solo jefe, éste podría dirigir el ejército lo mismo de día que de noche, mejor que habiendo muchos jefes. Si era preciso hacer algo en secreto sería más fácil tenerlo así oculto, y si había que adelantarse al enemigo habría menos peligro de quedarse retrasado. Porque no habría necesidad de conferencias entre los varios jefes sino de poner en práctica lo que uno solo decidiera. Hasta entonces los generales no habían hecho más que lo acordado por mayoría de votos.

Con este pensamiento pusieron los ojos en Jenofonte. Los capitanes fueron a verle y le dijeron que así pensaba el ejército, y todos con señales de afecto procuraban persuadirle a que aceptase el mando. Jenofonte, por una parte, también lo quería; pensando que así quedaría más honrado ante sus amigos y que su nombre llegaría con más gloria a su ciudad.

Y acaso también podría hacer algún bien al ejército. Estas consideraciones lo llevaban a desear ser jefe absoluto del ejército. Pero cuando pensaba que el porvenir es incierto para todos los hombres y que corría el peligro de perder en este cargo la gloria adquirida, dudaba.

En estas dudas le pareció mejor consultar con los dioses. Y llevando a los altares dos víctimas las sacrificó a Zeus rey, que le había sido designado por el oráculo de Delfos. Creía, además, que este dios era quien le había enviado el sueño que vio cuando había empezado a tomar parte en los cuidados del ejército. Recordaba también que a su partida de Éfeso, para ser recomendado a Ciro, había oído a su derecha el grito de un águila, si bien ésta se hallaba posada en tierra. Y el adivino que le acompañaba habíale dicho que era augurio de una gloria grande y no vulgar, aunque penosa. Porque las aves atacan a las águilas cuando están en tierra. Tampoco era augurio de riqueza, pues el águila coge sus presas más bien volando. Hizo, pues, el sacrificio, y el dios le mostró claramente que no debía solicitar el mando ni aceptarlo si para él lo elegían. Así ocurrió esto.

El ejército se reunió y todos decían que era preciso elegir un jefe, y tomando este acuerdo proponían a Jenofonte. Como parecía evidente que lo elegirían si se llegaba a la votación, él se levantó y dijo lo siguiente:

«Yo, soldados, me siento halagado por el honor que me hacéis, puesto que soy hombre; os lo agradezco y ruego a los dioses me den ocasión de haceros algún beneficio. Pero al elegirme a mí jefe, habiendo aquí un lacedemonio, no creo que os convenga, pues ello sería motivo de que obtuvieseis más difícilmente lo que necesitáis de los lacedemonios; en cuanto a mí, creo que esto no me ofrece seguridad ninguna. Veo que no cesaron de hacer guerra a mi patria hasta que

obligaron a toda la ciudad a reconocer la supremacía de los lacedemonios. Una vez reconocido esto, cesaron de hacer la guerra, y no continuaron el sitio de la ciudad. Habiendo visto esto, si en algo que de mí dependiera pareciese yo ir contra la autoridad de los lacedemonios, me temo que muy pronto sería castigado. En cuanto a lo que pensáis que con un solo jefe habría menos sediciones que con muchos, estad seguros que si elegís a otro no hallaréis que yo sea el sedicioso; pienso que en la guerra el que conspira contra su jefe conspira contra su propia salvación; mientras que si me elegís a mí no me maravillaría que encontraseis alguno irritado contra vosotros y contra mí».

Cuando hubo dicho esto fueron muchos más los que se levantaron diciendo que debía ser jefe. Y Agasias, de Estinfalia, dijo que resultaría ridículo que las cosas fuesen de ese modo: «¿Es que los lacedemonios se indignarán también si en un banquete se elige presidente a uno que no sea lacedemonio? Porque, si es así —dijo—, no podríamos nosotros ni ser capitanes, según parece, porque somos arcadios». Entonces dieron gritos de que Agasias decía bien.

Y Jenofonte, viendo que era preciso insistir, se adelantó y dijo: «Pues bien, compañeros, para no ocultaros nada, os juro por todos los dioses y todas las diosas que yo, presintiendo vuestra decisión, ofrecí un sacrificio para saber si sería conveniente para vosotros confiarme a mí este mando y a mí el aceptarlo. Y los dioses me han dado tales señales, que el más ignorante hubiese podido reconocer que debo apartarme de este poder absoluto».

Eligieron, pues, a Quirísofo. Quirísofo, una vez elegido, se adelantó y dijo: «Sabed, soldados, que yo también me hubiese conformado si hubierais elegido a otro. En cuanto a Jenofonte, le habéis favorecido no eligiéndole. Ya Dexipo le

ha calumniado cuanto pudo delante de Anaxibio; aunque yo procuraba cerrarle la boca. Ha dicho que, a su parecer, Jenofonte preferiría mandar el ejército de Clearco en compañía de Timasión, de Dardania, a mandarlo con él mismo siendo lacedemonio. Pero, puesto que me habéis elegido a mí, yo procuraré haceros todo el bien que pueda. Vosotros preparaos para que mañana levemos anclas, si hace buen tiempo. Iremos a Heraclea, y es preciso que todos procuren llegar allí. Una vez en Heraclea decidiremos sobre lo demás».

CAPÍTULO II

Desde allí, levando anclas al día siguiente, navegaron con viento favorable durante dos días a lo largo de la costa. Y al cabo de este viaje[37] llegaron a Heraclea, ciudad griega, colonia de Mégara, situada en el país de los mariandinos. Y fondearon junto al Quersoneso del Aqueronte, donde, según se dice, bajó Heracles contra el perro Cerbero por un antro que todavía ahora se muestra allí como señal de la bajada y que tiene más de dos estadios de profundidad. Allí enviaron los heracleotas, como presente de hospitalidad, tres mil medimnos de harina de cebada, dos mil jarros de vino, veinte bueyes y cien ovejas. Por la llanura corre allí el río llamado Licos, de unos dos pletros de anchura.

Los soldados se reunieron y deliberaron sobre el resto de la marcha, si es que iban a salir del Ponto por tierra o por mar. Licón, de Acaya, se levantó y dijo: «Me maravilla, soldados, que los generales no procuren suministrarnos víveres. Los presentes de hospitalidad no dan alimento al ejército ni para tres días. Y adónde iremos a buscar víveres no lo sabemos. Creo, pues, que debemos pedir a los heracleotas por lo menos tres mil cicicenos». Otro dijo que debían ser por lo menos diez mil; que era preciso elegir diputados inmediatamente «y, mientras nosotros permanecemos aquí, enviarlos a la ciudad, y con la respuesta que nos traigan deliberaremos». Entonces propusieron como diputados primero a Quirísofo, porque había sido elegido jefe, y algunos

mencionaron a Jenofonte. Pero ellos se negaron con energía. Tanto el uno como el otro pensaron que no se debía exigir nada a una ciudad griega y amiga, sino aceptar lo que sus habitantes de buen grado quisieran dar. Como ellos no se mostraban dispuestos, enviaron a Licón, de Acaya; a Calímaco, de Parrasia, y a Agasias, de Estinfalia. Llegados a Heraclea, éstos dijeron lo que se había acordado; también se dijo que Licón había amenazado si no accedían a las demandas. Después de haberles escuchado, los heracleotas dijeron que iban a deliberar. E inmediatamente metieron dentro todo lo que tenían en el campo, aprovisionaron la ciudad, cerraron sus puertas y se presentaron en armas sobre las murallas.

Entonces los autores de estos contratiempos se pusieron a culpar a los generales de que el asunto hubiese fracasado. Los arcadios y los aqueos se reunieron aparte. A la cabeza estaban principalmente Calímaco, de Parrasia, y Licón el arcadio. Decían que era vergonzoso para ellos que un ateniense, el cual no había traído tropas al ejército y un lacedemonio mandasen a los peloponenses; que sobre ellos caía todo el trabajo, mientras otros se levantaban la ganancia, aunque a ellos se debía el haberse salvado. Los arcadios y los aqueos lo habían hecho todo; el resto del ejército no representaba nada. —Y era verdad que arcadios y aqueos eran más de la mitad del ejército—. Si sabían, pues, manejar sus intereses, debían reunirse, elegir sus generales, marchar aparte y coger lo que pudieran. Acordaron esto. Y todos los arcadios y aqueos que había en el ejército abandonaron a Quirísofo y a Jenofonte y se reunieron entre sí. Eligieron diez generales y acordaron que éstos decidieran lo que hubiese que hacer por mayoría de votos. Así perdió el mando Quirísofo a los dieciséis días de ser elegido.

Jenofonte quería continuar la marcha con los que habían quedado, pensando que esto sería más seguro que marchar cada uno por su lado. Pero Neón le aconsejó que marchase solo, pues había oído a Quirísofo que Cleandro, el harmosta de Bizancio, pensaba venir con tres trirremes al puerto de Calpe. Neón daba este consejo a fin de que nadie pudiese utilizar los barcos y ellos solos se embarcasen con sus soldados. Quirísofo, desanimado por estos sucesos y lleno de odio por ellos contra el ejército, dejó su decisión que hiciese lo que quisiera. Y Jenofonte se inclinaba a embarcarse solo abandonando el ejército, pero habiendo hecho un sacrificio a Heracles Conductor, a fin de saber si sería mejor y más ventajoso continuar la expedición con los soldados que le quedaban o marcharse solo, el dios le manifestó en las víctimas que debía permanecer con sus soldados. Así, pues, el ejército quedó dividido en tres partes; uno formado por los arcadios y los aqueos, más de cuatro mil quinientos hombres, todos hoplitas; otro, con Quirísofo, de mil cuatrocientos hoplitas y hasta setecientos peltastas, los tracios de Clearco; y otro, con Jenofonte, de mil setecientos hoplitas y trescientos peltastas; este último era el único que tenía caballería, unos cuarenta caballos.

Los arcadios consiguieron que los heracleotas les dieran barcos y se hicieron a la mar los primeros para caer de improviso sobre los bitinios y coger lo más posible. Desembarcaron en el puerto de Calpe. Quirísofo partió inmediatamente de Heraclea y marchó por el interior del país. Pero cuando llegó a Tracia continuó su camino a lo largo del mar; ya entonces estaba enfermo. Jenofonte cogió unos barcos, desembarcó en los límites de la Tracia y del territorio de Heraclea y se internó por aquellas tierras[38].

CAPÍTULO III

He aquí lo que hizo cada uno de estos cuerpos. Los arcadios, desembarcados de noche en el puerto de Calpe, marcharon hacia las primeras aldeas, a unos treinta estadios del mar. Al amanecer, cada general condujo su compañía contra una aldea; si alguna parecía más fuerte, los generales llevaban contra ella dos compañías. Y convinieron también en que se reuniesen en una colina. Como habían caído sobre el país repentinamente, hicieron muchos prisioneros y cogieron mucho ganado. Pero los tracios que habían podido huir se reunieron. Como iban armados a la ligera, muchos pudieron escapar de entre las manos de los hoplitas griegos. Una vez reunidos, atacaron primero a la compañía de Esmicrete, uno de los generales de los arcadios, cuando ya se retiraba con mucho botín al lugar señalado. Los griegos continuaron algún tiempo su marcha combatiendo; pero en el paso de un barranco fueron desbaratados, muriendo el mismo Esmicrete y todos los demás. De otra compañía mandada por Hegesandro sólo quedaron ocho. Hegesandro se salvó.

Las demás compañías se fueron reuniendo con más o menos dificultad. Los tracios, obtenido este éxito, se pusieron a gritar los unos a los otros y se reunieron en un fuerte número durante la noche. Y al rayar el día se formaron en círculo alrededor de la colina donde los griegos estaban acampados. Eran muchos los jinetes y los infantes armados a la ligera. Y continuamente crecía su número y atacaban

impunemente a los hoplitas. Porque los griegos no tenían ni arqueros, ni soldados que disparasen jabalinas, ni caballería. Ellos se adelantaban corriendo o galopando y disparando sus dardos. Y cuando se les iba detrás escapaban fácilmente; atacaban por uno y otro lado y herían a muchos enemigos sin tener ellos ningún herido. De suerte que los griegos no podían moverse de su puesto y, finalmente, los tracios los separaron de la aguada. En este apuro entraron en tratos para una tregua; pero, aunque en todo lo demás había acuerdo, los tracios se negaron a conceder los rehenes que les pedían los griegos, y el trato quedó en suspenso. Tal era la situación de los arcadios.

Mientras tanto Quirísofo, marchando con toda seguridad a lo largo del mar, llegaba al puerto de Calpe.

Jenofonte, por su parte, atravesaba el interior del país, y su caballería, que marchaba delante, encontró unos ancianos que iban en camino. Llevados a presencia de Jenofonte, éste les preguntó si tenían noticia de algún otro ejército griego. Ellos le refirieron todo lo ocurrido, que en aquel momento estaban sitiados en una colina y que los tracios todos los tenían cercados. Entonces Jenofonte puso a estos hombres bajo una estrecha vigilancia para que sirviesen de guía adonde fuese preciso ir. Y, estableciendo centinelas, reunió a los soldados y les dijo: «Soldados: de los arcadios, unos han muerto y otros están sitiados en una colina. Creo que si éstos perecen tampoco habrá salvación alguna para nosotros, con unos enemigos tan numerosos y tan envalentonados. Lo primero para nosotros es socorrer a esos hombres para que, salvos ellos, combatamos todos juntos y no que solos nosotros tengamos que afrontar los peligros. Nosotros no podríamos escapar de aquí a ninguna parte. Hay demasiada distancia para retirarse a Heraclea, demasiada para llegar a Crisópolis, y los

enemigos están cerca. El camino más corto sería hasta el puerto de Calpe, donde podemos conjeturar que está Quirísofo. Pero allí no hay barcos donde podamos embarcarnos, y si nos quedamos no tenemos víveres ni para un solo día. Si perecen los sitiados es mucho más difícil que venzamos los peligros nosotros y los de Quirísofo, y salvados y reunidos todos en un punto podemos luchar juntos por nuestra salvación. Es preciso, pues, marchar con el convencimiento firme de que ahora es preciso o morir gloriosamente, o hacer la más bella obra salvando a tantos griegos. Y seguramente el dios lo ha hecho así porque quiere humillar el orgullo de los presuntuosos y ponernos sobre ellos a nosotros, que principiamos invocando a los dioses. Es preciso, pues, que sigáis a vuestros jefes y pongáis el mayor cuidado. Ahora, pues, avanzaremos sin detenernos hasta que nos parezca llegada la hora de comer. Mientras marchamos, Timasión irá adelante con la caballería en descubierta, sin perdernos de vista para que no haya sorpresas[39]».

Diciendo esto rompió la marcha a la cabeza de las tropas. Al mismo tiempo envió los más ágiles de los gimnetas a los flancos y sobre las alturas para que avisasen si sabían algo. Les mandó a los demás que incendiasen todo lo que podía ser quemado. Y, la caballería, dispersándose por todo el terreno llano, iba también quemando todo cuanto podía arder. Y si algo quedaba, el grueso del ejército le prendía fuego. De suerte que toda la comarca parecía una hoguera y el ejército mucho mayor. Llegada la hora, subieron a una colina y acamparon en ella. Desde allí vieron los fuegos de los enemigos, a la distancia de unos cuarenta estadios, y ellos encendieron también el mayor número de hogueras que pudieron. Apenas hubieron comido se dio orden de que se apagasen todas las hogueras. Y por la noche, poniendo centinelas, se entregaron al descanso. Al rayar el día, hechas

las oraciones a los dioses, se pusieron en marcha con toda la rapidez posible, formados en batalla. Timasión y los jinetes, que iban delante con los guías, llegaron sin darse cuenta a la colina donde habían estado sitiados los griegos. Pero no vieron ni amigos ni enemigos, sino tan sólo algunas viejas, unos viejos y algunos bueyes y ovejas abandonados. Al principio se maravillaron qué podía ser lo ocurrido. Pero después supieron por los que ahí estaban que los tracios se habían retirado por la tarde y que los griegos también se habían marchado; dónde, no lo sabían.

Al oír esto, Jenofonte dispuso que comiera el ejército, e inmediatamente plegaron los bagajes y se pusieron en marcha para reunirse cuanto antes a los otros en el puerto Calpe. Por el camino encontraron las huellas de los arcadios y los aqueos en el camino que conducía a este punto. Cuando llegaron a él se vieron los unos a los otros con alegría y se abrazaron como hermanos. Los arcadios preguntaron a los de Jenofonte por qué habían apagado las hogueras. «Nosotros —dijeron— creíamos primero, al no ver ya las hogueras, que atacaríais a los enemigos aquella misma noche; y éstos también, temiendo esto, según presumimos, se retiraron, pues casi al mismo tiempo se fueron. Como no llegabais y el tiempo pasaba, creímos que al saber nuestra situación habíais escapado temerosos hacia el mar. Y decidimos no quedarnos atrás de vosotros. Así, pues, hemos venido aquí también nosotros».

CAPÍTULO IV

Todo aquel día permanecieron al aire libre a orillas del mar, junto al puerto. Este lugar, que se llama puerto de Calpe, está en la Tracia asiática; esta Tracia, que comienza en la boca del Euxino y se extiende hasta Heraclea, está a la derecha de los que entran en el Ponto. De Bizancio a Heraclea hay un día largo de navegación para un trirreme que navegue a remo. En el intervalo no se encuentra ninguna otra ciudad, ni amiga, ni griega, sino solamente los tracios bitinios. Según se dice, tratan con crueldad a los griegos que de uno u otro modo caen en sus manos. El puerto de Calpe está a mitad de camino para los que navegan de Heraclea a Bizancio. Es un promontorio que avanza dentro del mar; la parte que da al mar es una peña tajada, cuya más pequeña altura no es inferior a veinte brazas; el istmo que une este promontorio al mar tiene a lo más cuatro pletros de ancho; pero en el espacio comprendido entre el mar y este paso podrían habitar diez mil hombres. El puerto está bajo la misma roca y su ribera mira a Occidente. Junto al mar corre una fuente de agua dulce muy abundante, dominada por la roca. Hay también en la costa muchos árboles de diferentes especies y en gran abundancia de las que se emplean en la construcción de navíos. La montaña del promontorio se extiende por el interior del país hasta unos veinte estadios; esta montaña es de tierra, sin mezcla de piedras, y a lo largo de la costa, en una extensión de más de veinte estadios, está cubierta de espesos

bosques, con grandes árboles de toda especie. El resto del país es hermoso y extenso, y hay en él muchas aldeas muy pobladas, pues la tierra produce cebada, trigo, legumbres de toda clase, mijo, ajonjolí, higos en buena cantidad y muchas viñas que producen buen vino; todo, en fin, excepto el olivo.

Tal era la comarca. Los soldados tenían sus tiendas en la playa, junto al mar, pues no querían acampar en un sitio donde se pudiese establecer un pueblo. Y creían que el haber llegado a tal sitio había sido añagaza de algunos que tenían intención de fundar una ciudad. En su mayor parte los soldados no habían embarcado para este servicio mercenario por falta de vida, sino por haber oído hablar del carácter de Ciro. Y algunos de ellos habían venido a la cabeza de soldados; otros habían gastado dinero encima. Unos habían escapado de casa de sus padres y sus madres; otros habían abandonado a sus hijos con la esperanza de ganarles una fortuna, sabiendo que otros obtuvieron junto a Ciro muchas buenas cosas. Tales hombres deseaban, naturalmente, volver a Grecia sanos y salvos.

Al día siguiente de aquel en que se habían reunido, Jenofonte hizo un sacrificio para una expedición; era preciso salir a buscar víveres; pensaba, además, en dar sepultura a los muertos. Como las señales de las víctimas resultasen favorables, los arcadios mismos le siguieron y enterraron la mayor parte de los muertos, cada uno en el sitio donde había caído, pues los cadáveres eran de cinco días y no se podía ya transportarlos. A algunos que recogieron sobre los caminos los enterraron de la manera más honrosa que permitían las circunstancias. A los que no pudieron encontrar les levantaron un cenotafio en el que pusieron coronas. Hecho esto, se retiraron al campamento, donde comieron y se acostaron. Al día siguiente se reunieron todos los soldados,

movidos principalmente por Agasias, de Estinfalia; Hierónimo, de Elea, ambos capitanes, y los de más edad de los arcadios. Y se tomó el acuerdo que si a alguno en lo sucesivo se le ocurriese dividir en dos al ejército fuese condenado a muerte; que el ejército saldría de allí en el mismo orden de antes, y volverían a mandar los antiguos jefes. Quirísofo había muerto ya entonces a consecuencia de un remedio que había tomado estando con fiebre. Fue reemplazado por Neón, de Asina.

Después de esto se levantó Jenofonte y dijo: «Soldados: es evidente que hemos de continuar el camino por tierra puesto que no tenemos barcos. Y es forzoso partir porque carecemos de víveres para quedarnos. Nosotros vamos a hacer un sacrificio; vosotros, por vuestra parte, debéis prepararos a combatir con más energía que nunca, pues los enemigos están envalentonados». En seguida sacrificaron los generales en presencia del adivino Arexión, de Arcadia, pues Silano, de Ambracia, había huido de Heraclea fletando un barco. Este sacrificio hecho para la partida no dio presagios favorables. No se movieron pues, durante este día. Y algunos tuvieron la audacia de decir que Jenofonte, queriendo fundar una ciudad en aquel punto, había persuadido al adivino a que dijese no ser las víctimas favorables a la marcha. Entonces Jenofonte hizo publicar por un heraldo que quien quisiese podría asistir al día siguiente al sacrificio, y dio orden de que asistiese todo adivino que en el ejército se encontrase. Hecho esto, sacrificó delante de numerosos testigos. Y sacrificando hasta tres víctimas para la partida, las señales no resultaron favorables. Los soldados se contristaron con ello, pues ya habían consumido los víveres que trajeron y no había posibilidades de comprarlos en ninguna parte.

Después de esto se reunieron, y Jenofonte dijo de nuevo:

«Soldados: como veis, no resultan presagios favorables para la marcha. Por otra parte, veo que carecéis de víveres. Me parece, pues, forzoso continuar haciendo sacrificios con este mismo objeto». Levantándose uno, dijo: «Y es natural que no nos resulten las señales. Según he oído a uno que vino ayer en un barco, Cleandro el harmosta de Bizancio, piensa venir con barcos de transporte y trirremes». Entonces todos decidieron quedarse; pero era forzoso salir a buscar víveres. Con este objeto se sacrificaron hasta tres víctimas, pero no resultaron las señales. Y los soldados iban a la tienda de Jenofonte y le decían que no tenían víveres. Él les contestaba que no estaba dispuesto a sacarlos si no resultaban favorables las señales.

Al día siguiente se hicieron de nuevo sacrificios, y casi todo el ejército, por importarle a todos, estaba alrededor del altar. Pero las víctimas fallaron. Los generales no sacaron al ejército, pero convocaron a una asamblea. Y dijo Jenofonte: «Acaso los enemigos estarán reunidos y será preciso combatir. Si dejáramos puestos nuestros bagajes en este lugar fortificado y marchásemos preparados al combate, acaso las señales de las víctimas no serían favorables». Al oír esto los soldados gritaron que no había que llevar nada a aquel sitio, sino hacer sacrificios cuanto antes. No quedaba ya ganado menor; compraron un buey que conducía una carreta y lo sacrificaron. Jenofonte recomendó a Cleanor, de Arcadia, que tuviese cuidado si aparecía algo favorable. Pero tampoco fueron propicias las señales.

Neón había sido nombrado general en reemplazo de Quirísofo. Viendo la extremada necesidad en que se hallaban los hombres y queriendo serles agradable, instruido por un heracleota a quien había encontrado y que, según le dijo, conocía unas aldeas en donde podrían cogerse víveres, hizo pregonar por un heraldo que él estaba dispuesto a conducir a

todos quienes quisiesen ir en busca de víveres. Y salieron del campamento con jabalinas, odres y sacos y otras vasijas como unos dos mil hombres. Pero, llegados a las aldeas y habiéndose dispersado en busca de botín, cae sobre ellos, primero, la caballería de Farnabazo, que había venido en auxilio de los bitinios con intención de impedir, unida a éstos, el paso de los griegos a Frigia. Estos jinetes mataron no menos de quinientos griegos; los demás huyeron a la montaña. En seguida uno de los fugitivos anunció en el campamento lo ocurrido. Y Jenofonte, como no resultaban aquel día las señales, cogió un buey que estaba uncido a un carro, pues no quedaban otras víctimas, y después de sacrificarlo fue en socorro de los griegos con todos los soldados menores de treinta años. Recogieron el resto de la tropa y volvieron al campamento. Al ponerse el sol, los griegos, muy desalentados, estaban comiendo, cuando de repente, a través de la maleza, unos bitinios cayeron sobre los centinelas, matando a unos y persiguiendo a otros hasta el campamento. Prodújose un gran alboroto y todos los griegos corrían a las armas. Perseguir al enemigo y levantar el campamento siendo de noche no pareció seguro, porque el país estaba cubierto de matorrales. Pero pasaron la noche en armas después de haber puesto centinelas suficientes.

CAPÍTULO V

Así pasaron la noche; al rayar el día los generales condujeron al ejército a la posición fuerte de la altura; los soldados siguieron con armas y bagajes. Antes de la hora del almuerzo abrieron un foso en el punto que daba acceso a la posición y levantaron todo a lo largo una empalizada, dejando solamente tres puertas. Y llegó de Heraclea un barco con harina de cebada, ganado y vino.

Jenofonte se levantó temprano e hizo sacrificios para la salida; a la primera víctima las señales resultaron favorables. Cuando terminaba el sacrificio el adivino Arexión, de Parrasia, vio un águila de buen augurio y exhortó a Jenofonte a que rompiese la marcha. Y pasando el foso pusieron en tierra las armas e hicieron pregonar por los heraldos que después de haber comido salieran los soldados con sus armas, pero quedándose los esclavos y la muchedumbre de los no combatientes. Todos salieron, pues, excepto Neón, al cual pareció conveniente dejar la guardia de los que quedaban en el campamento. Pero cuando los capitanes y los soldados los hubieron abandonado, los hombres de Neón, avergonzados de no seguir a los otros que marchaban, no dejaron allí más que a los mayores de cuarenta y cinco años. Estos sólo se quedaron; los demás se pusieron en marcha.

Antes de haber andado quince estadios se encontraron con cadáveres. Y poniendo de frente toda la línea a la altura de los primeros encontrados, enterraron a todos los que

estaban dentro de la línea. Enterrados los primeros, continuaron marchando y haciendo la misma maniobra hasta enterrar a todos los que fue encontrando el ejército. Cuando llegaron al camino que salía de las aldeas, donde había cadáveres a montones, los llevaron todos a un sitio y los enterraron.

Un poco después de mediodía, cuando el ejército había ya rebasado las aldeas, se pusieron a coger lo que cada cual veía dentro de la falange, y de repente vieron a los enemigos que subían a unas colinas situadas enfrente, formados en línea de batalla, con muchos jinetes e infantes; pues Espitrídates y Ratines habían sido enviados con fuerzas por Tiríbazo. Cuando vieron a los griegos se pararon a una distancia como de quince estadios. En seguida Arexión, adivino de los griegos, hizo un sacrificio y las entrañas de la primera víctima resultaron favorables. Entonces dice Jenofonte: «Me parece, generales, que debemos dejar fuera de la falange algunas compañías de reserva para que puedan acudir en socorro donde sea preciso, y que el enemigo, puesto en desorden, se encuentre con tropas frescas y bien formadas». A todos les pareció bien esto. «Vosotros, pues —dijo—, llevad las tropas contra el enemigo; no permanezcamos quietos, puesto que vemos a nuestros contrarios y ellos nos ven a nosotros. Yo, por mi parte, conduciré las últimas compañías repartiéndolas como habéis decidido».

Sin perder momento ellos se pusieron en marcha lentamente con sus tropas. Jenofonte, tomando las tres últimas filas, de doscientos hombres cada una, formó con ellas tres columnas; a una la envió a la derecha, a distancia de un pletro de la falange; iba mandada por Samolas, de Acaya. Otra recibió orden de marchar detrás del centro; la mandaba Pirrias, de Arcadia. La tercera fue puesta a la izquierda bajo las

órdenes de Frasias, de Atenas.

Así avanzaban cuando los que iban a la cabeza, llegados a una gran cañada difícil de atravesar, se pararon en la duda de si debían o no pasarla, llamando a los generales y capitanes al sitio donde estaban. Jenofonte se extrañó de qué podría detener la marcha, y oyendo en seguida la noticia picó espuelas a su caballo para llegar cuanto antes a las avanzadas. Cuando estuvieron todos reunidos, Soféneto, el de más edad entre los generales, dijo que no valía la pena deliberar sobre si debía atravesarse semejante cañada. Y Jenofonte, interviniendo vivamente, dijo: «Ya sabéis, compañeros, que nunca os he llevado sin necesidad a un peligro: bien veo que lo que necesitáis no es adquirir gloria mostrando vuestro valor, sino salvaros. Pero nuestra situación ahora es ésta: salir de aquí sin combate es imposible. Si nosotros no marchamos contra los enemigos, éstos nos seguirán cuando nos retiremos y caerán sobre nosotros. Considerad, pues, lo que es preferible: marchar contra esos hombres con las armas por delante o, echándolas a la espalda, vernos seguidos por ellos. Bien sabéis que el retirarse delante de los enemigos no es nada honroso y que, en cambio, la persecución da valor hasta a los más cobardes. Yo preferiría atacar con la mitad de tropas que retirarme con el doble. Y éstos, estoy seguro que ninguno de vosotros se figura que han de esperarnos si los atacamos; pero todos sabemos que si nos ven retirarnos se atreverán a perseguirnos. Y para unos hombres que van a combatir no es cosa digna de ser tomada esta difícil cañada, pasándola y dejándola atrás. A los enemigos yo quisiera que todos los caminos les pareciesen fáciles para retirarse; nosotros, en cambio, debemos aprender en este mismo sitio que nuestra salvación está sólo en la victoria. ¿Es que podremos atravesar el llano si no vencemos a la caballería? ¿Cómo volveremos a pasar las montañas si tantos peltastas nos persiguen? Me

asombra que alguien considere este barranco más peligroso que tantos otros sitios atravesados por nosotros. ¡Y si conseguimos llegar al mar sanos y salvos, ésa sí será una cañada: el Ponto! Allí no encontraremos ni naves que nos transporten ni víveres para alimentarnos si nos quedamos. Y apenas hayamos llegado tendremos que salir en busca de víveres. Es, pues, preferible combatir ahora que hemos comido que no mañana en ayunas. Compañeros: las víctimas nos son favorables, los augurios propicios y las entrañas magníficas. Marchemos contra esos hombres; después de haber visto perfectamente a nuestro ejército, no deben ponerse a comer a su gusto ni plantar sus tiendas donde les parezca».

Entonces los capitanes le dijeron que se pusiese a la cabeza, y nadie se opuso. Él, pues, los condujo después de haber dado orden de que avanzasen conservando el mismo puesto que tenían en la cañada; parecía que el ejército formado en columnas apretadas la atravesaría antes que si fuese desfilando por el puente que la cruzaba. Cuando hubieron pasado, Jenofonte, recorriendo la línea de la falange: «Soldados —dijo—, acordaos de todas las batallas que hemos ganado con la ayuda de los dioses y de la suerte de los que vuelven la espalda al enemigo; considerad, además, que estamos a las puertas de Grecia. Seguid a Heracles Conductor y animaos mutuamente por vuestros nombres. Es dulce decir y hacer ahora algo bello y atrevido que deje memoria de nosotros en quienes nos conocen».

Esto decía Jenofonte galopando a lo largo de las tropas, al mismo tiempo que las conducía formadas en orden de batalla.

En los extremos de la línea fueron puestos los peltastas y en esta forma marcharon contra el enemigo. Se dio la orden de llevar la pica sobre el hombro derecho hasta que sonara la

trompeta, y que entonces la pusiesen en posición de guardia, avanzando al paso sin que se lanzasen corriendo sobre el enemigo. En esto pasó el santo y seña: Zeus Salvador y Heracles Conductor. Los enemigos, creyendo buenas sus posiciones, esperaron a los griegos. Estos se fueron acercando, y los peltastas, antes de recibir orden ninguna, corrieron sobre el enemigo lanzando los gritos de guerra. Los enemigos les salieron al encuentro, la caballería y los infantes bitinios, y pusieron en fuga a los peltastas. Pero cuando la falange de los hoplitas avanzó a paso ligero, cuando al sonar la trompeta los soldados entonaron el peán, lanzaron el grito de guerra y al mismo tiempo bajaron las picas, los enemigos no aguardaron el ataque y huyeron.

Timasión salió persiguiéndoles con los jinetes y mataron todos los que pudieron dado su corto número. De los enemigos, el ala izquierda, colocada frente a la caballería griega, quedó en seguida dispersada; pero la derecha, que no fue perseguida tan vivamente, se recogió en una colina. Los griegos, viéndolos detenidos allí, creyeron la cosa más fácil y menos peligrosa atacarlos inmediatamente, y cantando el peán se dirigieron contra ellos; pero los otros no los esperaron. Y los peltastas los persiguieron hasta que también esta ala izquierda quedó dispersa; pero murieron pocos de los bárbaros porque la presencia de su caballería, que era numerosa, mantuvo en respeto a los perseguidores.

Viendo los griegos que la caballería de Farnabazo se mantenía aún firme y que la de los bitinios se iba reuniendo a ella en una colina desde la cual contemplaban los sucesos, decidieron, aunque estaban cansados, atacarlos de cualquier modo para que no cobraran ánimos y se repusiesen en el descanso. Se formaron, pues, y avanzaron. Pero los jinetes enemigos huyeron por una pendiente rápida como si otra

caballería hubiese venido persiguiéndoles; por fin, se metieron en una cañada desconocida de los griegos; pero éstos cesaron en su persecución y se volvieron, pues ya era tarde. Llegados al sitio donde ocurrió el primer encuentro, levantaron un trofeo y se retiraron hacia el mar; se hallaban como a sesenta estadios del campamento.

CAPÍTULO VI

Después de estos combates los enemigos se mantuvieron apartados, llevándose lo más lejos que podían sus familias y sus bienes. Por su parte, los griegos esperaban a Cleandro, que debía llegar con los trirremes y los buques de transporte. Mientras tanto, salían todos los días con acémilas y esclavos y se traían al campamento, sin ser inquietados, cebada, trigo, vino, legumbres, mijo e higos; de todo producía este país, excepto aceite de oliva. Cuando el ejército estaba en el campamento se permitía a los soldados salir en busca de botín, y en estas salidas cada uno se apoderaba de lo que podía. Pero cuando salía el ejército entero lo que cada uno cogía parte se consideraba como propiedad común. En el campamento reinaba ya una gran abundancia. De todas las ciudades griegas de por allí venían gentes a vender cosas, y los barcos que pasaban fondeaban allí gustosos, pues corría el rumor de que se fundaba una ciudad y había un puerto. Los enemigos mismos que habitaban en la vecindad mandaron emisarios a Jenofonte, que, según habían oído, era el fundador de la ciudad, preguntándole qué debían hacer para ser amigos. Y él los llevó ante los soldados.

En esto llega Cleandro con dos trirremes, pero sin ningún buque de transporte. Cuando llegó, el ejército se encontraba fuera; algunos se habían dispersado por la montaña en busca de botín y cogido mucho ganado menor. Pero, temiendo les fuese quitado, hablan a Dexipo, el que había huido de

Trapezunte con un pentecontoro, y le suplican que les salve el botín, tomando él una parte y dejándoles el resto. Dexipo ahuyentó inmediatamente a los soldados que rodeaban el botín y decían que era propiedad de todos, y fue a decir a Cleandro que quería apoderarse del ganado. Cleandro mandó que llevasen a su presencia al culpable. Y Dexipo cogió a uno y fue a llevárselo; pero, encontrándose con él Agasias, le quitó el hombre de las manos, pues era uno de su compañía. Los demás soldados que se encontraban presentes se pusieron a tirar piedras a Dexipo, llamándole traidor. Llenos de miedo, muchos tripulantes de los trirremes huyeron hacia el mar y con ellos también Cleandro. Jenofonte y los otros generales contuvieron a los soldados y dijeron a Cleandro que no era nada, que la causa de aquel tumulto era un decreto del ejército. Pero Cleandro, excitado por Dexipo y molesto él mismo por haber tenido miedo, dijo que él iba a hacerse a la vela y que haría pregonar que ninguna ciudad los recibiese, considerándolos enemigos. Entonces todos los griegos obedecían a los lacedemonios.

La cosa pareció grave a los griegos y suplicaron a Cleandro que no hiciese aquello. Él dijo que no sería de otro modo si no se le entregaba al que había comenzado a tirar piedras y al que arrebató al hombre detenido. Este culpable que reclamaba Cleandro no era otro que Agasias, viejo amigo de Jenofonte, y que por ello mismo era acusado por Dexipo. Entonces, viendo lo apurado del caso, los jefes reunieron al ejército; algunos le daban poca importancia a Cleandro; pero Jenofonte, que no consideraba baladí el asunto, se levantó y dijo: «Soldados: no pienso que sea baladí el asunto si Cleandro se marcha en la disposición de espíritu que anuncia. Las ciudades griegas están cerca de nosotros y la Grecia entera está sometida a los lacedemonios. Y tal es su preponderancia que un lacedemonio puede hacer en las ciudades lo que se le

ocurra. Y si este hombre nos cierra primero las puertas de Bizancio y después prohíbe a los demás harmostas que nos reciban en las ciudades por desobedientes a los lacedemonios e incumplidores de las leyes; si este concepto de nosotros llega, además, a oídos de Anaxibio, el almirante, difícil nos será tanto marcharnos por mar como permanecer aquí. En este momento son dueños lo mismo de la tierra que del mar. Por un hombre solo o por dos no debemos quedar nosotros los demás imposibilitados de llegar a Grecia, sino obedecer a lo que ellos nos manden; las ciudades mismas de donde somos les obedecen. Yo, por mi parte, puesto que, según he oído, Dexipo afirma ante Cleandro que Agasias no habría hecho esto si yo se lo hubiese mandado; yo, por mi parte, repito, os dejo libres de toda culpa a vosotros y a Agasias; si el mismo Agasias dice que yo soy el culpable de esto, y si he movido a alguien a tirar piedras o a cualquier otra violencia, me declaro culpable de la última pena y estoy dispuesto a sufrirla. Pero afirmo también que, si algún otro es acusado, debe ponerse asimismo en manos de Cleandro para que le juzgue. Así vosotros quedaréis libres de toda culpa. Tal como ahora están las cosas, sería triste que, esperando alcanzar en Grecia honor y gloria, en vez de esto no fuésemos siquiera considerados como los otros y quedásemos excluidos de las ciudades griegas».

Después de esto levantóse Agasias y dijo: «Yo, compañeros, lo juro por los dioses y las diosas. No, Jenofonte no me ha dado el consejo de apoderarme del hombre, como tampoco ninguno de vosotros. Pero viendo a uno de mis bravos soldados conducido por Dexipo, que, como todos sabéis, nos ha hecho traición, me pareció la cosa demasiado fuerte; se lo arrebaté, lo confieso. Pero no me entreguéis vosotros. Yo mismo, como dice Jenofonte, me entregaré a la justicia de Cleandro para que haga de mí lo que quiera. Por

este motivo no os pongáis en guerra con los lacedemonios; llegad sanos y salvos adonde cada uno quiera. Enviad solamente conmigo algunos elegidos entre vosotros, los cuales, si yo omito algo, hablen y obren por mí».

Entonces el ejército le concedió que marchase, eligiendo a los que quisiera. Él eligió a los generales. En seguida se puso en marcha para ver a Cleandro, Agasias, los generales y el hombre que había sido arrebatado por Agasias. Y los generales dijeron: «El ejército nos ha enviado ante ti, Cleandro, y te invita a que, si nos consideras a todos culpables, juzgues por ti mismo y hagas lo que quieras; y si consideras culpables a uno, a dos o a varios, ellos están dispuestos a ponerse en tus manos para que los juzgues. Por consiguiente, si consideras culpable a alguno de nosotros, a tu disposición estamos. Si es algún otro dilo. Ninguno de los que quieran obedecernos tratará de ocultarse». Entonces, adelantándose Agasias, dijo: «Yo soy, Cleandro, el que quitó a Dexipo este hombre cuando lo conducía; yo soy el que le excité a que pegase a Dexipo. Conozco a este hombre y sé que es un valiente. En cuanto a Dexipo sé que fue elegido por el ejército para que mandase el pentecontoro que pedimos a los trapezuntios y reuniera buques en los cuales salvarnos; este Dexipo se escapó, haciendo traición a los soldados con los cuales se había salvado. Por su culpa despojamos a los trapezuntios de su pentecontoro y quedamos ante ellos como hombres malos, y en lo que de él dependía nos ha hecho el mayor daño. Había oído decir, en efecto, como nosotros, que nos era imposible, yendo por tierra, atravesar los ríos y llegar sanos y salvos a Grecia. Este es el hombre a quien quité mi soldado. Si tú lo hubieses conducido o cualquier otro de los tuyos, y no uno de nuestros desertores, ten por seguro que yo no habría hecho nada de esto. Piensa, pues, que si tú ahora me das muerte, matarás a un hombre honrado a causa de un traidor y

de un cobarde».

Oído esto, Cleandro dijo que no aprobaba la conducta de Dexipo, si era tal como decían; pero añadió que, aunque Dexipo fuese un malvado, no por eso se le había de hacer violencia, sino someterlo a juicio, «como hacéis vosotros mismos ahora, y conseguir su castigo. Ahora retiraos y dejadme con este hombre, y cuando yo os llame vendréis a escuchar el juicio. No acuso ya ni al ejército ni a nadie, puesto que éste confiesa él mismo ser quien arrebató el soldado». Este soldado dijo entonces: «Yo, Cleandro, ni pegué a nadie ni tiré piedras; sólo dije que el ganado era de todos. Porque los soldados habían decidido que cuando el ejército salía, si alguno cogía algo particularmente, lo cogido sería de todos. Esto dije, y por ello éste me cogió y me llevaba para que nadie se atreviese a hablar y él, tomando su parte, salvase el botín a los saqueadores contra lo convenido». A esto dijo Cleandro: «Puesto que tú eres quien ha hecho esto, quédate para que deliberemos sobre ti».

Después de esto Cleandro y los suyos se pusieron a comer. Jenofonte reunió el ejército y les aconsejó que enviasen diputados a Cleandro para pedirle el perdón de los prisioneros. Y decidieron enviar a los generales, a los capitanes, a Dracontio, de Esparta, y a todos aquellos que parecían más a propósito para que pidiesen a Cleandro por todos los medios que soltase a los dos hombres. Llegados a presencia del lacedemonio, Jenofonte dijo: «Tienes, Cleandro, en tus manos a dos hombres, y el ejército se abandona a ti para que hagas lo que quieras con ellos, lo mismo que con todos los demás. Y ahora te piden y suplican que les devuelvas los dos hombres y que ya no les des muerte, porque en otro tiempo han sufrido muchos trabajos por el ejército. Si obtienen de ti esto, te prometen, en cambio, si quieres

ponerte a su frente y si los dioses se muestran propicios, que tendrás en ellos unos soldados disciplinados y valerosos que, obedientes a su jefe y con la ayuda de los dioses, no temen a sus enemigos. También te suplican que si vienes a nosotros y nos mandas, veas cómo se porta Dexipo y cómo cada uno de los demás, y le des a cada uno su merecido». Al oír esto, Cleandro exclamó: «¡Por los dioses!, os voy a responder ahora mismo. Os devuelvo a los dos hombres y yo mismo iré a visitaros. Y si los dioses lo permiten os conduciré a Grecia. Estas palabras son muy distintas de lo que algunos me habían dicho de vosotros, que procurabais apartar al ejército de los lacedemonios».

Entonces los emisarios se retiraron con los dos hombres, elogiando la conducta de Cleandro. Este hizo sacrificios para la partida y trataba a Jenofonte con la mayor amistad, y ambos se unieron entre sí con lazos de hospitalidad: Viendo cómo las tropas hacían lo mandado con toda disciplina, deseaba más vivamente ser su jefe. Como durante tres días los sacrificios no le resultaban favorables, llamó a los generales y les dijo: «Las víctimas no me consienten ponerme al frente de vosotros. Pero no os desaniméis por esto; a vosotros, según parece, está reservado el conducir a los soldados. Marchad, pues. Cuando lleguéis allá os recibiremos del mejor modo que podamos».

Los soldados acordaron entonces darle todo el ganado, menos el de propiedad común. Él lo aceptó, se los devolvió de nuevo y se hizo a la vela. Los soldados vendieron el trigo y las demás cosas que habían cogido y se pusieron en marcha a través de la Bitinia. Como no encontraban nada siguiendo el camino derecho, y querían llegar al país amigo con algo, decidieron volver atrás durante un día y una noche. Hecho esto, cogieron muchos esclavos y ganado menor. Al cabo de

seis días llegaron a Crisópolis, ciudad de Calcedonia, y allí permanecieron seis días vendiendo su botín.

LIBRO SÉPTIMO

En los libros precedentes se ha referido todo lo que hicieron los griegos durante su marcha a los países altos, con Ciro, hasta la batalla; todo lo sucedido en la marcha desde la muerte de Ciro hasta la llegada al Ponto, y, finalmente, cuánto hicieron ya navegando, ya marchando por tierra, hasta salir de la boca de este mar y encontrarse en Crisópolis.

CAPÍTULO I

Entonces Farnabazo, temiendo que el ejército llevase la guerra a su territorio, mandó un enviado a Anaxibio, que se encontraba en Bizancio, para suplicarle transportase aquellas tropas fuera de Asia, prometiéndole en cambio hacer todo lo que pidiera. Anaxibio convocó en Bizancio a los generales y a los capitanes y les prometió que si pasaban se les daría a las tropas soldada. Los otros jefes dijeron que después de haber deliberado le darían la respuesta; Jenofonte le dijo que quería ya separarse del ejército y embarcarse. Pero Anaxibio le persuadió de que no se marchase hasta después de haber pasado con los otros. Él accedió a ello.

Mientras tanto Seutes, el tracio, mandó a Medosales para suplicar a Jenofonte que pusiera su empeño en que pasase el ejército y que si así lo hacía no le pesaría. Jenofonte respondió: «El ejército pasará; pero que Seutes no pague nada ni a mí ni a ningún otro. Cuando las tropas hayan pasado yo me retiraré; que él se dirija a los que se quedan; ellos pueden mejor tratar con él como les parezca más seguro».

Entonces pasaron todos los soldados a Bizancio. Anaxibio no les dio paga, sino que hizo publicar por un heraldo que saliesen con armas y bagajes, pues iba a pasarles revista y a despedirlos. Los soldados, molestos porque no tenían dinero para comprar víveres para el camino, hacían sus preparativos de mala gana. Jenofonte, que había establecido con Cleandro el harmosta relaciones de hospitalidad, fue a saludarlo como

para embarcarse en seguida. Pero Cleandro le dijo: «No hagas eso; si te marchas te van a echar la culpa de lo que ocurra; ya algunos te hacen responsable de que el ejército no se retira». Jenofonte respondió: «No soy yo el culpable de ello; pero los soldados carecen de víveres y por eso sienten repugnancia en partir». «De todas maneras —replicó Cleandro—, yo te aconsejo que salgas como si fueses a seguir con ellos, y cuando ya esté fuera el ejército entonces te separes». «Vamos, pues, a ver a Anaxibio y a tratar con él de esto», dijo Jenofonte. Fueron, pues, y hablaron del asunto.

Anaxibio dijo que eso debía hacerse, que los soldados preparasen sus cosas y saliesen cuanto antes. Y añadió que a todo el que faltase a la revista y al recuento lo consideraría culpable. Ya estaban todos fuera, excepto unos pocos, y Eteónico se encontraba junto a las puertas con intención de cerrarlas y echarles las barras en cuanto todo el mundo estuviese fuera. Y Anaxibio, llamando a los generales y a los capitanes, les dijo: «Los víveres tomadlos de las aldeas de los tracios; en ellas hay mucha cebada, mucho trigo y de todo lo demás. Así abastecidos, marchad a Quersoneso, donde Cinisco os tomará a sueldo». Oyendo esto, algunos soldados, o acaso un capitán, se lo comunicaron al ejército. Los generales se informaron acerca de Seutes si era amigo o enemigo, si había que atravesar el Monte Sagrado o dar un rodeo atravesando la Tracia. Mientras se hablaba de esto, los soldados cogen sus armas y se lanzan corriendo hacia las puertas para entrar de nuevo en los navíos. Eteónico y los que con él estaban, al ver que los hoplitas venían corriendo, cierran las puertas y echan la barra. Los soldados se pusieron a golpear las puertas diciendo que era la mayor injusticia arrojarlos a los enemigos. Y decían que romperían las puertas si no se las abrían de buen grado. Otros corrieron al mar y por el rompeolas de la muralla entraron en la ciudad, mientras

los soldados que aún se encontraban dentro, al ver lo que pasaba en las puertas, rompen los cerrojos a hachazos y las abren de par en par, y los soldados se precipitan en la ciudad.

Jenofonte, al ver lo ocurrido, temiendo se entregase el ejército al saqueo y de ello resultaran males irreparables para la ciudad, para él mismo y para los soldados, echó a correr y se precipitó dentro de las puertas con la masa. Los bizantinos, cuando vieron al ejército penetrar por la fuerza, huyeron del mercado, unos a sus barcos y otros a sus casas; los que se encontraban en las suyas se echaron fuera; otros echaban al mar los trirremes para salvarse en ellos; todos creían que, tomada la ciudad por el ejército, estaban perdidos. Eteónico huyó a la ciudadela, y Anaxibio corrió hacia el mar, se embarcó en un barco de pesca y se dirigió por la costa a la acrópolis. En seguida mandó a buscar tropas de la guarnición de Calcedonia, pues las que había en la acrópolis no parecían suficientes para contener a los amotinados.

Los soldados, al ver a Jenofonte, se precipitaron hacia él y le dicen: «Ahora, Jenofonte, puedes mostrarte un hombre. Tienes una ciudad, tienes trirremes, tienes dinero, tienes hombres en gran número. Ahora, si quisieras, podrías sernos útil y nosotros te haríamos grande». Jenofonte responde: «Bien decís; así lo haré. Pero, si esto deseáis, poned en tierra las armas y formad en seguida». Da esta orden y ruega a los demás recomienden lo mismo: que pusieran en tierra las armas. Los soldados se formaron ellos mismos en poco tiempo; los hoplitas quedaron de a ocho en fondo, y los peltastas se colocaron corriendo en las dos alas. El terreno era el más a propósito para una revista; el llamado campo tracio, sin casas y completamente llano. Cuando hubieron puesto las armas en tierra y estuvieron calmados, Jenofonte convoca el ejército y dice: «Que vosotros, soldados, estéis furiosos e

irritados por el engaño de que se os ha hecho víctimas, es cosa que no me extraña. Pero si nos abandonamos a nuestra cólera; si castigamos a los lacedemonios aquí presentes por su engaño y entramos a saco en la ciudad, que no es culpable de nada, considerad lo que resultará de ello. Seremos enemigos de los lacedemonios y de sus aliados, y qué clase de guerra nos traerá esto lo podemos conjeturar por lo ocurrido no hace mucho. Nosotros los atenienses entramos en guerra con los lacedemonios teniendo no menos de trescientos trirremes, unos en el mar y otros en los astilleros; disponiendo de grandes tesoros en la ciudad y de un tributo anual, tanto del país mismo como de fuera, que no bajaba de mil talentos; dueños de todas las islas y de muchas ciudades de Asia, de otras muchas de Europa; entre ellas esta de Bizancio, donde ahora estamos, y, sin embargo, como todos sabéis, llevamos en esta guerra la peor parte. ¿Y cuál podremos pensar que sea nuestra suerte ahora, cuando los lacedemonios disponen no sólo de sus antiguos aliados, sino también de los atenienses y de todos los que entonces eran aliados de éstos; cuando Tisafernes y todos los demás bárbaros de la costa son enemigos nuestros, y más enemigo que todos el rey de Asia superior, contra el cual fuimos con intención de quitarle el reino y matarle si pudiéramos? Y si todo esto es así, ¿quién hay tan insensato que crea que nosotros podemos salir vencedores? ¡Por los dioses!, no perdamos el juicio y vayamos a perdernos miserablemente haciendo la guerra a nuestras patrias y a nuestros propios amigos y parientes. Porque ellos se encuentran todos en las ciudades, que se armarán contra nosotros, y con razón, si nosotros, que no hemos querido conservar ninguna ciudad bárbara, y eso cuando éramos los más fuertes; llegados a la primera ciudad griega la ponemos a saco. Yo, por mi parte, ruego a los dioses que antes de veros hacer tales cosas me hunda mil brazas bajo tierra. Y os

aconsejo que, pues sois griegos, procuréis, obedeciendo a los principales de los griegos, conseguir se os haga justicia. Si no lo podéis, es preciso, aun a pesar de esta injusticia, que no nos veamos impedidos de volver a Grecia. Por el momento creo que debéis enviar emisarios a Anaxibio para decirle que no hemos entrado en la ciudad con intención de cometer en ella ninguna violencia. "Sólo deseamos obtener de vosotros, si podemos —dirán—, alguna condición favorable, si es posible, y si no, mostrar que salimos, no por engaños, sino por obediencia".»

Se acordó esto, y enviaron a Hierónimo, de Elea, para hablar en nombre de todos y con él a Euríloco, de Arcadia, y a Filesio, de Acaya. Ellos partieron a cumplir su misión.

Estaban sentados los soldados cuando se presentó Ceratades, de Tebas, el cual no había salido de Grecia por destierro, sino buscando mandar tropas, y si alguna ciudad o pueblo necesitaba un general, él ofrecía sus servicios. Y entonces acercándose a los griegos, les dijo que estaba dispuesto a conducirlo al llamado Delta de Tracia, donde cogerían rico botín, y hasta que llegasen allí les prometió darles vino y víveres en abundancia.

Mientras los soldados oían esto llegó la respuesta de Anaxibio. Este contestaba que si eran obedientes no les pesaría; pero que él daría cuenta del asunto a las autoridades de su patria, y que, por su parte, procuraría favorecerles en lo que pudiese. Entonces los soldados aceptaron a Ceratades por general y salieron de las murallas. Ceratades convino con ellos que al día siguiente vendría al campamento con víctimas, un adivino, víveres y vino para el ejército. Cuando las tropas hubieron salido, Anaxibio cerró las puertas y pregonó que todo soldado que fuese cogido dentro sería vendido. Al día siguiente vino Ceratades con las víctimas y el adivino; le

seguían veinte hombres cargados de harina de cebada, otros veinte que llevaban vino, tres con aceitunas; otro hombre traía una carga de ajos que apenas podía con ella, y otro con una de cebollas. Ceratades puso en tierra todo esto como para distribuirlo y comenzó los sacrificios.

Jenofonte, mientras tanto, mandó llamar a Cleandro y le rogó le consiguiese el permiso de entrar en la ciudad para embarcarse en el puerto de Bizancio. Cleandro volvió y le dijo que le había costado mucho trabajo conseguir el permiso, pues Anaxibio decía no ser cosa conveniente que los soldados estuviesen cerca de la muralla y Jenofonte dentro, que los bizantinos estaban divididos en facciones llenas de saña unas contra otras. «Sin embargo —dijo—, te permite entrar si piensas embarcarte con él». Jenofonte se despidió entonces de los soldados y entró en la ciudad con Cleandro.

Ceratades no obtuvo el primer día presagios favorables y no distribuyó nada a los soldados. Al día siguiente las víctimas estaban cerca del altar, y Ceratades, coronado, se disponía a sacrificar, cuando Timasión el dardanio, Neón el asineo y Cleanor el orcomenio se acercaron a él y le dijeron que no sacrificase, porque no sería el jefe del ejército si no les daba víveres. Ceratades ordena el reparto. Pero como le faltaba mucho para aprovisionar para un día a cada soldado, se retiró llevándose las víctimas y renunciando al cargo de general.

CAPÍTULO II

Neón el asineo, Frinisco, Filesio y Janticles, aqueos los tres, y Timasión el dardanio, se habían quedado en el ejército, y avanzando con las tropas a las aldeas cercanas a Bizancio acamparon en ellas. Los generales no estaban de acuerdo. Cleanor y Frinisco querían que se juntasen con Seutes, pues éste los había ganado dándole al uno un caballo y al otro una mujer. Neón, por el contrario, quería ir a Quersoneso, esperando que allí se haría jefe de todo el ejército con el apoyo de los lacedemonios. Timasión, por su parte, ponía su empeño en que pasasen de nuevo a Asia con esperanza de que así volvería a su tierra. Esto mismo querían también los soldados. Mientras tanto iba pasando el tiempo y muchos soldados abandonaban el ejército; unos vendían sus armas en el campo y se embarcaban como podían, y otros se mezclaban con los habitantes de las ciudades. Anaxibio se alegraba de saber la disolución del ejército, pues creía que tales sucesos serían muy gratos a Farnabazo.

Partido de Bizancio en un buque, Anaxibio se encontró en Cícico con Aristarco, sucesor de Cleandro como harmosta de Bizancio. Decíase también que Polo, sucesor designado al puesto de almirante, estaba a punto de llegar al Helesponto. Anaxibio encargó a Aristarco que vendiera cuantos soldados del ejército de Ciro encontrara en Bizancio. Cleandro no sólo no había vendido ninguno, sino que por compasión había cuidado de los enfermos y obligado a recibirlos en la ciudad.

Pero Aristarco, apenas llegado, vendió no menos de cuatrocientos. Anaxibio fue navegando hasta Pario y desde allí envió recado a Farnabazo recordándole sus compromisos. Pero Farnabazo, cuando supo que Aristarco había venido como harmosta de Bizancio y que Anaxibio no era ya almirante, no hizo caso de Anaxibio, y renovó con Aristarco, respecto del ejército de Ciro, los mismos pactos que había tenido con Anaxibio.

Entonces Anaxibio llamó a Jenofonte y le instó a que por todos los medios se embarcara para llegar al ejército; a que lo mantuviese unido y recogiera el mayor número de soldados dispersos, y a que, llevándolos a Perinto, pasaran al Asia cuanto antes. Le dio un tricontoro y una carta, y envió con él a un hombre encargado de decir a los perintios que diesen inmediatamente caballos a Jenofonte, a fin de que éste marchase al ejército. Jenofonte cruzó el mar y llegó al ejército. Los soldados le recibieron con gran alegría y le siguieron en seguida gustosos para pasar de la Tracia al Asia.

Seutes, al saber la vuelta de Jenofonte, le envió por mar a Medosades para pedirle que le llevase el ejército con las promesas que creyó más eficaces. Jenofonte contestó que no podía hacerse nada de esto, y Medosades se marchó con tal respuesta. Cuando los griegos llegaron a Perinto se separó y acampó aparte con unos ochocientos hombres. Todo el resto del ejército permaneció reunido y se puso bajo las murallas de Perinto.

Mientras tanto, Jenofonte estaba en tratos para conseguir barcos a fin de que pasasen cuanto antes. En esto llegó de Bizancio el harmosta Aristarco con dos trirremes y, ganado por Farnabazo, prohibió a los dueños de buques que transportasen al ejército; fue al campamento y prohibió igualmente a los soldados que pasaran al Asia. Jenofonte dijo

que Anaxibio lo mandaba. «Y para eso —añadió— me ha mandado a mí aquí». Aristarco replicó: «Anaxibio no es ya almirante, y yo soy el harmosta de esta tierra. Si encuentro a uno de vosotros en el mar lo echo al fondo». Dicho esto, entróse por la muralla.

Al día siguiente mandó llamar a los generales y capitanes del ejército. Cuando éstos estaban junto a la muralla alguien advirtió a Jenofonte que si entraba lo cogerían y le harían allí mismo algo o lo entregarían a Farnabazo. Al oír esto, Jenofonte mandó a los otros por delante y dijo que él quería hacer cierto sacrificio. Y apartándose hizo un sacrificio para saber si los dioses le consentían que procurase conducir el ejército a Seutes. Veía, en efecto, que no era cosa segura pasar cuando quien pensaba impedirlo disponía de trirremes, y no quería tampoco ir a encerrarse con el ejército en Quersoneso, donde carecerían de todo y donde sería forzoso obedecer al harmosta de allí e imposible procurarse víveres.

Mientras Jenofonte estaba en esto volvieron los generales y capitanes de ver a Aristarco, diciendo que por el momento los había despedido con orden de volver por la tarde; en esto se veía más a las claras la traición. Y Jenofonte, creyendo por lo favorable de las víctimas que tanto para él como para el ejército no había peligro en juntarse con Seutes, tomó consigo al capitán Polícrates, de Atenas, pidió a cada uno de los generales, excepto a Neón, que le diesen un hombre de su confianza y marchó por la noche al campamento de Seutes, distante setenta estadios. Cuando ya había llegado cerca se encontraron con unas hogueras sin gente. Primero creyó Jenofonte que Seutes había levantado el campo. Pero, oyendo ruido y señales que se daban entre sí los soldados de Seutes, comprendió que éste había hecho encender las hogueras delante de los centinelas para que éstos, puestos en la

oscuridad, no pudiesen ser vistos, ni dónde estaban, ni cuántos eran, y, en cambio, no quedasen ocultos los que se acercasen, delatados por la luz.

Advertido esto, mandó por delante al intérprete que llevaba consigo, con orden de decir a Seutes que Jenofonte se encontraba allí con deseo de conferenciar con él. Los bárbaros preguntaron si era el ateniense y venía del ejército. Al contestar el intérprete que era el mismo, los otros saltaron y echaron detrás del intérprete. Un momento después se presentaron como unos doscientos peltastas y, tomando consigo a Jenofonte y a los que con él iban, los llevaron a presencia de Seutes. Este se encontraba en una torre muy bien guardada, alrededor de la cual había en círculo caballos embridados; por temor a una sorpresa les dejaban pastar durante el día y los tenían preparados por la noche. Se decía que en otro tiempo Teres, antepasado de Seutes, en este mismo país y con un numeroso ejército, había perdido mucha gente a manos de los habitantes, que le habían quitado además los bagajes. Estas gentes eran los tinos, temibles sobre todo por sus ataques nocturnos.

Cuando llegaron cerca, Seutes mandó que entrase Jenofonte con los dos que quisiera. Ya dentro principiaron por saludarse mutuamente y, según la costumbre tracia bebieron en cuernos llenos de vino. Con Seutes se encontraba también Medosades, de quien se servía en todas sus embajadas. En seguida Jenofonte principió a decir: «Me enviaste, Seutes, a Medosades, aquí presente, primero a Calcedonia pidiéndome procurase que el ejército pasara de Asia a este lado, y prometiéndome que si esto hacía me recompensarías, según este Medosades». Diciendo esto, preguntó a Medosades si era verdad. «El mismo Medosades, cuando yo me volví de nuevo al ejército desde Pario, vino de

nuevo, prometiéndome que si te traía el ejército me tratarías como a un amigo y a un hermano y me darías las tierras junto al mar de que eras dueño». De nuevo preguntó a Medosades si era verdad esto que decía, y él convino también en ello. «Pues bien: expón a Seutes qué te respondí en Calcedonia primero». «Me respondiste que el ejército iba a pasar a Bizancio, y que por esto no era menester darte nada ni a ningún otro; que tú, cuando pasases, te marcharías y resultó como tú dijiste». «¿Y qué te dije cuando llegaste a Selimbria?». «Me dijiste que no era posible, que irías a Perinto y de allí pasarías al Asia». «Ahora, pues —continuó Jenofonte —, aquí estoy yo; aquí está éste, Frinisco, uno de los generales, y éste, Polícrates, uno de los capitanes, y fuera están los hombres de más confianza de los generales, excepto Neón el laconio. Si quieres que nuestro trato sea más seguro, llama también a éstos. Tú, Polícrates, sal y diles que les mando dejar las armas, y tú mismo vuelve sin la espada».

A estas palabras Seutes dijo que no desconfiaba de ningún ateniense, pues sabía que eran deudos suyos y los tenía por amigos afectuosos. Después que hubieron entrado los que faltaban, Jenofonte preguntó primero a Seutes en qué necesitaba utilizar el ejército. Seutes respondió: «Mi padre fue Mesades; le obedecían los melanditas, los tinos y los tranipsas. Obligado a abandonar el país por las discordias de los odrisios, mi padre murió de enfermedad; yo quedé huérfano y me crié con Méoco, el rey actual. Cuando yo fui muchacho no me era posible vivir mirando una mesa ajena, y sentado junto a él le supliqué me diese todos los hombres que pudiese para hacer todo el daño posible a los que nos habían arrojado y no viviesen mirando a su mesa como un perro. Entonces él me dio los hombres y los caballos que veréis cuando sea de día. Y ahora vivo con ellos saqueando la tierra que me pertenece por mis padres. Si vosotros os unís a mí, espero con la ayuda de

los dioses, reconquistar fácilmente el reino. Esto es lo que necesito».

«¿Y qué podrías dar —dijo Jenofonte—, si viniéramos, al ejército, a los generales y a los capitanes? Dilo para que éstos se lo comuniquen a los demás». Él prometió a cada soldado un ciciceno, el doble a los capitanes, el cuádruple a los generales, todas las tierras que quisieran, yuntas y un lugar fortificado junto al mar. «Pero —dijo Jenofonte—, si tratando de hacer esto no lo consiguiéramos por miedo a los lacedemonios; ¿recibirás en tu campamento a los que quieran refugiarse en él?». Seutes respondió: «Y los trataré como a hermanos, los sentaré a mi mesa y con ellos partiré todo cuanto podamos coger. A ti, Jenofonte, te daré, además, mi hija; si tú tienes una hija, la compraré, según costumbre de los tracios, y te daré en ella la ciudad de Bisanta, que es la mejor de mis plazas marítimas».

CAPÍTULO III

Oído esto, se dieron las manos mutuamente y se retiraron los griegos. Antes del día llegaron al campamento y cada uno dio cuenta a quien le había enviado. Ya de día, Aristarco volvió a llamar a los generales; pero éstos decidieron no ir a ver a Aristarco y convocar al ejército. Se reunieron todos, excepto Neón, que estaba aparte, como a unos diez estadios. Reunidos, pues, se levantó Jenofonte y dijo así: «Compañeros: Aristarco, con sus trirremes, nos impide pasar adonde queremos; de suerte que es peligroso embarcarnos. Este mismo Aristarco nos ordena que marchemos a Quersoneso y atravesando por la fuerza el Monte Sagrado. Si conseguimos salir en esto vencedores y llegamos a este punto, dice que no ha de vendernos, como hizo en Bizancio, ni engañarnos, sino que se os dará soldada y no se os dejará como ahora, carecer de víveres. Esto dice Aristarco. Seutes, por su parte, promete que si os vais con él os tratará bien. Ahora mirad si queréis deliberar sobre el asunto aquí mismo o cuando hayáis llegado adonde haya víveres. A mí me parece, puesto que aquí no tenemos dinero para comprar y no se nos deja tomar nada sin dinero, que debemos ir a las aldeas, cuyos habitantes, sintiéndose más débiles que nosotros, nos dejarán tomar lo que cada cual solicite de nosotros y elijamos lo que nos parezca más conveniente. El que esté conforme que levante la mano». Todos la levantaron. «Marchemos, pues, y preparad vuestros bagajes para que en cuanto se dé orden

sigáis al que guíe».

Después de esto Jenofonte se puso a la cabeza y los demás le siguieron. Neón y los emisarios de Aristarco procuraron convencerles de que se volviesen; pero ellos no les prestaron oídos. Habrían avanzado como unos treinta estadios cuando se encontraron con Seutes. Jenofonte, al verlo, le rogó se acercase para poder hablarle de lo que le parecía conveniente delante del mayor número de testigos. Cuando Seutes se hubo acercado le dijo Jenofonte: «Vamos de camino hacia donde el ejército pueda encontrar alimentos. Una vez allí, oiremos tus proposiciones y las del laconio y optaremos por lo que más nos convenga. Si nos llevas donde haya víveres en abundancia consideraremos que nos concedes tu hospitalidad». Seutes respondió: «Pues yo sé de muchas aldeas donde hay en abundancia toda clase de provisiones y que no distan de aquí más de lo suficiente para que comáis con gusto». «Guíanos, pues», dijo Jenofonte. Llegados a ellas, por la tarde se reunieron los soldados, y Seutes les dijo: «Yo, soldados, os pido que os unáis conmigo para hacer guerra y os prometo que daré a cada soldado un ciciceno, y a los capitanes y generales según costumbre; aparte recompensaré a los que lo merezcan. Tendréis vino y víveres, como ahora, tomándolos del país. Pero cuanto se coja será de propiedad mía, de suerte que vendiéndolo pueda daros la soldada. Si nuestros enemigos huyen o pretenden escaparse, seremos suficientes para perseguirlos y buscarlos, y si hacen resistencia procuraremos con vosotros someterlos». Jenofonte le preguntó: «¿Hasta qué distancia del mar quieres que te siga el ejército?». Seutes respondió: «Nunca a más de veinte estadios, y a menudo menos».

Después de esto se permitió hablar al que quisiera, y muchos dijeron que lo propuesto por Seutes era muy

conveniente; que estaban en invierno y quienes quisieran volver a su patria no podrían hacerlo; permanecer en un país sin tener con qué comprar víveres era imposible, y si habían de vivir y alimentarse en tierra enemiga, era más seguro juntarse con Seutes que estar solos. Si además de todas estas ventajas se les daba soldada, miel sobre hojuelas. Jenofonte, entonces, dijo: «Si alguien opina otra cosa, que hable; si no pondré el asunto a votación». Como nadie se levantase en contra, se puso a votación y fue aprobado. E inmediatamente le comunicó a Seutes que el ejército se iba con él.

Después de esto los soldados acamparon en tiendas según el orden de formación. Los generales y los capitanes fueron invitados a comer por Seutes, que se encontraba en una aldea cercana. Llegados a la puerta para entrar a comer, se encontraron con un tal Heraclides, de Maronea. Éste se fue acercando a todos aquellos que suponía en situación de poder dar algo a Seutes. Primero se dirigió a unos habitantes de Pario que habían venido a tratar negocios con Médoco, el rey de los odrisios, trayendo regalos para él y su mujer. Heraclides les dijo que Médoco se hallaba en el interior, a doce días de camino del mar, y en cambio Seutes, con aquel ejército que había tomado a su servicio, se haría dueño de la costa. «Lo tendréis, pues, por vecino, y tiene fuerzas sobradas lo mismo para favorecer vuestros intereses que para haceros daño. Si sois, pues, avisados, debéis darle lo que traéis. Y esto os resultaría mejor que si se lo dieseis a Médoco que habita lejos». Estas razones les convencieron.

Después se acercó a Timasión, de Dardania, que, según había oído, era dueño de copas y de tapices bárbaros. A éste le dijo que cuando Seutes lo invitaba a comer era costumbre que los invitados le obsequiasen con regalos. «Si él se hace aquí poderoso, podrá volverte a tu tierra o darte aquí mismo

riquezas». De esta manera iba solicitando a cada uno. Y acercándose a Jenofonte, le dijo: «Tú eres de una gran ciudad y tienes gran renombre con Seutes: acaso deseas obtener en este país ciudades y tierras, como lo han hecho muchos de vosotros. Vale, pues, la pena que obsequies a Seutes espléndidamente. Te doy este consejo por amistad. Estoy seguro que mientras más le des tanto más ha de favorecerte». Estas palabras pusieron confuso a Jenofonte, pues había venido de Pario tan sólo con un esclavo y lo indispensable para el viaje.

Entraron, pues, a comer. Estaban allí los principales jefes de las tropas tracias, los generales y capitanes de las griegas y alguno que otro embajador enviado por su ciudad. Sentáronse en círculo, y en seguida trajeron trípodes para todos; estos trípodes, unos veinte, estaban cubiertos de pedazos de carne y de grandes panes con levadura clavados en la carne. Colocaron las mesas preferentemente delante de los extranjeros, según era allí costumbre. Seutes sirvió el primero, y cogiendo los panes que tenía delante los partió en pedazos, que fue arrojando a quien le parecía; lo mismo hizo con la carne, quedándose tan sólo con lo suficiente para probarla. Los demás hicieron lo mismo, cogiendo de las mesas que cada uno tenía delante. Cierto arcadio llamado Aristas, muy comilón, no se preocupó de echarles a los otros, sino que, cogiendo un pan de tres quenizos, se puso carne sobre las rodillas y fue comiendo. Circularon cuernos llenos de vino y todos los recibieron. Pero cuando el copero le presentó el cuerno a Aristas, éste le dijo, mirando a Jenofonte, que ya no comía. «Dáselo a aquél; él ya ha terminado; yo todavía no». Al oírle hablar, Seutes preguntó al copero qué decía, y el copero se lo refirió, pues sabía griego. Esto produjo gran risa.

Seguían bebiendo, y en esto entró un tracio que conducía

un caballo blanco y, cogiendo un cuerno lleno, dijo: «A tu salud, Seutes; te regalo este caballo, con el cual cogerás al que quieras y podrás retirarte sin temor al enemigo». Otro trajo un esclavo y se lo regaló brindando de la misma manera; otro, vestidos para su mujer. Timasión brindó también y le regaló una copa de plata y un tapiz que valía diez minas. Un tal Guesipo, de Atenas, se levantó y dijo que era antigua y bella costumbre que los que tuviesen dieran al rey, pero que el rey diese a los que no tuvieran. «De esta suerte —dijo— yo podría obsequiarte y honrarte». Jenofonte no sabía qué hacer, tanto más cuanto se le había hecho el honor de darle el asiento más próximo a Seutes. Heraclides mandó al copero que le presentase el cuerno. Y Jenofonte, que había ya bebido un poco, se levantó y, tomando atrevidamente el cuerno, dijo: «Yo, Seutes, me doy a ti, con estos compañeros míos, para ser tus amigos fieles. Ninguno lo hace de mala gana; al contrario, más aún que yo desean ser amigos tuyos. Y aquí los tienes no para pedirte nada, sino deseosos de afrontar por ti fatigas y peligros. Con ellos, si quieren los dioses, podrás conquistar muchas tierras, unas que ya te corresponden de derecho por tus padres, otras también nuevas; con ellos adquirirás muchos caballos, muchos hombres y muchas mujeres bellas sin necesidad de despojarlos, pues ellos mismos te los ofrecerán como presentes». Seutes se levantó y bebió también con Jenofonte, derramando después ambos el vino que quedaba en los cuernos. Después entraron unos tracios, que tocaron, unos con cuernos de los usados en el ejército y otros con trompetas de cuero crudo, unos aires rítmicos como si tocasen con el instrumento llamado magadis. El mismo Seutes se levantó y, dando gritos de guerra, saltó como si evitase un dardo. También entraron bufones.

Próximo a ponerse el sol levantáronse los griegos, diciendo que ya era hora de colocar centinelas y dar el santo y

seña. También rogaron a Seutes diese orden de que ningún tracio entrase por la noche en el campamento de los griegos: «Pues los enemigos son también tracios como vosotros, que sois nuestros amigos». Cuando salieron se levantó Seutes con los otros sin dar ninguna señal de estar embriagados. Y al salir llamó a los generales y les dijo: «Amigos, los enemigos no saben aún nuestra alianza; si marchásemos, pues, contra ellos antes de que se pusiesen en guardia contra una sorpresa o se preparasen a resistir, cogeríamos mucho más botín y prisioneros». Los generales aprobaron la idea y le invitaron a que los guiase. Seutes respondió: «Aguardad preparados; yo, cuando llegue la ocasión, iré a buscaros. Os recogeré a vosotros y a los peltastas y os conduciré con la caballería». Jenofonte le dijo: «Si es que vamos a marchar de noche, mira si no sería mejor adoptar la costumbre de los griegos. Durante el día marchan a la cabeza del ejército aquellas tropas que más convienen a la naturaleza del terreno, ya los hoplitas, ya los peltastas, ya la caballería; pero de noche es costumbre entre los griegos que marchen a la cabeza las tropas más lentas. De esta suerte se dispersa menos el ejército y es más difícil separarse sin notarlo. Ocurre a menudo que las tropas separadas caen las unas sobre las otras y se hacen daño mutuamente». A esto dijo Seutes: «Decís bien; acepto vuestra costumbre. A vosotros os daré por guías a los ancianos, que conocen mejor el país, y yo seguiré a la cola con la caballería; si fuese preciso me presentaré en seguida en la vanguardia. Como santo y seña adoptar Atenea, por el parentesco». Dicho esto se marcharon a descansar.

A eso de medianoche se presentó Seutes con sus jinetes cubiertos de coronas y con los peltastas armados. Después de dar a los griegos los guías se pusieron en marcha: los hoplitas a la cabeza, después los peltastas y, por último, la caballería. Al rayar el día Seutes se adelantó a la vanguardia y alabó la

costumbre de los griegos. «Muchas veces —dijo— me ha sucedido que, marchando de noche y a pesar de ir con poca gente, me separaba con los jinetes de la infantería. Ahora, en cambio, al venir el guía nos hemos encontrado todos juntos, como es debido. Permaneced aquí descansando, mientras yo voy a reconocer el terreno; en seguida vuelvo». Dicho esto se lanzó por un camino a través de la montaña. Llegando a un sitio cubierto de nieve en gran cantidad, miró si se veían huellas de hombres en la misma dirección que él traía o en la contraria. Y viendo que la nieve estaba intacta, volvió en seguida y dijo: «Amigos, la empresa nos saldrá bien, si Dios quiere; vamos a sorprender a nuestros hombres. Yo marcharé a la cabeza con los de a caballo para que si vemos a alguien no se escape y avise a los enemigos; vosotros seguidme, y si os quedáis rezagados seguir el rastro de los caballos. Cuando hayamos pasado las montañas llegaremos a muchas y muy ricas aldeas.».

Era eso de mediodía cuando llegado a lo alto de la montaña y viendo a sus pies las aldeas, Seutes se volvió galopando a los hoplitas y les dijo: «Voy a lanzar en seguida a los jinetes sobre la llanura; y a los peltastas contra las aldeas. Seguidlos vosotros lo más rápidamente posible para que prestéis ayuda si hay alguna resistencia». Al oír esto, Jenofonte se bajó del caballo, y Seutes le preguntó: «¿Por qué te bajas, si es preciso ir deprisa?». «Sé —respondió Jenofonte— que no soy yo sólo de quien tú necesitas, y mis soldados correrán más deprisa y de mejor gana si yo los conduzco marchando a pie». Después de esto marchóse Seutes y con él Timasión, llevando como unos cuarenta jinetes griegos. Jenofonte, por su parte, mandó que saliesen de las compañías los soldados menores de treinta años, que eran más ligeros, y con ellos partió corriendo mientras Cleanor conducía a los demás. Cuando llegaron a las aldeas, Seutes les salió al encuentro con unos

treinta caballos y dijo: «Ha sucedido, Jenofonte, lo que tú dijiste: los habitantes están cogidos, pero los jinetes se han ido persiguiendo cada uno por su parte. Y temo se reúnan en alguna parte los enemigos y les hagan algún daño. Además es preciso que se queden algunos de nosotros en las aldeas, pues están llenas de gente». «Pues bien —dijo Jenofonte—: yo tomaré las alturas con los hombres que tengo, y tú dile a Cleanor que tienda la falange por la llanura junto a las aldeas». Así se hizo, y cogieron como unos mil prisioneros, mil vacas y diez mil cabezas de ganado menor. Y acamparon allí sobre el terreno.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente Seutes quemó todas las aldeas, sin dejar una sola casa, para que los demás, al ver esto, tomasen miedo y no hicieran con ellos lo mismo si continuaban resistiendo. En seguida se marchó de allí y envió a Heraclides a Perinto para vender el botín y con ello pagar a los soldados. Él y los griegos establecieron su campamento en la llanura de los tinos; éstos abandonaron sus habitaciones y se refugiaron en las montañas.

Había mucha nieve, y el frío era tal que el agua que traían para la comida se helaba, lo mismo que el vino en las vasijas, y a muchos de los griegos se les quemaron las narices y las orejas. Entonces comprendieron por qué los tracios usan pieles de zorra para cubrirse la cabeza y las orejas; por qué se envuelven con los sayos no sólo el pecho, sino también los muslos, y por qué llevan a caballo no clámides, sino mantos largos que les llegan hasta los pies. Seutes dio libertad a algunos prisioneros y los envió a las montañas, diciéndoles que si los habitantes no bajaban a sus casas y se sometían les quemaría también sus aldeas y el trigo y morirían de hambre. Entonces bajaron las mujeres, los niños y los ancianos. Pero los jóvenes acamparon en las aldeas al pie de la montaña, y Seutes, al saberlo, mandó a Jenofonte que tomase los más jóvenes de los hoplitas y le siguiese con ellos. Se pusieron en marcha de noche, y al rayar el día se presentaron en las aldeas. La mayor parte de los habitantes huyeron; pero a cuantos

pudo coger Seutes los hizo matar implacablemente, con dardos.

Había en el ejército un tal Epístenes que era pederasta. Este hombre, viendo a un muchacho muy joven y bello con un escudo en la mano y condenado a morir, corrió a Jenofonte y le suplicó acudiese en socorro de un bello muchacho. Jenofonte acercóse a Seutes y le rogó que no matase al muchacho, explicándose los gustos de Epístenes, que tiempo atrás había formado una compañía, eligiendo para componerla a muchachos guapos, y que con ellos se había portado valientemente. Seutes preguntó: «¿Querrías, Epístenes, morir en lugar de éste?». Y Epístenes, tendiendo el cuello, contestó: «Hiere, si este muchacho lo desea y puede serle agradable». Preguntó Seutes al muchacho si quería que hiriese al otro en lugar suyo. Pero el muchacho no quiso consentirlo, sino que le suplicó no matase a ninguno de los dos. Entonces Epístenes se abrazó al muchacho y dijo: «Ahora, Seutes, puedes venir a luchar conmigo para quitármelo. Y no lo entregaré». Y Seutes, riendo, pasó a otra cosa. Le pareció conveniente acampar en aquel sitio a fin de que los refugiados en las montañas no se alimentasen de aquellas aldeas. Él, descendiendo un poco, puso en el llano sus tiendas. Pero Jenofonte, con sus soldados escogidos, se alojó en la aldea más alta, y los demás griegos a poca distancia, en tierras de los tracios llamados montañeses.

Al cabo de no muchos días los tracios que estaban en la montaña bajaron a verse con Seutes, y concertaron con él una tregua mediante entrega de rehenes. Jenofonte se presentó también a Seutes y le dijo que estaban alojados en sitios muy desfavorables; que los enemigos se encontraban cerca; que sería preferible acampar en lugares fuertes en vez de permanecer en las casas de las aldeas con peligro de ser

aniquilados. Seutes le dio seguridades y le mostró los rehenes que le habían entregado. También habían bajado algunos de la montaña para verse con Jenofonte y pedirle que hiciese igualmente treguas con ellos. Él se mostró conforme, y les dijo que estuvieran tranquilos, pues les daba seguridad de que no les había de ocurrir nada malo si se entregaban a Seutes. Pero ellos no habían ido con otro objeto que espiar.

Esto ocurrió durante el día. La noche inmediata bajaron los tinos de la montaña y atacaron a los griegos, guiados por el dueño de cada casa; de otro modo hubiese sido difícil reconocer en la oscuridad las casas de las aldeas; estas casas estaban, además, rodeadas de cercas hechas con grandes estacas a causa del ganado. Cuando llegaban a la puerta de cada casa, unos lanzaban sus dardos, otros golpeaban con sus mazas, que, según decían, llevaban para romper los astiles de las lanzas; otros prendían fuego. Y llamaban a Jenofonte por su nombre, diciéndole que saliese a morir o le quemarían allí vivo.

Ya aparecía el fuego por el techo; Jenofonte y los suyos estaban dentro revestidos de corazas y con sus escudos, espadas y cascos. En esto, Silano, de Macisto, de unos dieciocho años, dio la señal, e inmediatamente todos se precipitaron fuera con las espadas desenvainadas, al mismo tiempo que los de las otras casas. Los tracios huyeron, echándose a la espalda sus peltas, según tenían costumbre. Y al saltar las estacas algunos se quedaron colgados de ellas por los escudos y así fueron cogidos; otros perecieron también porque no acertaron a encontrar salida. Los griegos fueron persiguiéndoles fuera de la aldea.

Mientras tanto algunos tinos se volvieron en la oscuridad y desde allí dispararon sus dardos sobre unos griegos que corrían junto a una casa incendiada y que, al resplandor del

fuego, se destacaban perfectamente. Hirieron a Hierónimo, al capitán Epitalico y al locrio Teógenes, también capitán; pero no murió nadie; sólo se quemaron la ropa y el bagaje de algunos. En esto Seutes vino en socorro con siete caballos y el trompeta tracio. Porque Seutes, apenas supo el ataque de los tinos, mandó tocar a cuerno, y el trompeta no dejó de tocar hasta que llegaron donde estaban los griegos. Esto también infundió miedo a los enemigos. Cuando llegó a la aldea tendió la mano a los griegos y dijo que había pensado encontrar muchos muertos.

Jenofonte le rogó que le entregase los rehenes; que marchase con él contra los de la montaña o, si no quería, que le dejase ir a él. Al día siguiente Seutes le entregó los rehenes, unos ancianos que, según decían, eran los más principales entre los montañeses, y al mismo tiempo trajo sus fuerzas.

Estas fuerzas de Seutes habían ya triplicado su número, pues muchos de los odrisios, al oír lo que Seutes estaba haciendo, habían bajado para ayudarle en la guerra. Los tinos, cuando vieron desde la montaña tantos hoplitas, tantos peltastas, tantos caballos, bajaron también pidiendo paz. Decían que estaban dispuestos a hacer todo y rogaban que se les admitiesen prendas; Seutes llamó a Jenofonte y le hizo saber lo que decían los tinos, añadiendo que no les concedería la paz si Jenofonte deseaba vengarse de su ataque. Jenofonte respondió: «Yo, por mi parte, pienso que ya están suficientemente castigados si de libres se convierten en esclavos». Pero les aconsejó que en adelante tomasen en rehenes a los que pudiesen hacer más daño, dejando a los viejos en sus casas. Todos los habitantes del país consintieron en esto.

CAPÍTULO V

Después pasaron a tierras de los tracios que habitan encima de Bizancio, en el país llamado Delta. Esta comarca no pertenecía ya a Mésado, sino a Treres, hijo de Odrisio. Allí se les juntó Heraclides con el dinero de la venta del botín. Seutes sacó tres yuntas de mulas, las únicas que tenía, y otras, de bueyes, y llamando a Jenofonte le invitó a que tomase él una y repartiese las demás entre los generales y capitanes. Jenofonte le respondió: «Yo ya cogeré otra vez; pero dales a los generales que han venido conmigo y a los capitanes». Timasión, de Dardania; Cleanor, de Orcómeno, y Frinisco, de Aquea, cogieron una yunta de mulas cada uno; las de bueyes se repartieron entre los capitanes. En cuanto a la soldada, aunque ya hubiese pasado un mes, no pagaron más que veinte días. Heraclides dijo que no había podido sacar más de la venta. Y Jenofonte, irritado, dijo jurando: «Me parece, Heraclides, que no cuidas como debes por los asuntos de Seutes. Si supieras hacerlo habrías traído dinero para pagar el sueldo completo, aunque hubiese sido pidiendo prestado o vendiendo tus propios vestidos».

Heraclides, molesto por estas palabras y temeroso de perder el favor de Seutes, calumnió desde este momento a Jenofonte en cuanto podía delante de Seutes. Los soldados culparon a Jenofonte porque no se les daban sus pagas, y Seutes le veía con malos ojos porque le reclamaba con firmeza la parte de los soldados. Hasta entonces no había

cesado de recordarle que en cuanto llegasen al mar les daría Bisantes, Ganon y Neonticos. Pero a partir de entonces no volvió a hablarle de nada de esto. Era que Heraclides había intrigado también en esto, diciendo que era peligroso entregar plazas a un hombre que tenía un ejército.

Mientras tanto Jenofonte pensaba en la manera de conducir las tropas más al interior; pero Heraclides llevó ante Seutes a los demás generales y les excitó a decir que ellos conducirían al ejército tan bien como Jenofonte, y prometiéndoles que dentro de pocos días se les daría la paga de dos meses les animó a que continuasen la campaña. Timasión respondió: «Yo, ni aunque me diesen el sueldo de cinco meses marcharía sin Jenofonte». Frinisco y Cleanor se unieron a lo dicho por Timasión. Entonces Seutes increpó a Heraclides porque no había llamado a Jenofonte. Y en seguida le llamaron a éste solo. Pero Jenofonte, conociendo la malicia de Heraclides, que quería indisponerle con los demás generales, llevó consigo a todos los generales y capitanes.

Convencidos todos por Seutes, se pusieron en marcha, teniendo el Ponto a la derecha; atravesaron el país de los tracios llamados melinófagos y llegaron a Salmudeso. En este sitio muchos de los barcos que entran en el Ponto embarrancan y naufragan a causa de los muchos bajos que hay por aquellas aguas. Los tracios que habitan estos parajes tienen dividida la costa por medio de mojones, dentro de cuyos límites cada pueblo saquea los buques, que encallan en la costa. Antes de poner estos términos, según decían, muchos murieron disputándose entre sí las presas. Se encontraron allí muchos lechos, muchas arcas, muchos libros y muchos otros objetos que los navegantes llevan en cajas de madera. Sometida esta comarca, volviéronse atrás. Seutes tenía entonces un ejército más numeroso que el de los griegos.

Muchos más de los odrisios habían bajado de sus montañas, y los que iban sometiéndose se unían a sus tropas. Acamparon en una llanura por encima de Selimbria, a unos treinta estadios del mar. De paga no se veía la menor señal. Los soldados estaban furiosos contra Jenofonte, y Seutes no le trataba con la misma intimidad. Cuantas veces Jenofonte se acercaba para verle resultaba que tenía muchas ocupaciones.

CAPÍTULO VI

Por entonces, ya habían pasado casi dos meses, llegaron Carmino y Polínico de parte de Tibrón. Dijeron que los lacedemonios habían decidido hacer guerra a Tisafernes; que Tibrón se había hecho a la vela para principiar las hostilidades, y que necesitando aquel ejército prometía un darico al mes a cada soldado, el doble a los capitanes y el cuádruple a los generales.

No bien llegaron los lacedemonios, Heraclides, sabedor de que venía en busca del ejército, dijo a Seutes que no podía ocurrir nada mejor. «Los lacedemonios tienen necesidad del ejército; tú, en cambio, no lo necesitas ya. Dándoles el ejército les serás agradable; los soldados no te reclamarán la paga sino que se marcharán del país».

Oído esto, Seutes mandó entrar a los enviados, y como ellos le confirmasen que venían por el ejército, él les dijo que se lo daba, que quería ser amigo y aliado de los lacedemonios. Los invitó a una comida en señal de hospitalidad y los trató con magnificencia, sin invitar ni a Jenofonte ni a ninguno de los demás generales. Preguntándole los enviados qué clase de hombre era Jenofonte, respondió que en general no era mala persona, pero que tenía demasiadas complacencias con los soldados, y esto le hacía mucho daño. Y dijeron los lacedemonios: «¿Tiene, pues, mucho ascendiente sobre sus hombres?». «Sí, por cierto», respondió Heraclides. «¿No se opondrá, entonces, a que nos llevemos el ejército?». «Si

vosotros convocáis a los soldados —dijo Heraclides— y les prometéis pagarles, no le harán caso y se irán con vosotros». «¿Y cómo los reuniríamos?», dijeron ellos. «Mañana temprano os llevaremos a ellos —respondió Heraclides—; estoy seguro que en cuanto os vean correrán a vosotros de muy buena gana». Así terminó aquel día.

Al día siguiente Seutes y Heraclides llevaron a los lacedemonios donde estaba el ejército. Este se reunió, y los enviados dijeron que los lacedemonios habían decidido hacer guerra a Tisafernes, «el que os ha hecho daño a vosotros; si os venís, pues, con nosotros os vengaréis de un enemigo, y cada uno de vosotros ganará un darico por mes, los capitanes el doble y los generales el cuádruple». Los soldados oyeron esto con gusto, y en seguida uno de los arcadios se levantó para acusar a Jenofonte. Se hallaba también presente Seutes para ver lo que sucedía y en sitio donde pudiera oírlo todo, por medio del intérprete que le acompañaba, aunque él entendía bastante bien el griego. El arcadio habló, pues, de este modo: «Hace ya mucho tiempo, lacedemonios, que estaríamos con vosotros si Jenofonte, con sus palabras, no nos hubiese traído aquí, donde no tenemos un momento de descanso, marchando día y noche en un invierno tan duro, mientras él se aprovecha de nuestros trabajos. Seutes le ha enriquecido particularmente y, en cambio, nos priva a nosotros de nuestro sueldo. Por mi parte, si le viese lapidado, en castigo de los males a que nos ha traído, me consideraría bien pagado y no me importarían nada las fatigas sufridas». Tras éste se levantó otro y luego otro, que dijeron lo mismo. Entonces Jenofonte habló así: «Verdaderamente, un hombre debe esperarlo todo, puesto que yo me veo acusado de vosotros por una cosa que considero en conciencia como la mejor prueba de mi buena voluntad hacia vosotros. Yo volví a vuestro lado cuando me había puesto en camino para mi patria, no ciertamente, ¡por

Zeus!, noticioso de que vuestras cosas marchaban bien, sino sabiendo que estabais en trance apurado y con intención de seros útil en lo que pudiese. Y cuando hube llegado vinieron a mí numerosos mensajes de este Seutes con muchas promesas, para que procurase convenceros de ir a su lado. Pero yo no les di oídos sino que os llevé al punto desde donde pensaba que podríais pasar más rápidamente al Asia. Creía yo que esto era lo más conveniente para vosotros; y sabía que vosotros también lo queríais. Pero vino Aristarco con sus trirremes y se opuso a que pasásemos, y yo, como era justo, os reuní para deliberar acerca de lo que haríamos. Y vosotros, después de oír que Aristarco nos ordenaba ir al Quersoneso; después de oír que Seutes os invitaba a unirnos a él, ¿no estuvisteis todos conformes en marchar con Seutes, no votasteis todos esta resolución? ¿Cuál es mi culpa en traeros adonde todos habíais decidido venir? Cuando Seutes comenzó a faltar en la cuestión de la paga, y yo le hubiese aprobado, tendríais razón en acusarme y en odiarme. Pero, después de haber sido su mejor amigo, resulta que ahora estoy lo más distanciado de él: ¿cómo puede ser justo acusarme a mí en lugar de a Seutes por cosas que me han puesto a mal con él? Acaso digáis que yo podía tomar de Seutes lo vuestro y engañaros. Pero de seguro es evidente que si Seutes me pagaba algo no era para perder lo que a mí me daba y pagaros además a vosotros, sino me parece, con el propósito de que dándome a mí menos no tuviese que daros a vosotros más. Si pensáis que esto es así, en vuestras manos está hacer inútil para los dos este manejo reclamándole vuestro dinero. Pues está claro que si yo tengo algo de Seutes éste me lo reclamará, y ciertamente me lo reclamará con razón si no le hago el servicio para el cual me había sobornado. Pero estoy muy lejos de tener nada de vosotros. Lo juro por todos los dioses y por todas las diosas, no tengo ni siquiera lo que él me

prometió personalmente. Ahí está él mismo y sabe bien si juro en vano. Y para que más os maravilléis, juro, además, que no he recibido ni siquiera lo que han tomado los demás generales, ni siquiera lo que algunos de los capitanes. ¿Por qué he hecho esto? Creía, soldados, que, mientras ayudase a Seutes en su pobreza, tanto más lo tendría amigo cuando fuese poderoso. Ahora que le veo en la prosperidad conozco también su condición. Y acaso dirá alguno: ¿No te avergüenzas de haber sido tan tontamente burlado? Me avergonzaría por Zeus, si fuese un enemigo quien me hubiese engañado; pero con un amigo parece más vergonzoso engañar que ser engañado. Y si algunas precauciones han de tomarse con los amigos, sé que vosotros las habéis tomado todas para no dar a éste un pretexto justo de no daros lo que había prometido. Ningún daño le hemos hecho; nunca estuvimos descuidados ni cobardes en las cosas que nos encomendó. Pero, diréis, era preciso entonces exigir garantías, de suerte que aunque quisiera no pudiese engañarnos. Respecto a este punto oíd lo que yo nunca habría dicho en presencia de este hombre si no me hubieseis tratado con la mayor ingratitud e injusticia. Acordaos en qué situación os encontrabais cuando yo os conduje a Seutes. ¿No estabais junto a los muros de Perinto mientras Aristarco el lacedemonio no os dejaba entrar, cerrándoos las puertas? Acampabais fuera al aire libre; estábamos en la mitad del invierno; vivíais comprando los víveres, escasos los víveres y escaso el dinero para adquirirlos. Era forzoso permanecer en Tracia; allí estaban anclados los trirremes que impedían el paso. La tierra en que nos teníamos que quedar era tierra enemiga, donde teníamos enfrente mucha caballería, muchos peltastas. Nosotros disponíamos de hoplitas con los cuales podíamos caer todos juntos sobre las aldeas y acaso coger algún grano, aunque no mucho; pero perseguir al enemigo, coger prisioneros y ganado, era

imposible, porque no hallé entre vosotros ni caballería ni peltastas organizados. Estando, pues, vosotros en situación semejante, si aun no reclamando paga alguna, yo os hubiera procurado la alianza de Seutes, y con ella la caballería y los peltastas que necesitabais, ¿os parece que mi resolución hubiese sido contraria a vuestros intereses? Unidos a sus tropas, habéis hallado en las aldeas grano en gran abundancia por la necesidad en que se vieron los tracios de huir precipitadamente, y habéis tenido vuestra parte de prisioneros y ganado. El enemigo no volvió a presentarse ante nosotros no bien tuvimos caballería con nosotros. Antes nos picaba audazmente la retaguardia con su caballería y sus tropas ligeras y nos impedía siempre dispersarnos en pequeños grupos para procurarnos víveres en más abundancia. Si el que nos ha proporcionado tal seguridad no os ha pagado muy exactamente encima, ¿es esto tan gran desgracia y por ello creéis que no me debéis dejar vivir de ninguna manera? Y ahora, ¿cómo os marcháis de aquí? ¿No es después de haber pasado el invierno en la abundancia y llevando por añadidura lo que hayáis recibido de Seutes? Habéis vivido a expensas del enemigo, y a pesar de esto no habéis visto morir o caer prisionero a uno de los vuestros. Y si habéis hecho algo glorioso en lucha con los bárbaros del Asia, ¿no habéis conservado esta gloria y le habéis añadido la de haber vencido a los tracios de Europa, contra los cuales habéis marchado? En verdad, os digo que de todo esto que os irrita contra mí deberíais dar gracias a los dioses como de un beneficio. Esta es vuestra situación actual. Ahora, en nombre de los dioses, considerad la mía. Yo, cuando me embarqué por primera vez para mi patria, llevaba conmigo todas vuestras alabanzas, y por vosotros la gloria entre los demás griegos. Los lacedemonios tenían en mí confianza; de otro modo no me hubieran mandado de nuevo a vosotros. Hoy me voy calumniado por

vosotros con los lacedemonios; por vuestra causa, odio a Seutes, que yo pensaba que me había de proporcionar un retiro feliz para mí y mis hijos si los tuviera, en mérito a los servicios que yo con vosotros le hiciese. Y vosotros, por quienes me he hecho tantos enemigos y mucho más poderosos que yo; vosotros, a quienes aún no ceso de hacer todo el bien que puedo, pensáis de mí de esta manera. Aquí me tenéis; no habéis necesitado cogerme, no he pretendido escapar. Pero, si hacéis lo que decís, sabed que mataréis a un hombre que por vosotros ha pasado en vela muchas noches, que ha compartido con vosotros muchos trabajos y peligros, unas veces cuando le correspondía y otras espontáneamente; que con el favor de los dioses ha erigido con vosotros muchos trofeos de los bárbaros y que con todas sus fuerzas ha luchado entre vosotros para que no hicieseis enemigos de ninguno de los griegos. Y así, ahora, podéis marchar sin temor adonde queráis; lo mismo por tierra que por mar. Y cuando tenéis todos los caminos libres, cuando vais a embarcaros para donde deseáis hace tiempo, cuando os solicitan los más poderosos y se os ofrece una soldada, y los lacedemonios, tenidos por los más fuertes, vienen a ser vuestros caudillos, ¿os parece es el momento de darme muerte lo antes posible? No ocurría lo mismo cuando estábamos en trabajos y apuros, ¡vosotros, los menos olvidadizos de los hombres! Entonces me llamabais padre y prometíais acordaros siempre de mí como de vuestro bienhechor. Estos mismos que ahora vienen a buscaros verán, sin duda, lo que hay de cierto en este asunto. Y no creáis que vuestra conducta conmigo os ha de favorecer a sus ojos».

Carmino, de Lacedemonia, se levantó y dijo: «¡Por los dioses!, me parece que vuestra irritación contra este hombre es injusta. Yo mismo soy testigo en favor suyo. Preguntando Polínico y yo a Seutes acerca de qué clase de hombre era Jenofonte, no supo señalarme en él otro defecto que su

excesivo afecto a los soldados; y añadía que esto le dañaba tanto con nosotros los lacedemonios como con él mismo».

Euríloco, de Luisa, arcadio, se levantó en seguida y dijo: «Me parece, lacedemonios, que vuestro primer acto como jefes nuestros debe ser obligar a Seutes a que nos pague de grado o por fuerza antes de sacarnos de aquí».

Polícrates, de Atenas, se levantó también y habló en favor de Jenofonte. «Veo, soldados, desde aquí a Heraclides que nos escucha. Éste fue el que se llevó el botín que cogimos a fuerza de fatigas, y después de venderlo no dio el dinero ni a Seutes ni a nosotros, sino que se ha quedado con él, robándolo. Lo mejor que podemos hacer es apoderarnos de él. Este hombre —añadió— no es tracio, sino que siendo griego ha perjudicado a otros griegos».

Al oír esto Heraclides se llenó de espanto y, acercándose a Seutes, le dijo: «Lo mejor para nosotros será ponernos fuera del alcance de esta gente marchándonos». Y en seguida montaron a caballo y se fueron para su campamento. Desde allí envió Seutes a Jenofonte a su intérprete Abrozelma exhortándole a que se quedase a su lado con mil hoplitas y prometiéndole que le daría las plazas de la costa y lo demás que le había prometido. También le dijo en secreto que había oído de Polínico que, cuando Jenofonte estuviese en manos de los lacedemonios, Tibrón le daría muerte. Otros muchos le mandaron dar este mismo aviso, que debía guardarse porque le habían calumniado. En vista de ello, Jenofonte cogió dos víctimas y las sacrificó a Zeus Rey, a fin de saber si sería para él mejor y más conveniente quedarse con Seutes, en las condiciones que Seutes le ofrecía, o marcharse con el ejército. El dios le decidió a la partida.

CAPÍTULO VII

Desde allí Seutes fue a poner su campamento más lejos. Los griegos acantonaron en unas aldeas desde donde debían bajar al mar una vez aprovisionados. Estas aldeas habían sido dadas por Seutes a Medosades. Viendo, pues, éste que los griegos consumían los bienes de sus dominios, no pudo sufrirlo. Y tomando consigo al más principal entre los odrisios que habían bajado de las montañas, partió al campamento de los griegos con unos treinta caballos. Llegado a él, invitó a Jenofonte a que saliese. Jenofonte se presentó acompañado de algunos capitanes y otros amigos. Y Medosades dijo: «Es injusto lo que hacéis con nosotros, Jenofonte, saqueando nuestras aldeas. Os advertimos, yo en nombre de Seutes y éste en el de Médoco, rey del interior, que debéis evacuar esta comarca; y si os quedáis no estamos dispuestos a consentiros que hagáis daño en ella, sino que os combatiremos como a enemigos».

Oído esto, Jenofonte le dijo: «Preferiría no responder a tus palabras; pero hablaré para que este muchacho sepa quiénes sois vosotros y quiénes somos nosotros. Nosotros, antes de hacernos amigos vuestros, atravesábamos este país por donde nos parecía, saqueándolo si queríamos, quemándolo si queríamos. Y cuando tú viniste a nosotros en embajada, acampaste con nosotros sin temor a ningún enemigo. Vosotros no veníais por estas tierras, o si entrabais teníais que acampar como en país de enemigos más fuertes, con los

caballos enfrenados. Y cuando después de haberos hecho amigos nuestros, tenéis esta comarca, gracias a nosotros y a la ayuda de los dioses, nos arrojáis de un país que hemos conquistado para vosotros. Como tú sabes bien, los enemigos no hubiesen podido echarnos de él. Y no es haciéndonos dádivas o tratándonos bien en pago de nuestros servicios como pretendes alejarnos, sino que cuando vamos a irnos no querrías permitirnos acampar si estuviese en tu mano. Y cuando así hablas no sientes vergüenza ante los dioses ni ante este hombre que ahora te ve enriquecido, mientras antes de ser amigo nuestro vivías del pillaje, según tú mismo confesabas. ¿Mas por qué me dices a mí estas cosas? No soy yo aquí el que manda, sino los lacedemonios, a los cuales entregasteis vosotros el ejército para que se lo llevaran sin haberme dado parte en la resolución; de suerte que, así como les ofendí cuando os lo traje, ahora les diese satisfacción devolviéndoselo. ¡Sois verdaderamente admirables!».

Cuando oyó estas palabras el odrisio, dijo: «Yo, Medosades, quisiera hundirme bajo tierra de la vergüenza que me da oír esto. Y si antes lo supiera no te hubiera acompañado; ahora mismo me marcho. Porque el rey Médoco tampoco me aprobaría si yo pretendiese echar a nuestros bienhechores». Dicho esto, montó a caballo y se marchó acompañado de los demás jinetes, excepto cuatro o cinco. Medosades, contristado por ver las tierras devastadas, rogó a Jenofonte que llamase a los dos jefes lacedemonios. Jenofonte, llevando consigo a los más propios para el caso, se presentó a Carmino y Polínico y les dijo que Medosades los llamaba para decirles como a él que se marchasen del país. «Creo —añadió— que obtendréis para el ejército el sueldo que le deben si decís que los soldados piden de vosotros que le saquéis el sueldo a Seutes de grado o por fuerza, y cuando lo consigan están dispuestos a seguiros gustosos; que a

vosotros os parece justa la demanda y que les habéis prometido no partir hasta que se les haya hecho justicia».

Oídas estas razones, los lacedemonios declararon que las hacían suyas y que estaban decididos a hablar con la mayor energía; e inmediatamente partieron con la gente necesaria para el asunto. Cuando hubieron llegado, Carmino tomó la palabra y dijo: «Si tienes algo que decirnos, Medosades, dilo; si no, nosotros tenemos que hablarte». Y Medosades contestó en tono humilde: «Seutes y yo os suplicamos que no nos hagáis daño, puesto que sois amigos; y si se lo hacéis a los de estas tierras es lo mismo que si nos lo hicieseis a nosotros, porque son nuestras». «Pues bien —respondieron los lacedemonios—; nos marcharemos en cuanto reciban su paga los que os han ayudado a conquistar esto; y si no se hace así venimos a prestarles auxilio y a vengarles de quienes los han atropellado faltando a los juramentos. Si sois vosotros los que habéis hecho esto, en vosotros principiaremos a hacer justicia». Y Jenofonte dijo: «¿Queréis, Medosades, puesto que tenéis al pueblo de este país por amigo vuestro, permitirle decidir la cuestión y declarar por votos quiénes han de abandonar el país, si vosotros o nosotros?». Medosades no aceptó esto, sino que propuso como el mejor partido que los lacedemonios fuesen a ver a Seutes para hablar con él de la paga, pues esperaba que habían de convencerle; y que, si no, enviasen con él a Jenofonte, prometiendo que él apoyaría en las negociaciones. Pero suplicaba que no quemasen las aldeas.

Entonces enviaron a Jenofonte acompañado de aquellos que parecieron más a propósito. Llegado Jenofonte, díjole a Seutes: «No vengo, Seutes, a pedirte nada, sino a mostrarte que sin razón te molestaste conmigo porque en nombre de los soldados te reclamaba con instancia lo que les había prometido. Es que pensaba que no te era a ti menos

conveniente darlo que a ellos recibirlo. En primer lugar veo que después de los dioses son estos soldados los que te han hecho ilustre como rey de una vasta comarca y de numerosos hombres; de tal suerte que ninguna de tus acciones, ya sea bella, ya vergonzosa, puede pasar inadvertida. Y a un hombre colocado en este puesto me parece importarle mucho no parecer que despide con ingratitud a unos hombres que le han favorecido; me parece importarle mucho que hablen bien de él hasta seis mil hombres y, sobre todo, no quitar todo crédito a lo que digas. Porque, según veo, las palabras de los hombres falsos son vanas, sin fuerza, e incapaces de inspirar respeto; en cambio, las de aquellos cuya veracidad es reconocida no son menos eficaces para conseguir sus deseos que la fuerza de los otros. Y si quieren traer a razón a cualquiera, sus amenazas tienen más efecto que los continuos castigos de otros; y si otros hombres prometen algo, no consiguen menos que otros dando inmediatamente. Recuerda también qué nos diste de antemano para obtener nuestra alianza. Bien sabes que nada. Sólo con la confianza de que dirías verdad te siguió un ejército tan numeroso, para luchar contigo y conquistarte un imperio que vale no ya los treinta talentos que los soldados te piden, sino muchas veces esta suma. Y esta confianza, gracias a la cual te has formado un reino, vas a venderla por este dinero. Recuerda también qué importancia dabas entonces a la conquista del país que ahora tienes sometido. Estoy seguro que hubieras preferido conseguir lo que hoy posees a ganar riquezas muy superiores a este dinero. Me parece, además, que hay mayor daño y vergüenza en no conservar estas conquistas que en no haberlas hecho antes, lo mismo que es más penoso llegar a pobre después de haber sido rico, y más triste descender de rey a simple particular que no haber reinado nunca. Sabes que estos pueblos que ahora te obedecen no se han sometido a tu

dominio por el afecto, sino por la fuerza, y que procurarían hacerse libres de nuevo si algún temor no los contuviese. Siendo esto así, ¿cómo piensas que estarán más temerosos y quietos, si ven que los soldados se hallan dispuestos a quedarse contigo si tú lo deseas y a volver rápidamente si fuese preciso, seguidos por otros muchos que les hayan oído hablar bien de ti, o si piensan no conseguirás encontrar otros por desconfianza de lo ahora ocurrido y estos mismos le son a ellos más favorables que a ti? Y si se te han sometido no se debe ciertamente a que fuesen inferiores en número a nosotros, sino a que carecían de jefes. Corres también el peligro de que tomen por jefes a algunos de estos que se consideran por ti atropellados, o acaso otros más poderosos, los lacedemonios; porque los soldados estarán prontos a seguirles si ellos te obligan a pagarles, y los lacedemonios consentirían en ello por necesitar del ejército. Es, por otra parte, evidente que los tracios que ahora tienes sujetos irían con más gusto contra ti que contigo; si tú eres fuerte, ellos son esclavos; si eres vencido, libres. Y si has de velar por los intereses de una comarca que te pertenece, ¿cómo piensas que sufrirá menos daños, si estos soldados, después de recibir lo que reclaman, se marchan dejando todo en paz, o si permanecen aquí como en tierra enemiga y tú procuras reunir para combatirles otro ejército más numeroso que necesitará también aprovisionarse? ¿Cómo crees que gastarás más dinero; dando a éstos lo que les debes o teniendo que pagar a otros en mayor número? Pero Heraclides, según me ha manifestado, piensa que este dinero es una cantidad enorme. Ciertamente ahora es para ti mucho más fácil conseguirla y darla que antes de venir con nosotros la décima parte de ella. Lo mucho o lo poco no se mide por una cifra, sino por la capacidad del que da y del que recibe; y ahora tú dispondrás de una renta anual superior a todo lo que poseías antes. Te digo esto, Seutes,

como amigo, a fin de que te muestres digno de los beneficios que los dioses te han hecho y ya no me pierda con el ejército. Porque, sábelo bien, tan imposible me sería igualmente hacer daño a un enemigo o favorecerte a ti aunque lo quisiera; tal están ahora conmigo. Y tú eres testigo ante los dioses de que nada tengo de ti por los servicios de los soldados, ni te he pedido nada que les pertenezca, ni aun lo que a mí me habías prometido. Es más, te juro que no lo admitiría aunque me lo dieses si no habían de recibir los soldados al mismo tiempo lo que les corresponde. Sería vergonzoso que yo consiguiese lo mío y olvidara los daños de mis compañeros, sobre todo habiéndome colocado en un puesto de honor. A Heraclides le parece que nada vale la pena excepto tener dinero de cualquier modo; pero yo, Seutes, pienso que no hay para un hombre y, sobre todo, para un jefe, bien más hermoso y brillante que la virtud, la justicia y la generosidad. Quien tiene esto es rico y tendrá también muchos amigos, porque otros le querrán. En la próspera fortuna encuentran quienes compartan su alegría y en la adversa quienes les ayuden. Pero si no has comprendido por mis obras que yo era amigo tuyo de corazón, si mis palabras no te lo han hecho ver, considera lo que dicen los soldados; tú estabas presente y oíste lo que decían quienes querían censurarme. Me acusaban con los lacedemonios porque te prefería a éstos, y me echaban en cara porque favorecía más tus intereses que los suyos; y hasta decían que yo había recibido de ti presentes. ¿Crees que me habrían hecho este reproche si me hubiesen visto mal dispuesto hacia ti, o bien observando mi mucha benevolencia contigo? Según yo creo, todos los hombres piensan que quien ha recibido algo se ha de mostrar solícito con el que se lo ha dado. Tú, antes de que yo te hubiese prestado ningún servicio, me recibiste mostrándome amistad con las miradas, con la voz y con presentes, y no te cansabas de hacerme

promesas. Y ahora que has conseguido lo que pretendías, ahora que en cuanto yo pude has subido al más alto estado, ¿tienes el atrevimiento de ver con indiferencia mi descrédito entre los soldados? Confío, sin embargo, en que te decidirás a entregarles el dinero y que el tiempo te enseñará la conveniencia de no verte culpado por aquellos que te han hecho bien. Te ruego, pues, que cuando les des a las tropas el sueldo procures ponerme con los soldados en el concepto que tenía cuando vine a tu servicio».

Seutes, cuando hubo oído este discurso, maldijo al culpable de que la paga no estuviese entregada desde hacía tiempo; todos sospecharon que se refería a Heraclides. «Yo —añadió Seutes— no he pensado nunca en despojar de él a los griegos y voy a pagárselo». Entonces dijo de nuevo Jenofonte: «Puesto que piensas darlo, te ruego lo hagas por mi mano y no dejes que me vea ahora respecto al ejército en situación diferente a como estaba cuando vinimos a ti». Seutes respondió: «Por mi causa no sufrirá menoscabo tu reputación entre las tropas, y si te quedas a mi lado con sólo mil hoplitas te daré los lugares y todo lo demás que te prometí». «Esto resulta imposible —replicó Jenofonte—; despídenos». «Te advierto —dijo Seutes— que es más seguro para ti quedarte conmigo que marcharte». «Te agradezco la intención, pero me es imposible quedarme —dijo Jenofonte—; créeme que donde yo me encuentre más honrado esto redundará en beneficio tuyo». Entonces, dijo Seutes: «Dinero no tengo como no sea en pequeña cantidad, y esto te doy; un talento. Podéis llevaros además seiscientos bueyes, unas cuatro mil cabezas de ganado menor y hasta ciento veinte esclavos. Con esto y con los rehenes de los tracios que os atacaron podéis marcharos». Y Jenofonte, riendo: «Y si todo esto —dijo— no basta para la paga, ¿a quién pertenecerá este talento? Puesto que es para mí peligroso volver al ejército, ¿no debo al menos

tener cuidado con las piedras? Ya viste las amenazas». Jenofonte pasó allí el resto del día.

Al día siguiente Seutes entregó a los emisarios lo que había prometido y envió con ellos algunos tracios que lo condujeran. Entre los soldados se decía que Jenofonte había marchado para vivir con Seutes y recibir de éste lo que le había prometido. Pero al verle de vuelta se alegraron y corrieron a su encuentro. Cuando Jenofonte llegó ante Carmino y Polínico: «Esto es —dijo— lo que vosotros habéis conseguido para el ejército; yo os lo entrego; vendedlo y distribuidlo entre los soldados». Ellos lo recibieron, y por medio de unos agentes nombrados al efecto lo vendieron, no sin que se murmurase mucho de esta venta. Jenofonte se mantuvo aparte, dando a entender claramente que se preparaba para volver a su patria, pues aún no había sido desterrado de Atenas. Pero los que eran más amigos suyos le rogaron no se marchase hasta conducir el ejército al Asia y entregárselo a Tibrón.

CAPÍTULO VIII

Desde allí se embarcaron para Lámpsaco, donde el adivino Euclides, de Filasia, hijo de Cleágoras, el que ha pintado los Sueños en el Liceo, salió al encuentro de Jenofonte. Euclides le felicitó por haberse salvado y le preguntó cuánto dinero traía. Jenofonte le juró que ni siquiera el suficiente para volver a Atenas, como no vendiese el caballo y lo que llevaba encima. Euclides no quiso creerle. Pero habiendo enviado los lampsaquenos presentes de hospitalidad a Jenofonte, éste hizo sacrificios a Apolo poniendo a Euclides a su lado. El adivino, al ver las entrañas, dijo a Jenofonte: «Ahora te creo que no tienes nada. Y estoy también seguro de que, aunque debieras hacer fortuna en lo futuro, se te presentará un obstáculo, por lo menos tú mismo». Jenofonte convino en ello. Euclides prosiguió: «Es Zeus Miliquio el que te es contrario». Y le preguntó si le había seguido haciendo sacrificios, «como yo —dijo— solía hacérselos en caso por vosotros y ofrecía también holocaustos». Jenofonte confesó que no había ofrecido sacrificios a este dios después de haber partido de Atenas. Euclides le aconsejó que se los hiciese y que le iría mejor.

Al día siguiente Jenofonte, llegado junto a Ofrinio, hizo sacrificios, según los ritos patrios, quemando puercos enteros, y las señales le resultaron favorables. Aquel mismo día llegaron Bión y Nausielides para dar dinero al ejército y entregaron a Jenofonte como presente de hospitalidad el

caballo que había vendido en Lámpsaco por cincuenta daricos, pues sospechaban que se había deshecho de él por falta de recursos. Y sabiendo que le gustaba el caballo, ellos lo rescataron y se lo devolvieron sin querer recibir el precio.

Desde allí marcharon a través de la Tróade y pasando por el monte Ida llegaron primero a Antandro y después, por la orilla del mar, a la llanura de Teba. Desde allí, pasando por Adramitis y Citonio, alcanzaron la llanura del Caico y entraron en Pérgamo, ciudad de Misia.

Hospedóse allí Jenofonte en casa de Hélade, mujer de Gongilo, hijo de Eretrico, y madre de Gorgión y Gongilo. Esta Hélade le indicó a Jenofonte que cierto persa llamado Asidates se encontraba en la llanura, y que yendo de noche con trescientos hombres se podría apoderar de él, de su mujer, de sus hijos y de sus riquezas, que eran muchas.

Como guías para la expedición le dio a su sobrino y a Dafnágoras, persona a quien estimaba mucho. Acompañado de estos dos, Jenofonte ofreció un sacrificio, y el adivino Basias, de Elea, que se hallaba presente, le dijo que las señales eran muy propicias y que cogerían a Asidates. Después de haber comido, Jenofonte se puso en marcha llevando consigo a los capitanes más amigos y que se le habían mostrado más fieles en toda la expedición, para darles ocasión de ganar algo. Además, se le agregaron contra su voluntad como unos seiscientos hombres; pero los capitanes se adelantaron para no tener que partir con ellos la presa que ellos consideraban segura.

Llegados a eso de medianoche dejaron escapar los esclavos y la mayor parte del botín que estaba alrededor de la torre, con el fin de coger al mismo Asidates y lo que éste guardaba consigo. Atacaron, pues, la torre, pero no podían tomarla, pues era muy alta y grande, estaba revestida de almenas y la

defendían muchos hombres aguerridos. En vista de esto se pusieron a minarla. Tenía el muro de anchura ocho ladrillos y al amanecer estaba ya minado. Pero, apenas se vio claro, uno de los sitiados hirió en la pierna con un asador grande al que se encontraba más cerca y después se pusieron a lanzar tal cantidad de flechas, que era peligroso acercarse. A los gritos de los bárbaros y a las señales que hacían con fuego, acudió en socorro Itames con sus fuerzas, y de la Comania vinieron hoplitas asirios, jinetes hircanios, mercenarios del rey en número de unos ochenta y hasta ochocientos peltastas. También se presentaron tropas de Partanio y de Apolonia y caballería de los lugares comarcanos.

Había llegado el momento de pensar cómo podrían retirarse. Cogieron, pues, todos los bueyes y el ganado menor que tenían y los condujeron con los esclavos en el interior de la columna formada en cuadro. Y no es que se preocupasen del botín, sino para evitar que, abandonándolo todo, la retirada se convirtiese en fuga, cosa que hubiese envalentonado a los enemigos y abatido a los griegos. Se iban, pues, retirando como si combatiesen por el botín. Y Gongilo, viendo que los griegos eran pocos y muchos los que les atacaban, salió también contra la voluntad de su madre, llevando consigo las fuerzas que tenía para tomar parte en la acción. También acudió con refuerzos de Halisarna y Teutrania Procles, descendiente de Damarato. Los de Jenofonte, agobiados bajo la lluvia de flechas y piedras, iban marchando en círculo para oponer las armas a los tiros, y con gran trabajo consiguieron pasar el río Caico; casi la mitad iban heridos, entre ellos el capitán Agasias, de Estinfalia, que en todo tiempo había peleado con los enemigos. Por fin consiguieron salvar como unos doscientos esclavos y ganado menor suficiente para los sacrificios.

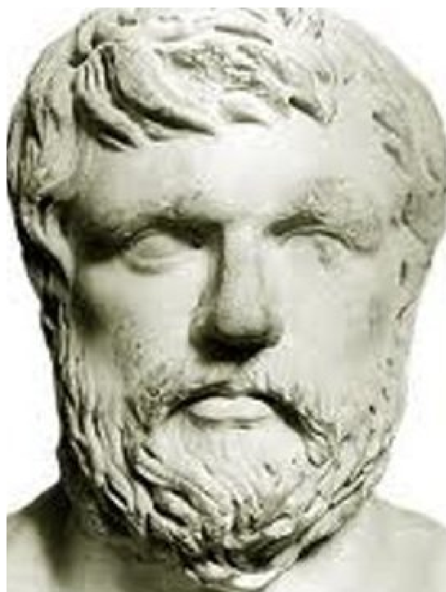
Al día siguiente, Jenofonte, después de haber hecho un sacrificio, sacó por la noche todo el ejército con el propósito de penetrar lo más lejos posible en el interior de Lidia y que, no teniéndole cerca, perdiesen los otros el temor y descuidasen la vigilancia. Pero Asidates, al saber que Jenofonte había hecho nuevos sacrificios y marchaba contra él con todo el ejército, fue a establecerse en unas aldeas situadas debajo de la ciudad de Partenio. Y allí se encontraron con él las tropas de Jenofonte, cogiéndole prisionero, con su mujer, sus hijos, sus caballos y todo lo que tenía. Así se cumplió la primera predicción de las víctimas. De allí los griegos se volvieron a Pérgamo y Jenofonte no tuvo motivo para quejarse del dios pues los lacedemonios, los capitanes, los demás generales y los soldados convinieron en darle una parte escogida del botín: caballos, yuntas y lo demás; de suerte que quedaba en situación hasta de favorecer a otros.

En esto presentóse Tibrón y tomó el mando del ejército. Y mezclándolo a las demás tropas griegas hizo guerra contra Tisafernes y Farnabazo.

He aquí los gobernadores de los países del rey que atravesamos: de Libia, Artimas; de Frigia, Artacamas; de Licaonia y Capadocia, Mitrídates; de Cilicia, Siennesis; de Fenicia y Arabia, Dernes; de Siria y Asiria, Belesis; de Babilonia, Roparas; de Media, Arbacas; de los fasianos y hesperitas, Tiríbazo; los carducos, cálibes, caldeos, macrones, colcos, mesinecos, cetas y tebarenos son pueblos independientes; de Paflagonia, Corila; de los bitinios, Farnabazo, y de los tracios de Europa, Seutes.

Toda la marcha, entre la ida y la vuelta, se hizo en doscientas quince jornadas, con un recorrido de mil ciento cincuenta parasangas, o treinta y cuatro mil seiscientos cincuenta estadios; entre la ida y la vuelta duró la marcha un

año y tres meses[40].



JENOFONTE. Nacido en el demo de Erquia, el mismo del que descendía Isócrates, pasó por las mismas desdichadas experiencias que éste y que Platón en la última década de la guerra del Peloponeso, que fue la época en que se hizo hombre. Nació hacia el 430, un decenio más tarde de lo que creyeron los biógrafos antiguos. Su padre Grilo, sin ser propiamente noble, pertenecía a la clase de propietarios acomodados, de esos caballeros que Aristófanes representa como enemigos naturales de los demagogos. Recibió una educación señorial y tuvo tiempo para entrenarse en múltiples actividades. Su pasión por la caza y por la equitación, que le duró toda la vida, así como sus opiniones conservadoras debían provenir de la infancia y del medio familiar.

Acaso no sea cierto que, como cuenta Diógenes, Sócrates lo encontró un día en la calle y lo invitó a seguirlo, pero sí lo es que se sintió atraído por aquella singular figura de examinador y de guía. No fue discípulo de Sócrates, en el sentido en que lo fueron tantos otros que consagraron su existencia a la filosofía, pero fue tan profunda la impresión que aquel

hombre dejó en él, que a su vuelta del servicio militar en el ejército de Ciro elevó al querido maestro un monumento perdurable con algunas de sus obras. Sin embargo, Jenofonte no era un filósofo, por más que autores antiguos, como Diógenes Laercio, lo considerasen tal. No tenía madera de pensador, por lo que no fue Sócrates quien selló el destino de su vida, sino su nunca desmentida inclinación a la guerra y a las aventuras.

No es muy seguro que haya luchado por vez primera en la campaña de 409, ni que haya sido hecho prisionero y conducido a Tebas. Mas sí parece que combatió en calidad de caballero contra los demócratas de Trasíbulo. Triunfante la democracia fue amnistiado para mantenerse al margen de toda actividad política. Por lo demás, pese a su formación filosófica, siguió siendo un conservador obstinadamente fiel a la moral y a la religión de sus antepasados.

Su inquieto temperamento lo empujó al círculo del que era centro la figura romántica de Ciro, el príncipe rebelde de los persas, llevándolo a enrolarse bajo las banderas de su ejército de mercenarios griegos. Un amigo suyo, Próxeno de Beocia, buscaba voluntarios para la expedición de Ciro el Joven, que pretendía derrocar a su hermano Artajerjes II. A excepción del espartano Clearco, jefe de los mercenarios, nadie conocía el verdadero objetivo de la empresa; hablábase de una expedición contra los Pisidas. Antes de partir, Jenofonte pidió consejo a Sócrates. Éste le hizo notar que corría el riesgo de comprometerse a los ojos de sus conciudadanos, porque Ciro había ayudado con subsidios a Esparta contra Atenas. Como el joven pareciera decidido a tomar parte en la empresa, le recomendó que consultase al oráculo de Delfos. Jenofonte obedeció. Sino que en vez de interrogar a Apolo para saber si debía o no seguir a Clearco al Asia, suplicóle, como él mismo

cuenta, que se dignara indicarle a qué dioses debía ofrecer sacrificios a fin de realizar en las mejores condiciones la expedición proyectada. Sócrates se lo reprochó, mas comprendiendo que se oponía en vano a la resolución del joven, ávido de viajes y de aventuras, le dejó partir.

En aquella expedición no era Jenofonte «ni general, ni oficial, ni soldado». Seguíala como curioso, con el propósito de narrar sus vicisitudes, a la manera de nuestros corresponsales de guerra. Luego, derrotado y muerto Ciro en Cunaxa y asesinados a traición todos los estrategas por el sátrapa Tisafernes, alentó con su palabra a los griegos vacilantes y temerosos, quienes acabaron por elegirle entre sus generales. Tal vez exagere complacido la importancia de su papel en tan duras circunstancias, pero lo cierto es que contribuyó a salvar el contingente griego en una retirada erizada de peligros, a través del altiplano de Armenia, hacia el mar Negro. Todo esto satisfizo con creces sus ansias de aventura y le inspiró la obra que sigue siendo más viva para nosotros.

La participación en esta empresa apoyada por Esparta no era del agrado de la política ateniense. De vuelta en Grecia, apenas iniciada en el verano del 400 la guerra entre Esparta y Persia, alistóse como jefe de los mercenarios en el ejército espartano. Con ello se mantenía fiel a sus ideas políticas y a sus profundas simpatías por un pueblo cuya aristocracia seguía siendo el ideal de todos los griegos del partido señorial. Por otra parte, al luchar contra Persia, obedecía a un criterio panhelénico, al que siempre guardará fidelidad.

La condena de Sócrates hubo de contribuir a su progresivo alejamiento de Atenas y a su hostilidad creciente hacia la democracia. Su ídolo en adelante sería Agesilao, que acaudilló en 399 la lucha contra Persia en Asia Menor. Tomó parte con él en la campaña contra Farnabazo, entablando relaciones

amistosas con aquel soberano. Cuando Agesilao fue reclamado a Grecia para que combatiese a tebanos y atenienses, que se habían coligado contra Esparta, luchó en Coronea en las filas espartanas frente a sus compatriotas. Ningún motivo, ni siquiera los sentimientos filo-espartanos del ambiente en que se había criado, podía justificar el hecho de que tomase las armas contra su patria. Por esta acción, y por haber participado en la empresa de Ciro, como querían las fuentes antiguas, lo condenó Atenas al destierro y le confiscó sus bienes.

La cosa no tuvo graves consecuencias porque los espartanos le premiaron con la proxenia y algunos años más tarde, en compensación de los perjuicios que el servicio de Esparta le ocasionara, le regalaron una gran extensión de campo y bosque en Escilunte, en la región agraria de Élide, en el noroeste del Peloponeso, no lejos de Olimpia. Allí vivió más de veinte años con su mujer Filesia, que le dio dos hijos, Grilo y Diodoro, llevando la vida de un rico propietario aficionado a las letras, que inspeccionaba a caballo la explotación de sus tierras, cazaba y recibía a sus amigos.

En esta segunda patria disfrutó Jenofonte de algunos lustros tranquilos, consagrados a la vida rústica, al cuidado de la finca y a los ocios literarios. La afición a las variadas actividades del agricultor constituye, con el recuerdo de Sócrates y la inclinación a todo lo histórico y militar, una de las características de la personalidad de Jenofonte y también uno de los rasgos más acusados de su obra de escritor. La amarga experiencia política de su democracia natal le empujaba a establecer contacto con Esparta y a trabar un conocimiento más estrecho con los dirigentes y con la situación interna de este Estado que, por aquel entonces, ejercía un imperio casi ilimitado sobre Grecia. Fue esto lo que lo impulsó a su

estudio del Estado de los lacedemonios y a su panegírico de Agesilao, a la par que extendía el horizonte de su interés político a toda la historia de su tiempo y recogía en otro libro sus impresiones acerca de los persas.

A aquel plácido retiro acudió a buscarlo Megabizo, sacerdote de Ártemis de Éfeso, para entregarle la parte del botín que después de la expedición de los Diez Mil había sido destinada a la diosa y depositada en Éfeso. Con el dinero le erigió Jenofonte un altar y una capilla, que imitaba en pequeño al templo de Éfeso y encerraba una estatua de la diosa de madera de ciprés, semejante a la áurea de Éfeso.

El idilio de Escilunte terminó en el 370, cuando fue ocupada la localidad por los de Elea, enemigos de Esparta, después de la batalla de Leuctra, donde el genio militar de Epaminondas puso fin a la hegemonía espartana. Jenofonte se refugió primero en Lepreo, en la Élide, y más tarde en Corinto, donde permaneció un largo período sobre el cual no estamos bien informados.

La creciente presión ejercida por Tebas provocó un acercamiento entre Atenas y Esparta. Se derogó la sentencia de destierro contra nuestro escritor, mas no sabemos hasta qué punto aprovechó la posibilidad de regresar a su patria. Había permanecido alejado de la misma durante las décadas del nuevo auge ateniense, bajo la segunda Liga marítima, y no le fue permitido volver de nuevo a ella hasta la época de la decadencia de esa Liga, la última gran creación política de Atenas. Él, por su parte, procuró contribuir con algunos pequeños escritos de carácter práctico a la tarea de reconstrucción del ejército y de la economía.

Parece que Jenofonte no regresó por entonces a Atenas. Alistó a sus dos hijos en el ejército ateniense en calidad de caballeros. Ambos pelearon en Mantinea junto a los

espartanos contra Tebas, y uno de ellos, Grilo, pereció combatiendo valerosamente. Su muerte fue celebrada en una serie de encomios y de epitafios que prueban que, en aquel tiempo, era muy respetado el nombre de su padre.

En las *Helénicas* menciona Jenofonte la muerte de Alejandro de Teras, el tirano de Tesalia, que tuvo lugar en el 359. Tenemos en esa fecha un término *post quem* para la desaparición del escritor. Pero hoy se concuerda en reconocer la autenticidad de los *Recursos* y, como esta obra presupone hechos posteriores al 355, la fecha de su muerte ha de ser por fuerza posterior. De cualquier modo, después del fin de la guerra de la Confederación se pierde toda huella de Jenofonte. Tenía a la sazón más de setenta años y lo más probable es que no sobreviviese mucho a aquella época. Su vida abarca, pues, poco más o menos el mismo período que la de Platón.

Notas

[1] Soldados de infantería pesada. <<

[2] Soldados de infantería ligera. <<

[3] Parasanga, equivalente a 5250 metros. <<

[4] Pletro, equivalente a unos 31 metros. <<

[5] Heródoto, *Historia*, VIII, 26. <<

[6] Fiestas en honor de Pan, también conocido por Liceo (Lycaios). <<

[7] Instrumento que usaban los atletas para limpiarse el sudor. <<

[8] Literalmente: mercado de los ceramios. <<

[9] Literalmente: llanura de Caistro. <<

[10] Es decir, preparados para el combate. <<

[11] Dignidad en la corte persa. <<

[12] El estadio equivale a 185 metros. <<

[13] La mina valía cien dracmas y la dracma equivale a una peseta. <<

[14] El siglo corresponde próximamente a una peseta, y la capita a poco más de dos litros. <<

[15] Estos portacetros formaban la guardia personal de Ciro, según costumbre de los reyes de Persia. <<

[16] Infantería persa armada de escudos de mimbre. <<

[17] Ares, dios de la guerra. <<

[18] Las partes puestas entre corchetes son consideradas como interpolaciones. <<

[19] Escudos pequeños que usaba la infantería ligera. <<

[20] Entre diez y una del día. <<

[21] El estornudo era considerado como un augurio favorable. <<

[22] Nínive. <<

[23] La compañía de cien hombres, mandada por un capitán, se dividía en dos pentecostías, mandadas por sendos pentecosteros, y en cuatro enomotías, a las órdenes de los correspondientes enomotarcos. Por diversas razones se ha conservado la denominación griega a estas divisiones de la compañía, mientras el nombre de ella misma parece traducido. <<

[24] Soldados que iban sin armadura. <<

[25] Es decir, sin la capa, o *imation*. <<

[26] Hacha de armas. <<

[27] Carrera más larga que el estadio. <<

[28] Navíos de guerra. <<

[29] Navío de cincuenta remos. <<

[30] Navío de treinta remos. <<

[31] Soldados armados con lanzas. <<

[32] Especie de cónsul. <<

[33] «Hasta este punto el ejército había marchado por tierra. El camino recorrido desde la batalla junto a Babilonia hasta Cotiora sumaba seiscientas veinte parasangas o dieciocho mil estadios, recorridos en ciento veintidós jornadas y en ocho meses». (Interpolación en el texto original). <<

[34] Gobernador. <<

[35] Es decir, su representante oficial en Sinope. <<

[36] Inspectores del mercado. <<

[37] En las ediciones antiguas este trozo tiene un contexto que puede traducirse así: «y bordeando la costa vieron al cabo Jasón, donde, según se dice, fondeó la nave Argos, y las desembocaduras de varios ríos, primero la del Termodonte, después las de Iris y el Halis, y por último la del Partenio». La edición Teubner que seguimos pone aparte, entre corchetes, estas líneas considerándolas una interposición. <<

[38] Las ediciones corrientes principian este capítulo con unas palabras que dicen así, traducidas: «Ya se ha dicho anteriormente cómo acabó el mando de Quirísofo y cómo quedó dividido el ejército de los griegos». <<

[39] El discurso de Jenofonte se presenta en otras ediciones con un orden distinto. El adoptado aquí es el de la edición Teubner. <<

[40] Interpolación. <<

Índice